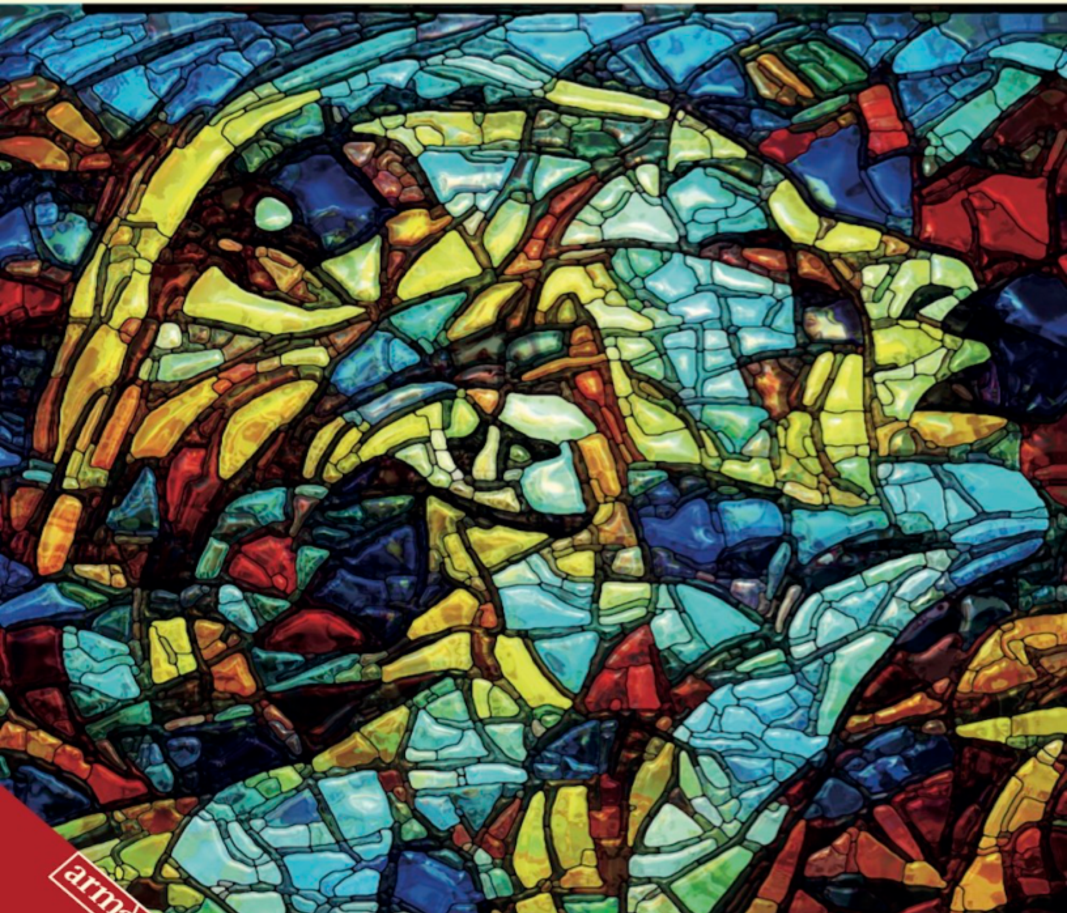
Hija de Donetsk

Tamara Duda

traducción de Jacinto Pariente



HIJA DE DONETSK

TAMARA DUDA

TRADUCCIÓN DE
Jacinto Pariente

Título original: ДОЦЯ

Edición original: Bilka Publishing, Kyiv, 2019

Primera edición ebook: julio 2023

Ilustración de cubierta: *Inner Vision Two* © Andrew Ostrovsky, 2016
Fotografías del interior: © Dmytro Muravskii 2014-2021

Armaenia Editorial, s. l.
www.armaeniaeditorial.com

isbn: 978-84-18994-39-5

PRÓLOGO

Esto es un libro de amor. No contiene una sola palabra que comience por estas letras, pero es un libro de amor. Es sobre la magia, no la magia barata que vemos en la pantalla del televisor, sino la magia de verdad, la que mana de la tribu y de las raíces, la que te arroja de cabeza al Océano Primordial y te hace emerger con un pez entre los dientes. También es sobre el valor. Sobre el valor absoluto de reivindicar lo que es tuyo por derecho, de reconocerlo, de plantarte y no renunciar jamás al hogar, a la patria, al corazón, al derecho a caminar con la frente bien alta.

La presente novela transcurre durante la primavera y el verano de 2014 en Donetsk. Esta ciudad, epicentro de la región a la que pertenece, el Donbás ucraniano, es bien conocida desde febrero de 2022, cuando Rusia invadió militarmente el país y ocupó (y hasta hoy sigue ocupando) partes de él. Pero en 2014 pocos en Europa occidental eran siquiera vagamente conscientes de dónde estaba, quién vivía ahí, qué idioma hablaban, qué historia tenían y qué estaba pasando.

En marzo de ese año, a raíz del movimiento popular del Euromaidán, grandes zonas del Donbás se vieron involucradas en protestas prorrusas. Este malestar se convirtió después en una guerra más o menos abierta entre los separatistas prorrusos afiliados a las autoproclamadas repúblicas populares de Donetsk y de Lugansk y el gobierno de Ucrania.

Los medios de comunicación occidentales apenas informaban de un conflicto que ni entendían ni les interesaba, difuso y lejano. Llegaban informaciones a cuentagotas sobre manifestaciones, altercados, combates o bombardeos esporádicos, seguidas de largos silencios. Las pocas voces que salían de la región relataban el ambiente irrespirable y kafkiano que reinaba allí, pero casi nadie de fuera de Ucrania, o incluso de dentro, era plenamente consciente de lo que se estaba dirimiendo y qué alcance podría tener.

Tras unos primeros meses más agitados, el conflicto fue aparentemente perdiendo intensidad y, con ella, la atención de la comunidad internacional. Los mismos ucranianos se acostumbraron a

vivir en este estado excepcional. La vida seguía en el Donbás aunque nadie supiera realmente quién estaba al cargo.Los restaurantes se llenaban y los jóvenes salían de fiesta mientras en el barrio de al lado se bombardeaban casas, se establecían controles militarizados y se torturaba a sospechosos del bando contrario. Hasta que a finales de 2021 los tambores de guerra volvieron a sonar bien altos, esta vez amenazando a toda Ucrania.

Y, sin embargo, fue en el Donbás donde primero se plantearon las preguntas más importantes para el país y donde se ocultan las respuestas necesarias. Allí comenzó todo y allí deberá terminar todo. Allí es donde la protagonista anónima de nuestra novela pierde a su familia, su trabajo y sus ilusiones, allí es donde reúne los pedazos de su vida, le da un nuevo sentido y encuentra nuevos aliados. Paso a paso, el lector contempla el proceso de transformación, la metamorfosis de la recolectora en cazadora. Este libro cambió para siempre a quien lo ha escrito y de igual manera pensamos que cambiará a quien lo lea.

La autora considera que su novela *Hija de Donetsk* forma parte del esfuerzo bélico de Ucrania. En sus palabras: «La protagonista encarna tanto lo que yo misma he vivido como las experiencias de muchos combatientes, voluntarios y desplazados que el destino ha unido. Ella se ha convertido en un baluarte para mucha gente. “¡Viviremos!”, grita la protagonista. “¡Y tanto que sí!”, respondo yo».

NOTA AL LECTOR

Los sucesos e historias que aparecen en *Hija de Donetsk* no son ficticios. Cada personaje de la novela está basado en alguien con quien la autora ha tenido trato personal, desde el enigmático Komar a Elfa, la «hija» adoptiva de Donetsk. El único personaje sin un correlato real es la abuela de Elfa, la valiente Baba Olya, que es un homenaje al arquetipo de la abuela protectora ucraniana.

Al final del libro se incluye el testimonio personal de Elfa y de unos cuantos conocidos de la autora. El estilo es distinto del de la novela, pues son narraciones directas de personas que recuerdan sus experiencias y nos permiten asomarnos a la vida de aquellos que siguen viviendo en el único campo de batalla de Europa.

Hija de Donetsk es un testimonio de la invasión rusa de Ucrania y un panegírico de aquellos que la guerra se ha llevado. Se recomienda no olvidarlo a medida que uno se adentra en la lectura.

INTRO

Se abrió un agujero en la nevera. Sus afilados rebordes se curvaron y el haz de la llama envolvió los fragmentos adheridos en la pared. Los cristales rotos crujían bajo los pies, el agua se filtraba por el techo y en lugar de alacenas había un montón de accesorios de cocina y trozos de cemento.

Al parecer ya no tenía ni dónde vivir. ¡Muy perspicaz, Sherlock! Y visto que las reservas de comida habían volado con la nevera, tampoco qué comer.

Este episodio es, a todos los efectos, el punto de partida de esta historia, como podría serlo cualquier otro de la serie de sucesos que lo precedieron y que han quedado imbricados en una cadena de causalidad perfecta de la que no puede borrarse ni ignorarse un solo eslabón. En cuanto a mí, como en cuanto a todos nosotros, no es el principio lo que importa, sino el final. Y el final es que sigo con vida.

La verdad es que lo habría enterrado todo en mi interior de no ser porque creo que quizá en algún rincón de Amberes (preciosa palabra, me encanta como se desliza por la lengua) o de Madrid, o incluso digamos de Kiev o Vínnitsya, vive una mujer de treinta años como yo. Quizá tampoco tenga familia o hijos. Como yo, trabaja hasta tarde en sus vidrieras; quizá pinta, quizá hace pan o prepara un examen para sus estudiantes. Quizá no hace nada de nada y vive de regalías, otra palabra que me encanta. Hoy se ha descargado de internet una receta de tarta de chocolate y está trabajando la masa, añadiéndole coco y mantequilla, sin sospechar que su pequeño mundo cálido y bien cimentado ya se ha hecho añicos.

Es como la radiación. No la ves; no la hueles, no notas su sabor en la boca. Flota transparente por el aire y más te vale tomar yodo o salir corriendo antes de que sea demasiado tarde.

Me gustaría preguntarle a mi desconocida amiga de Amberes: «¿Tienes donde huir? Echa un vistazo y después recuerda dónde guardas el dinero y la documentación. Comprueba que llevas en el equipaje tantos objetos de valor como puedas transportar. Procura que entre ellos haya dos latas de comida, un botiquín con unas dosis de morfina, una linterna con pilas de repuesto, un buen cuchillo y una

muda de ropa interior. Escribe la dirección de cualquier persona que pueda alojarte y dibuja un mapa de las carreteras que vayas a tomar y los lugares a los que te dirijas.

»Si de pronto, por cualquier motivo, pero sobre todo por tu propia ingenuidad (porque no quieres abandonar tu taller, por ejemplo, o te da pena el perro o el vecino, existen mil razones) decides quedarte, ten claro que vas a tener que cambiar. La persona que conoces como tú tendrá que morir para sobrevivir. ¡Mira! Tu hogar se ha quemado. ¡Mira! Tu coche ha ardido, igual que tu colección de campanitas de porcelana y tu biblioteca. Y eso no es todo, ¿sabes? Quizá lo que ha desaparecido sea un trozo de tu cuerpo. Piensa cómo será vivir sin brazos, sin piernas, con una oreja menos. Acepta que habrás de enfrentarte a la violación o a cualquier otra clase de abuso y despréndete de ti misma.

»Prepárate y mantente alerta. Te alimentarías de tierra con tal de sobrevivir. Y un día, tú misma alimentarás la tierra».

I

VIDRIO DE PLOMO
Blanco sobre blanco

Mis recuerdos comienzan a partir de los nueve años. Lo anterior es *terra incognita*, una página en blanco sin memoria ni imágenes. En algún lugar de esta blanca ensoñación se encuentra mi madre. Tenía que haber una madre, ¿no? En casa nadie hablaba de ella. Mi padre hacía oídos sordos a mis preguntas y solo una vez se le escapó que se llamaba María y que murió joven. No había manera de confirmar si era cierto o no. Salta a la vista que yo he salido a mi madre, ya que mi padre era bajo y corpulento, y tenía una tripa prominente y calvicie prematura. Más que crecer lo que hice fue aumentar en longitud en todas direcciones. Todo en mí era demasiado largo: los pies, los dedos (de niña me contaba los dedos de los pies y me daba la sensación de tener uno de más), los codos, las orejas, el pelo.

Me adornaba el rostro un pico aristocrático y puntiagudo que distraía la atención de unos finos y pálidos labios. Picasso se habría inspirado en mi físico, pero eso no consolaba a la última de la clase en usar sujetador, incluso entonces nunca pasé de la talla 80.

Para más inri, mi vida era la lectura. Me bebía los libros, en los recreos, bajo las mantas por las noches y por debajo del pupitre en clase. Devoraba la letra escrita como la carcoma. No me importaba lo que fuera. Una bolsa de semillas hecha de papel de periódico me entretenía. Me quedaba absorta leyendo folletos de publicidad barata. Estudiaba los clásicos rusos con el mismo interés que las últimas noveluchas románticas de quiosco.

Y para colmo, me encantaba la Física. Me pasaba horas oscureciendo mi habitación, tapando cualquier hendidura por donde entrara la luz para fabricarme una *camera obscura*. Llevaba a cabo todo tipo de experimentos con lentes. Después me dio por la electricidad. Las demás chicas soñaban con maridos, coches caros y vacaciones en hoteles, pero yo me imaginaba a mí misma como una especie de electricista. Me fascinaba la belleza sobria de los diagramas, dibujaba circuitos atenta y mecánicamente; algunos eran

absurdos y paradójicos, pero nadie apreciaba mi apasionado sentido del humor.

De todas formas, tampoco tenía con quien compartirlo. Como ya será más que evidente, no era la chica más popular de Dubróvytsia. No creo que hubiera una sola persona en la ciudad que supiera mi verdadero nombre. Mis profesores y vecinos me llamaban «Elfa». Era un mote tonto e infantil, que sin duda venía de alguna parte, aunque no sé de dónde. No creo que se le ocurriera a mi padre, ya que él siempre se dirigía a mí con un «eh tú, ven p'acá», pero lo cierto es que se me pegó como un chicle al pelo. A mí me gustaba imaginar que a mis espaldas me llamaban de otra forma, pero seamos realistas: a mis espaldas nadie se molestaba en mencionarme.

En Ucrania decimos que cuando el caballo le ofrece el casco al herrero, la rana levanta la pata. Es un refrán que me describe bastante bien. ¿Cómo iba yo a compararme con los príncipes de las minas de ámbar de Polesia? No podía competir con los ricos y poderosos y su elegante e innato sentido de lo chic. Cosas del dinero… Compararme con ellos era de risa. Jamás me sobró el dinero (nunca me sobró un cigarro, no hablemos ya de cualquier otra cosa). Jamás destrocé un coche, ni siquiera un montón de chatarra con ruedas. Jamás dejé un rastro de pretendientes a mi paso; en diecisiete años nadie se molestó en pretenderme.

Un día, pensando en el futuro, llegué a la decepcionante conclusión de que aquel no era mi sitio. Así de claro. En aquel pueblo que vivía por y para la producción y el comercio del ámbar no había lugar para una chica larguirucha como una estaca, así de sencillo. Si hubiera tenido dote o tierras o lo que fuera para casarme… Pero encima éramos rústicos y pobres como ratones de iglesia. No podía ser de otra manera, ya que el viejo Misko, es decir, mi padre, solo estaba sobrio una vez al año, el Viernes Santo, cosa que además le hacía sufrir los más infernales padecimientos internos.

Para mi sorpresa, el día que volví a casa con el certificado de graduación en la mano (no asistí a la ceremonia, tampoco tenía manera de pagarla) me encontré a mi padre de pie y, por decirlo de algún modo, derecho, en lugar de triste y silencioso.

—Bueno, hija mía, ven p'acá, que tenemos que hablar.

¿Qué sucedía? ¿Nos iban a desahuciar?

Resultó que la respuesta era al mismo tiempo sí y no. Durante uno de sus desmayos inducidos por el alcohol mi padre había tenido una revelación. Se le apareció un ángel radiante de níveas vestiduras: una voz celestial lo calificó de holgazán inútil; una mano celestial le propinó un bofetón en la mejilla, y un celestial pie le atizó una todopoderosa patada por debajo del cinturón. Por fin Mykhailo Pavlovych lo vio todo claro: no podía seguir así. Entonces comenzó la

actividad paranormal.

En una semana vendió el piso, obtuvo un visado para Polonia y adquirió un billete de autobús a Przemyśl. Su destino era ahora el de un migrante económico en Polonia o incluso en Alemania, y por lo tanto, necesitaba la ayuda de «hija» para hacer el equipaje.

—¿Y qué pasa conmigo, papá?

—¿Contigo?

—¿Dónde voy a vivir?

—En Donetsk con tu abuela.

Así fue como a los diecisiete años descubrí que tenía una abuela. De Donetsk ya sabía por los periódicos.

—oOo—

Los trenes del Donbás no son desde luego la mejor manera de familiarizarse con este medio de transporte para aquellos que nunca han viajado en tren por Ucrania. A mí no me quedaba más remedio, así que dos días después me encontraba en el andén con una bolsa de ropa apretada contra el pecho, una maleta llena de libros y una jaula con dos conejos de Angora. Un vecino había aparecido con ellos en el último minuto.

El conejo es un bicho más bien medroso, no era como tener un potro salvaje entre las manos. Coloqué la jaula en el portamaletas detrás de unos colchones y me olvidé de ellos de inmediato. Además, tenía mucho que pensar.

Del puñado de palabras que mi padre y yo intercambiamos sobre el tema, me enteré de que su madre (y por tanto mi abuela o baba) se llamaba Olya Ivanivna, y que llevaban al menos diez años sin verse. Al parecer, un buen día él se metió la documentación en el bolsillo y se largó jurando no regresar a no ser por causa de fuerza mayor. La absoluta necesidad, yo en este caso, provocó una reconciliación familiar formal, y tras unas breves conversaciones se llegó al acuerdo de que me acogería por un tiempo.

Viviría en Donetsk, en el distrito de Kiev, en la calle Blahovischenska. Comenté los detalles de mi historia a mis compañeros de viaje, un par de jubilados y un hombre de mediana edad con la cabeza afeitada y una chaqueta de cuero. Al oírlos, los ancianos me miraron y me preguntaron la dirección de nuevo.

—*Come algo, hija*[1] —suspiró la anciana ofreciéndome un tomate y medio pollo.

El tipo de la chaqueta de cuero guardaba silencio, y de pronto se lanzó a contarnos la vez que de joven asesinó a un vietnamita en el bazar.

Intenté con todas mis fuerzas empaparme del romanticismo del viaje, del que tanto había leído. Escuché el repiqueteo de las ruedas contra los raíles, que unos escritores calificaban de reconfortante y otros de siniestro. A mí me hizo preguntarme por la fiabilidad del diseño del tren. El vagón rechinaba a todo volumen, los portamaletas se inclinaban de manera peligrosa, una lata vacía de cerveza rodaba por el suelo y las sábanas húmedas apestaban a sudor y moho.

Por la mañana nos despertaron unos crujidos. Uno de los conejos roía huesos de pollo sobre la mesa. La jaula vacía tenía un agujero enorme y no había rastro del otro.

Así fue como me encontró Baba Olya: sucia, despeinada, con las manos llenas de rozaduras y cardenales en las rodillas. El revisor y yo registramos el vagón centímetro a centímetro, las repisas, las maletas y el baño. De arriba abajo. Sacudimos la tapicería y obligamos a todos los pasajeros a levantarse de su asiento. El maldito bicho se había esfumado. Me inclino a pensar que lo habían arrojado al retrete y tirado de la cadena.

—Bueno, son cosas que pasan —suspiró Olya Ivanivna—. Tu padre ya debería saber que los animales no duran mucho por aquí. Menos los ratones, claro. Vámonos a casa.

Así comenzó nuestra vida juntas.

Mi nuevo hogar era un bloque de pisos de la época de Kruschev que olía a orina, gato y albóndigas. Mi habitación daba a la universidad local, así que por las mañanas veía a los estudiantes fumando un cigarro antes de clase. La de mi abuela daba a las casas privadas (si bien el concepto de lo «privado» era un tanto condicional) de un solo piso que había enfrente. Recuerdo mi sorpresa al descubrir que en Donetsk abundaban las casas de ese tipo. Le daban un cierto sabor pueblerino a una ciudad por lo demás industrial. Me costó acostumbrarme a las verjas altas, los pequeños tejados de pizarra, la maleza enmarañada en el exterior de las casas y la sensación general de abandono. Todo lo que se podía robar estaba atado a algo. Las casas tenían remiendos por aquí y por allá, se sustentaban sobre pilares podridos y estaban salpimentadas de hollín.

Había hollín por todas partes. Las flores de los árboles se marchitaban y desintegraban con rapidez. La primera nevada duraba blanca y radiante alrededor de una hora, dos a lo sumo. Los zapatos nuevos se echaban a perder nada más pisar la calle. Cada salida era una ordalía, una batalla contra el polvo, el barro y el viento seco. En lugar de caminar a un lugar, cogí la costumbre de escabullirme de pared en pared, sin alzar la cabeza, sin mirar a nadie a los ojos, sin llamar la atención.

A la semana de llegar conseguí un trabajo de cajera en un

supermercado. Unas semanas después me ascendieron a encargada y un año después era jefa de ventas. No nadábamos en la abundancia, pero mi sueldo y la pensión de mi abuela nos daban para vivir. Cuando recuerdo aquellos tiempos, agradezco los años de pausa que me brindó el destino, durante los cuales crecí, reuní fuerzas y me acostumbré a la vida en el Donbás.

La realidad nos atrapó por fin a las tres de la mañana del 18 de noviembre de 2007. Lo recuerdo bien. Mi abuela y yo estábamos listas para pasar la noche, ella con su culebrón y yo detrás de un libro, ambas acurrucadas delante del único radiador que funcionaba. A medianoche las sirenas desgarraron el silencio al otro lado de las ventanas. Era un aullido tan intenso que los muros vibraban. Saltamos de la cama y corrimos fuera. Vi la cara de mi abuela, pálida como la cera a la luz de las farolas. Le temblaban las manos.

—Querida, ha habido un accidente.

Y tanto que había habido un accidente. Se había producido una explosión en la mina de Zasyadko, a un kilómetro de profundidad. En ese momento trabajaba un turno de más de cuatrocientos mineros. Trescientos habían conseguido llegar a la superficie. Otros cien permanecían en el matadero. Esperamos quince días con todo el mundo mientras la operación de rescate estaba en marcha. El 3 de diciembre, tras una serie de explosiones, se tomó la decisión de inundar el pozo.

Un rumor de llanto flotó durante dos semanas por el barrio. Durante dos semanas se celebraron los funerales. Durante dos semanas mi abuela y yo cocinamos el *kolyvo* y horneamos los bollos que se sirven en los velatorios. Solo en nuestro bloque había tres muertos y dos desaparecidos. Acompañábamos a todo el mundo. Nos poníamos en marcha juntas y nos lanzábamos juntas hacia la mina en busca de información. Visitábamos juntas a los directores de las funerarias y encargábamos ataúdes y coronas de flores, y asistíamos al cementerio juntas. Los hijos de los demás se quedaban a dormir en nuestro bloque; comíamos juntos en una gran mesa en el patio; cuando alguien conseguía noticias o rumores pasábamos por todas las etapas de duelo, de la esperanza a la desesperación y vuelta a empezar.

Llevaba mucho tiempo sintiéndome una extranjera en aquella ciudad. Aún me asustaba y me preocupaba. Sin embargo, algo cambió en aquel momento. La casa en la que lloras una muerte nunca te será del todo ajena.

Mi destino y el del Donbás se entrelazaron con aquel accidente, con el terrible aullido de las sirenas nocturnas. Comenzaron los sucesos que me llevaron a tomar una decisión. Aquel invierno plantó la semilla de la persona que soy ahora: una insurgente, una espía y una saboteadora.

—oOo—

Los días junto a mi abuela, Olya Ivanivna, se sucedían en silencio. Medíamos el paso del tiempo en viajes al bazar, en las hojas de repollo rellenas que cocinábamos para el almuerzo del domingo; hacíamos la compra para la estación, no planeábamos nada. Respetábamos la regla tácita de que yo no preguntaba por los secretos del pasado y ella no me agobiaba con mis planes para el futuro.

Quizá los vecinos nos criticaran a nuestras espaldas, pero nadie nos dijo nunca nada a la cara. Bueno, excepto Stepanida Viktorina, la del 28, pero eso no era una sorpresa. Siempre hay alguien que encarna el «signo de los tiempos», la razón de ser, la inteligencia de la época. La vieja Stepa, por su parte, era el hígado del bloque. Todas las toxinas pasaban por ella, todos los avisperos de cotilleos, escándalos y odios que alimentaban a los traidores y a los líderes jubilados del Komsomol.

A veces alguien te felicita o te hace un cumplido, pero parece que te escupe a la cara. Jamás oí a aquella mujer comenzar una frase sin decir «*eh*»: «*Eh, qué niña tan mona, es clavada a mi nieta. ¿Cuántos años tiene? ¿Un año? ¿Y todavía no anda? ¡Angelito! Eh, qué pena*». «*Eh, qué bien te sienta ese nuevo corte de pelo. Has hecho bien, a tu edad hay que llevarlo corto*». «*Acabo de ver a tu marido en un bar con otra. Eh, lo siento mucho, así son los hombres…*».

El día que decidió meterse con mi abuela cometió un grave error.

«*Eh, esta gente joven de hoy… ¡No quieren nada ni a nadie! Tu nieta no sale de casa. Son todas iguales, no quieren ni hijos, ni maridos… ¿Tengo razón o qué?*».

Mi abuela dejó las bolsas en el suelo con cuidado, se quitó las gafas y las limpió.

—¿De qué hablas, Stepanida? ¿Eres la bruja del pueblo o qué? ¿Por qué diablos si no murmura la gente a mis espaldas? ¿Te parece justo?

Por aquella época empezó a dejarse caer por mi trabajo un tal Vitalik. Al principio pasaba por allí un par de veces al día a por pan, cerveza o alguna otra cosa. Para mi vergüenza, las mujeres no tardaron en percatarse del asunto. Cuando por fin me invitó a salir después del trabajo me sentí tan incómoda que no supe negarme. Ni cuando me acompañó a casa. Ni cuando me llevó a un hotel.

Si pudiera calificar aquello de aventura sentimental, lo describiría con más detalle, con palabras bonitas y todo eso. Lo cierto es que no hay palabras bonitas para lo que sucedió. Cuando terminó todo, seguía sin entender por qué este acto causa tantos conflictos. ¿Tantas obras literarias, tantas tragedias, por un poco de movimiento corporal?

—¿Cómo te sientes? ¿Estás bien?

—Súper, gracias. Voy un momento al baño.

Cuando salí del baño el tipo ya se había quedado dormido y había acaparado toda la manta. Despertarlo me pareció una grosería, así que me tapé con una toalla y me dormí. Al fin y al cabo, una toalla es suficiente para alguien de mi estatura.

A la mañana siguiente Vitalik se despertó primero y me palmeó la espalda de manera protectora, como a una mascota, después de todo a una mujer de cuarenta y dos kilos hay que manejarla con cuidado, no hay muchos lugares en los que darle palmadas con comodidad, hizo una mueca y me notificó que íbamos a cenar en casa de su madre.

Yo no deseaba la intervención de ninguna madre en aquel asunto, pero me volvió a pasar; me sentía tan incómoda que no supe negarme, sobre todo porque me prometió pasar por la tienda a recogerme. Se presentó a las siete en punto, todo solemne y con un magnífico ramo de rosas en la mano.

—¡Qué rosas tan bonitas…! Gracias. Es la primera vez que me regalan flores.

—Sí, claro. Verás, son para mamá, ya me entiendes, como vamos a ir a visitarla y tal…

—Oh, perdona. Me he confundido.

«Mamá» nos esperaba en el pasillo, me hizo ponerme un par de absurdas zapatillas rosas con topos blancos y nos invitó a pasar a la cocina. Era evidente que con solo verme recorrer el pasillo ya sabía todo lo que necesitaba saber sobre mí, porque cuando nos sentamos a la mesa todo había terminado. Con cada cucharada de pastel que se metía en la boca, los labios de su madre se volvían más y más finos, Vitalik se ponía más y más pálido y las pausas de la conversación alcanzaban niveles de tensión más y más teatrales.

—*Eh, tu forma de hablar es muy interesante, en* ucraniano. *¿Eres del oeste?*

—La verdad es que no. Soy de Donetsk. Me crié en la región de Rivne.

—*Lo que yo pensaba. ¡Eh, cuidado que pica!* —Esto al acercarme al loro enjaulado—. *¿Cómo se dice «loro» en hutsul? «Kikirikí» o algo parecido, ¿no? Cuéntame, ¿tienes vacas en tu pueblo? ¿Qué hacéis con ellas? ¿Las ordeñáis?*

—La verdad es que no. Es decir, la gente las ordeña, pero nosotros no teníamos vacas.

—*Supongo que no vives con tus padres, ¿verdad? Come, come, toma unos bombones. Los ha comprado Toshenka. ¿No has comido hoy, Vitalik? Has llegado tardísimo. Llevo esperando desde las siete. Siempre me preocupo cuando se retrasa. Es que tiene que seguir una dieta muy estricta.*

Luego te cuento. No puede comer nada recalentado, solo comida recién hecha. Nos hacemos el desayuno, el almuerzo y la cena en porciones pequeñas, luego te enseño los cacharros.

Que quede bien claro: salí de allí volando. Tras una más de aquellas pausas en la conversación, me levanté de la mesa, pedí disculpas y pregunté dónde estaba el baño. Cuando llegué a la puerta, me dirigí muy de puntillas hacia la salida. Volé de aquel piso como si me persiguieran, no esperé ni al ascensor, bajé las escaleras de cuatro en cuatro escalones. Solo cuando dejé atrás dos paradas de autobús me di cuenta de que iba chapoteando por los charcos con las zapatillas rosa.

Me paré en mitad de la carretera mirándome los pies y me eché a reír. Reí tanto que me dio hipo, me salieron globos de moco por la nariz y se me saltaron las lágrimas. Me reí como no me había reído en mi vida, como una desquiciada, casi volando entre las nubes por aquella increíble e inhumana sensación de alivio. Supongamos que acababa de practicar el sexo y de tener una relación, ¿de acuerdo? Por muy breve que fuera, aunque solo hubiera durado tres días. ¿Qué más da? Mi muerte ya no sería la de una solterona. Tendría algo que alegar a mi favor. La madre. Le echaría la culpa a la madre. «Estábamos hechos el uno para el otro, pero su madre estaba en contra, y yo (jajajajaja) yo me lo pensé mejor (jajajajaja) y no me quedó más remedio que tomar una decisión (jajajajaja)…».

En aquella parada de autobús comprendí también otra cosa: no volveré jamás a ese supermercado. Lo juro. Aunque tenga que dormir debajo de un puente o vender un riñón. Jamás seré vendedora ni asistente de caja, jamás repondré otra estantería y jamás volveré a vestir ese uniforme.

¿He mencionado ya que el escudo de armas de mi familia (si lo tuviéramos) llevaría el lema «nunca digas nunca»?

—oOo—

Al pensarlo ahora, lo que más me sorprendió es que mi abuela no se sorprendiera lo más mínimo. Dio por hecho lo que vino después. No hubo discusiones. Ni preguntas. Ni consejos no solicitados. Escuchó en silencio la noticia de que ya no tenía trabajo. Asintió mientras le resumía mi breve aventura. Lo único que cambió fue que a partir de entonces ya no cocinábamos las hojas de repollo rellenas los domingos, sino los martes.

Sin embargo, yo me sentía intranquila. No me estaba quieta en ninguna parte. Necesitaba salir. No dormía. No comía. Una sensación desconocida se apoderó de mí: estaba inundada, rebosante de energía.

Se me ponían los pelos de punta, me zumbaban los oídos y me ardían las yemas de los dedos. Caminaba una y otra vez por la deshilachada alfombra de mi habitación desde la ventana hasta la pared y viceversa.

Al final llegó un momento en que ya no lo soportaba más. No podía seguir mirando la calle y las vallas mojadas por la ventana. El polvo me asfixiaba. No tenía fuerzas para respirar, me oprimía el pecho. Las cajas grises al otro lado de la ventana, los viandantes grises, todo era gris, como un viejo escenario teatral bajo una capa de pólvora.

Salí a la calle con todos mis ahorros en la mano y me fui a la única tienda de material artístico de la zona. Me sorprendí comprando una docena de pinceles y llenando una cesta de pinturas acrílicas. Blanco, plateado, azul y rosa. No había más. Después compré un bote de aguarrás en la droguería.

Al llegar a casa me arranqué la chaqueta y los zapatos sin detenerme. No podía ni quería perder un segundo, era una drogadicta que iba derecha a meterse un pico. En mi vida había experimentado semejante obsesión, aunque en aquel momento no tenía ni tiempo ni ganas de pararme a analizar sus causas.

Limpié la ventana con el aguarrás manchándome las manos y los pantalones. No tenía paleta, ¿qué más daba? Estrujé la pintura en un plato, sin remordimientos, medio tubo de golpe, y comencé a pintar el cristal de la ventana. Sabía con toda exactitud lo que quería hacer y no tenía ni idea de cómo hacerlo. Eran momentos de pura euforia, de inspiración desenfrenada. Trabajé de pie y al cabo de un rato improvisé un andamio con un par de sillas.

Dibujé el invierno. Pinté el frío de mi infancia. Pinté el sol de nuestra Polesia sobre el río Jordán. La ventana refulgía de miles de copos de nieve, los trazos se superponían unos a otros en una compleja red de líneas invisibles. Me empezó a faltar pintura, así que añadí sal, polvos de talco y harina. Rompí y machaqué bombillas, usé una aguja y una pluma. Respiré sobre la ventana y se me congeló el aliento sobre el cristal. Pasaron horas y horas. La calle del exterior desapareció poco a poco. La habitación brillaba con cegadores fogonazos blancos, rojos y rosa.

—Se veía venir.

—¿Baba?

Baba Olya estaba detrás de mí con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? ¿Qué es lo que se veía venir?

—De tal palo tal astilla… A tu madre le encantaba bordar, hija mía. Cogía una aguja y desconectaba del mundo. Ya podías gritarle,

hablarle o encenderle una hoguera debajo de la nariz, que ella no se movía. ¡Y las cosas que se inventaba! Nunca había visto ni he vuelto a ver nada igual. Veías una imagen y un segundo después otra distinta…

Aguanté la respiración, no me atrevía ni a moverme. Creía que mi abuela no había conocido a mi madre, al fin y al cabo, nunca la mencionaba. Y de pronto, no solo la conocía, sino que la conocía muy bien.

—Baba, vas a tener que hablarme de ella.

—Claro que sí. Solo te contaré lo que puedas comprender… Porque nadie la comprendía. Maria… La llamábamos Stunde, por aquellos viejos evangelistas puritanos que vivían por aquí. Al igual que ellos, no era de este mundo. Mi Mysko, tu padre, no era el hombre adecuado para ella. En realidad nadie lo era. Ni yo ni nadie sabe por qué se enamoró de mi hijo, eran como el cisne y el lucio del cuento… Siempre estaba callada, siempre perdida en sus pensamientos. Si le decías algo te respondía, pero te miraba desde lejos, como por un telescopio. Y siempre parecía sorprendida, como si te viera por primera vez.

La gente del pueblo cruzaba apuestas sobre cuánto iban a durar. Nadie les daba más de un mes. Sin embargo, la suerte quiso que pasaran siete años. Para entonces tú ya eras bastante grande, deberías acordarte. Tu padre trabajaba de guardia de seguridad una noche de cada tres. Una noche volvió y tu madre no estaba. Al principio no intentó encontrarla. Supuso que habría ido a algún sitio. Era raro que se hubiera dejado a su hija en casa y no se hubiera llevado el bolso ni el dinero, pero, en fin, a lo mejor no los necesitaba. Al acercarse la noche empezaron a buscarla y llamaron a la policía.

La policía llegó con un perro, y el perro encontró el rastro y acto seguido se lanzó a seguirlo desde la casa por un campo. El campo comenzaba justo fuera de la casa. Una vereda lo atravesaba. Recorrieron la vereda hasta el cruce y se detuvieron. Había maizales a ambos lados y en el lugar donde los caminos se separaban, justo en el centro, encontraron los restos de una hoguera. Alguien había hecho una fogata tan grande que había dejado un agujero de cincuenta centímetros de profundidad en el suelo. Nadie sabía qué pintaba allí una fogata, solo que alguien había quemado algo.

El rastro se perdía alrededor de la hoguera. Hasta el perro metió el rabo entre las patas y se dio por vencido. Registraron las cenizas en vano, ¿qué pensaban que iban a encontrar? Solo había cenizas. Nada más. Nadie ha vuelto a ver a tu madre. Un año después nos dieron un documento que certificaba su desaparición, y eso fue todo. Ocho veces arrastraron a tu padre a la comisaría, pero él había estado en el trabajo toda la noche. Las cámaras de seguridad demostraban que no se había movido de su puesto. Me interrogaron a mí y a todos los

vecinos, pero no sirvió de nada.

A partir de entonces no pudimos seguir viviendo en el pueblo. A la gente le gustan las habladurías, es inevitable. No sabe cerrar el pico. Silbaban a nuestras espaldas, después nos silbaban a la cara, y al final alguien le prendió fuego a nuestra casa. Por suerte, tu padre no se había acostado aún y pudimos salir corriendo con lo puesto, contigo en brazos y la documentación. Lo perdimos todo: nuestras pertenencias, nuestros muebles. La casa de madera empapada en gasolina ardió como una tea y se quemó hasta los cimientos en cuestión de segundos.

Después de aquello nos fuimos cada uno por su lado. Tu padre y tú os fuisteis a Dubróvytsia. A Mysko le ofrecieron empleo allí. Yo me vine aquí, a casa de mi hermana. Después de aquello, bueno, ya conoces a tu padre cuando se encierra en sí mismo. Ni escribía ni llamaba, desapareció sin más y solo volvió a ponerse en contacto conmigo para preguntarme si podía dejarte aquí.

Mi abuela se quedó callada y yo no dije una palabra.

—Hija mía, a estas alturas es mejor no abrir viejas heridas. Lo pasado, pasado. Pero te voy a decir una cosa más; tu madre cosía blanco sobre blanco. Lienzos enteros. La gente venía de Kiev y de Leópolis para comprárselos. Sus obras tenían vida propia, igual que esta ventana.

II

VIDRIO AZUL
Una oferta entre un millón

Mi vida dio un giro radical. La vendedora desapareció. En su lugar vive ahora una joven y ambiciosa artista cuyo formidable talento ha embelesado a curadores y entendidos en arte del mundo entero. Ahora estoy a cargo de varios proyectos, la pasarela de Dior de la París Fashion Week entre otros, además de la inauguración de mi exposición individual en Tokio. O no.

Por supuesto, gozábamos de gran popularidad en el vecindario. Valentina Stepanivna, Oksana y su cuñada se acercaron a echar un ojo a nuestra «ventana de invierno». Incluso Petro, por ser nuestro *kumpel*, como dicen los alemanes, vino, miró, se fumó un cigarro y pidió algo de comer. No obstante, aquello no solucionaba nuestros problemas económicos.

Podíamos sobrevivir de ahorros un par de meses. El siguiente paso lógico era vender una obra.

Empecé decorando juegos de té y vajillas de boda. Dibujaba flores exuberantes, mariposítas, animales y rostros de niños, todo muy bonito y dulce y vulgar. Después me dio por los ángeles, así que había ángeles acurrucados en platos, jarras de cerveza, repisas y llaveros de pared. Las figuras de rostro sonriente ocupaban los espacios libres de nuestro ya de por sí pequeño piso. Con mis ahorros me compré un libro de frescos italianos para buscar inspiración.

Más o menos un año después me encargaron la primera vidriera. Me costó un tiempo librarme de la influencia de las vidrieras gruesas y desiguales de las iglesias, llenas de manchas y burbujas de aire. El mosaico tomó forma por sí solo, casi por voluntad propia. Sabía qué fragmento combinaba con el siguiente y cuál necesitaba un intermediario. No tuve en cuenta el gusto de la clienta ni la viabilidad del diseño. Era consciente de que habría que diseñar el espacio en el que se enmarcaba la pieza, pero estaba convencida de que la pieza lo valía.

La clienta llegó acompañada de cuatro guardaespaldas. Los

guardaespaldas se quedaron en el pasillo sin decir palabra y la clienta entró en el piso de una sola habitación sin abrir la boca, echó una mirada rápida a la cocina y se detuvo frente a la obra terminada. Estuvo allí un rato. El tiempo corría. Solo se oía el crujido del parqué bajo los pies de los escoltas.

—Encienda la luz. Así. Bien. Sosténgala contra la ventana. Quiero encargarle ocho piezas más como esta —dijo—. La única condición es que no acepte ningún encargo parecido de nadie en Donetsk durante los próximos dos o tres años.

Cerramos el trato. Ese dinero me permitiría pasar los próximos dos o quizá tres años sin hacer nada.

Cuando me familiaricé con el oficio se me ocurrió una idea. Se me apareció en sueños flotando delante de los ojos y clara como el día. Vi una bola magnífica y resplandeciente que lo iluminaba todo a su alrededor con su presencia. Era la encarnación de la esencia de la dicha y la pureza. Un candelabro en forma de diamante con un complejo sistema de filos y ángulos que proyectaba una sombra tridimensional y estructurada. ¿Lo fabricaría de vidrio de plomo? ¿De cristal de Murano? Pasé horas diseñándolo antes de llegar a la decepcionante conclusión de que no sabía fabricarlo. Necesitaba a alguien capaz de ocuparse de las finas soldaduras que exigía el diseño, tan finas que eran más bien un trabajo de joyería. Necesitaba un herrero-joyero.

No sé en otros lugares, pero aquí todos los caminos conducen a la abuela Masha. Marchykha para unos y Mariia Pavlivna para otros, lo sabía todo de todos y, como un viejo mafioso, manejaba los contactos, influencias y enchufes más útiles del distrito. Por pura suerte, resultó que era cuñada de mi abuela, y en calidad de tal, los conciliábulos del tribunal de la santa inquisición local se celebraban en nuestra cocina a la hora del almuerzo. El colorete de Avon y las cremas de Oriflame entraban en nuestra casa de su generosa mano. En los últimos tiempos la comunidad pentecostal del lugar se había convertido en la nueva fuente de inspiración de nuestra querida pariente, de modo que en casa se cantaban himnos, se citaban las Escrituras y se hablaba de la salvación. Aquellas mujeres me aburrían, pero el hecho de que no entraran nunca en mi taller atenuaba la sensación de desagrado. Aprendí a colarme en la cocina, rauda y silenciosa como una sombra.

—¿Sabrías recomendarme un herrero bueno y barato, tía Masha? Necesito alguien capaz de soldar un diseño muy delicado.

—Mira hija, lo mejor que puedes hacer es llamar a Roman. Rom tiene dedos mágicos. ¡Es capaz de ponerle herraduras a una pulga! Era buenísimo, pero el destino le jugó una mala pasada, ¿sabes? Trabajaba de capataz para nosotros y luego estudió ingeniería, pero tuvo un accidente y se quedó paralítico. Anduvo un tiempo bebiendo más de la

cuenta, pero se recuperó y abrió un taller. Ahora se dedica a las reparaciones. Pásate por allí y charla un rato con él. Ah, y dale esta revista. Se me ha olvidado llevársela.

Al día siguiente caminaba por el polígono industrial de la ciudad con un ejemplar de *La buena nueva* en la mano. El lugar que buscaba tenía que estar entre todas aquellas naves y garajes, pero no conseguía localizarlo. Para colmo, justo antes de salir de casa había decidido cambiar mis cómodas y destrozadas zapatillas de deporte por unas botas más presentables, pero pesaban mucho y sufría de manera indescriptible porque me hacían rozaduras en los talones.

Por fin lo encontré. El taller ocupaba varios garajes y unos cuantos edificios anexos y parecía una chatarrería abandonada. En su interior había un hombre en silla de ruedas concentrado en serrar un trozo de madera sujeto entre dos sillas.

—Hola, vengo de parte de Mariia Pavlivna. Me ha pedido que le traiga esta revista y…

Tiró al suelo las gafas con una mano y el trozo de madera con la otra y con la cara crispada por la ira gritó:

—¡Métetela por el culo! ¡Y le dices a esa vieja bruja que si me vuelve a mandar a otra meapilas se la va a tener que llevar en pedazos!

Siguió gritando, cada vez más iracundo, pero yo ya no escuchaba. Mis breves aunque instructivas interacciones con los drogatas locales me habían enseñado a huir a la primera de cambio. Sin tratar de explicarme, sin meterme en conversaciones, tan solo salir por pies. Me escapé del garaje como una bala dando un portazo. En la parte de fuera de la puerta había un candado. Lo cerré sin pensarlo dos veces.

En el garaje hubo un segundo de silencio y de pronto la puerta tembló como si la hubiesen golpeado con un ariete. Conté hasta tres y entonces algo hecho de cristal se estrelló contra el metal y se hizo añicos. De pronto empezó a salir un humo gris por debajo y el propietario del garaje dejó de maldecir y empezó a toser.

Me puse a una distancia prudencial. Se me habían olvidado las rozaduras. ¿Y si se asfixiaba? Por muy enganchado al crack que estuviera no dejaba de ser una persona.

Tenía que volver.

El garaje estaba lleno de humo, pero no se veía fuego por ninguna parte. Por fin descubrí que algo se había incendiado cerca de la mesa en la que estaban las bombonas de gas. El muy imbécil le había echado una alfombra por encima y ahora trataba de sofocarlo golpeándolo con la chaqueta. Sin embargo, el pasillo estaba lleno de trastos, era demasiado estrecho para girar en silla de ruedas y las bombonas estaban a punto de explotar y enviar aquel basurero a la

estratosfera.

—Sal de aquí ahora mismo —me repetía mientras corría a rescatarlo. Aparté las bombonas, cogí otra chaqueta y me puse a golpear el origen del incendio.

—¡Trae el extintor de la pared! —resolló. Me sorprendió la destreza con la que manejaba la situación en lugar de alucinar unicornios rosa o lo que sea que ven los drogatas.

Aunque estaba demasiado alto para hacerse con él desde una silla de ruedas, el extintor funcionaba a la perfección. Soltó un chorro de espuma que recubrió el suelo, las sillas y las mesas al instante. Diez segundos después el incendio estaba controlado.

Nos miramos. El drogata escupió, tosió y me ofreció la mano.

—Roman. ¿En qué puedo ayudarte?

—La verdad es que necesito un hexaquisoctaedro de cuarenta centímetros de diámetro.

—¿Qué? ¿Estás colocada?

—oOo—

—Te lo voy a pedir otra vez. ¿Tanto te cuesta cambiarte de ropa? Piénsalo. Aquí nadie entiende ese estilo, esas deportivas viejas… Por favor.

—Vale, de acuerdo. Acabemos con esto. O al menos hasta la próxima vez. Sé que no vas a parar. Necesito estar cómoda, no me puedo distraer.

—No lo entiendo. ¿Por qué no puedes estar cómoda con un vestido? Tengo uno de tu talla. Solo te pido que te lo pruebes, eso es todo. Pruébatelo.

Ah, el truco del almendruco… Dudo mucho que se lo hubiera tolerado a otra persona, pero nuestra Maryna era especial. La silueta bien esculpida, los tacones, el escote, las uñas; la elegante coleta que destacaba los pómulos perfectos, la esbelta nariz, y la susurrante voz bien modulada… Era nuestro icono, nuestro baluarte de lo chic y el *glamour*. Maryna era un cegador diamante de joyería con una sonrisa no menos cegadora.

Nuestra arma secreta era además una hábil negociadora. En su cartera no había un solo contrato perdido. De su canana colgaban las cabelleras de las presas que había cazado. Era siempre el centro de atención. Cada vez que entraba en una habitación, los presentes contenían el aliento un segundo y el tono de la conversación cambiaba.

En pocas palabras, era el escaparate, la mascota y la tarjeta de presentación de la empresa. Tan solo un selecto círculo de personas

habría adivinado que en la empresa también había materia gris, estómago y piernas.

Maryna apareció en el taller un año y medio después de la inauguración. Yo me había mudado a la nave de Roman y más o menos compartíamos el trabajo: yo ideaba y dibujaba los diseños, compraba el vidrio, el esmalte y la resina, fotografiaba las obras para los catálogos, redactaba un anuncio breve y realizaba infinidad de otras pequeñas tareas. Roman ensamblaba y soldaba las estructuras, colocaba el vidrio en los moldes siguiendo el diseño, montaba, grababa, protegía y transportaba las piezas en su Opel modificado para personas discapacitadas. Contábamos también con dos tipos que cortaban el vidrio y se ocupaban de las tareas secundarias. Y después estaban Don, nuestro fiel *hacker*, que gestionaba la página web y sabía usar Photoshop, Borysovych, factótum general y encargado de la seguridad, y Larysa Petrivna, nuestra asesora fiscal a tiempo parcial, que se pasaba por allí todos los trimestres para hacernos la declaración.

En cierto momento tuvimos que enfrentarnos al problema de qué nombre poner a la empresa. Nosotros no nos andábamos con complicaciones. La llamábamos «la empresa», pero no era una solución viable de cara al público.

—El nombre tiene que ser al mismo tiempo contundente y bello. Debe incluir la palabra «oro» y alguna otra palabra exótica que comience por «re» o «ra»… —dijo Roman mientras nos daba un curso general de *Donbasología*.

—¿Ridículo? ¿Rapunzel? ¿Reumatismo?

—Venga ya, lo digo en serio. Debe ser un nombre romántico y al mismo tiempo positivo.

Así fue como, tras largas discusiones, se nos ocurrió el nombre (en inglés) de *Golden Rose*. ¡No vale reírse!

Aquel periodo desembocó en un manchurrón amorfo de fatiga. A veces me desconectaba sentada en la mesa de dibujo y volvía en mí de pronto tumbada en un viejo sofá sin la menor idea de cómo ni cuándo me habían llevado hasta allí. Llegué a pesar menos de los críticos cuarenta kilos, y comenzó a afectarme tanto que no me quedó más remedio que considerar la dirección del viento para que no me arrastrara. Después de desmayarme un par de veces encima de las vidrieras, Roman comenzó a vigilar lo que comía y ordenó a los muchachos que trajeran tentempiés al trabajo.

Aún recuerdo la extraordinaria claridad de visión de aquella época. Era como si se hubiera descorrido el velo que nos impide percibir la belleza del mundo. La inefable e infinita belleza que lo saturaba todo a mi alrededor, flotaba por el aire y me atravesaba los brazos, los ojos y el pecho me asfixiaba de pura dicha. La perfecta armonía de las hojas

danzantes de los manzanos y los robles me inundaba. Me pasaba horas mirándome la mano delante de una lámpara, estudiando la perfección del tejido de las venas y los capilares. Decoré una lámina de vidrio negro antracita con grandes gotas de cristal para que la luz se proyectara en las segundas caras, se reflejara en las terceras y volviera a su punto de origen dispersada en sus componentes puros y espectrales para reunirse de nuevo en un prisma. Allí, en la perfecta pureza de la luz, en la impecable claridad de las formas era donde encontraba la magia.

Nos llevábamos bien, no discutíamos casi nunca, y trabajábamos como auténticos posesos. Yo visualizaba la obra terminada y después trataba de explicársela a los técnicos. Los muchachos se esforzaban en llegar a un acuerdo conmigo. Yo apenas decía una palabra, pero ellos me entendían a la primera y las obras cobraban vida en sus manos. Consideramos varias opciones y al final nos decidimos por fabricar pequeñas pantallas de lámpara, que se venderían bien. Las produciríamos en series de no más de cinco unidades, cada una con sus componentes, peso y número de serie certificados con todo detalle. A veces, si estaba de humor, fabricaba lamparitas para niños, jarrones e incluso cazadores de sueños de cristales multicolores.

Alrededor de un año después compramos el primer horno de vidrio soplado y el primer horno de gas industrial. Para Roman aquello significaba una importante reducción de los costes de materia prima. Para mí se abrían nuevos horizontes en el modelado de piezas tridimensionales.

Maryna venía recomendada por un cliente. Encargó una lámpara de araña exclusiva para su dormitorio, y yo le respondí que no fabricábamos productos «no exclusivos». Mi primer impulso fue rechazar el encargo, pero al ver la reacción del equipo me di cuenta de que era ya demasiado tarde. Creo que hasta Roman se puso a regatear el precio a favor de la clienta y le ofreció una rebaja a nuestra «distinguida invitada».

Le fabriqué la lámpara de araña. Y se la fabriqué yo misma. No le confié a nadie la soldadura. Me pasé tres semanas al lado del horno tejiendo una red de cristal. La obra final era un enorme diente de león, esponjoso y ligero, que parecía a punto de salir volando al primer soplido. Los pequeños «paracaídas» de vidrio estaban engarzados unos con otros sin orden ni concierto, pero al encender la luz en una habitación oscura el caos se convertía en orden. A simple vista, las descuidadas líneas de la lámpara proyectaban una sombra geométrica irregular pero, al colgarla de la manera adecuada, se proyectaban contra la pared palabras y símbolos, la mayoría de ellos obscenos.

El día de la muestra no podíamos dejar de jugar con el interruptor. La clienta corría de la lámpara a la pared y cubría las sombras con las

manos con la plantilla al completo trotando detrás.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo la has hecho?

Mientras todos reían, Maryna se me acercó y dijo: —Escucha. Sé que no te gusto. ¡No lo niegues! Nunca he gustado a las mujeres. Es el precio que hay que pagar cuando los hombres te adoran. Pero a pesar de todo, te pido que me aceptes en tu equipo. Quiero trabajar contigo. Quiero vender estos objetos. Quiero tenerlos entre las manos. No lo lamentarás, créeme.

No lo lamenté.

—oOo—

Por supuesto, al final llegó la hora de la verdad. Iba a suceder antes o después y tuvimos la suerte de que fuera después. Alrededor de un año antes de que la agresión tuviera lugar, nuestra pequeña empresa creció hasta convertirse en posible objeto de extorsión para la mafia de Donetsk. Estuve el año entero a la espera, nerviosa y preocupada. No teníamos contactos, no nos protegía la administración local ni ningún otro círculo de influencia, y eso significaba que nos dejarían en paz siempre y cuando pasáramos desapercibidos. Podíamos maquillar los libros y ocultar una plantilla de más de diez personas un par de meses como mucho, pero los problemas no tardarían en presentarse.

Empecé a memorizar el rostro de la gente que viajaba conmigo en el transporte público y procuraba no coincidir dos veces con la misma persona. Anotaba las matrículas de los coches aparcados delante del taller. Trabé relación con los vecinos. No guardábamos dinero en casa o en el trabajo, no nos reuníamos con desconocidos y nos informábamos unos a otros de dónde pensábamos estar y cuándo. Cada miembro del equipo instaló en el móvil un chip con un sistema de notificación para que pudiéramos localizarlo incluso si estaba desconectado.

La idea no era del gusto de todos. Algunos incluso la sabotearon sin disimulo. No obstante, estábamos de suerte. De mucha suerte: en el equipo no había una persona paranoica sino dos. Yo no habría podido convencerlos sola, pero nuestro *sensei* Borysovich, el gurú de la seguridad, estaba de mi parte, y hacía falta ser muy tonto para contradecirle.

Nuestro colega tenía un pasado tan rico que a veces se equivocaba y no sabía cuál de sus muchas anécdotas era auténtica. También era el protagonista de varias leyendas que él mismo había propagado. Se rumoreaba que había estado en la cárcel al menos un par de veces y tenía en la piel manchas oscuras de tatuajes difuminados. Tenía más

de sesenta años y su resistencia era extraordinaria. Sabía usar toda clase de armas de fuego y vencía a los muchachos en el campo de tiro con los ojos vendados. De hecho, cuando empezamos a frecuentar el campo de tiro usamos su arsenal hasta que los muchachos se sacaron el permiso de armas. Borysovich era la aportación de Roman a los activos de la empresa, junto con el taller, las herramientas y su viejo Opel. Algo del pasado había unido los destinos de aquellos dos llaneros solitarios convirtiendo a Borysovich en el devoto protector de Roman y después, por supuesto, también en el nuestro.

Por petición expresa del jefe de seguridad no anunciamos nuestra presencia en Donetsk. El público no tenía acceso al taller, se prohibía el paso a los desconocidos y desde el principio instalamos puertas de buena calidad y barrotes en la ventana. Tuvimos un par de incidentes de poca importancia, pero la autoridad y los contactos de los muchachos bastaban para rechazar cualquier ataque. Hubo algún intento de robo, pero la alarma funcionó y el equipo de seguridad llegó a tiempo.

No dejamos huella en el espacio público de la ciudad. No nos anunciábamos, no pusimos carteles. No teníamos escaparate, no llamábamos la atención de la administración de la ciudad ni nos pusimos en contacto con la prensa.

Los clientes se enteraban de nuestra existencia por recomendación. En los últimos tiempos las recomendaciones habían aumentado hasta el punto de que disponíamos de una cartera de posibles clientes. Nos habíamos puesto de moda sin notarlo y cada vez con mayor frecuencia los clientes compraban nuestros productos sin molestarse en regatear el precio. Empecé a rechazar encargos si no me gustaba la persona, algo impensable por completo un año antes. Sin embargo, cuanto más excéntrico era nuestro comportamiento, más deseadas y difíciles de conseguir eran nuestras lámparas de araña y nuestras vidrieras y, desde luego, más alto su precio.

Agobiados por el peso de los encargos, no nos quedó más remedio que admitir que había llegado el momento de dar un salto cualitativo. Seguir siendo un equipo pequeño y continuar trabajando como un taller artesano o tomar una decisión trascendental y pasar al siguiente nivel; contratar más personal, ampliar el taller, alquilar más maquinaria y lanzarnos a producir líneas de modelos en serie.

—¿Cuánto tiempo crees que nos queda antes de que vengan a por nosotros, Borysovich?

—Hasta septiembre como mucho. Pero no te lo puedo asegurar, así que ahorrad tanto como podáis y, como dijo la tía Sonya: «¡*Arbeiten*!», ¡a trabajar!

El negocio siguió como siempre. Roman y Maryna se ocupaban de la contratación. Yo no me metía. De hecho, aceptaba a todo el mundo

y enseñaba a quien quisiera aprender. Pagábamos bien y a tiempo e incluso organizábamos almuerzos en el taller. Anuncié unas cuantas ofertas de empleo en Internet, pero los chicos se burlaron de mí.

—Ya aprenderás. Aquí en Donetsk tenemos nuestro propio Internet. Borysovych dice que siempre hay gente cuando la necesitas.

La gente apareció. Algunos desaparecían después del primer turno de trabajo. Otros se quedaban embelesados ante los crisoles. Sabíamos quién pasaría a formar parte del equipo por la emoción que le asomaba a la mirada, por el tamborileo de los dedos, por la expresión ausente, entre osada y sobrecogida. Acudían a nosotros los que abandonaban el internado estatal de la ciudad, a los que el estado arrojaba al mundo sin red de seguridad; acudían a nosotros antiguos mineros y profesores. Incluso contratamos a un taxista, aunque en realidad su carrera al volante había sido breve. Pusimos a un equipo de costureras a trabajar con los mosaicos porque en cierto modo colocar trozos de vidrio de colores se parecía a trabajar con abalorios.

La cosecha de aquel otoño fue abundante. Era como si la naturaleza, que se regía según sus propias leyes, hubiera explotado y se hubiera puesto a toda máquina de repente. Primero fue la miel. Miel por todas partes. Los mercados de miel florecieron por doquier uno tras otro como en una carrera de relevos. Se vendía por las calles, puerta a puerta, los apicultores colapsaban los teléfonos de los mayoristas, que compraban el producto a doce grivnas el kilo. Después fue la verdura. Montañas de repollos y pimientos, pilas de patatas, remolacha, zanahorias y cebollas. En las esquinas, las mujeres se subían en los montones de frascos de verdura y fruta en conserva tratando de sacar partido de tan inesperados dones de la naturaleza. Mi abuela corría de acá para allá intentado ponerlo todo en conserva. El apartamento estaba lleno de frascos. Yo dormía en el taller para escapar del penetrante aroma del pisto *lecho*. La etapa final fueron las setas. Al parecer no se daban solo en las minas. Brotaron tantas a cielo abierto que la gente no las recolectaba de una en una, sino que las segaba con hoces y hasta yo me tomé un día libre para rebuscar entre los cubos de setas *openki*.

En los negocios sucedió igual. Todo el mundo empezó a hacer y gastar pasta como si no hubiera un mañana. Se levantaban edificios en cuatro turnos de trabajo al día, los constructores escogían entre docenas de contratos. La ciudad no dormía. La ciudad comía, bebía y gozaba. El dinero fácil se exhibía en las fachadas nuevas, los capós de los Lexus y los generosos bustos de las amantes jóvenes. Tanto frenesí exigía reconocimiento, lustre, éxito y poderío, si no sobre el mundo, al menos sobre los vecinos. En respuesta a tal demanda, lanzamos una línea de accesorios de oro para el hogar. Las lámparas de araña de trescientos dólares volaban de los mostradores como caramelos en la

puerta de un colegio.

—Mira, nieta querida, aquí va a pasar algo malo. La gente parece idiota. Dinero por aquí, dinero por allá. Solo saben hablar de dinero. ¿Y los créditos? ¿Has visto los créditos que piden? No los van a terminar de pagar nunca.

—La verdad es que no sé, *Baba*. ¿Qué nos importa a nosotras? No debemos nada a nadie.

—No es eso… Da igual, olvídalo.

—oOo—

Lo que yo quería era cruzar las manos sobre la tripa al estilo de Al Capone, repantingarme en la silla y decir con voz cansada: «Escuchadme todos. Se acabó la negociación. Esta gente no está dispuesta a llegar a un acuerdo». O lanzar la mesa por los aires, derramar el café por el suelo y el techo y desparramar los sesos de alguien por las paredes.

Tenía que pasar. Yo lo sabía. Nos comprometimos desde el principio en no hacer negocios con el clero. Todo iba de perlas hasta que nos saltamos esa norma. Maryna estuvo dos semanas sin quitarse la idea de la cabeza: «Es un pedido importante, importantísimo», decía. Hasta nos obligó a fijar una reunión.

La escena fue así: seis miembros de la secta trataron de convencerme de que la nueva iglesia de Kárlivka no se podía construir sin «esta vidriera». Me pasaron una foto del ventanal del altar mayor de la catedral de San Isaac de San Petersburgo.

—¿Puede usted fabricarnos una copia exacta de treinta metros?

—Bueno, quizá no tan grande…

Si no me equivoco, los artesanos alemanes tardaron tres años en terminar la vidriera original. Incluso usando tecnología moderna, no estaba dispuesta a cerrar el taller durante un año y medio como mínimo por un solo proyecto.

—¿Quiere decir que sería capaz de llevar a cabo el proyecto, pero no le viene bien el plazo de entrega?

En realidad, podíamos fabricar hasta una escalera de ida y vuelta al cielo, pero yo me negaba a decorar iglesias, así que no había más que hablar.

Sin embargo, nuestros respetables invitados discrepaban. Maryna se cubrió el rostro con épica vergüenza y guardó silencio. Roman se reía con el puño en la boca y yo trataba de acabar como fuera aquella conversación absurda. Muy poco a poco, volviendo una y otra vez a la casilla de salida en una atmósfera de desconfianza general y patente antipatía, expresando mi desdén por cada uno de los seis cada vez que

me era posible, alcanzamos por fin una especie de acuerdo preliminar.

En lugar de fabricar una vidriera enorme, propusimos una «pequeña» de tres por uno y medio. El tema sería una versión moderna de la Trinidad con marcadas innovaciones respecto de la iconografía estándar. En dos semanas les entregaríamos un boceto inicial y si lo aceptaban percibiríamos la tercera parte del total en concepto de adelanto. Dos meses después instalaríamos la obra terminada y nos pagarían el resto.

Tras deliberar entre nosotros, propusimos al obispo unos honorarios tan exorbitantes que soltó un graznido y se persignó con desaprobación. Aquel gesto sagrado abrió la segunda ronda de negociaciones, en la que nos vimos vencidos y burlados en nuestro propio campo. Quien haya tenido que negociar con el clero sabrá de lo que hablo. Al final aceptamos un presupuesto reducido que cubría poco más que los gastos y el salario básico.

En consecuencia, viví en el taller hasta noviembre. No veía a nadie, no seguía las noticias y no leía los periódicos. Algo comería, por supuesto, ya que es imposible sobrevivir tanto tiempo sin alimentos. Sin embargo, no tenía ni idea de qué comía, quién me ponía el plato delante o quién lo fregaba. Mi vida entera, el mundo entero giraba en torno a la mesa de dibujo. Primero, dibujaba los bocetos en papel y Roman se los llevaba y se las apañaba con los informáticos para trasladarlos a programas especiales que calculaban los detalles técnicos de los diseños, desde el ángulo de la curvatura del cristal hasta el coste de los materiales. Después, el equipo al completo pasaba al taller para cortar el cristal y soldar la delicada aunque sólida estructura. Aquella vidriera puso a prueba nuestra pericia en unir y encajar capas de cristal. Según el plano, el ventanal estaba orientado al este, así que las primeras luces de la mañana convergerían en la figura central y proyectarían una brillante estrella roja.

No seríamos los únicos que recordarían el día que sacamos la vidriera del taller. Los tres paneles juntos pesaban más de una tonelada. Además, no cabían por la puerta, así que hubo que desmantelar la pared de la nave. Tuvimos que desplazarlos sobre troncos al estilo de los bloques de las pirámides del antiguo Egipto, y cuando por fin estaban fuera, necesitamos una grúa especial para cargarlos.

Por suerte, estábamos solo a unos veinte kilómetros de la iglesia. Aun así, sentí cada bache y cada sacudida de la carretera en la columna vertebral. Cuando llegamos por fin a Kárlivka y comenzamos la instalación del ventanal, yo estaba en el séptimo cielo. Más tarde los muchachos se reían de cómo, en pleno estado de euforia, me había presentado de nuevo a los miembros de la iglesia como si no hubiera repasado con ellos los detalles del proyecto al menos cien veces.

La instalación duró más de catorce horas, la noche entera hasta el amanecer. A la mañana siguiente, aparecieron por la iglesia feligreses curiosos, hombres anodinos con la ropa manchada de polvo de carbón, mujeres vestidas de luto y las fuerzas vivas civiles y eclesiásticas de la ciudad.

El amanecer del Donbás no comienza con unos pálidos rayos de sol; apenas hay transición entre la oscuridad y la luz. Un minuto estábamos trabajando de noche con un foco industrial y un minuto después nos cegaba el torrente de luz que entraba desde la calle. La figura del Mesías se iluminó de oro casi como si saliera de la vidriera bajo los rayos diáfanos del sol de otoño y toda la luz que convergía en su corazón llameó en tonos morados. Así fue… Parecía un órgano. Sí, una vehemente y majestuosa fuga de órgano que se lanzó sobre mí de improviso como una avalancha de cincuenta registros distintos, como en el bosque o en la consulta del dentista. Es una lástima no haber aprendido nunca a expresar mis sentimientos de forma adecuada… Me asombraba que aquella dicha arrebatada y sin límites no me partiera el corazón. Era una obra maestra que trascendía la habilidad de la mano del hombre, y la habíamos creado nosotros.

Nos pagaron al contado sin rechistar e incluso nos dieron una generosa propina. Además, el párroco me bendijo y las ancianas nos invitaron a tomar el té. Yo lo acepté todo de buena gana preguntándome si sería de mala educación pedirles que me dejaran echar un sueñecito allí mismo, aunque fuera solo de veinticuatro horas.

Mientras tanto, los muchachos recogieron las herramientas, el cabrestante y el andamio, cargaron la furgoneta y salieron zumbando hacia Donetsk. Con semejante suma de dinero encima iban derechos al banco, donde nos esperaban los empleados, y después descargarían el material. Uno de los operarios, Serhii, se quedó conmigo para llevarme de vuelta en su viejo Niva.

Me senté justo debajo del altar y sentí cómo la conciencia abandonaba mi cuerpo poco a poco. Fue un momento de absoluto triunfo espiritual y sumo agotamiento a la vez. Lo único que alcancé a hacer fue apoyarme contra la pared con una taza entre las manos, dando sorbos gozosos, y admirando los centenares de matices del noble vidrio, examinando la luminosidad de cada burbuja de aire, cada imperfección. Ni el murmullo de las voces ni las pisadas de los cientos de visitantes ni los interminables tonos de una llamada telefónica lograban sacarme de la contemplación meditativa. El teléfono sonaba y sonaba, sonaba y sonaba y de repente me di cuenta de que no era una llamada de los muchachos.

Lo que sonaba era la alarma.

—oOo—

Al principio, cuando aún estábamos planeándolo todo, Borysovich y yo tuvimos una conversación.

—Oye, solo por si acaso. ¿A quién recurrimos en caso de emergencia, a la poli o a los gánsteres?

—¡Esto es el Donbás, hija mía! Aquí son lo mismo.

—Lo digo en serio. No vamos a contratar a cuatro macarras para dar el pego. Necesitamos un servicio de seguridad de los de verdad, una gente que sepa reaccionar rápido ante una emergencia.

—Komar es tu hombre. Era mi primera opción desde el principio.

Así fue como Komar entró en nuestra vida. No tengo ni idea de si era su apellido o solo un mote, pero se presentó como «Komar», que significa mosquito. Era un tipo más bien seco, de estatura media, pelo corto y entrecano que empezaba a clarear por algunas zonas y expresión de estar a punto de pegarle un tiro a alguien o de al menos cargarse una mosca. O quizá se había cargado a alguien el día anterior. Tenía pinta de ser la típica persona en cuya profesión uno no se anda con miramientos.

Dirigía una especie de híbrido de empresa de seguridad / gimnasio / club de estriptis. Por lo general, los hombres me causaban bastante escepticismo, pero mi opinión contaba poco. No nos cobraban mucho por sus servicios debido a su vieja amistad con Borysovich (daría algo por saber de dónde sacaba tantos viejos amigos). Un día, unos tipos malencarados aparecieron por el taller, instalaron alarmas, colocaron barrotes en las ventanas y hablaron unos minutos con nuestro informático, después de lo cual los teléfonos y ordenadores cobraron vida propia y empezaron a colgarse y reiniciarse por su cuenta.

Tampoco yo era santo de la devoción de Komar. Durante los seis primeros meses que «trabajamos» juntos no se dirigió a mí una sola vez. Si surgía algún problema lo solucionaba con los hombres. Yo no me lo tomé de forma personal; no soy adorable, esa es la verdad. Nos limitábamos a trabajar juntos y a saludarnos con la cabeza las pocas veces que nos cruzábamos. Hasta el día que sufrimos un intento de robo. Los autores eran unos chavales de la zona en busca de aventuras y emociones fuertes. Arrancaron los barrotes, pero el golpe del año se les torció cuando rompieron las ventanas. Nuestro grupo de acción rápida se presentó en el lugar ochenta segundos después de que saltara la alarma, sorprendió a los delincuentes juveniles con las manos en la masa y se los llevó para darles una pequeña lección.

El suceso tuvo consecuencias; las materiales, directas y las morales, diferidas. En pocas palabras, el mundo del crimen local perdió el interés en nosotros.

—¿Qué podemos hacer para agradecerle sus servicios a los muchachos de seguridad, Borysovych? No sé, a lo mejor podríamos fabricarles una insignia con el nombre de la empresa para el coche o algo así.

—Es mejor hacerle algo a la madre de Komar. Es inválida. Lleva mucho tiempo en cama.

Le di unas cuantas vueltas y se me ocurrió fundir un pequeño panel de cristal en el marco de una ventana. Después dediqué algún tiempo a investigar ejemplos de naturalezas muertas lo más auténticas posibles, y en el panel surgió un tejido de ramas de cerezo con las cerezas más redondas, jugosas y reales que fui capaz de crear. La tediosa tarea de verter y dar forma a cerezas de cristal hasta que parecieran auténticas me llevó mucho tiempo. Los muchachos trataron incluso de robarme alguna para comérsela.

Envié el regalo por mensajero con una nota y me olvidé de ello. No volví a oír del tema durante tres días, pero al cuarto Komar apareció de pronto en el taller.

—*Gracias* —dijo en ruso. Se paró a pensar un instante y añadió: —Gracias —esta vez en ucraniano.

Era la primera vez que hablábamos. En realidad «hablar» es solo una manera de describirlo. Komar no sabía una palabra de ucraniano, así que sobre todo asentía, pero me pidió que no me pasase al ruso.

—*Sigue hablando, por favor. No entiendo nada, pero suena precioso*.

Se ofreció a darme un curso de conducción avanzada, derrapes controlados, frenadas de emergencia y todo eso, en sus instalaciones. Lo medité un poco y acepté porque sabía conducir, pero no había aprendido a aparcar en paralelo.

Debido a la cantidad de trabajo que teníamos, el horario de clase era un poco extraño. Practicábamos de noche o a las seis de la mañana a bordo de los vehículos de lujo de su empresa o en el Lada de la nuestra, y solo dimos por terminado el curso cuando fui capaz de recorrer el circuito en menos de dos minutos terminando con un derrape espectacular.

Aquello nos unió por medio de un frágil hilo de respeto mutuo. A veces me acercaba por los entrenamientos de boxeo con *sparring* de su gimnasio y admiraba la gracia y la precisión de los movimientos de los luchadores más avezados. Aquellos combates se parecían a un encuentro tradicional de boxeo lo mismo que las peleas de los felinos de afilados colmillos de la selva a los rifirrafes de los gatos caseros. Komar, por su parte, se dejaba caer por el taller cuando necesitaba reflexionar sobre sus tareas habituales, ya que observar las gotas de plomo fundido tomando cientos de formas diferentes de la mano de un artista a menudo es una experiencia que calma e ilumina a mucha

gente.

En cuanto recibí la señal de alarma llamé a la empresa de seguridad por puro reflejo, segura de que Komar la habría recibido ya y de que los muchachos iban al rescate. Tenían que haber interceptado a los muchachos en Netailove, porque allí era donde se habían desviado de pronto hacia Nevelske. Según su GPS, se habían detenido por alguna razón en una granja abandonada.

—Por favor, por favor, por favor, que estén vivos —recé mientras corría hacia el coche.

A Serhii se le quedaron los ojos como platos cuando le arranqué las llaves de la mano y salté al volante.

—Escucha bien, los chicos han caído en una emboscada en los alrededores de Nevelske. Quédate aquí mientras voy a echar un ojo.

—¿Pero es que te has vuelto loca? El que va soy yo.

—Vale, pero yo conduzco.

—Es que…

Antes de que terminara la frase ya íbamos a toda velocidad por delante del motel Karlovy Vary y después, sin aminorar la marcha, hacíamos eses por las dobles líneas longitudinales, dejábamos atrás la «bola» de cemento de la parada de autobús y salíamos de la carretera. Nos acercábamos campo a través y a orillas del lago sin frenar en el cruce y volando sobre la verja oxidada de la vieja granja colectiva (¡maldita sea, no tenía ni idea de que yo supiera hacer todo aquello!). Se oían disparos sueltos como de carabina que venían de la torre.

Las lluvias de otoño habían dejado la carretera hecha un lodazal, así que los goterones de barro y arcilla volaban en todas las direcciones. Por suerte íbamos en el Niva, porque ningún otro vehículo habría salido de allí. Detrás de la última curva se desarrollaba una escena épica. Vimos a lo lejos nuestra furgoneta Gazelle escondida en uno de los hangares. Delante de nosotros, debajo de un depósito de agua, un todoterreno de marca extranjera se había quedado atascado con un Ford gris detrás. En la cuneta a su izquierda había seis bandidos que no sabían muy bien qué hacer. Vi que tres de ellos estaban armados, pero no comprendía bien para qué. No podían levantar la cabeza hasta que a los tiradores se les agotaran las municiones.

Pobres ingenuos. Yo no conocía las dimensiones exactas del arsenal de Borysovych, pero sabía que daba para una miniguerra. Además, Roman estaba con él, y si seguía vivo era capaz de acertar en el centro de una diana a doscientos metros. En cualquier caso, estaban preparados para resistir hasta que llegaran refuerzos.

Todo esto me rondaba por la cabeza mientras llegábamos a la granja y aparecíamos de pronto justo por la retaguardia de los

bandidos.

—¡Agárrate!

El coche saltó de un montículo como si fuera un trampolín, con las cuatro ruedas en el aire, y aterrizó en medio de los bandidos pasando justo por encima de la cabeza y la espalda de uno de ellos. La verdad es que ni lo vi. Lo último que recuerdo es el intenso dolor del cinturón de seguridad y el cristal del parabrisas delante de la cara.

—oOo—

—¡Échale más, échale más, está volviendo en sí!

—De acuerdo, pero quítate de en medio y no intentes darle la vuelta.

—*¿Le pongo la inyección? ¿No? ¿Por qué no? Tengo una jeringa en el botiquín.*

—¡Está respirando! Hay que sacarle la lengua de la boca para que no se atragante.

—Un cuchillo. ¡Haz palanca con un cuchillo y sácasela de entre los dientes!

—Mmm… Bmm.

—¿Qué ha dicho? ¡Callaos, está diciendo algo!

—Os voy a matar.

No había estado tan enfadada en mi vida. Recuperé la visión y el oído poco a poco. Lo primero que vi al abrir los ojos fue un bosque de manos. Todos consideraban importantísimo pasarme el puño por delante de la cara y preguntarme cuántos dedos veía.

No los conté. Don, Oleh, Roman, Borysovych, Serhii, Yurha y Tolik; al parecer no faltaba nadie. La herida en la frente de Serhii palpitaba enfrente de mí, los demás estaban más o menos ilesos. Komar también estaba allí, calentándose las manos en los sobacos. Menudo personaje. Mostraba displicencia con solo estar de pie.

—¿Qué ha pasado?

Tal y como sospechábamos, los emboscaron en el cruce de Netailove. Igual que en las películas, rajaron los neumáticos de los dos coches, los empujaron al arcén y les dispararon a las ruedas. Sin embargo, los bandidos no habían tenido en cuenta que a Don, nuestro ex taxista, lo habían despedido por conducción temeraria, y que Borysovych no tenía rival en el campo de tiro, y que en lo que yo tardaba en quitarle el seguro a un arma, él era capaz de hacer diana a diez metros sin sacarse la pistola del bolsillo (al parecer no es tan difícil. Basta con colocar el índice en el sitio correcto y «disparar» con el dedo).

No se esperaban la caja de sorpresas que era nuestra furgoneta. En

lugar de parar, la furgoneta se metió en el arcén de un volantazo, arrancándole el retrovisor exterior al Ford, y se abrió paso a toda velocidad con los ocupantes disparando a retaguardia. Al sembrar el desconcierto entre los enemigos, los muchachos ganaron un tiempo valioso. Momentos después se colaban en la granja por delante de sus perseguidores y se hacían fuertes en el granero. En ese momento la ofensiva se convirtió en una guerra de posiciones. Los muchachos resistieron hasta que llegaron los refuerzos y los bandidos se vieron en clara inferioridad numérica.

Entonces llegamos Serhii y yo y se acabó todo. No murió nadie de puro milagro, aunque tres de los seis que viajaban en el todoterreno recibieron heridas graves, así que el equipo de seguridad que venía justo detrás de nosotros solo tuvo que recoger heridos.

—*¿Qué hacemos con ellos, milady?*

Era una pregunta con doble sentido, pero me sabía la respuesta.

—¿Puede ser que los hayas pasado por alto por algún motivo, Komar? Están organizados y bien armados. Llévatelos a tu local y dales una buena lección para que a nadie se le vuelva a ocurrir molestarnos. Los coches te los quedas de trofeo, recoge las armas, te serán útiles. Y, por favor, averigua quién está detrás de esto, si ha sido idea suya o si alguien les ha dado un chivatazo. ¿De acuerdo?

—*No problem.*

—Si es posible, no llames mucho la atención.

—*Entendido. ¿Qué hacemos con el Niva?*

—¿Qué quieres que hagamos? Ya ves que está reventado. Parece que ha sufrido un accidente. Eh, chavales, ¿a qué esperáis? Llevaos todo lo que se pueda aprovechar y quemad el resto.

Lo arreglaron todo. Poco después el equipo de seguridad partía con los heridos dejando a su líder con nosotros. La carrocería del Niva ardía en la zanja. Yo estaba tumbada en la colina como Nerón contemplando el incendio de Roma. Roman fumaba un cigarrillo a mi lado y Borysovych y Don cargaban la Gazelle. Por suerte habían encontrado una rueda de repuesto.

—Rom, muchachos, venid aquí. Cambio de planes.

—¿Qué quieres decir?

—No vayáis al banco. Roman, coge el dinero del coche. Divídelo en partes iguales, sin olvidarte de Komar. Es un bono de nuestra parte. Dale a Serhii dos mil grivnas extra por el coche… ¿De qué te ríes?

—¿Te estás oyendo a ti misma? Apareces conduciendo campo a través a ciento sesenta por hora en un Niva viejo, cierra el pico, nos lo ha contado Serhii, atropellas a la gente y sales volando por el parabrisas. ¿Y después de todo eso no eres capaz de decir por una vez en tu vida «dos de los grandes» en lugar de «dos mil grivnas»? Venga,

mujer, dilo, «dos de los grandes».

—Vete a la mierda, querido colega.

Aquel día no me fui directa a casa. Primero llevamos a los muchachos y dejamos el equipo en el taller. Acordamos tomarnos tres días libres para que los muchachos celebraran el funeral por el coche caído en acto de servicio. Después, Roman tenía que llevar su coche de minusválidos, que parecía un *hovercar*, al túnel de lavado. Al final a los muchachos se les agotó la paciencia y, por mucho que protesté, me llevaron a urgencias.

El traumatólogo de guardia me diagnosticó una conmoción cerebral y me recetó una crema para los cardenales. Me había salido una mancha oscura en la cara que se me extendía hasta la frente y parecía un oso panda. Tenía los párpados azules e hinchados y la nariz tan inflamada que no podía respirar. Lo peor era que no sabía qué contarle a mi abuela.

—No se preocupe, tita Olya, ha chocado con una puerta… —empezó a decir Roman cuando llegamos a casa, pero se detuvo en seco.

Mi abuela llora sentada delante la tele. Lleva llorando un buen rato, tiene la cara, el cuello y el pañuelo empapados. En la tele ponen una peli de acción. Policías con cascos negros apalean a alguien en el suelo. La cámara enfoca a una chica a la que se llevan a rastras por unas escaleras. Un primer plano de una cara ensangrentada, a alguien lo arrojan desde un monumento, más porras y más sangre.

¿Qué pasa? ¿Es Kiev? Parece la plaza del Maidán, pero está oscuro, no se ve qué pasa… ¿Qué pasa aquí?

III

PÁTINA
Se los han cargado

—*¿Y entonces cuándo van a venir los vuestros a matarnos, hija mía?*

Me quedé mirando a Marina Stepanivna como si de pronto le hubieran salido dos cabezas.

—¿De qué hablas? ¿Quiénes son «los nuestros»?

—*Los banderistas*[2].

No supe qué decir.

Llevaba diez años visitando a mi vecina, en ocasiones dos veces por semana. Le llevaba el almuerzo o le regalaba golosinas o aceitunas que ella aceptaba encantada. Para sus más de noventa años, tenía buena salud y una excelente memoria y estaba en su sano juicio, o eso creía yo entonces.

Nos deleitaba durante horas con historias de «Hughessovka»[3], donde había nacido; sobre Stalino, donde pasó su juventud, y sobre la ciudad que ahora llamábamos Donetsk. Me encantaba su apartamento, lleno de pilas de libros y revistas; me encantaba su biblioteca, donde las obras completas de Jane Austen sujetaban una autobiografía de El Bosco y los tres tomos de la Enciclopedia del aeromodelismo. Las paredes, sin redecorar desde hacía siglos, estaban cubiertas de cuadros de los sesenta firmados por sus autores, y en un *collage* reconocí la firma del cineasta Sergei Parajanov.

—Un momento. ¿Es esto lo que creo que es? ¿No es una copia?

—Claro que no. Su querida Svetlana y yo nos llevábamos muy bien.

Las gafas de culo de vaso le daban a Valentina Stepanivna el aspecto de una lechuza. Sujetaba la taza de té con unas manos que parecían talones y, a diferencia de otra gente, se sentaba de lado en la silla, justo en el borde del asiento. Me encantaba. Me encantaban la ironía y el estoicismo con que soportaba los achaques de la vejez.

—*¿Te importa acompañarme a la tienda, hija mía? Con este viento, a la vuelta me apaño sola, pero la ida es imposible, no conseguiría ni cruzar la puerta.*

La llamaban «*Frau*» a sus espaldas, por como destacaba entre la multitud con sus pantalones de traje y sus boinas de color rojo frambuesa. Y ahora…

Me pasé el invierno deseando poner el mundo en espera para poder pensar. Una vez leí una historia en la que el protagonista vivía dos segundos por detrás del resto de la gente. Aquel pequeño retraso le arruinaba la vida y al final lo llevaba al suicidio.

Parecía como si también yo hubiera acabado en una novela fantástica. ¿Nos habrían fumigado con un gas psicoactivo y yo era la única persona a la que no le hacía efecto? ¿O era yo la que se había vuelto loca y no comprendía la lógica de quienes me rodeaban? ¿Estaba dormida y aquello era una pesadilla interminable? ¿O se trataba de una consecuencia del accidente y mi cerebro no se había recuperado del todo de la conmoción?

Todo había cambiado. De repente, no reconocía a las personas con las que llevaba diez años viviendo. Y lo que es peor, les tenía miedo.

Todo el mundo empezó a hablar mucho. Los vecinos estaban a la espera en el banco de debajo del edificio. Bajar a por el pan sin que me pararan mil veces era imposible. La gente creía en el Sector Derecho, en los banderistas, en el hombre del saco y en las invasiones alienígenas. Kiev había desaparecido del mapa y era un amasijo de ruinas. Saboteadores americanos habían envenenado el suministro del agua y solo se podía beber agua embotellada. Las autoridades de la capital habían dado la orden de cegar las minas e inundar Donetsk. A «*nuestros chicos*» los mataban a tiros en la plaza del Maidán. A un agente de la *Berkut*[4] le habían arrancado un ojo. Unos tipos habían entrado en casa de una mujer y le habían volado una pierna. ¿Qué casa? ¿Qué mujer? Cada uno contaba una versión diferente de cada rumor, y el de aquella pobre mujer con la pierna dinamitada viajaba cojeando desde Slóviansk hasta Horlivka.

El transporte público se convirtió en una pesadilla. Fueras donde fueras, en cada trayecto alguien se subía con un móvil en la mano, se ponía a hablar a gritos e incluía a todo el pasaje en la conversación. Las mismas historias circulaban una y otra vez. Yo incluso identifiqué unas cuantas fuentes habituales: el adivino de la tercera edad, «mi nuera la de Kiev me ha llamado por teléfono» y «a mi hija le han dicho en el trabajo».

Al principio me enzarzaba en discusiones, pero la cosa solía ponerse fea. Llegaron a escupirme a la cara y echarme a empujones del minibús. A partir de entonces me ponía los cascos y fingía que no estaba allí.

Una vez, en la calle Artem vi a unos jubilados atacando a un equipo de televisión. Les destrozaron la cámara y la emprendieron a golpes con el camarógrafo. Los viandantes volvieron el rostro, y una

patrulla de policía que estaba justo enfrente se quedó allí sin hacer nada, mirando a propósito en la dirección opuesta. Corrí hacia ellos diciendo algo y empecé a sacar al joven periodista de entre la multitud de agresores. Los viejos se detuvieron sorprendidos y la tomaron conmigo.

—*¿Quién eres tú?*

—*Soy de la ciudad, vivo aquí.*

—*Conque vives aquí, ¿no? Entonces dinos dónde está el Kontinent.*

—*En esa dirección.*

—*¡Mentira! ¡No es de aquí, el Kontinent está para el otro lado!*

Me quedé patidifusa. Sabía de sobra dónde estaba el centro comercial en cuestión, porque allí era donde me dirigía en aquel preciso instante. ¿De qué iba todo aquello? ¿Quiénes eran? Entonces vi que se acercaba un joven con ropa de deporte.

—*¿Qué pasa aquí?*

—*Pues mira…* —dije agarrando al periodista de la muñeca— *los vejetes estos han perdido la chaveta. Confunden el Kontinent con el Donbás Arena. No tengo nada que ver con ellos.*

Me doy la vuelta y me voy y nadie me detiene. Por el rabillo del ojo veo que el periodista ha escapado.

El taller era una isla de sentido común. Quizá los salarios eran buenos, o quizá solo tuvimos suerte, pero nadie de la plantilla se fue «de excursión» a Kiev. Cerramos el año con pedidos para el próximo, pero a mediados de febrero el lugar era una tumba. Después de una semana sin una sola llamada, nos reunimos y dimos vacaciones a la plantilla.

Bajé unas cuantas veces al monumento a Shevchenko, donde se celebraban las manifestaciones del Euromaidán en Donetsk. Rondaba por allí, sin atreverme a unirme a los activistas. Eran pocos, entre veinte y cincuenta personas, y se quedaban en medio de la plaza como mártires. La gente los empujaba, les escupía o los acosaba… Me aterrorizaba el pensamiento de estar allí con ellos, con todo el mundo mirando, así que me iba corriendo y despreciándome a mí misma por mi cobardía.

Por Internet era más fácil. Me unía a grupos patrióticos en Facebook y en VKontacte y daba «me gusta» como los valientes a las publicaciones que comentaban lo que sucedía. Mi vida pasó a ser sobre todo realidad virtual, ya que la auténtica era confusa y pavorosa. Tardé una semana en preguntarles a Roman y Borysovych qué opinaban de las manifestaciones del Maidán y casi me desmayo de alivio cuando dijeron «ojalá empalen al criminal de Yanukovych».

Un día el miedo cesó, desapareció dejando paso a una nueva gama de sensaciones. Seguro que los gimnastas se sienten igual cuando

superan el miedo al volar hacia el trapecio o el cazador al enfrentarse al lobo cuchillo en mano.

Por ironías del destino, la fecha de nacimiento de mi nuevo yo coincidió con aquella visita de mi vecina. Valentina Stepanivna apareció por nuestra casa por primera vez desde Navidad, se limpió los zapatos en la puerta y se encaramó en el sofá. Era evidente que se había puesto sus mejores galas para la ocasión: llevaba un ramillete de flores de fieltro en la rebeca gris y unos cuantos anillos le relucían en los dedos resecos y artríticos. No vino con las manos vacías, trajo tres frasquitos de *medusa* o kombucha, una bebida casera de té fermentado. Fue una medida inteligente: es imposible enfadarse con alguien que viene con kombucha casera.

—¿Sabes hija? Anoche soñé que volaba.

—¿Ah sí? ¿Y dónde fuiste?

—Por la sala, pasillo abajo y a la derecha. No muy alto, como a medio metro del suelo.

—¿Cómo lo hacías? ¿Agitabas las manos o aleteabas con ellas?

—No te lo vas a creer. Era una sensación de lo más natural. Volaba en horizontal, boca abajo, observando las motas de polvo en el parqué.

Nos miramos y nos echamos a reír. Yo estaba doblada de risa y a ella la sacudían unos leves temblores y se sujetaba la dentadura postiza con la mano. Por un momento todo fue como antes, era como si una entidad extraña abandonara el cuerpo poseído y la marioneta se liberara de ella.

Entonces encendimos la tele y vimos los sucesos de la calle Instituska, los cadáveres de la plaza del Maidán, la calle Khreshchatyk, la principal de Kiev, a oscuras, los informes horarios del número de víctimas. Estuve delante de la pantalla hasta la noche y, cuando me levanté, el miedo me había abandonado.

—oOo—

Ya nada tiene sentido. Todo en lo que confiaba se me convierte en polvo entre las manos. La realidad se separa del sentido común. Querría estrujarme los ojos y fingir que no existo: ¡Que alguien me pellizque!

Yo no soy yo. Soy un caracol, un bollo de pascua, un mueble, una de esas antiquísimas estatuas escitas que se llaman *babas*. Una simple *baba* ucranio-escita de piedra.

Trescientos vagabundos asaltaron el edificio de la administración del gobierno regional. Entraron por la fuerza en las oficinas y se llevaron los televisores, los aparatos de aire acondicionado y las bolsitas de té sin usar. ¿De buenas a primeras las autoridades huyen

con el rabo entre las piernas de un épico ejército armado con palos, bombonas de gas y una semana de resaca? ¿Qué tomadura de pelo es esta?

Arrancaron las banderas ucranianas como si no fueran más que adornos de papel. Yo no lo entendía. ¿Eran esta bandera, este Estado, una pura mentira? ¿Para qué llevaban los policías los antiguos galones de san Jorge? ¿Para quedarse de brazos cruzados? ¿Por qué se me reían en la cara cuando les preguntaba qué pasaba con el juramento que habían prestado y con el orgullo del uniforme?

¿Por qué se queda todo el mundo tan tranquilo? ¿Por qué nadie enciende las almenaras, ni grita, ni corre a la calle a medio vestir pidiendo ayuda?

La ciudad se llenó de coches con matrícula rusa. Eran «turistas» que pronunciaban «a» en lugar de «o», decían *shto* en lugar de *sho* al decir «que», agotaban el alcohol de los supermercados, bebían y comían en el césped, se meaban en los jardines y nosotros pasábamos por su lado con la cabeza gacha.

En mi vida me había sentido tan sola e indefensa. A mi abuela y a mí nos rodeaba un abismo. A las vecinas y amigas que venían a tomar el té casi a diario se les olvidó de pronto cómo llegar a nuestro apartamento. Baba Olya se volvió huraña. Cuando llegaba a casa por las noches ya se había ido a la cama, y yo sacaba cada vez más botellas de vino del cubo de la basura. No tenía valor para echárselo en cara y ella no me preguntaba dónde iba ni con quién.

—¿Qué vamos a hacer, Roman?

—Lo único que tú puedes hacer es largarte. ¿Es que no te das cuenta? Todo se está yendo a la mierda. Vete de aquí y llévate a tu abuela.

—¿Y vosotros?

—Lucharemos. Esos hijos de puta no nos van a pillar.

Tenía razón. Hacer las maletas, coger a los abuelos e irte. Irte mientras aún tengas el depósito lleno y dinero en el banco. Cuanto más lejos mejor. En mi próxima reencarnación prometo escoger la opción lógica y salir corriendo hacia las montañas al primer signo de «paz rusa».

Salí de la nave y miré los charcos de marzo, los negros árboles helados, los oscuros rieles y garajes, la bolsa de plástico enganchada en las ramas, el sol reflejado en el montón de chatarra, el humo aceitoso que salía de la central eléctrica. Me rasqué una quemadura reciente de cristal fundido mientras echaba un ojo a las estropeadas estructuras de las piezas sin terminar.

—Eres idiota. No voy a ninguna parte. ¿Dónde está Borysovych?

Borysovych y los muchachos se habían escabullido al comisariado

militar, donde el ejército territorial elaboraba una lista de personas aptas para el servicio. Se estaba organizando una especie de batallón del Donbás.

—¿Sabes lo que te digo, Roman? Vamos a sentarnos un rato a hacer unas llamadas. Llamemos a nuestros clientes de Kiev y de otras partes del país. Que nos cuenten que pasa por allí. Ucrania tiene que existir en algún sitio, ¿no? En algún lugar tiene que haber un trozo de tierra firme para nosotros. A ver en qué punto nos encontramos. ¿De acuerdo? Y otra cosa. Pertenezco a un grupo de Facebook al que he estado subiendo información sobre las manifestaciones del Maidán de Donetsk. Tenemos que revisar a todos los miembros y abrir un chat privado para organizarnos.

—A la orden, *mein Führer*.

No era broma. Una vez vi de reojo que me tenía en la agenda del móvil como «*Führer*».

A principios de marzo organizamos unas cuantas manifestaciones que funcionaron bastante bien. El cuatro de marzo asistieron más de cinco mil personas y cantaron el himno nacional. Los coches tocaban el claxon, la gente nos saludaba. Yo llevaba mi bandera en un mástil y por un instante creí que todo iba a salir bien, que íbamos a cambiar lo que estaba pasando, que la pesadilla tendría fin. Nos animamos y relajamos un poco. Estuvimos juntos mucho rato planeando los detalles de la próxima manifestación.

Teníamos preparada una sorpresa para el día siguiente. Íbamos a desplegar una enorme bandera ucraniana. Mariia Olekssiivna, la viuda de un minero, la confeccionó ella sola en su apartamento microscópico con una máquina de coser normal y corriente. No sé cómo no se ahogó bajo los kilómetros de tela de raso. Cuando la enrollamos resultó que no cabía por la puerta y casi no conseguimos sacarla por el portal del edificio.

Acudió una multitud de familias con niños a ver el despliegue de la descomunal bandera. El jefe de la policía local, Romanov o algo así, dio su palabra de que la manifestación se celebraría de manera pacífica y que los patriotas gozarían de protección. Entonces dijeron en las noticias que éramos diez mil, quizá fuera verdad, en aquella época aún no sabía calcular el número de personas que hay en una manifestación. Solo sé que era una marea humana. Nos abrazábamos, nos estrechábamos la mano, yo me sentía entusiasmada y aliviada. Éramos tantos que no nos daba miedo hacernos oír. No nos daba miedo cantar el himno. Había madres jóvenes, jubilados, estudiantes, patriarcas y matriarcas, forofos del fútbol y adolescentes, gente de campo y hípsters de ciudad. De repente, aunque no se hubieran visto nunca, todos tenían algo en común, todos eran un único pueblo. Nos volvimos ucranianos y portamos nuestra Ucrania como un atleta la

antorcha olímpica, más alta que el cielo.

No diría que nos confiamos. Sería más correcto decir que no estábamos preparados para lo que sucedió. La mayoría no sabíamos a qué nos enfrentábamos, no conocíamos la vileza del enemigo que teníamos delante. Nosotros íbamos a aquella plaza a convencerlos. Ellos venían a matarnos. Y punto.

Al principio, cuando la multitud empezó a dar bandazos y a echarse a un lado y el suelo empezó a llenarse de cadáveres, no entendí qué pasaba. Los atacantes eran muchos menos que nosotros, unos pocos cientos, pero estaban bien entrenados. No perdieron el tiempo en conversaciones. Fueron directos a romper huesos y machacar cabezas con porras y armas, a disparar al gentío y a lanzar proyectiles y granadas de humo. Les daba igual quién cayera, mujeres, niños, ancianos. Su objetivo era sembrar el pánico, y nadie les opuso resistencia.

En cierto momento noté que me desplomaba y que era la última vez en mi vida que lo hacía. Luché a la desesperada por respirar, me apoyé en la espalda de alguien, me rompí las uñas tratando de agarrarme a las chaquetas y mochilas de la gente, pero era en vano. El pie se me había quedado atrapado en un hueco entre los adoquines. Oí cómo el tobillo crujía y se fracturaba, pero no podía hacer nada. De pronto, uno de los policías que andaba por el perímetro de la manifestación fingiendo que lo que pasaba no iba con él corrió hacia mí, me agarró del cuello como las gatas agarran a sus cachorros y me lanzó bajo el refugio de nuestra bandera, con mi gente.

No veía lo que pasaba detrás. Solo oía los gritos, las quejas, los insultos. Alguien chillaba a pleno pulmón, alguien rezaba. El miedo y la emoción me trajeron a la memoria unas palabras a las que nunca había prestado demasiada atención. Solo sabía que eran del salmo 91, la oración del soldado: «*No tendrás que temer del terror de la noche ni de la peste que anda en las tinieblas*». ¿Cómo seguía? «*Que a tu lado caigan mil y diez mil a tu diestra, que a ti no te alcanzará*». Los versículos fluían uno tras otro. Me acordé de que mi madre nos los leía por las noches como si fueran una nana. Si me concentraba un poco, incluso escuchaba su voz. ¿De qué nos protegías en tus plegarias, mamá?

—oOo—

La situación se desmadró de tal forma que ni ahora que los recuerdos están aún frescos tengo clara la secuencia de los acontecimientos. Creo que se debe sobre todo a la adrenalina. El estrés y la adrenalina me inundaban y desbordaban exigiéndome hacer algo. No podía parar. No comíamos, apenas dormíamos, nos metíamos pastillas de cafeína y nos pasábamos las veinticuatro horas del día en

los chats y al teléfono. Por primera vez en mi vida supe lo que es sufrir un ataque de nervios: tiemblas tanto de preocupación que se te cae la taza de té de las manos, no puedes hablar porque te castañetean los dientes y se te encaja la mandíbula.

Me preparé a conciencia para la siguiente manifestación. Nada de tacones, bolso o mochila; el pelo recogido en un moño en la nuca; tres jerséis para, en teoría, amortiguar los golpes. No cabía preguntarse si ir o no, tenía que estar allí, en la plaza, hombro con hombro con la gente a la que creía y respetaba. Incluso si éramos solo una gota en el océano y ese océano estaba lejísimos, teníamos que estar allí del primero al último, insuflando fuerza a aquel torrente que desembocaría en la «gran» Ucrania.

La corrupción saltaba a la vista. No tardamos en darnos cuenta de que ni el gobierno ni la fiscalía pensaban ayudarnos. Además, cualquier contacto con cargos oficiales o miembros de los cuerpos de seguridad del estado suponía un riesgo.

Nuestra gente comenzó a desaparecer. Después de las manifestaciones, la policía se llevaba a los manifestantes detenidos. Los que reaparecían después en tribunales que les impusieran solo una sanción administrativa eran pocos. A muchos no los volvíamos a ver, y las redes sociales se llenaron de fotos de personas desaparecidas. Las chicas y yo buscábamos por los hospitales. Fingíamos tener contactos o untábamos al personal sanitario, que nos soplaba información de las víctimas de brutalidad policial. Los ataques a miembros de nuestro círculo próximo se hicieron cada vez más habituales. Las palizas y las puñaladas no se limitaban tan solo a los organizadores de las manifestaciones. También atacaban a los periodistas que informaban sobre ellas, a los médicos que atendían a los heridos o a las chicas que preparaban comida y alojaban a los que vivían fuera. Incendiaban coches en los garajes y aparcamientos. Los niños también lo pasaban mal. Si en un colegio se corría la voz de que la madre o el padre de un alumno asistía a las manifestaciones, el niño era víctima de los abusos más sádicos.

Circular con cualquier símbolo patriótico en el vehículo era otra ordalía. En cuanto un coche con una bandera ucraniana se paraba en un semáforo, un rebaño de abuelas o de jubilados, o de ambos, se le echaba encima y le rompían las puertas, el parabrisas y los retrovisores, o le lanzaban «bombas» de harina, barro o mierda. Tras unos cuantos altercados, el número de coches «azules y amarillos» se redujo de forma drástica.

Se planeó un evento de gran envergadura para el 13 de marzo. Además de un concierto, unos políticos de Kiev pronunciarían un discurso y se esperaba la asistencia de algunas autoridades eclesiásticas. Los del comité de organización no dábamos abasto.

Nunca había pensado que organizar manifestaciones fuera tan pesado. Había que comprar tela y mástiles para las banderas, cargar el equipo del escenario, encontrar un escenario (los empresarios locales no querían tener nada que ver con nosotros), gestionar el transporte, el alojamiento y la comida de quienes no vivían en Donetsk, diseñar las pancartas, ocuparse del departamento de información, redactar noticias, conceder entrevistas, organizar canales, encontrar gente para retransmitir en directo, diseñar la secuencia del evento… La cabeza nos daba vueltas, pero estábamos a nuestras anchas en medio de aquel caos. Sentíamos que con un poco más de tiempo y unas manifestaciones más las cosas cambiarían. No había más que fijarse en los «*opolchentsi*», los militantes desharrapados, la turba alcohólica, débil y miserable, los yonquis y vagabundos que se las habían ingeniado para hacerse con los edificios de la administración regional y local en un solo día y la inmoralidad con la que se ganaban la vida y compararlos con nuestra gente, brillante, racional, fuerte… Nos animábamos los unos a los otros anticipando la indudable llegada del gran día. Al fin y al cabo, el bien siempre acaba venciendo, ¿no? Puedo garantizar que nosotros estábamos en el bando de la luz.

La mañana del día anterior a la manifestación alguien me llamó desde un número desconocido. Respondo y de pronto escucho la voz de nuestro antiguo jefe de seguridad. Decir que me quedé asombrada es poco. No había vuelto a ver a Komar desde el otoño y no pregunté por él a propósito. Y de buenas a primeras me llama y me pide que me reúna con él.

No acudí a la reunión. Me preparé e incluso me maquillé, pero en el último minuto cambié de idea y decidí no ir. Le pedí a Borysovych que fuera en mi lugar y se enterara de qué querían de nosotros las «autoridades».

Borysovych llamó unas horas después con noticias increíbles. Resultó que Komar nos había traído un coche lleno hasta arriba de porras, escudos y botes de gas lacrimógeno.

—*Para que no estéis ahí desnudos* —murmuró antes de decirle que lo descargara todo lo más deprisa posible.

Encantado, Borysovych paró al primer coche que pasaba, cuyo conductor se llamaba Kostik o algo así, lo llenó con nuestros nuevos tesoros y salió corriendo hacia el cuartel general. No hubo tiempo para darle las gracias al inesperado benefactor, pues se dio la vuelta y se largó sin despedirse. Ni me mencionó, por cierto. Yo lo llamé para disculparme por no haber ido, pero el número estaba ya fuera de servicio.

Llegamos pronto a la plaza Lenin, donde nos esperaban dos desagradables sorpresas. La primera es que parte del lugar estaba ya ocupado por los seguidores de la «paz rusa»: no eran muchos, pero

ocupaban una zona alta cercana al monumento de gran valor estratégico. Las habituales abuelas y jubilados enloquecidos con sus pancartas que decían «¡Socorro, Putin!» estaban en primera línea. Detrás de ellos había otro nutrido grupo de ancianas. La segunda sorpresa me dejó patidifusa. Las porras y los escudos habían desaparecido. El tal Kostik llegó al comité de organización con las manos en los bolsillos diciendo que había aparcado el coche a unas calles de distancia porque era imposible acercarse más.

—Pero no os preocupéis —dijo. La policía había dado el visto bueno y la manifestación se celebraría sin violencia. No se permitirían «excesos».

Mientras los hombres discutían, decidí acercarme a ver por mí misma dónde estaba el coche. Me abrí paso entre el gentío. Había un montón de manifestantes. Muchos llevaban paraguas. Desagradables experiencias previas habían enseñado a las mujeres a usarlos para protegerse de los huevos, la basura y demás sustancias que nos lanzaban a la cabeza. Atravesar la multitud me llevó un tiempo. Estaba ya casi fuera de la plaza cuando sonó el móvil.

—oOo—

Oksana y yo no éramos amigas. En general, yo no tenía amigos, porque carecía tanto de la habilidad como del tiempo para conocer gente, pero la amistad entre Oksana y yo era imposible por pura incompatibilidad. Yo era pequeña y delgada y ella me triplicaba en tamaño. Mi muñeca era del grosor de dos de sus dedos y sobraba sitio. Yo era toda rodillas y codos y ella toda suaves colinas. Yo era callada y ella hablaba como una cotorra. Yo me lo guardaba todo dentro y ella no tenía secretos. Yo nunca llegué a aprender a relacionarme con los hombres y ella cambiaba de amante como quien cambia de camisa, y a veces incluso se cruzaban en el portal de su casa.

No, no éramos amigas. Nos limitábamos a comer juntas. Oksana solía venir a casa a comer con mi abuela buscando tranquilidad. Sus monólogos no me enervaban, de hecho, me gustaba pintar con una de sus interminables historias de música de fondo. Yo no decía ni pío. Me limitaba a asentir con la cabeza y escuchar. A cambio, mi vecina alababa mi trabajo, bocetos incluidos, y no me permitía tirar ni un borrador.

Vivía en su casa con seis hermanos y hermanas, su madre, que se desvivía por mantener el orden, y una foto de su padre. Su padre era un minero que un buen día no salió a la superficie. El bloque asistió a su funeral *in absentia*, es decir sin cadáver. Recuerdo que intentamos conseguirle una pensión de viudedad, las innumerables oficinas que recorrimos hasta lograrlo y cómo Oksana aparecía por casa toda

solemne. Anduvo callada una semana más o menos y después volvió a su ser habitual.

Yo estaba al día de sus pretendientes, sus estudios en la escuela de Pedagogía y sus dificultades para encontrar trabajo. Era una de esas pocas mujeres que han nacido con un don natural para la enseñanza. Le encantaban los niños. Los chillidos y los olores no la perturbaban lo más mínimo. A menudo se quedaba en el trabajo sin protestar hasta que su último alumno terminaba las tareas. La primera vez que traté de convencerla de no hacer algo fue cuando anunció que dejaba el colegio para trabajar de *nanny* con una familia.

La familia en cuestión era la de la hermana o algún pariente cercano nada menos que de Rinat Akhmetov. El servicio de guardaespaldas de Akhmetov solo le dio el visto bueno después de un riguroso chequeo de antecedentes. El proceso la intimidó de tal manera que nos visitó atemorizada para contarnos entre grandes gesticulaciones lo que había tenido que aguantar.

—Esto no va a acabar bien, Oksana. Tienes que salir de ahí.

—Solo un tiempo más. Entiéndeme, tienen un niñito… Está asustadísimo de su padre, de su madre, de los guardaespaldas, de todo el mundo. Me esconde caramelos en los bolsillos. No te puedes imaginar lo que eso significa para él, con la abuela y la madre rondándole como buitres y diciéndole: ¡*No le des tus caramelos a nadie*! Y él se encoge y se echa a llorar y al día siguiente me vuelvo a encontrar un caramelo en el bolso.

Estaba en plena plaza Lenin, rodeada de dos mil mártires, bajo una lluvia de huevos y escupitajos por un lado y por el otro aplausos, pitos y gritos de apoyo, y una mujer desesperada al teléfono.

—¡Por favor, te lo suplico! Ven a por mí, deprisa. Dicen que si no me voy con ellos me matan y me entierran aquí mismo. ¡Haz algo, por favor!

Entre los llantos y la histeria general, no me resultó fácil comprender que los Akhmetov habían decidido largarse a Rusia y le habían dado a la *nanny* una hora para hacer las maletas. El niño la quería mucho, así que ella se mudaba a Rostov con la familia y fin de la discusión. Cuando les dijo que no tenía intención de irse a vivir a Rostov le dijeron que se podía meter sus intenciones por donde amargan los pepinos.

Intenté buscar una solución. Desde luego, el momento no podía ser menos oportuno. No obstante, si un miembro del clan Akhmetov te dice que te va a matar, lo más seguro es dar por hecho que te van a matar. De modo que Oksana tenía una hora, después de lo cual habría que peinar toda Rusia para encontrarla.

—Vale. No pierdas los nervios. ¿Has hecho las maletas? Dentro de

diez minutos les dices a los guardaespaldas que se las lleven y te vas para la puerta exterior. Te recojo fuera. Que no se te olvide el móvil.

Salgo de la plaza, paro el primer taxi que pasa y salgo disparada hacia la mansión de los Akhmetov. Llegamos justo a tiempo. La verja se abrió y una sombra aterrorizada en bata y zapatillas salió a la calle. Frenamos a su lado.

—¡Vamos, entra! —le grité. Nos fuimos a toda velocidad. Por suerte, el taxista era un hombre con tacto que conducía rápido y no hacía preguntas inútiles.

Oksana no tenía buen aspecto. Tenía la cara hinchada de llorar y un moratón en la mejilla, y estaba medio desnuda. ¿Dónde podía llevarla con esa pinta?

—¿Tienes dinero? ¿Dónde está tu documentación?

—Me lo he dejado todo allí. El pasaporte también. Solo tengo las tarjetas de crédito y…

No sé si hice lo correcto, pero es lo único que se me ocurrió. Al llegar a la estación, le di mi abrigo y mis zapatillas de deporte, saqué dinero y la metí en el primer autobús a Dnipró. Conocía a una mujer que dirigía un orfanato en Dniepropetrovsk. Era una buena persona. Unos años antes había aparecido un benefactor corriendo como un pollo sin cabeza y se había empeñado en renovar los dormitorios. Nosotros fabricamos las cristaleras y coordinamos la obra juntas. Un par de meses después me pasé por allí a visitar a los niños. Noté que la decoración seguía aún en su sitio y no faltaba ni un soporte. Stepanivna y yo nos mantuvimos en contacto. A veces dibujaba con sus alumnos. Pensaba ofrecer un contrato de prácticas a algunos de los graduados, pero al final no lo hice. Por eso se me ocurrió llamarla.

—¿Necesitas una profesora fantástica a la que le encantan los niños?

Lo planeamos todo en un momento. La recogerían en la estación, le harían documentación nueva y la alojarían en la escuela. Conociendo a Oksana, sabía que se iba a pasar el día llorando, pero que mañana se calmaría un poco y pasado mañana ya estaría convencida de que había nacido para trabajar en aquel centro.

Nos dimos un abrazo de despedida. Le metí la nariz en el plexo solar y ella me dio un cariñoso beso en la nuca.

—Te lo agradezco mucho. Ni me imagino lo que habría pasado si…

—Calla, calla. Súbete al autobús y busca tu asiento. Cuando llegues me llamas.

—Yo también te echaré de menos.

Esperé hasta que se fue el autobús y le dije adiós con la mano durante mucho rato. Después corrí a la plaza con sus zapatillas, que encima me estaban grandes.

Cuando llegué ya había oscurecido. Según me acerco me doy cuenta de que la cosa pinta mal. La multitud no está de nuestra parte. No es nuestra gente. Gritos, llantos, y plástico y cristales rotos bajo los pies. Todo el mundo está pegando chillidos, al principio no comprendo qué dicen.

—¡De rodillas, de rodillas!

¿De qué iba aquello? A alguien le están dando una paliza un poco más allá y de pronto veo a una docena de jóvenes echársele encima a un tipo, tirarlo al suelo y patearle la cabeza. Me salpica la sangre. ¡Dios mío, que lo matan! No puedo respirar, el hedor del gas lacrimógeno flota por el aire y en la distancia se elevan columnas procedentes de los botes de humo. Una ambulancia se mete entre el gentío justo delante de mí y yo la sigo. La masa se resiste a abrirle paso. Avanzamos en dirección oeste hacia el epicentro.

Veo por el rabillo del ojo a los antidisturbios esperando detrás de sus escudos. ¿Dónde vamos? Más adelante distingo la silueta de un autobús incendiado. Las llamas y el humo salen por las ventanas y las puertas. Hay un grupo de jóvenes arrinconados contra una pared, algunos doblados, otros de rodillas, y la gente les tira piedras y cosas. Están ensangrentados, rodeados de un mar de sangre y el olor a hierro se une al del gas. Al final, la policía abre un pasillo entre el autobús y la ambulancia y transporta a un hombre hasta el vehículo. Una mancha negra se le extiende por el jersey y detrás de la mancha brilla el blanco rostro. Está inconsciente, quizá muerto. Observo si lo meten en la ambulancia con los pies o la cabeza por delante. No recuerdo cuál es el lado bueno si la persona está muerta o aún vive.

Voy descalza porque hace rato que he perdido las zapatillas. El suelo está húmedo y resbaladizo. Sé que tengo que salir de allí, pero no sé por dónde. La plaza parece infinita, mire donde mire todo son gritos, quejidos, rabia, masacre. Parte de mí sabe que nada de esto es real, es solo una pesadilla de la que estamos a punto de despertar. La otra parte lo registra todo como una cámara, y en la cabeza una frase se me repite como un tic: «soy una testigo, soy una testigo, soy una testigo». ¿Testigo de qué y de quién si me matan? Aquello era un baño de sangre.

—*¿Qué haces ahí? ¡Sube, rápido! Joder, ¿es que estás sorda?* —grita un paramédico. De repente me doy cuenta de que me lo dice a mí.

Sin pensarlo dos veces, salto a la cabina y el vehículo sale de allí volando. La sirena ahoga el griterío de la multitud.

—oOo—

El joven murió en la ambulancia. Por supuesto, en aquel momento

yo no sabía que tenía veintidós años y era hijo único. Solo veía las manos del médico. Estaban cubiertas de sangre, una sangre que al principio era casi negra y empapaba la camilla y el suelo, y después fluía en hilos más finos hacia donde yo estaba sentada.

—Es inútil. No vamos a llegar a tiempo.

Aun así, lo siguieron intentando, incluso cuando ya «era inútil». Parecía una regata de remo. Sí, parecían remeros, arqueando la espalda arriba y abajo, con el capitán marcando el ritmo: un, dos, tres, un, dos, tres. Sin embargo, yo sabía que se esforzaban en vano, que habían perdido la regata y que el cuerpo por el que tanto luchaban se había convertido en una trémula cáscara vacía. Nunca había presenciado la muerte antes, y mucho menos me había enfrentado a ella cara a cara, pero desde luego, la reconocí de inmediato.

Entonces pararon. La enfermera se apoyó contra el lateral de la ambulancia y el médico se sacó un paquete de tabaco del bolsillo y encendió un cigarro. El conductor apagó la sirena y la radio, que hasta entonces solo emitía un zumbido ininteligible, llenó de voces la parte trasera de la furgoneta.

—*¿Estás herida?* —me preguntaron por fin. No encontraba fuerzas para responder, así que me limité a mover la cabeza.

—*¿Lo conoces?*

—No lo sé. A lo mejor. ¿Dónde vamos?

Hospital de distrito de Kalinin, planta de neurocirugía. Les pedí que me dejaran allí mismo, aunque no tenía ni idea de dónde estábamos ni de cómo volver a casa, puesto que tenía que atravesar la ciudad entera con aquella pinta. Me daba igual. No soportaba un minuto más en aquella ambulancia.

—Como quieras, pero tienes que dejarnos tus datos, porque quizá te interroguen. Al fin y al cabo, eres testigo.

Asentí y les di mi nombre y número de teléfono. Falsos, por supuesto. El médico se dio cuenta, pero los anotó de todas formas.

El vehículo se detuvo. Yo me apeé y miré alrededor. Sé dónde estoy. Cerca del teatro de títeres. Sé que tengo que volver a casa, a ser posible sin llamar la atención, y me acuerdo de que no tengo dinero. Por algún lado tengo la tarjeta y además por suerte el móvil ha sobrevivido. Sin embargo, no consigo reunir fuerzas para buscar un cajero o un sitio donde llamar por teléfono. Si la memoria no me falla, lo mejor sería cruzar la avenida y esperar un microbús. En lugar de eso, echo a andar hacia delante durante un buen rato hasta que me meto en un bar.

El bar estaba lleno, casi todas las mesas estaban ocupadas, pero por suerte encontré un sitio en un rincón al lado de la puerta. Hacía calor, en cada pared había un televisor retransmitiendo el mismo

partido de fútbol. Me toqué los pies doloridos por debajo de la mesa. Estaba descalza, solo llevaba unos cubrezapatos de plástico que la enfermera de la ambulancia me había dado, Dios la bendiga. Pedí una taza de chocolate. Me lo pensé un poco y añadí unas patatas fritas, costillas, una ensalada y un plato de queso.

Los pies me entraron en calor poco a poco. Traté de mover los dedos como si movilizara todo el cuerpo. Comía mirando el fútbol sin saborear la comida. Eran los octavos de final de la Europa League, España-Portugal. Yo iba con España. La gente veía el partido al mismo tiempo. En la mesa de al lado había un grupo de estudiantes que iban de juerga. Estaba tan llena de vasos que no quedaba sitio para la ración de calamares que habían pedido, así que la sostenían en las manos, como en las bodas de campo. Más allá, una joven pareja comía su plato muy concentrada, sin mirarse siquiera. En otra mesa celebraban un cumpleaños y la homenajeada se hacía selfis con los invitados.

Me sentía un poco rara. Esperaba otra reacción, al menos algún tipo de reacción, pero no salía de mí ninguna respuesta emocional. Había sido testigo de una enorme tragedia. Lo que acababa de presenciar nos incumbía a todos, a cada habitante de esta ciudad. Donetsk yacía ante nosotros como un enorme animal al que le hubieran inyectado una dosis de veneno en la columna vertebral. Su cuerpo moría. Pronto no sería capaz de moverse y ya solo podría ver cómo lo devoraba un depredador más fuerte pero de menor tamaño. Tenía por delante una larga agonía, el sistema nervioso periférico enviaba las señales de alarma, pero el cerebro medio grogui no las recibía. En su cabeza, de momento todo iba bien..

Hice una mueca y miré alrededor con los párpados entornados. Me sentía mejor así; la tenue luz me irritaba los ojos. Mi abuela me habló una vez de la «máscara de la muerte». Según se decía antes, hay personas que saben que alguien va a morir con tres o cuatro días de antelación gracias a un cambio imperceptible en sus rasgos faciales. Nunca he sido supersticiosa, pero el recuerdo acudió a mí en aquel preciso instante. El bar entero, los comensales y la plantilla, todos estaban muertos. Se les afiló la figura como si estuvieran en una pantalla plana y el espacio oscuro y vacío que los separaba dejó de ser oscuro y vacío. La sensación no duró más de un segundo, pero aun así era un segundo que había sucedido.

Había una chica, la camarera de cejas perfiladas con estilo, que cruza un puente con una bolsa de cuadros a rastras. La bolsa es mayor que ella y lleva en brazos a un niño de un año o dos. Al final del puente la carretera se interrumpe y tienen que subir una cuesta escarpada agarrándose a una cuerda, así que se ata un pequeño pañuelo alrededor del pecho para que el niño no se caiga. Dan unos

pasos sin soltar la bolsa, pero de pronto el suelo tiembla y un abismo se le abre justo bajo los pies.

Había un estudiante, ese que flirtea sonriente con la chica sentada a su lado, que de pronto se queda quieto y se desploma hacia delante con tres agujeros en plena espalda.

Más allá había un hombre fornido con un vaso de cerveza en la mano. Está desnudo de cintura para arriba, los brazos a la espalda amarrados a una tubería oxidada. Medio de pie y medio colgando de la tubería, tiene el cuerpo entero hecho una llaga. Alguien lo coge del pelo, pero él no levanta la cabeza, que le cae de nuevo sobre el pecho.

Me limpié la cara con las manos. Ya era suficiente. Al parecer, por fin reaccionaba al estrés, pero no era ni el momento ni el lugar de derrumbarse. Tenía ganas de llorar, pero era mejor hacerlo en la cama o bajo la ducha caliente. Allí no, no en un restaurante. Tenían datáfono. ¿Podría pagar con tarjeta? De lo contrario, las aventuras del día no habrían terminado aún.

Tenía que llamar a todo el mundo. Saqué el móvil y vi que se le había agotado la batería. Lo llevé a la barra a que me lo cargaran, aliviada por el breve retraso. De momento estábamos vivos. De momento podía fingir que aquella noche no había sucedido, que era solo una horrible pesadilla. En cuanto encendiera el móvil sabría los nombres. ¿Había más muertos, aparte del joven acuchillado de la ambulancia? Seguro que sí. Estaban apaleando a muerte a todo el mundo. ¿Qué habría sido del anciano que caminaba al frente de la multitud con una bandera en las manos…? Parecía que la usaba de escudo. ¿Cómo pensaba defenderse con un retal? ¿Qué protección podía prestarle un trozo de tela contra los balazos o las pedradas?

Fui al baño y me lavé bien la cara y las manos. Pedí un café y saboreé cada sorbo. El móvil ya se había encendido y desde donde estaba, detrás de la barra, oía como me llegaban los mensajes, docenas de mensajes de gente desesperada tratando de ponerse en contacto conmigo. Supongo que no era muy responsable de mi parte estar allí sentada tomándome un café.

De pronto se abrió la puerta y entró un grupo de hombres. No esperaba encontrármelos allí de aquella forma. El primero en entrar fue un despeinado Borysovych, y Oleh, y Don, y después Komar, que ayudaba a mi querido Roman a bajar las escaleras.

—¿Pero qué hacéis aquí?

Me bamboleé por el aire un instante, colgando del pecho de alguien. Por fin me eché a llorar. Empecé a respirar de nuevo. Inspirar y expirar. Sentí de golpe el frío y las punzadas de la escarcha en los pies congelados, el dolor de la herida en la rodilla y en la lengua el sabor de la comida que llevaba una hora comiendo. ¡Dios mío, estaban vivos! ¿Cómo me habían encontrado?

Resultó que el localizador del móvil, del que me había olvidado por completo, funcionaba a las mil maravillas, así que Komar y los chicos me habían seguido el rastro. Vieron el desalojo de la plaza, y mi paso por la estación de autobuses. Luego la señal se perdió y estallaron los disturbios. Después me empujaron delante de una ambulancia, perdí las zapatillas y el móvil se quedó sin batería. Cuando encendí el móvil, gente de todas clases llamaba a los hospitales y comisarías buscándome. Cuando la señal apareció de nuevo en el sistema vinieron a recogerme desde las cuatro esquinas de la ciudad para estrangularme, qué duda cabe.

—¡Os quiero, muchachos! Sentaos. Dos preguntas importantes. La primera. ¿A quién le apetecen calamares? Tengo una ración aquí mismo. Y la segunda. Aquí va a estallar una guerra. ¿De qué lado estáis?

IV

ANTRACITA
Un tango del Donbás

Existe una técnica para asumir la realidad: imaginar con el máximo detalle el peor resultado posible de cada situación. Dicen que es un buen método para retomar el control cuando nos diagnostican una enfermedad grave. Dediqué unos cuantos días solo a pensar. Busqué inspiración mirando fotos de la destrucción de Grozni, leí reportajes acerca de la primera guerra de Chechenia. Antes de que sucediera nada, a mí ya no me cabía duda de que Donetsk se convertiría en un campo de batalla, a pesar de la «situación en Crimea», de la que se hablaba sin parar. Para empezar, ¿por qué nadie cree que vaya a estallar una guerra en Crimea? No hay duda de que invadirán y se anexionarán la península. Para seguir, aunque el Donbás funciona a su propio ritmo, la ciudad no vive ajena a lo que pasa. Si una cosa nada como un pato, parpa como un pato y parece un pato, lo más seguro es que sea un pato. Si alguien hace preparativos de guerra, te amenaza con la guerra, te declara la guerra, y te trae la guerra a tu territorio, lo más probable es que lo que tienes entre manos sea una guerra.

La medida más lógica y razonable era prepararse para la evacuación. Me quedaba dinero para comprar un piso en otra ciudad de Ucrania. Sopesé varias opciones en Chihirín, al norte, en la región de Cherkasy. Pensaba trasladar a mi abuela allí con nuestros objetos de valor. Podía vivir de su pensión hasta que la situación se calmara.

Era un plan de primera, pero Olha Ivanivna se negaba a mudarse.

—Tengo setenta y seis años. De aquí no me muevo.

—¡Piénsalo por lo menos, Baba! Cuando la cosa estalle va a saltar todo en pedazos de inmediato.

—Pues saltaré en pedazos yo también.

—Escúchame. Te lo digo en serio. ¿A quién va a perjudicar tu muerte? Piensa en tu corazón y en el azúcar. ¡Vámonos de aquí! Allí te espera un apartamento bonito y tranquilo. Esperas un tiempo y luego te vuelves si te apetece.

—¡Vete tú! ¿Por qué no te mudas *tú*?

Yo sabía muy bien por qué. Me di cuenta durante una noche de insomnio, lo vi tan claro como al delirante Mendeleiev se le apareció la tabla periódica un buen día. Quería venganza. No una venganza abstracta, con la restauración del equilibrio y el triunfo de la justicia. Lo que yo quería era una revancha material de verdad. Quería ver a uno de esos tipos de uniforme inventado que llenaban nuestras calles, esos que habían ocupado y establecido bases en los balnearios y centros de recreo de los alrededores de Donetsk, esos que ahora, en aquel mismo momento, entrenaban a los *opolchentsi* con su acento de Vologoda y los preparaban para librar una batalla en mi ciudad. Quería tenerlo enfrente, al alcance de la mano, con el cuello rebanado. Quería ver cómo le manaba la sangre de las venas como una fuente, verla burbujear y salir a chorros. Quería ponerle la mano en la herida, sentir la carne caliente, la tráquea seccionada, las cervicales rotas. Soñaba con echarles mano uno a uno. Tal vez entonces, y solo entonces, desaparecería el vacío que sentía en el pecho y se me calentarían un poco los huesos.

No sabía describir el odio que me consumía. La estridente plegaria del asceta durante el ayuno penitencial, la súplica del héroe épico por una gota de agua fresca en pleno desierto, los ruegos desesperados del huérfano que extraña los brazos de su madre, nada podía compararse ni de lejos con el furioso deseo de que sufrieran aquellos que nos habían atacado.

Estaba en la situación ideal para librar una guerra de guerrillas. Insignificante y desapercibida por fuera, pero dura y resistente por dentro. Conocía la ciudad palmo a palmo. Sabía cruzarla por cien rutas distintas sin que nadie se percatara de mi presencia. No tenía marido ni hijos, lo cual había sido una tragedia en su día, pero ahora suponía una innegable ventaja. No tener familia era no tener puntos débiles, significaba que no se me podía chantajear. Podía sobrevivir con una mochila a la espalda, o sin nada, y reaparecer en cualquier parte. La tecnología no me asusta, me encantan la mecánica y la estrategia. ¿No había algún sitio en el que pudiera ser útil?

No hablé de esto con mi abuela ni con nadie. No son emociones de las que sentirse orgullosa, así que guardé silencio.

—Bueno, de acuerdo. Entonces hagamos acopio de provisiones. ¿Sabes cómo pertrecharte para una guerra?

Por supuesto que sabía. Peinamos los mercados, compramos harina, azúcar, sal, pasta, aceite. Estuvimos varios días preparando manteca y carne en conserva. Organizamos un botiquín de primeros auxilios y una reserva de medicinas. Nos aprovisionamos de velas, desde sencillas velas de parafina hasta cirios de iglesia y una caja entera de velas aromáticas para el baño. Jabón, velas, sal, cerillas. Jabón, velas, sal, cerillas, la lista me daba vueltas en la cabeza como

un disco rayado. Champú contra los piojos. Un infiernillo y keroseno, y no solo para cocinar. El keroseno también sirve para deshacerse de los parásitos y para que los perros te pierdan el rastro. Antibióticos de amplio espectro, amoxicilina, augmentine, furazidine para la cistitis. Compresas, productos de higiene femenina, gasa y vendas. «Oro, también necesitamos oro», susurró una voz interior. «Cósete un bolsillo en un cinturón, escóndelo ahí y llévalo siempre contigo». Sin embargo, no tenía oro.

Por aquel tiempo, algo extraño sucedía en la ciudad. El saqueo de los edificios empezaba a parecer un desfile de payasos. Cada vez asistía al *viche* o asamblea semanal menos gente de la «Defensa Beoda», como llamábamos al circo de gente sin casa y demás payasos que pululaban por el exterior de los edificios gubernamentales rodeados de barricadas y tiendas de campaña vacías que no tardaban en venirse abajo. Al principio, los miembros de los piquetes recibían doscientas grivnas al día, pero después sus patrocinadores cambiaron de táctica o se les acabó el dinero, y se esperaba de ellos que se quedaran por «ideales», pero los «idealistas» no abundaban entre sus filas. Imitando los disturbios del Maidán de la capital, habían sitiado las sedes de los organismos oficiales con neumáticos y bombonas de butano, y cuanto mayores eran las pilas de neumáticos, menos gente quedaba sobre el terreno. Los habitantes del centro de la ciudad soportaban como podían a sus nuevos vecinos y su costumbre de dormir y orinar en los portales de los bloques y robar contenedores de basura.

También organizábamos concentraciones pequeñas e incluso un par de manifestaciones más grandes, pero la verdad es que yo asistía más que nada por obligación, como el que va al trabajo, no porque me sintiera movida a hacerlo. Espero que mis amigos me perdonen, pero aquello me parecía un teatro o un juego de magia falsa. ¿Qué podíamos hacer contra militantes armados? ¿Ondear banderas? ¿Ofrecerles la otra mejilla?

Como los viejos protestantes del paseo marítimo. Un grupo de creyentes se congregaba todos los días delante de una cruz de madera. Se arrodillaban junto al sacerdote, entonaban sus salmos y sufrían a la manera de los primeros cristianos. Niños y jubilados rabiosos los atacaban, tipos vestidos de civil los amenazaban, pero aquellos hijos de Dios no reaccionaban a las provocaciones. A lo mejor me equivocaba, pero estaba convencida de que si hubieran cooperado con nuestro plan de autodefensa y les hubieran devuelto el golpe a sus atacantes por lo menos una vez, quizá el Señor habría atendido sus plegarias.

Un día que recogíamos las banderas después de una concentración, varios habitantes de las barricadas se lanzaron contra nosotros. Eran

aterradores, estaban borrachos perdidos, corrieron hacia nosotros como alimañas salvajes y nos mordieron, había un montón de ellos por cada uno de nosotros.

—¡Fuera de aquí, *kurwa*! —grité blandiendo un mástil y saliendo a por ellos dispuesta a pelear. Lo único que quería era agarrar a uno y romperle el palo en la estúpida cabeza. Cuando se dieron cuenta, los simios frenaron en seco y huyeron a la carrera. Yo me encogí de hombros (¡nadie sabe lo pavorosa que soy cuando me enfado!) y al mirar a mi alrededor vi que una docena de los nuestros corrían en mi apoyo. Comenzamos a perseguirlos y ellos, asombrados y descalzos, huyeron derribando viandantes a su paso. Oí a alguno gritar por el móvil «*…erda, van a asaltar el edificio! ¡Nos atacan!*».

Corrimos tras ellos unos cientos de metros y abandonamos. ¿De verdad íbamos a asaltar el edificio? Éramos diez.

Todavía lamento haberlo dejado. ¿Qué habría pasado si nos hubiéramos atrevido?

—oOo—

La primavera de Donetsk flotaba en el aire como una pompa de jabón en el ojo de un huracán. O, por hacer una comparación menos poética, como una vaca atrapada en el hielo. Los acontecimientos importantes tenían lugar en Kiev y en Crimea, en Odesa y en Járkov, en Sláviansk y Mariúpol, en la periferia y la carretera de circunvalación de la ciudad, pero en la propia ciudad no sucedía nada.

Los cafés y las tiendas seguían abiertos, la ciudad aún figuraba en las giras de los grupos de música y los autobuses interprovinciales seguían llegando. Aviones atestados despegaban hacia Dubái y Estambul, Kiev y Moscú. El Shakhtar Donetsk jugaba partidos de la Premier League en el Donbás Arena, las discotecas y los restaurantes celebraban fiestas de graduación, había festivales de cine británico antiguo y las madres paseaban por los parques con sus carritos.

Volvimos a recibir pedidos. No había punto de comparación con el volumen de trabajo de antes, pero la gente compraba pantallas de lámpara de nuevo y las charlas sobre la evacuación cesaron. En todo caso, faltaban dos tercios de la plantilla. Solo quedábamos Roman, las chicas, un par de becarios y yo. Los hombres habían desaparecido y yo no pregunté dónde estaban. Era el signo de los tiempos. Habíamos aprendido a no hacer preguntas.

Yo tenía un nombre en clave para aquellas semanas de calma provisional: el circo. En todas las conversaciones, cada vez que dos o tres personas se juntaban, siempre oías lo mismo: «*¿Cuándo acaba este puto circo?*».

Al parecer, yo no era la única con dificultades para adaptarse a la nueva situación. Era imposible aceptar que la escoria que habitaba el centro detentara ningún tipo de poder (sí, la palabra correcta es «escoria»). Lo digo con toda sinceridad, hasta en nuestro barrio, hasta en los bloques medio en ruinas donde nadie abre la puerta después de anochecer y por la mañana se siente el crujido de las agujas bajo los pies, hasta allí, donde la gente vive de auténticas sobras, miraban a los *opolchentsi* como se mira una mierda en la suela del zapato.

La opinión general era que el «circo» terminaría pronto, que en las altas esferas ya se había llegado a acuerdos de todo tipo y que Rinat Akhmetov, el oligarca local, no estaba dispuesto a permitir que se librara una guerra en su territorio. Era el dueño y señor del Donbás. Tenía a los políticos en nómina y los nombraba a su antojo; la tierra y lo que había en ella, así como el aire, le pertenecían. Por voluntad suya se extraía el carbón, el agua circulaba por las tuberías, la electricidad corría por los hilos y los depósitos de gasolina estaban llenos. Gracias a él despegaban los aviones y el agua manaba por los ríos. Y si por algún motivo el amo era el causante de aquel follón, él mismo se ocuparía de arreglarlo cuando lo considerara oportuno. ¿Se creía alguien que iba a entregar el Donbás Arena así como así?

El Donbás Arena… La obsesión de Akhmetov por el estadio era bien conocida, pero nadie se atrevía a bromear sobre el tema.

Veíamos telediarios y vídeos de YouTube hasta que nos sangraban los ojos. «Hombres armados y ataviados con uniforme de campaña se hacen con el control de la comisaría central de la ciudad de Sláviansk». «El número de víctimas en el asalto a la oficina del fiscal regional asciende a veintiséis». «Elementos separatistas entran a la fuerza en la sede regional de Ministerio del Interior y rompen las ventanas». «Separatistas y agentes de la policía toman el ayuntamiento de Kramatorsk». Lo ves delante de ti y te parece una broma. ¿Cómo es posible?, piensas. Una docena de patanes rodea un edificio oficial y los policías salen en fila con las manos en alto. Fotos de los agentes haciendo el nuevo juramento al «Pueblo del Donbás». Bochornoso… Me daban tanta vergüenza los tipos de uniforme que me entraban ganas de escupirles a la cara y gritarles: «Habéis jurado servir y proteger a Ucrania, ¿de qué vais, so cerdos?».

Nos lanzamos todos a Internet. Incluso los que antes de que comenzaran los problemas no tenían ni idea de qué es y para qué sirve una red social se abrieron una cuenta y se pasaban día y noche en los chats. Era la única manera de intercambiar noticias, de averiguar qué pensaba la gente en realidad, ya que en el mundo real había que andarse con mucho cuidado con lo que se decía. Por lo general, cuando me encontraba con alguna conocida por la calle balbuceaba como si fuera muda.

—*¿Cómo está tu abuela, hija? ¿Qué tal te encuentras?*

—Eh, mmm.

—*¿No me digas? Nosotros estamos igual. ¿Pensáis marcharos?*

—Mmmmmm.

—*Bueno, bueno, no hay problema. Si Dios quiere nos libraremos de estos malditos banderistas. ¡Los derrotaremos!*

—Ajá.

Abrí un blog. Como medida de protección, escogí un nombre masculino y un móvil con una tarjeta SIM del «otro lado». Mi plan era deshacerme del teléfono si pasaba cualquier cosa, y así nadie daría conmigo. El móvil tenía cámara, así que el día del «referéndum» pasé por tres o cuatro colegios electorales y publiqué cuanto pude en Facebook: las fuerzas de «seguridad» con sus armas semiautomáticas, las colas, las urnas, las papeletas. Ese mismo día, la ONG y cadena de noticias ucraniana Hromadske emitió mi vídeo. Miles de personas lo publicaron y me convertí en una bloguera famosa. Más bien, mi pseudónimo se convirtió en una estrella de la noche a la mañana y, de haber sido una persona real, se habría sentido muy orgulloso.

Mi segundo proyecto secreto era hacerle unas alteraciones al viejo Opel de Roman.

—Roman, cariño —le dije—, deberíamos hacerle a tu coche un compartimento oculto.

Lo que más respeto de mi socio es su capacidad de aceptar, evaluar y llevar a cabo cualquier propuesta técnica. Una semana después, el «tanque» contaba con un doble fondo al que se accedía por debajo de los asientos traseros. El compartimento secreto era espacioso y en teoría yo cabía en él si era necesario, ojalá no lo fuera. Reforzamos el chasis y la carrocería, cambiamos los filtros y la batería y le instalamos un motor nuevo. Por fuera tenía el aspecto desaliñado y viejo de siempre, pero arrancaba a la primera con apenas girar la llave de contacto y hacía mucho menos ruido. Roman se ocupó de la mayoría de las reparaciones allí mismo conmigo de ayudante. Era un auténtico manitas, y de no ser por su minusvalía, siempre lo habría conservado de especialista.

Komar y Borysovych vinieron de visita mientras trabajábamos. Creo que eran ellos porque reconocí los pies de Borysovych y Komar me saludó con tono familiar. Acabábamos de instalar la protección debajo del coche y había que darle la vuelta para cubrir el doble fondo sin arañar la parte baja del chasis. Roman estaba volviendo a soldar el silenciador a la estructura con precisión de joyero. Para ello había que levantar el coche por los dos lados y deslizar con cuidado la chapa nueva por las ranuras de la parte inferior. El garaje no tenía foso, así que habíamos elevado el Opel con unos gatos y había muy

poco espacio para maniobrar. Por fin era el momento de lucir mi talla cero. Cualquier mujer de busto normal se habría quedado atascada. Las *petites dames* tenemos nuestras ventajas, y más las que sabemos apretar tuercas en espacios estrechos.

—Ejem, ejem. ¿Qué es todo esto, pequeñuelos? ¿Os habéis vuelto locos?

—No seas entrometido, Borysovych. Solo estamos haciendo un par de reparaciones.

—¡Roman! ¿Sigues vivo? ¿Te echo una mano?

—No hace falta, ya me apaño. Esperad un segundo. Ahora salimos.

—No, no, seguid ahí. Me alegro de veros.

No sé cómo se despediría Roman de ellos. Yo les hice un gesto con el pie.

22/05/2014

Por fin, un día estalló todo. La burbuja de tensión de todos aquellos meses reventó y se llevó por delante cuanto habíamos creado para tener una sensación de normalidad. Se acabó lo que se daba. Ya no había que preocuparse por ganar dinero o planear arreglos o vacaciones. Ya no había que preocuparse por la vejez o la jubilación, pues jamás percibiríamos una pensión. Era la extraña sensación de libertad de los condenados a muerte. Y más extraño aún era el convencimiento de que nuestro destino era al mismo tiempo tan accidental como natural, era un castigo divino y un honor increíble y extraordinario.

Llegó el día en que ya no había nada que demostrar, en que estábamos a solas con nuestro libre albedrío, con el cielo y con nuestra propia conciencia.

A partir de entonces las cosas cambiaron y cobraron un nuevo significado. En el sueño y la vigilia, en el temor y la valentía, en el silencio y en la furia, en el amor y el odio, no estaba sola. Sentía el esfuerzo que realizábamos las mujeres que nos dedicábamos a lo mismo bajo las mismas circunstancias. Horneaba pan y mis manos amasaban con la habilidad de quien lo hace a diario. Lavaba uniformes y me acordaba de escurrir la ropa ensangrentada en un agujero abierto en el hielo. Me adentraba en la noche y era una sombra silenciosa que caminaba como un sudario invisible sabiendo que llegaría allí a donde iba y volvería al amanecer.

No hay palabras para describir el dolor y la humillación con los cuales fuimos a la guerra. La sensación de desamparo y desesperación al ver morir a hombres analfabetos, incompetentes y no entrenados que no sabían ni hacia dónde disparar. El estupor al descubrir que

nuestros propios mandos militares estaban al servicio del enemigo. Al darnos cuenta de que teníamos que reconstruir por completo la lista de contactos, las fortificaciones, que carecíamos de recursos y de Gobierno. Que lo que solíamos llamar Gobierno se había vuelto contra sí mismo y que estaba paralizado por el miedo y la incompetencia.

La bella durmiente despertó de su sueño de siglos, se sacudió las telarañas, se crujió el cuello y miró a su alrededor: «¡No me lo puedo creer!». Se levantó, se puso los zapatos a toda prisa y agarró algo pesado, quizá una buena estaca, de debajo de una pila de andrajos, muebles roídos y vigas podridas para defenderse de los lobos que ya le amenazaban el cuello con las fauces hambrientas llenas de espuma de hambre y la baba corriéndoles por el pecho.

Quiera Dios que nadie tenga que vivir en épocas de conflicto. Pero todo el mundo debería saber lo que significa recibir ayuda cuando más la necesita. Jadear, tirarse al suelo y sentir que la sangre se eleva al nivel de los instintos más antiguos y profundos. Lo que significa escupir al infierno sabiendo que no nos atacará ningún demonio porque la verdad está de nuestro lado. Porque los nuestros están a nuestro lado. Porque los muertos están a nuestro lado y los no nacidos también, justo ahí, hombro con hombro con nosotros.

Todo el mundo debería ver cómo cae el maná del cielo, cómo la fuerza alza la cabeza y ruge al romper las cadenas de los antiguos hechizos. Todo el mundo debería ver a una delgada figura atravesar la legendaria estepa del Donbás, que en realidad no es una estepa sino campos, ríos y bosques, entre escombreras de minas y tuberías. Verla tocar el cielo y reír de anticipación y cómo de esa risa la tierra se separa y se raja las entrañas abriéndose las venas y eructando puntas de flechas escitas.

Peor para quien no se lo esperara.

V

OJO DE TIGRE

***Oh, cinta a cinta*[5]**

Ya hacía un calor terrible, casi de pleno verano. La primavera del Donbás es corta, aquí la naturaleza no le ve la gracia a los periodos de transición ni a las cosas a medias. Los brotes de las cebolletas cogen enseguida un tono oxidado, y para mayo la leve brisa primaveral se ha convertido en un viento del desierto, seco y racheado. Unos doce coches esperaban en fila a la salida de Donetsk. La fila apenas se movía. Los *opolchentsi* registraban a fondo cada vehículo. Los conductores les mostraban la documentación, abrían los maleteros y les explicaban a dónde se dirigían. Era evidente que los *opolchentsi*, nuestras fuerzas de defensa beoda, no tenían intención alguna de acelerar las cosas y que disfrutaban de su recién adquirida autoridad.

En todo caso, nosotros teníamos cierta prisa.

—Oye —le digo a mi colega cogiéndolo del brazo—, ¿te importa abrir la ventana?

—Hace más de treinta grados, el repollo relleno se va a agriar.

—Si no corre un poco el aire, los que nos vamos a agriar somos nosotros. ¿Te has dado cuenta de cómo huele?

En el coche flotaba un aroma reconcentrado. Olía a rosas, vaya. Me había pasado la noche en la cocina con los cuatro fogones, la olla eléctrica y el horno encendidos. Había preparado repollo relleno con tomate y con salsa de crema agria, cientos de albóndigas, tortitas y un poco de pescado frito. Lo de «un poco» es una forma de hablar. Era como un convite de boda. Roman y Don llegaron antes del amanecer con naranjas y galletas y cargaron el coche. Metimos los contenedores de comida en bolsas térmicas del supermercado Silpo, los cubrimos con sacos de arpillera y les pusimos encima un bolsa de ropa, una pala y un azadón. Lo único que echaba a perder nuestro disfraz era el olor del repollo relleno agriándose.

Las emociones salieron a relucir durante el trayecto. El día anterior había corrido la voz de que habían matado a unos soldados cerca de Volnovaja. Al principio no me lo creí. Parecía una salvajada y además

Volnovaja estaba ya tras las líneas enemigas. No conseguía imaginarme cómo habría tenido lugar el tiroteo. Un clamor recorría la ciudad. Las fuerzas armadas ucranianas se habían negado a luchar del lado de su pueblo y por ese motivo los guerrilleros de Kolomoisky[6] los habían hecho saltar por los aires y habían rematado a los heridos desde helicópteros.

«*¡Amenazaron a sus familias para obligarlos a venir al Donbás, y como se negaban a matar gente, aparecieron unos vehículos del PrivatBank y los mataron!*». Eso es lo que se decía.

Corrían habladurías de todo tipo, rumores de montones de muertos y cientos de heridos, de un pueblo arrasado en una «operación de castigo». Solo había una respuesta a la pregunta de por qué Kolomoisky haría algo así:

«*Kolomoisky se ha vuelto loco. Mañana Avakov*[7] *va a limpiar Volnovaja*».

Ahora le tocaba a Byes[8] cantar las alabanzas del éxito de la operación. Según su versión, los *opolchentsi* habían obligado al ejército ucraniano a replegarse casi hasta el río Dniéper. Así por lo menos lo de los vehículos del PrivatBank cobraba algo de sentido: una banda de Donetsk había robado unas furgonetas del banco, con las que había participado en el asalto junto a varios vehículos blindados de color verde. Pero eso no venía al caso. Según los principales canales de noticias, nuestros chicos habían pasado la noche en la cuneta de la carretera porque los residentes locales no les dejaban entrar en Olhynka. Entonces, uno de ellos llamó por teléfono a los separatistas, que vinieron y se cargaron a nuestros chicos en plena noche como a patos de feria.

Incluso si no era verdad, aunque lo más seguro es que lo fuera, es fácil imaginar el estado anímico en el que se encontraban nuestros soldados y lo que les pasaba por la mente mientras esperaban. Por eso se me ocurrió echarles una mano, charlar un poco con ellos y llevarles algo de comer. Pensaba ir sola, pero mis compañeros no me lo permitieron, lo cual no me gustó en absoluto.

No me daban miedo los separatistas ni sus controles de carretera porque estaba convencida de que no me iba a pasar nada. Sin embargo, acercarme a un grupo de hombres desconocidos y enfadados que acababan de perder a sus amigos… ¿Qué podía decirles? ¿Algo así como «hola, no me conocéis, pero os traigo albóndigas»? ¿Cómo responderían? No tenía ni idea. Se me pasaban por la mente diversas situaciones en las que acababa descalza y despeinada llorando por las albóndigas que nadie se había comido. Como es normal, no me apetecía nada que mis amigos presenciaran un resultado tan patético. Seguro que me echaba a reír o a llorar y lo estropeaba todo.

A lo mejor podía decir otra cosa, por ejemplo: «Hola, vivo en el

Donbás, aquí está mi pasaporte, no me disparéis…». Ay, Dios. Se me había olvidado echarle la sal a la última tanda.

Por fin, el microbús de delante, que llevaba cuarenta minutos temblando al ralentí, se puso en marcha y nos detuvimos delante de la barrera. Tres milicianos se nos acercaron y miraron por la ventana. Al ver el distintivo de minusválido y la silla de ruedas en el maletero, perdieron el interés en el conductor, pero a mí me hicieron salir del vehículo y enseñarles las manos. Estiré el brazo izquierdo, pero el patrullero, que parecía demasiado limpio y arreglado para pertenecer a los habituales borrachuzos de los *opolchentsi*, me cogió la derecha.

—*Ah, ¿me vas a leer la buenaventura?*

(¿Por qué siempre se me ocurren bromas estúpidas en los momentos más inoportunos? Me odio).

—*Sí, claro. Te la voy a decir ahora mismo.*

Me puso una lámpara grande con una pantalla en la palma.

—*Listos. Puedes irte.*

Cruzamos en silencio.

—¿Te has dado cuenta? Son del Cáucaso.

—Sí.

—¿Sabes qué era ese aparato?

—Un detector de gas, ¿no?

—Sí. Nuestros chicos no los tienen.

Pasamos Novotroitske y doblamos hacia Olhynka. Yo conocía la zona, había estado varias veces por allí en busca de inspiración. Había canteras de caliza, arena y pórfido en las que el agua se acumulaba formando lagos azules de increíble belleza. Fotografiamos uno para la web. Un lago azul celeste de agua profunda y cristalina rodeado de montículos de arena roja. Recuerdo cómo colocamos unos cuantos candelabros en la orilla, justo al lado del agua, e hicimos una sesión de fotos con luz natural. No hizo falta retocar las imágenes. Salieron perfectas.

Con tanto soñar despierta me había olvidado de planear una estrategia con Roman. ¿Qué les decíamos a los soldados? No tenía ni idea.

Qué suerte no estar sola. Mientras yo ordenaba mis pensamientos, Roman ya le había enseñado al patrullero la documentación abierta por la página que demostraba que éramos residentes de Donetsk y se habían estrechado la mano y despedido deseándose buena suerte. Nunca me había gustado ese ritual. Evitaba en lo posible estrecharle la mano a nadie, no quería tocar la palma pegajosa y cubierta de una película de sudor de nadie. Sin embargo, debo admitir que tiene su punto. Bastan unos segundos para que la sospecha se convierta en simpatía y los cañones de las armas apunten hacia el suelo.

Pedimos permiso para detenernos en la cuneta y descargar la comida. El oficial al mando vacila un momento, nos ordena echarnos a un lado y llama a unos cuantos de sus hombres.

Saco deprisa la silla de ruedas de Roman antes de que cambien de opinión. Después empiezo a descargar bolsas, cajas y cuencos y se me parte el alma al ver el hambre que tienen los chicos, el tiempo que hace desde la última vez que han visto comida normal. Sin embargo, no nos conocen de nada. ¿Por qué fiarse de nosotros por mucho que seamos de aquí y hayamos venido en un coche con matrícula de Donetsk?

No importa. Ya nos las arreglaremos.

—Escuchad, no os preocupéis. Los ingredientes son frescos, lo preparé todo anoche con mis propias manos. No venimos de lejos, hemos tenido que parar por culpa de los malditos orcos de los controles, pero hemos conservado la comida en bolsas térmicas. ¡No tengáis miedo, os juro de todo corazón que no os vamos a envenenar! Mirad, ahora mismo aquí el bueno de Romanchik va a probar este rollito de repollo, ¿verdad Roman?

Desconcertados ante mis intentos de convencerlos, los soldados estaban medio hipnotizados con los ojos fijos en el repollo relleno. Me acerco a mi colega, que de buenas a primeras retira la cabeza como un caballo sacudiendo la crin, se agarra a la silla de ruedas y se aleja de mí.

—No me pienso comer eso.

—¿Qué? ¿Estás loco o qué?

—Lo siento, es que yo no como carne.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Pues que no como carne, que soy vegetariano!

—¿En serio? ¿Desde cuándo?

—¡Desde siempre!

Una recelosa multitud se congregó a nuestro alrededor. Nadie decía nada, así que sin mediar palabra, cogí el rollito de repollo y me lo metí en la boca. El relleno me chorreaba por las manos. Terminé de masticar bajo la atenta mirada de docenas ojos.

—Bueno, según parece los he rellenado demasiado, pero están buenos. Espero que ninguno sea vegetariano.

Se oyó una risa contenida al final del grupo. Un segundo después todos reían a carcajadas menos el oficial y yo. No tenía ni idea de lo que pensaba. Me acordé del último Día de la Independencia de Ucrania, cuando la plantilla del taller al completo nos fuimos de excursión, hicimos *shashlik* y Roman preparó su famosa marinada de aceite y cebolla. No se mencionó que no comiera carne.

—oOo—

Estuvimos una hora sentados con ellos. Charlamos mientras descargábamos la comida y mientras recogíamos los cacharros. Saqué mi *tablet* y les enseñé los vídeos de las manifestaciones, de la bandera gigante, de los villancicos y del día que cantamos el himno al pie de la estatua de Shevchenko. Les hablamos de los autobuses que venían de Rostov, de los «turistas» y de los mierdas de «cosacos» rusos que habían invadido la ciudad y se habían unido a los separatistas, de los policías sordos y ciegos, de las reuniones de Alcohólicos Anónimos disfrazadas de Liga de Defensa Nacional, del llamamiento a las armas de Akhmetov, y sobre todo de la gente que estaba de nuestro lado: gente viva, gente de verdad. Los chicos tenían cientos de preguntas y yo cientos de respuestas. Me habría pasado allí hasta el día siguiente, aunque solo fuera para contarles lo que había pasado, para demostrarles algo. Era como si no hablara solo por mí misma, sino por todo el mundo, y con un solo propósito: que no nos abandonaran, que no dejaran de pelear.

Nos fuimos con la promesa de regresar dos días después. Anoté varios pedidos, algunos soldados incluso nos dieron dinero para la compra: unos querían tabaco, otros medicinas, otros que les recargáramos el móvil. Era muy agradable creer que habría un pasado mañana.

Antes de despedirnos saqué el azadón del coche y, ante la mirada de aprobación del oficial al mando, removí unos metros de tierra por si a la vuelta a un *opolchentsi* le daba de pronto por registrar a una pareja que volvía de su dacha. En la pala no había restos de barro y el azadón estaba sin estrenar.

—No importa —le dije a Roman—, venga, volvamos por una ruta distinta. No tiene sentido atravesar los controles de los separatistas ahora que vamos de vacío.

Habría sido bueno que los chicos hubieran venido a nuestro encuentro y se hubieran llevado la carga, pero no tenían vehículos. Fue la primera de las miles de veces que tuve que escuchar la frase «no tenemos nada». Esas palabras aún me atormentan en sueños. Los soldados no tenían mapas de la zona ni la conocían. Tampoco había transmisiones ni canales de inteligencia ni contacto con los residentes locales (aunque en el fondo quizá esto fuera positivo). No tenían botiquín de primeros auxilios, extintores, palas ni cascos. No había material antibalas para todo el personal, ni prismáticos. No tenían agua y tenían que ir hasta Olhynka con cantimploras y botes y soportar los chillidos diabólicos de las histéricas del pueblo.

—No pasa nada. Los de la unidad de al lado lo llevan peor —reían.

La unidad de al lado estaba atrincherada a un par de kilómetros,

en medio de los campos, donde no había ni pueblos ni tiendas de ninguna clase.

—Los llamamos conejos.

—¿Cómo que conejos?

—En una granja de por allí encontraron un montón de repollos del año anterior y eso es lo que comen. Ya sabéis, pasto de conejos.

Aquel día apunté los primeros contactos militares en el móvil. El tío Kolya, Ivan Petrovich, Volodya…

—¿Con qué nombre te apunto, nena?

Después de aguantar que me llamaran «nena» por primera vez en mi vida, dije en voz alta:

—Elfa.

Fue como un bautismo.

Cuando volvimos a la autopista agarré a Roman de la manga.

—Espera. Para aquí un momento. ¿Cómo andas de tiempo? ¿Puedes tomarte unos días?

—¿Para qué?

—Roman, colega, en Donetsk no hacemos falta. Donde nos necesitan es en Dnipró.

—Explícame para qué.

—No pares. Piénsatelo.

—Supongo que tienes razón.

Necesitábamos comida, no mis pobres tentativas culinarias, sino comida de verdad. Pan, carne, salchichas, carne en conserva, café. Necesitábamos agua, por lo menos un palé de agua potable y un tanque de agua para otro usos. ¿Dónde encontrarla? También necesitábamos toallitas húmedas. Y tabaco, mucho tabaco. Por supuesto, no nos iban a permitir salir de Donetsk con semejante mercancía. Era difícil sacar mercancía de la ciudad y los precios habían subido mucho.

Necesitábamos un medio de transporte más grande. Un camión. Y dinero; no teníamos bastante. Tendremos que pedirlo prestado o conseguir un crédito, pero eso es lo de menos: ya se me ocurrirá algo.

—Hija mía, lo que necesitas es gente. Cuando la cosa se ponga fea, busca siempre gente, la gente te ayudará —me dijo mi madre una vez.

Conocía gente en Dnipró. Oksana, mi «refugiada», Stepanivna y Yuliia Tyshchenko, con las que organizaba fiestas para los huérfanos, la familia Korniichuk, y también nuestros colegas del mercado del arte. Seríamos bien recibidos.

Un momento. ¿De dónde salían esas palabras de mi madre?

¡Ya no me quedaban recuerdos de ella! Serían de una película o de un libro. En cualquier caso, no había más opciones. Teníamos que

«encontrar gente» sin avisarla de antemano.

Por el camino llamé a mis chicas y les pregunté si podían ir a ver a Stepanivna. Notifiqué la reunión al despacho de la directora con un tono de voz que significaba que no podía negarse.

Acudieron siete. Me puse en pie y les conté lo que había visto. Fue la presentación más breve e inútil del mundo, pero Roman también dijo unas palabras y yo les leí una lista de artículos que hacían falta. Si alguna hubiera preguntado «¿por qué os metéis? ¿Para qué está el cuerpo de intendencia?», lo más seguro es que le hubiera escupido a la cara o me hubiera echado a llorar. O me habría dado la vuelta y me habría ido sin querer saber más de aquella ciudad ni de su gente. Pero Stepanivna me arrebató los papeles y se puso a estudiarlos anotando a lápiz quién debía ocuparse de cada tarea.

—*¡Kolya, necesito un camión!* —dijo Yuliia, y *voilà*, ya teníamos furgoneta de reparto: una Gazelle.

Oksana me dio un abrazo.

—Escríbelo todo. Súbelo a Internet y adjunta mis datos bancarios para recaudar fondos en lugar de arriesgarte a usar tu cuenta —dijo dándome su nueva tarjeta.

—¿Estás loca? ¿Recaudar fondos? ¿Quién me va a dar dinero? ¡No puedo ni usar mi verdadero nombre! ¿Qué va a pensar la gente si una foto de Facebook intenta sacarle pasta?

—No pienses en eso. Tú limítate a escribir.

Eso nos dijo: «Limitaos a escribir». Esas fueron sus palabras exactas.

Me senté y lo escribí todo. Escribí sobre el lago de agua turquesa y arena blanca. Sobre los paisanos que vendían cangrejos mutantes del tamaño de una mano por la cuneta. Sobre la vez que los chicos y yo registramos el lago y no conseguimos encontrar siquiera una pinza. Sobre los rollitos de repollo sin sal.

(Omití toda referencia a nuestro vegetariano residente. En el coche me confesó que odiaba el repollo, no le gustaba ni en el *borsch*, y había dicho lo primero que le pasó por la cabeza. «Tenías una pinta muy *cool* con el rollito en la mano. Ha sido irresistible», añadió).

Escribí sobre los «conejos», a los que no llegamos a conocer y quizá nunca conociéramos. Terminé aclarando que el nombre que usaba en las redes sociales no era auténtico y que las fotografías las había sacado de Internet, que no pensaba poner mi número de teléfono y que no era posible ponerse en contacto conmigo. Escribí que era consciente de que les pedía que enviaran dinero a Dios sabe dónde, que confiaran en una simple cuenta de Facebook; que era muy poco probable que subiera fotos de cómo se usaba su ayuda, pues aún faltaba mucho para que los soldados me permitieran fotografiar su

campamento. Que solo teníamos veinte horas para recaudar el dinero para la compra, aunque lo ideal sería recaudarlo en diez. Que el objetivo de aquella publicación, que jamás me habría atrevido a pedir nada a nadie «de no ser por»…

Borré la última frase. No es necesario subrayar lo obvio, ¿verdad?

Parecerá increíble, pero minutos después de publicar el texto, el móvil de Oksana vibró. El primer donante había ingresado cien grivnas en la cuenta con una nota: «¡Que se jodan!». Después llegaron más y más, con diferentes cantidades, de diez a cientos de grivnas.

Después, nos fuimos a Auchan.

—oOo—

—«*Dadnos munición, ¡oh luchadores de Ucrania, nunca os rindáis…!*». Cuando era niña no sabía lo que significaba munición, ¿sabes? Creía que hablaban de priva.

—Yo de pequeño no me sabía esta canción. Tampoco la he oído nunca de mayor, la verdad. Y además, para de cantar. Me va a dar un tic en un ojo.

—Vale, de acuerdo. Entonces canta tú y yo te escucho. Necesito hablar o me quedo dormida al volante y te embisto por detrás.

—Aguanta un poco más. Ya casi hemos llegado. Mi navegador dice que quedan tres kilómetros. ¿Qué dice el tuyo?

—En la Gazelle no hay navegador. Nos orientamos por el sol.

El teléfono retumbó de risa contenida y quedó en silencio. Colgué y abrí la ventanilla.

Nuestra pequeña caravana llevaba tres noches en la carretera. Mientras cargábamos, todos hacían la misma evidente pregunta menos yo: ¿quién conduce? Para conducir una Gazelle hay que tener fuerza en las piernas. Al final decidimos usar dos coches (¡Así podréis llevar más cosas!). Roman delante para encargarse de las negociaciones y solucionar contratiempos, y yo detrás. En teoría, no debía haber problemas. Era cuestión de no te-te-te-tener mi-mi-mi-miedo, como en la vieja historia del hutsul y el oso. Eso, y dejar espacio suficiente entre los vehículos.

En la práctica, yo iba colgada del volante con las dos manos como si sujetara unas pesas. Para frenar tenía que saltar sobre el pedal. La palanca de cambios me quedaba por encima y en las cuestas arriba la furgoneta se calaba y solo volvía a arrancar al tercer intento. Lo peor eran los faros. No conseguía aprender a cambiar de luces cortas a largas. Cada vez que lo intentaba se apagaban todas, hasta las de posición, y el vehículo quedaba a oscuras.

Cuando nos pusimos en marcha para la segunda expedición, se me

habían olvidado los anteriores miedos y recelos espirituales. Cómo empezar con buen pie, cómo entablar la conversación, cómo manejarlos, qué decir. Ya no significaban nada. ¿Qué importaban las dificultades? Estaba tan dolorida de conducir que me daba igual todo. No habléis, dejadme descansar un momento tumbada en la hierba. Salí del vehículo como una paralítica, doblada como una zeta, incapaz de relajar la tortícolis. Me acerqué a los soldados dando tumbos.

—¿Qué tal, chavales? ¿Necesitáis tabaco? Os hemos traído de todo. Llamad al oficial al mando.

Mi colega y yo despertábamos el sentimiento maternal del oficial más antipático. Sin duda, los militares tenían protocolos para relacionarse con la población civil. Jamás nos hubieran permitido entrar en las trincheras y tiendas de campaña de los oficiales de la OTAN. Sin embargo, las condiciones de los partisanos de la estepa eran distintas, y nos aceptaban como a dos más de los suyos. No sé cómo nos las apañábamos tan bien. Quizá fuera que teníamos el mismo aspecto que ellos. Olíamos mal, estábamos sucios, polvorientos, llevábamos camisetas sudorosas. Quizá fuera ver a una mujer de cuarenta y dos kilos al volante de un vehículo enorme.

Ni una sola vez nos rechazaron, detuvieron o interrogaron. Tampoco nos preguntaban si teníamos alguna clase de «autorización» que nos permitiera ir dónde quisiéramos y transportar lo que nos pareciera necesario. Tras descargar los fardos, palés, depósitos de agua y bolsas de obra, Roman y los soldados estudiaban el mapa y decidían la ruta de regreso y yo descabezaba un sueñecito al volante.

Mi camarada se echaba a reír. Al parecer, la ruta nos llevaba de un callejón sin salida a otro. Siempre que llevábamos alimentos y agua a una unidad nos decían que fuéramos a otro sitio porque, según ellos, «aquí estamos bien, vamos tirando, pero aquellos lo llevan de puta pena».

Yo no conseguía dormir como es debido. En cuanto cerraba los ojos me perdía en un laberinto de calles de un solo sentido y en un inventario infinito de cajas de comida. En Dnipró todas las carreteras conducían a un supermercado.

Conocí a una mujer que siempre llevaba una fiambrera vacía en el bolso.

—Voy a casa de Galya y me dice: «He hecho pimientos rellenos, pero no tengo dónde ponértelos» —decía— y yo le respondo: «No te preocupes, tengo una fiambrera». «Se conservan mejor en un frasco de cristal», salta ella. «Pues también tengo uno».

De pronto nos convertimos en la fiambrera del ejército. El rumor de que recaudábamos fondos para los soldados corrió como la pólvora. En cuanto las chicas escribían algo en el móvil la gente empezaba a llevarle comida y productos a Stepanivna. Durante los siguientes días

mi pregunta favorita era: «¿Necesitáis…?». Y yo siempre respondía: «Claro que sí, ya le daremos uso».

—Las chicas han preparado conservas, encurtidos y mermelada. ¿Os vienen bien?

—Tenemos un montón de barriles para el agua. Los usábamos para la leche, solo hay que lavarlos. ¿Los queréis?

No estaba segura de si la gente era consciente de la situación. Todo el mundo había perdido el juicio y el pánico aumentaba poco a poco, pero esa mezcla de estupor, miedo e ira nos espoleaba. Los nativos llevábamos cierta ventaja. Habíamos despertado del shock en marzo y ahora subíamos con todas nuestras fuerzas por unas escaleras mecánicas de bajada.

—¿Por qué pasan hambre nuestros soldados? ¿Qué pasa con la intendencia? —se preguntaban los nuevos amigos de Facebook—. ¿Por qué os vendemos tiendas de campaña a *vosotros*? ¿Por qué?

—Ese es el problema —respondíamos—. Pero así es como están las cosas.

Adelantábamos convoyes de equipo con soldados de infantería que llevaban semanas a base de raciones de campaña, recogíamos autoestoestopistas de uniforme y una vez remolcamos una ambulancia militar. Seguíamos a los guardias de tráfico ucranianos que circulaban con las sirenas encendidas y de repente nos salíamos de la carretera y enfilábamos hacia los campamentos. Veíamos la corriente continua de equipo y soldados que pasaban cada noche en un sitio diferente, venirse abajo sin saber qué les aguardaba en el siguiente destino. Por supuesto, la intendencia permanecía en la retaguardia, lo cual quería decir que las cocinas de campaña, tanques de combustible y equipos de reparación quedaban detrás. Los soldados dormían al raso o acampaban en establos abandonados de antiguas granjas colectivas o en las ruinas de los campamentos juveniles, en pleno territorio enemigo y con un pie en el freno hasta nuevo aviso.

Mientras llegaba el «nuevo aviso», no tenían un segundo de calma. Los campamentos bullían como si estuvieran en una tormenta en alta mar. Se establecían las transmisiones, se organizaban los regimientos y las escuadras, unos se entrenaban en el manejo de armas, otros se lanzaban al ataque y otros daban vueltas buscando un sitio tranquilo donde descansar un poco.

Por aquella época vimos la palabra «guerra» por primera vez. Hasta entonces nadie había hablado de guerra en la televisión, no figuraba aún en el vocabulario de los políticos, y un día alguien escribió con el dedo «la guerra es una mierda» en el polvo del parachoques de la Gazelle.

Si no nos quedamos atrapados en la melé fue de puro milagro. Los

acontecimientos del año estaban aún en proceso de incubación; presenciábamos la concepción del ejército, no su nacimiento. No era una batalla, sino el ataque psicológico que la precede. Aquello no era el frente ni una de las «zonas grises» que tendríamos en el país más adelante, sino un lío de mil demonios en el que se aglomeraban miles de personas corriendo de un lado a otro en un absoluto caos y sin enterarse de lo que pasaba. La población civil se aferraba a sus costumbres y rituales como cangrejos enterrándose en la arena, y excavaban sus madrigueras y escondrijos sin percibir que la marea se había retirado ya varios kilómetros y que en la lejanía, en el horizonte, se alzaba ya un muro de agua que pronto barrería la costa y arrastraría la isla entera.

—oOo—

Volvíamos a casa por carreteras rurales. Tardábamos mucho, pero el viaje era tranquilo y sin controles. No quedaba más remedio; ningún *opolchentsi* se tragaría que veníamos de nuestra dacha, ya que nadie vuelve de su dacha tan sucio y sudado como nosotros.

A bordo todo era de color gris polvo. Los cuerpos, la ropa, las mantas del asiento trasero, la silla de ruedas de Roman y una caja de galletas olvidada. Conducíamos en silencio, no poníamos música porque hasta pensar costaba trabajo y hablar ya no digamos. Sin embargo, algo me inquietaba.

—Dime una cosa —le pregunté por fin—. ¿Cómo te quedaste minusválido?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no puedes andar?

—¿De verdad no lo sabes? ¡Imposible! Me estaba quedando dormido y me has dejado de piedra.

—Pues dado que el que conduce eres tú no deberías. ¿Qué tiene de raro? Nunca te lo he preguntado.

—¿Nunca te ha picado la curiosidad? Lo sabe mucha gente…

—No les iba a preguntar a tus espaldas. Me daba corte. ¿Te importa contármelo?

—No va a ninguna parte. Me porté como un idiota. Fue una pura idiotez.

—¿Fue un accidente o una caída?

Roman guardó silencio unos segundos y después me lo contó de manera clara y concisa. Tenía razón. Fue una idiotez.

Se acababa de graduar en la Universidad Politécnica Nacional de Donetsk. No llevaba ni cinco minutos de ingeniero de seguridad y le ofrecieron unas prácticas en las minas de Skochinsky. Sin embargo, en

lugar de buscarse a alguien que le firmase los papeles y tomarse las cosas con calma como todo el mundo, se empeñó en bajar a la mina. La administración no entendía el porqué y trataba de disuadirlo. Al final cedieron y lo dejaron bajar.

Cuando bajó a la mina, lo primero que vio fue que los sensores de metano estaban desconectados. Le entró el pánico, empezó a soltar juramentos y los encendió, con lo cual la alarma saltó de inmediato porque los niveles de metano se salían de la escala. Sacaron a los mineros a la superficie, hubo quien perdió el trabajo, a la dirección le cayó una buena bronca y los mineros rondaban a Roman como lobos porque no les daban turnos.

Al día siguiente sucedió lo mismo. Llegó al trabajo, se cambió y se subió en el ascensor, donde le esperaba la cuadrilla principal.

—Me dijeron: «¿Dónde te crees que vas, idiota? Como no te des la vuelta ahora mismo vas a tener un problema». Pero yo no pensaba ceder. Era joven. Era más terco que una mula.

—¿Y bajaste a la mina?

—Ya lo creo. Me cogió un derrumbamiento. Uno localizado. Una roca en la cabeza y una pala en la espalda.

—¿Viste a quien te pegó?

—No. Me desmayé. Me dieron por muerto y no intentaron recuperar mi cadáver porque iban a inundar la galería. Borysovych me encontró, me sacó de allí y me llevó al médico. El tratamiento fue largo. Estuve seis meses en cama antes de empezar a mover las manos. Me dediqué de lleno a la rehabilitación. Dos meses después ya podía mantenerme sentado.

—¿Y tus estudios?

—Nada. Me expulsaron del curso y no terminé la carrera. Me dieron un subsidio de invalidez.

—¿No te gustaría saber quién fue? A lo mejor todavía podrías averiguarlo.

—Una semana más tarde hubo una fuga de gas en la galería occidental. Murieron trece hombres de aquella cuadrilla, el sobrino de Borysovych entre ellos, por cierto. También hubo tres docenas de heridos. ¿Qué quieres que te diga? Ahora no habría nadie a quien preguntar. La culpa fue mía, por idiota. No puedes oponerte al sistema, sobre todo por estos pagos.

—Supongo que tienes razón.

Después de aquello no era fácil seguir conversando, así que nos quedamos callados. Roman consiguió salir del laberinto de casas gracias a su navegador interno. Yo me habría perdido durante horas. Aquellas calles con sus casitas miserables me resultaban todas iguales. Estaba enferma de agotamiento y falta de sueño, me ardían los

párpados, las lentillas me arañaban la córnea cada vez que parpadeaba. Se me inyectaron los ojos en sangre como a un vampiro y me eché a llorar.

—¿Para qué te torturas? Quítate las lentillas.

—¿Y dónde las pongo? Se me ha olvidado la funda y no veo nada sin ellas.

—¿Qué hay que ver? Casi hemos llegado, vamos a entrar en el distrito de Kyiviski. Mételas en una botella de agua mineral y cuando lleguemos a casa las limpias con el líquido.

Le hice caso. Me quité la lentilla izquierda (que parecía haber empezado a formar parte del ojo) y no había ni levantado el brazo para quitarme la derecha cuando de pronto me quedé paralizada como una estatua de sal.

Nos dimos de bruces con algo que se me grabó para siempre en la memoria. No podré olvidarlo nunca. Entramos en la avenida que pasa por delante del hospital del distrito y vimos que estaba desierta. El único vehículo que circulaba por la siempre concurrida vía principal era el nuestro. Excepto por un enorme camión del ejército que venía directo hacia nosotros.

Lo perseguía un helicóptero volando bajo. Tan bajo que casi rozaba el asfalto. Veía con toda claridad el morro negro, el fondo serrado y el resplandor blanco de las ráfagas de ametralladora dirigidas al camión. Me oí gritar, Roman intentaba frenar como un loco, pero íbamos lanzados, el camión militar KAMAZ se desvió a un lado y nosotros seguíamos avanzando hacia él. Giramos a la derecha y el camión gira a la derecha; giramos a la izquierda y el camión se pasa al carril izquierdo. Justo un segundo antes de chocar con él, medio segundo antes, cuando ya veía la cara del conductor, el remolque de diez toneladas choca con el bordillo, sale despedido en vertical, se queda quieto en el aire un instante y se estrella en el arcén. Entonces empieza a dar vueltas como un enorme cometa desbocado llevándoselo todo por delante. Unas cuantas personas salen dando tumbos de la parte trasera del camión, de debajo de las ruedas, y se alejan de aquella picadora de carne gigante. Dios sabe cuántos serían. Eran soldados rusos, no de los nuestros, los reconocí por el uniforme verde. Y después un puré, un puré de restos humanos. Una mano con un reloj de muñeca nos cae en el capó. A nuestro alrededor todo está cubierto de sangre. Cadáveres pulverizados a cientos de metros a la redonda, mirara donde mirara había trozos de carne. Pedazos de cuerpos humanos del tamaño de la carne que se pone en el *goulash*. Esa fue justo la palabra que me vino a la mente en aquel momento: *goulash*.

De pronto me doy cuenta de que no puedo respirar. Es como si lo hubiera olvidado. El pecho no se me mueve. Intento masticar el aire,

tragármelo como si fuera agua, pero no me entra, se me atasca en la garganta. Comprendo de manera vaga que estoy a punto de asfixiarme. Le tiro a mi compañero de la manga y él me golpea la espalda con todas sus fuerzas. Por fin, consigo respirar con una convulsión y toso durante un buen rato. El asiento está mojado. No sé de qué. Se me debe haber caído la botella de agua…

—¡No pares! Vámonos. Salgamos de aquí —le digo con un gesto.

Arrancamos marcha atrás sin mirar lo que queda a nuestras espaldas y después damos la vuelta y Roman enciende los limpiaparabrisas para limpiar de sangre el cristal. El olor a frutas del bosque del líquido se lleva el de la sangre. No quiero ni imaginarme lo que hay bajo las ruedas ni el aspecto que debe tener la Gazelle. Salimos de allí a toda velocidad para que nadie nos pare, para que nadie vea…

Sin girar la cabeza, Roman me quita la botella de las manos, le da un trago largo y de repente escupe en el suelo.

—Lo siento. Me acabo de beber tu lentilla.

VI

ÁMBAR
Nos han humillado, nos han traicionado

No había nadie en casa. Eché un vistazo en mi habitación y me metí en el baño quitándome la ropa y arrojándola al suelo. Encendí la luz, pero no había electricidad. Tampoco había agua, ni fría ni caliente. Saqué el teléfono para llamar a alguien, para oír una voz, para no sentirme sola, pero la pantalla negra no cobró vida. No tenía batería. Me lavé con el agua del hervidor y me tiré en la cama. Quizá los orcos habían asolado la ciudad mientras estábamos fuera. O los alienígenas. O me había colado en un universo paralelo. ¿Me había quedado dormida y aquello era una pesadilla?

Fuera lo que fuera, no tenía fuerzas ni para pensar. Algún día nos libraremos del mal y el repartidor nos dará de nuevo la pizza nuestra de cada día. Pero de momento no podía pensar más que en dormir.

Sin embargo, no lo conseguí. Voces, pasos, ruidos me despertaron. Alguien arrastraba un peso, algo cayó al suelo y se rompió.

Me levanté de un salto y me puse la bata. La puerta se abrió de golpe y dos personas entraron en la habitación. Un joven flaco y desgarbado con pantalones y chaqueta de camuflaje y el típico *opolchenets vulgaris* con chanclas. Mi abuela se asomaba por detrás de sus hombros.

—¿Ah, pero estás en casa? Perdona, no lo sabía. Chicos, dejad eso al lado del armario.

—¿Qué pasa, Baba?

—Luego te lo cuento. Vanya, querido, pon las cajas allí. Gracias, acabas de hacer feliz a una anciana. Saluda a Petrovna de mi parte y dile que no me olvido de mi querida prima, Dios la bendiga. Sí, el cubo en la cocina, mételo en la nevera. Ahora arreglamos cuentas, chicos.

Los jóvenes colocaron varias bolsas de tela fuerte con harina y azúcar en la habitación. No miré qué había en las demás, pero Vanya dijo que también había pasta para rellenar. Dejaron al lado una caja de manzanas y una garrafa de aceite. También había un cubo de

plástico a rebosar de especias (pimienta, pimentón, vainilla y levadura seca) y una caja de latas de pescado y frascos de champú, tubos de pasta de dientes y caramelos. Para terminar, Vanya entró un fardo de tela con paquetes de puré infantil y un saco de repollos.

Después, el trío se encerró en la cocina un par de minutos y nuestros visitantes se marcharon.

—¿Me explicas qué pasa aquí, Baba?

—Yo también me alegro de verte. Bienvenida a casa.

—Sí, pero…

Olhya Ivanivna pareció encoger y encorvarse un poco y se sentó en el filo de la cama.

—Mira, hija, han sucedido un montón de cosas por aquí. En cuanto a esto —dijo dirigiendo los ojos a nuestras reservas de alimentos—, los *opolchentsi* han asaltado el supermercado Metro. Lo han destrozado. Unos cuantos duermen, comen y cagan en él. Otros se dedican a liquidar la mercancía por cuatro perras. Ese joven es el nieto de Petrovna, está un poco mejor educado que el resto y es amigo del jefe. Petrovna y yo nos conocemos desde hace siglos. ¿La recuerdas? Vamos juntas a la misa de Pascua. Ella es la que me ha enviado a estos dos muchachotes. Me han dado una despensa completa. La verdad es que se han pasado un poco. ¡Pero solo me ha costado doscientas grivnas! ¡Vamos a estar más felices que perdices!

—Pero es mercancía robada, Baba. ¿Para qué la queremos?

—Es robada, sí. Y si puedo les pediré más. Y tú la aceptarás y darás las gracias. ¿Crees que los chicos tienen con qué cocinar? ¿O incluso qué comer? ¿Qué pasa si, Dios no lo quiera, se acaban las provisiones?

—Tranquila, Baba.

Me senté a su lado y enterré la nariz en su hombro huesudo.

—No te preocupes, Baba. No pasa nada. Has hecho lo correcto. Que traigan más si pueden.

—¿De verdad me entiendes? Durante la guerra, mi madre, tu bisabuela, robó un ternero de una granja. Yo era muy pequeña. Mi difunta hermana me contó que sin aquella carne no habríamos sobrevivido. Nos moríamos de hambre. Por entonces había terribles bombardeos, la familia entera se escondía en el sótano y las madres estaban tan flacas como tú. Salieron del sótano y se fueron a un pueblo. Cuando las vimos volver con el ternero creímos que nos habíamos vuelto locas y rompimos a llorar.

—Baba, yo creo que lo que se nos viene encima va a ser peor que aquella guerra. Y también creo que deberías irte mientras aún haya ocasión. ¿De acuerdo?

—Te repito que no. A mi edad no. Dios ya no me va a dejar vivir mucho tiempo, pero pienso morirme en mi casa. No se me ha perdido

nada en el extranjero. No me lo pidas más ni trates de convencerme. Vete tú si es eso lo que quieres. Solo me sacarás de aquí o cuando ya no pueda moverme o con los pies por delante. Mientras pueda valerme por mí misma no voy a ninguna parte.

Nos quedamos calladas y dimos por zanjado el espinoso asunto. Yo no quería discutir. Todos tomamos decisiones y a veces lo único que hay que hacer es aceptar y respetar las de los demás. La mía en aquel momento era dormir. Por primera vez en mi vida no sentía los brazos ni las piernas. Tenía el cuerpo entumecido. Me apreté las pantorrillas. Veía marcas en la piel, marcas rojas de uñas, pero no sentía nada. El fuego de artillería que se escuchaba al otro lado de la ventana me hacía daño en los oídos. Las explosiones venían del aeropuerto, pero a mí me daba igual. No me importaba lo más mínimo. Solo quería dormir, morirme; bueno, por lo menos dormir.

—Ya hablaremos luego, Baba. Me caigo de sueño.

Mi abuela estuvo un rato haciéndome compañía y después se fue a casa de Petrovna. Decidieron que se quedaría allí un tiempo. Una casa era un lugar más seguro y podían esconderse en el sótano en caso de apuro. Estarían mejor y pasarían menos miedo las dos juntas.

Me ovillé en la cama, la gravedad me pesaba en cada célula del cuerpo. Los brazos y las piernas me dolieron durante un rato, pero no estaba dispuesta a cambiar de postura ni por todo el chocolate del mundo. Era una maravilla imaginar que me mecía en silencio en una barca envuelta en un fresco aroma de sábanas limpias. La ajada ciudad no existía, ni las carreteras, ni las ventanas, ni la gente. Estaba sola en mi caparazón. Oía el cañoneo al otro lado de la ventana, pero me daba igual. Respiraba de manera regular, olvidándome de todo con cada exhalación. Inspirar, uno, dos, tres, cuatro, y el camión horrible desaparece de mi vista. Despacio, dos, tres, cuatro, y nunca ha estado ahí. Aguantaba la respiración hasta el límite, hasta que se me tapaban los oídos, es un sueño, solo un sueño, y volvía a respirar de nuevo. Después visualicé que tiraba de un hilo dorado que me salía del pecho. Se me enrollaba en el cuerpo tejiendo un capullo impenetrable. Nadie podía entrar excepto yo, que podía quedarme en mi cueva dorada secreta tanto como quisiera, toda la vida si me apetecía. Daba igual que alguien llamara a la puerta. Fuera de aquí. No estoy en casa.

Sin embargo, el golpeteo obsesivo no se me va de la cabeza. Abro los ojos y escucho. Sí, alguien llama a la puerta como un loco. Me quedo inmóvil por si el huésped no esperado se cansa y se va. El golpeteo rítmico cesa un momento para comenzar de nuevo en la puerta y en el marco. ¿Está llamando con un palo o qué?

—¡La próxima vez usa la cabeza como aldaba, so idiota! ¡Ya voy!

Me levanto con dificultad y me lanzo por el corredor dando tumbos. Abro la puerta sin quitar la cadena de seguridad y en la

oscuridad del descansillo reconozco una cara familiar.

—Hola. ¿Qué haces? ¿Es que te has vuelto loco?

—Ah, hola. *¿Por qué no abrías la puerta?*

Era Klyotsyk, el terror del barrio. Estaba como una cuba. La tía Masha decía que se había dado un golpe en la cabeza de pequeño. Donde hubiera un follón, una pelea callejera, una bronca, hubieran robado unos tapacubos o hubieran prendido fuego a un cubo de basura, seguro que Klyotsyk estaba en el ajo. No importaba cuantas veces lo pillaran, cuantas veces lo molieran a palos y cuantos meses tardara en recuperarse, él siempre estaba bien. En cuanto se reponía, volvía a las andadas como si tal cosa, al volante de un coche sin matrículas y empeñando móviles.

—Lo que me faltaba eras tú. ¿Qué quieres?

—¿Y a ti quién te necesita? Escucha, ¿está tu abuela? Iros a la planta baja. Van a atacar tu barrio esta noche. Ya vienen para acá. Me han dicho que os diga que os escondáis en el sótano, o mejor aún, que saquéis el culo de aquí un par de días.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El viejo Pykhto. Ya lo sabes. Me piro, hasta luego.

El tipo bajó las escaleras corriendo. Permanecí allí un segundo y corrí a la cocina. Abro la ventana y lo veo llamando a alguien por teléfono justo debajo de mi balcón, qué monada.

—Sí, todo en orden, está aquí. Se encuentra bien, lo único es que está de un humor de perros. Y le pasa algo en un ojo, tiene como sangre… Sí, los ojos rojos, eso he dicho… Vale. Se lo he dicho. Sí…

—¡Klyotsyk, no te muevas de ahí, que te voy a tirar el cubo de basura y te voy a partir la cabeza! —grito desde el balcón.

—Ja-ja.

Cierro la ventana, le echo la llave a la puerta y me meto de nuevo entre las mantas. Recuerdo un segundo la advertencia y pienso si de verdad debería esconderme en el sótano, pero descarto la idea. No tengo fuerzas. Dormiré aquí.

Entonces escucho un leve repiqueteo en la puerta.

—oOo—

De no haberme entrado un ataque de risa no habría abierto la puerta. Al fin y al cabo, ¿quién es una para luchar contra el universo, visto que toda su energía se moviliza con el único fin de sacarme del puto sofá? Tenía que pasar. ¿Qué hago si el ángel de la guarda toca una fanfarria y hace lo imposible por evitar que eche un sueñecito? A lo mejor después de todo Klyotsyk no estaba como una cuba, sino que se me había presentado como un heraldo del Apocalipsis.

—Hola.

El heraldo del apocalipsis esta vez era Maryna. Nos quedamos plantadas bajo el umbral como dos pasmarotes, mirándonos con la boca abierta. No me imagino qué vería ella, yo, por mi parte, estaba en presencia de la Venus de Donetsk.

El lugar donde nuestra jefa de relaciones públicas hubiera pasado los últimos meses le había sentado muy bien. Llevaba el pelo perfecto y lucía un bronceado costero y un vestido dorado que refulgía en el descansillo como el pájaro de fuego. Llevaba diamantes en los dedos y sus sandalias doradas brillaban de pedrería.

—¡Me duelen los ojos! Necesito sentarme. Cúbreme la cabeza con una bolsa para no quedarme ciega de impresión.

—La verdad es que sería mejor cubrirte con una manta. No deberías ver a nadie con esa pinta. ¿Has estado luchando contra zombis?

—Yo también me alegro de verte.

Maryna vaciló. Lo apropiado habría sido darnos un abrazo y un beso, pero yo comprendía sus reparos, así que le tendí la mano con prudencia.

—Ni se te ocurra tocarme. Me he pasado cuatro días en la carretera. Acabo de volver y no hay agua.

—¿De verdad?

Mi invitada se metió en el baño. Qué raro. ¿Por qué nunca me creía? Y además, ¿por qué ni siquiera me sorprendía que tras un siseo y un burbujeo saliera agua limpia del grifo cuando ella lo tocaba? Al parecer, también había agua caliente.

—Arréglate. Te espero. ¿Te importa que me siente en la cocina mientras tanto? Es muy importante.

—Claro. Tú y yo somos como en yin y el yang.

Mientras me duchaba, Maryna preparó café, muesli y unos sándwiches de paté. El café no me sorprendió, después de todo, mi abuela debía tener un bote por allí encima, pero ¿de dónde habrá sacado el paté? Me pasmaba la habilidad de aquella tipa para sentirse en cualquier parte como en su propia casa. La soltabas en el Polo norte en bañador y cinco minutos después estaba tomándose un café bajo una manta de piel con los pingüinos acariciándole los pies con el pico.

A los amantes del humor negro les hará mucha gracia el motivo de su visita.

Maryna se había ido de viaje a Egipto con uno de sus Vadiks o Ediks. Quien fuera no importaba, nos tenía acostumbrados a su panoplia de amantes. Como ella decía, «las chicas de mi edad necesitamos un Vadik» (o Edik, o como se llamara). En el avión

viajaban otros turistas, ya que incluso en Donetsk hay gente a la que no le afecta la política o las «molestias temporales». No obstante, tuvieron que volver por Kiev porque la guerra había estallado justo en el aeropuerto de Donetsk. Cosas que pasan.

El caso era que su Mazda aún estaba en el aparcamiento del aeropuerto y Maryna quería recuperar su juguetito a toda costa.

—¿Estás de broma? ¿Te has dejado el coche en el aeropuerto? ¡Pero si cuesta trescientas grivnas al día!

—Seiscientas.

—Bueno, siempre te ha gustado el lujo, ¿no? ¿Y ahora qué hacemos?

—¿Me acompañas? Me han prometido que me van a ayudar a sacar el coche, pero me da miedo ir sola.

No me atreví a preguntar por qué no le pedía ayuda a Alik o a Pavlik. Era una obviedad.

—¿Quieres que vayamos ahora mismo?

—No, me han dicho que después de las siete.

—¿Estás loca? Ya nadie sale de casa de noche.

Aun así, a eso de las siete me cambié, me eché una cazadora por encima, me puse las gafas (¡basta de lentillas!) y nos pusimos en marcha. No voy a dar excusas ni a culpar a mi propia ingenuidad. Ahora no lo haría. Sin embargo, a pesar de los turbulentos sucesos de la primavera de 2014, todavía no nos tomábamos la guerra en serio. Por ejemplo, yo sentía curiosidad por enterarme de lo que pasaba en el aeropuerto.

No estaba acostumbrada a ver la ciudad tan vacía. No nos cruzamos con un solo coche. No había un alma. Hasta los perros se habían escondido (las calles solían estar llenas de perros). En verano el asfalto caliente se dilataba, así que rebotábamos al caminar. Podíamos caminar por el centro de la carretera, pero seguimos por el arcén, rozando los arbustos. Guardamos silencio la mayor parte del camino.

—¿Quién es tu pariente más cercano? ¿Lo has arreglado ya con alguien?

—Tengo contactos en el lado ucraniano.

Bajé la marcha. Era un detalle sutil, pero nuestro bando no llamaba «Ejército Ucraniano» a nuestro ejército. Lo llamábamos el Ejército, no hacían falta aclaraciones. Los llamábamos soldados o militares. Los separatistas llamaban a los suyos los «chicos», en ruso, y una docena más de epítetos. Por lo general, nosotros evitábamos las abreviaturas con las que los canales de televisión rusos se referían a nuestra región. Era como si usar en voz alta la abreviatura «RD» para aludir a la República de Donetsk hiciera que dicho fenómeno se volviera menos

tenebroso y más sustancial, como si se revelara y fijara a nuestra realidad con cada mención.

—¿Conoces a alguien en el otro bando?

—¿En la RPD? Es más difícil. Se han ido hoy. No queda nadie. Montaron mucho jaleo al principio, pero ahora están renunciando y diciendo que no hay nadie al frente de la administración regional.

—Vamos a sentarnos un segundo, Maryna.

Nos sentamos en un banco techado a la sombra de un lilo que lo ocultaba de la calzada.

—Escucha una cosa. No te lo he preguntado hasta ahora. ¿Qué piensas tú de los recientes acontecimientos?

—¿A qué te refieres?

—A lo que pasa en la ciudad. ¿De qué lado estás?

—De ninguno. Creo que los dos bandos la han liado. Están atrapados. Que los políticos lo solucionen y no nos pringuen a los demás. Yo no me meto, no es mi problema.

—¿No crees que estamos en guerra? ¿No crees que esto es una agresión?

—¿Una guerra con quién? ¿Contra quién? ¿De verdad que Ucrania piensa meterse en una guerra con Rusia? Sería como una pulga contra un elefante. Les basta con escupir para que se nos lleve la marea. ¿Qué importa tener más de un pasaporte? Los rusos son buena gente. ¿Se supone que debo liarme a tiros con ellos porque no quieren compartir el poder?

Estaba furiosa. Se podía encender un cigarro en mi cuerpo. Me limité a partir una rama del arbusto y frotar una hoja entre las manos. No me hacía a la idea de que la abreviatura RPD, República Popular de Donetsk, formara de pronto parte de nuestra vida. Ayer mismo nadie había oído hablar de esas siglas ni de ninguna «república». Y hoy iba de boca en boca, todo el mundo la usaba como si se tratara de un actor legítimo en el juego. Volvía a darme la sensación de que se había alterado el espacio-tiempo y la gente a mi alrededor tenía recuerdos de una dimensión paralela y yo tomaba conciencia de que de pronto mi realidad y la de los demás no eran la misma.

—Vale, me parece muy bien. No te lo tomes como cosa personal, pero hasta aquí he llegado. Está claro que hoy no es mi día. Lo siento, pero he cambiado de opinión. Llama a tu Vitalik.

—¡Espera un momento!

Maryna me agarró del brazo y sentí lo fuerte que era. Seguro que me iba dejar marca. Se me hacen cardenales enseguida.

—¿Qué haces? ¡Suéltame!

—Te crees que no sé a lo que te dedicas, ¿verdad? ¿Quién piensas que te va a proteger? Nadie te va a dar refugio.

—La verdad es que no me importa lo que sepas. No nos vamos a pelear en medio de la calle, ¿verdad? Vuelve al lugar al que perteneces. Adiós.

—Ah, claro, tú eres la santa. En esta historia solo hay dos caras, la tuya y la que está equivocada, ¿verdad?

Por fin, Maryna me soltó y yo me alejé de ella frotándome la mano. Parecía que la distancia entre nosotras se ensanchaba un kilómetro por segundo. Unas cuantas palabras y de pronto la chica que tenía delante estaba al otro extremo del Gran Cañón.

—Hay cosas que no tienen dos caras. Por mucho que lo intentes, el blanco es blanco y el negro es negro. Y no me digas que no sabes distinguir la mierda del chocolate. Puede que alguno se salve, de acuerdo, pero no me vengas con que todos los mafiosos con los que te cruzas son buena gente.

—¿Ah, no? ¿Y qué pasa con tu querido Komar? ¿No sabes que se ha unido a los *opolchentsi*?

—¿Qué?

Me quedé de piedra. Maryna interpretó mi asombro momentáneo como una victoria. Ya estaba satisfecha.

—No te preocupes. No te entretengo más. Vete a averiguarlo ya que eres tan lista y lo sabes todo. Pero dime una cosa: ¿por qué lo habrá hecho? ¿Por qué te han elegido a ti los muchachos que te zumban alrededor como si estuvieras cubierta de miel? ¿Son ciegos o idiotas? No eres nada, no tienes nada, ni tetas, ni coño… Y todos dando vueltas a tu alrededor como si fueras el santo Grial a punto de abrirse. ¿O es que les has echado un embrujo?

—Sí, eso he hecho. Mira, Maryna, vamos a dejarlo si no quieres que te eche una maldición a ti también y tengas la piel seca durante siete años. Adiós. Y por cierto, estás despedida.

Me di la vuelta y me marché sin mirar atrás, aunque en realidad aún quería enterarme de lo que pasaba en el aeropuerto. Estábamos al lado. Casi habíamos llegado al cementerio.

Tres meses después, Maryna les pasó mi dirección a los que llevaban la lista negra de la RPD, y medio año después se mudó a Rivne, donde abrió un próspero negocio de ropa infantil. No nos hemos vuelto a ver.

—oOo—

Los pies me llevaban a trabajar solos. Necesitaba un ambiente tranquilo para pensar, y no se me ocurre un espectáculo más pacífico que una gota de cristal fundido a seiscientos grados cayendo en un molde.

Hay que reconocer que para una mujer de mi edad ser soltera es un punto débil. Maryna me había golpeado en el punto débil tan fuerte como le permitía la imaginación, pero no en el talón de Aquiles.

Aquí estoy. Tengo casi treinta años, soy soltera y no tengo ni novio ni pretendiente. Mis encuentros fugaces se cuentan con los dedos de una mano. Solo me había acostado más de dos veces con un hombre. El resto de las relaciones no habían pasado del primer encuentro. Nunca le he preparado el desayuno a un tipo. Nunca me han traído el café a la cama, o a la mesa. Nunca he tenido una cita, de esas de ir al cine, con flores y cena en un restaurante. De hecho, aparte del ramo que te dan en el trabajo cada ocho de marzo, nunca me han regalado flores.

No sé lo que es un «escándalo familiar», nunca he planeado un viaje o compartido gastos con alguien. No he vivido un solo episodio que pudiera definirse como romántico. Mientras otros sentían pasión, ternura, las típicas alas de mariposa en el estómago, ¿qué hacía yo? Yo diría que trabajar. Vidrieras, lámparas, el filo de hoja de afeitar del cristal recién fundido y bien cortado, los cincuenta tonos (no cincuenta sombras, como las de Grey) del cobalto y la témpera orientados hacia el ángulo en que la luz incide en ellos. No es mucho, sin duda, y no hay trabajo capaz de llenar el vacío de la sensación de estar incompleta ni de calentarle el corazón a una solterona (llamemos a las cosas por su nombre) las frías tardes de invierno. Debería sufrir con toda mi alma, ¿verdad? Pues la verdad es que no. Salta a la vista que mi existencia es la de una solterona feliz.

Quizá se deba a que nunca he vivido en el seno de una familia cariñosa. Una de esas en que me visualizara a mí misma como esposa. Deseché mis recuerdos de infancia, no me funcionaban, y cuando me mudé a Donetsk presencié docenas de dramas familiares, desde episodios de infidelidad secreta a tempestuosas broncas de amantes que arrojan la tele por la ventana y terminan en un descansillo lleno de sangre que al final tenía que limpiar yo, porque a los protagonistas ni se les pasaba por la cabeza limpiar sus propios follones. Mucho vodka, mucho odio, mucho gritar delante de los niños y muy poco amor.

En el bloque se pegaba mucho a las esposas. Durante la semana no tanto, pero los viernes la cosa se desmadraba. Los gritos comenzaban al otro lado de la pared, después en el piso de abajo empezaban a volar los platos, algo pesado golpeaba el suelo, un hombre profería gritos de una histeria tan femenina que no se distinguían las palabras ni se oían los alaridos de la mujer. A continuación, había unas horas de paz y por la noche daba comienzo el siguiente acto, el rechinar desesperado de los muelles de un colchón.

Cuando era joven e ingenua acudía al rescate. El vecino gritaba

como un poseso y hacía ruidos inhumanos. Yo corría con mi abuela, pero ella seguía cocinando gachas y fingía no oír. Yo subía al piso de Tolik y aporreaba la puerta. Un minuto después los chillidos cesaban y aparecía el cabeza de familia.

—*¿Qué quieres?*

—¿Qué sucede? Voy a llamar a la policía. ¿Dónde está Natasha?

Entonces Natasha salía de la habitación y se apoyaba en la pared con el labio partido y la sangre corriéndole por la cara y goteando en el suelo.

—*No pasa nada, vete.*

—¿Cómo que no pasa nada? Te estoy viendo…

—*¿Eres idiota o qué? ¡Lárgate de aquí!*

—*Vale.*

Una semana después me la cruzaba a Natasha por el patio como si nada. Nos saludábamos, me daba recuerdos para mi abuela. Más tarde pasaba por casa a tomar un café rápido o a enseñarnos un bordado nuevo o a comentar el último programa de la tele. Yo no mencionaba a la policía.

Este fue uno de los episodios más violentos. Las tragedias silenciosas pasaban desapercibidas. Cuántas veces habré prestado «veinte grivnas hasta que cobremos» porque el marido se ha bebido el sueldo del mes y no hay ni para comprar leche a los niños. Cuántas veces he visto a las mujeres caminar llorosas hasta la mina el día de pago para hacerse con algo para alimentar a la familia antes de que el dinero cayera en manos de su media naranja.

Y los suicidios. Aquí el suicidio no era noticia. Se dejaba de hablar de ellos en seguida. «Están saliendo los pepinos», «ha subido la carne de cerdo», «Vashya se ha ahorcado». Había un ahorcado por cada dos bloques. Además, los enterraban en tierra consagrada para evitar que el cementerio de los suicidas devorase al religioso.

He intentado imaginar a mi posible marido con la mayor sinceridad posible. Es una práctica de moda hoy en día. Lo llaman «visualizar». Haces un dibujo o te bajas fotos de internet, las pegas en la pared a la altura de los ojos (en mi caso, lo más seguro es que tuviera que hacerlo en el taller) y esperas hasta que lo visualizado se haga realidad.

Traté de visuaci… visuli…, bueno, como se diga; es una palabra difícil de pronunciar en ucraniano. Lo que hice fue dibujarlo. No pude pasar de lo básico, un hombre con brazos, piernas y cabeza. No me creo eso de que nuestra «otra mitad» ande por ahí. La mera idea de que somos la «mitad» de alguien parece sugerir que somos inferiores, que nos falta algo. Quizá, solo quizá, haya en este mundo un hombre que me necesite. Al que le gustaría ir a lo suyo mientras yo voy a lo

mío y después cenar juntos. Que aceptara dormir con dos edredones porque a mí no me gusta compartir. Que, aunque compartiéramos el dinero, se ganase la vida por su cuenta y yo por la mía. Que quisiera tener hijos conmigo, de mí en particular, con mi forma de ser y mi color de pelo. Alguien con quien el embarazo no se inaugurase con las palabras «mierda, han salido dos rayas», sino con una conversación sincera y abierta. Alguien que se agobiara, no supiera por dónde empezar y entonces soltara: «¡Venga, vamos a hacer un niño!». Alguien que no me insultara jamás, por ningún motivo, porque me conozco y me largaría de allí con lo puesto.

Sé que soy un poco rara. ¿Significa eso que mi «media naranja» debería ser un poco raro también? No es eso lo que quiero. No me van los tíos raros. Al contrario, me gustaría una persona franca y sencilla. Una persona para la que «sí» significase «sí» y «no» significase «no». Para quien «no» significase «no» hoy, mañana y pasado mañana. Me gusta la gente predecible. Por lo general, no me fío del destino. Cuando alguien dice que cada cual tiene su destino me entra el escepticismo. Para empezar, el número de personas del planeta es impar y aunque nos emparejáramos todos, al final siempre quedaría un solitario que muy bien podría ser yo. Después, si colocamos el tiempo en el eje de abscisas y el espacio en el de ordenadas, ¿qué posibilidades hay de que nuestra pareja ideal coincida con nuestro espacio- tiempo? ¿Y si nos pasamos en treinta años, porque en el fondo qué son treinta años en la escala de la eternidad, y resulta que nuestra pareja ideal acaba de nacer o, por el contrario, se acaba de jubilar y se ha mudado a su dacha para dedicarse a la apicultura?

Llegué al garaje sumida en estos pensamientos y me sorprendió encontrar gente. El taller bullía de vida.

La mesa de dibujo estaba cabeza abajo y sobre ella había una pila de botellas de cerveza y una montaña de espinas de pescado seco. Rutilos limpios y en salazón. También había una ensalada de pepino y rábano hecha a toda prisa, salchichas y una botella de vodka Khortytsia medio vacía (o medio llena, una optimista siempre debe decir medio llena).

Borysovych estaba allí sentado, paralizado con un trozo de pepino en la boca. Junto a él, Roman con aspecto trastornado como si acabara de ver un fantasma. Don tenía una botella en la mano y no sabía si beber con disimulo o dejarla en la mesa.

—Hola, chicos. Como si no estuviera. No tengo muy buen día.

—Ehhh… Hola. ¿Cómo tú por aquí?

—He venido a pensar. Solo eso… ¿Te sabes el viejo chiste del zar Pedro I, Borysovych? Un día le presentan un informe: los cañones no funcionan por los siguientes motivos. La falta de pólvora es el número treinta. Pues yo estoy en las mismas. Puedo darte noventa y nueve

razones por las que no me he casado, pero la número cien es porque nadie me lo ha pedido. Ni idea de por qué. Por cierto, ¿puedo hablar contigo un segundo?

Borysovych soltó el trozo de pepino en silencio con cara de humillación y salimos de allí. Los demás nos miraban con los ojos como platos. Parecía que hasta el pescado seco nos miraba.

—oOo—

—Borysovych, me ha dicho un pajarito que Komar se ha unido a los separatistas. ¿Te habías enterado?

No hacía falta que dijera nada. Yo sabía que se había enterado.

—Espera, espera —dijo interpretando la expresión de mi rostro—. Ni siquiera estamos seguros. Hay rumores, pero eso no significa nada. Ya sabes la de bulos que corren por ahí.

—Borysovych, si quieres conservar aunque solo sea una migaja de la confianza que te tengo, me vas a decir ahora mismo todo lo que sabes.

—No hay nada que decir. Hará cosa de una semana los separatistas asaltaron una comisaría. Después, las noticias lo negaron todo y dijeron que la policía funcionaba con normalidad. Llamé unas cuantas veces a los chicos, pero no respondieron. Sin embargo, ayer subieron un vídeo a YouTube. Míralo tú misma.

Volvimos a la mesa y Borysovych abrió la página que buscaba. En el vídeo se veía a unos policías de uniforme azul marino en formación cerca de un edificio de ladrillos, quizá fuera la comisaría, no lo sé. Un ruso de mediana edad con un uniforme ruso de camuflaje pronunciaba un discurso.

—*¡A formar! ¡Silencio! ¡Salud, camaradas!*

—*¡Salud!* —respondían los uniformados.

—*Os agradecemos vuestro servicio… Desde este mismo momento, con efecto inmediato, se nombra comisario de policía a Aleksandr Viktorovich. Sus órdenes se obedecerán al pie de la letra. De momento, vuestra misión es retirar a los agentes de policía. Son gente normal y leal. Vosotros respondéis ante nosotros. Vuestra misión en mantener el orden público, evitar que se asalten edificios… Para distinguiros de los demás agentes, que aún no se han puesto del lado del pueblo, os pido que os atéis la insignia de san Jorge en la hombrera derecha. ¿Alguna pregunta?*

Del fondo del grupo se oyó una tímida voz.

—¿Dónde conseguimos la insignia?

—*Nos nos las han suministrado aún.*

Fin del vídeo y de la cuestión.

—De acuerdo, ponlo en pantalla completa. ¿Entonces nuestros

chicos están ahí o qué?

—Es el cuartel general de los separatistas. Mira, la cámara recorre la fachada. Mira el minuto 00:32. ¿Ves a esos? Son los muchachos que vinieron cuando saltó la alarma. A lo mejor tú no los recuerdas, pero yo sí. Y aquí…

—Ya veo.

Komar era el segundo por la derecha. La imagen estaba desenfocada y él estaba de perfil, pero se le reconocía con toda claridad. Más adelante se le volvía a ver jurando fidelidad a los separatistas. Me preguntaba si se habría puesto la insignia.

—¿Por qué, Borysovych? ¿Por qué? Menudo traidor.

—No lo sé. Todavía no me lo acabo de creer. Creo en lo que ven mis ojos, pero esto no me lo trago.

—¿Tenías contacto con él?

—Hasta hace muy poco sí. Era uno de los nuestros. Sin duda.

—¿Conoces al tipo que le toma juramento?

—Ojalá no lo conociera. Escucha. Cambia de móvil. Don y yo llevamos aquí dos días. Él ha reinstalado todo el software de los ordenadores, el tuyo incluido. Pero tienes que cambiar de móvil.

—Vale. Volvamos a la cocina. Sírveme un trago.

—Vamos, hija.

En esta vida no se puede confiar más que en una misma y no siempre. ¿Cuántas veces había confiado en quien no debía? Nunca me había dado tanto asco ni dolido tanto como entonces. En el fondo, ¿contra qué lucho? Komar nunca me había prometido nada, no nos unía un pacto de sangre. Esperaba que se comportara de cierta forma, pero en realidad eran invenciones mías. Komar no me debía nada.

Oh capitán, mi capitán, ¿qué has hecho?

Era hora de plantearse la situación de manera constructiva. Tendríamos que llevarnos el taller a otra parte. Habría que despedir a parte de la plantilla sin poner a nadie en peligro. Y para terminar, tenía que cambiar de móvil.

Lo increíble era la cantidad de contactos importantes que manejaba. Tardamos varias horas en descargar la información del teléfono. Después encendí el horno, esperé a que la temperatura ascendiera a ochocientos grados y arrojé dentro el móvil viejo. Pensé que era más romántico lanzarlo al río Kalmius y que lo arrastraran las aguas. No importaba. El fuego también servía. Así me ahorraba el viaje.

Me quedé dormida en el viejo y desfondado sofá del taller. La manta picaba y apestaba a gato, los muelles rechinaban, se levantaba una nube de polvo, pintura seca y migas cada vez que me movía. Me dio igual. Dormí treinta horas seguidas sin un solo sueño.

VII

PLATA
Nunca digas nunca

Tirar el móvil al horno fue muy mala idea. No se lo recomiendo a nadie. Tendría que acostumbrarme: con cada nuevo acontecimiento, la ciudad se daría la vuelta para revelar una parte desconocida hasta entonces (un poco como si me enseñara el culo, ¿verdad?). Mi ingenuidad, por el contrario, no cambiaría y una vez tras otra seguiría creyendo que las cosas no podían empeorar más. De pie como una espía con su colección personal de artefactos (es decir, mi tarjeta de crédito) junto al supermercado Forum de la calle Artema, reflexionaba acerca de lo que veía. La calle antes atestada estaba desierta. Sin coches en el aparcamiento, sin señoras con carritos de la compra en la parada del autobús, nadie.

Al parecer, el centro comercial estaba cerrado. A la derecha, sin embargo, bajo un deslumbrante luminoso rojo al estilo de la película *Cars* de Pixar, la vida bullía. Y corría la sangre.

Unas cien personas se congregaban en torno a un cajero automático. Al principio, la cola discurría con orden. Entonces pasó algo y la multitud se separó en grupos rivales. En el medio, en el epicentro, dos o tres personas se peleaban con tanta saña que se rompían la mandíbula y las costillas y la sangre salpicaba a los espectadores. La gente retrocedía un paso, pero volvía al instante a su sitio, no porque les atrajera el espectáculo de la bronca, sino para no perder la vez en la cola.

Era el tercer día que intentaba sacar dinero. En total debía llevar al menos siete horas guardando cola en balde. En los cajeros de los supermercados Kontinent y Mahnat se habían agotado los billetes justo cuando ya me tocaba. Corría el rumor de que en la estación aún funcionaba uno: el del supermercado Forum, donde me hallaba en aquel momento.

Mientras yo dormía, en Donetsk cortaron la red de telefonía móvil y los servicios bancarios. PrivatBank, Oshchadbank, e incluso los bancos más pequeños cerraron sus sucursales. Clientes y titulares de

cuentas se encontraron con cierres y persianas bajadas. Se anunció que era una medida de seguridad de solo un par de días de duración y que el lunes se restablecería el servicio. Nadie se lo creyó.

Los que solíamos retirar dinero con tarjeta estábamos en un aprieto. En el banco ATB aún se podía usar la tarjeta, pero había una cola de varios kilómetros de gente haciendo acopio de legumbres, sal y alimentos enlatados. Yo no necesitaba víveres. Necesitaba un teléfono móvil.

Había que pagar los móviles en metálico, y las tarjetas SIM eran imposibles de encontrar. Primero dejó de operar la red móvil de MTS, después la de Kyivstar, y a partir de ahí, la gente perdió el norte por completo. Como resultado, la demanda de tarjetas SIM de ambos operadores aumentó y se triplicó el precio de las tarjetas recargables. Es decir, que para cargar treinta grivnas en el teléfono había que soltarle cien a un revendedor.

Mi siguiente paso era la cola de la tienda de teléfonos móviles. De momento, lo importante era conseguir dinero en metálico. Solo me quedaban cincuenta grivnas en el bolsillo y el taxi de vuelta a casa me iba a costar al menos treinta. Con eso y con todo, dudaba mucho que ninguno fuera en esa dirección. Estaba a siete kilómetros del centro.

No sé muy bien cuándo se desató el tumulto. Seguro que fue por culpa de un carterista, pero el caos jugó en mi favor. Aprovechando que el personal estaba distraído, me escurrí por detrás casi hasta el muro. Después me agarré a un tipo corpulento que se abría paso entre la multitud como una excavadora. Me aferré a él como si lo llevara con correa y poco a poco mi ariete y yo logramos llegar hasta la ventanilla. La gente sacaba mil grivnas de golpe y al cajero se le agotaba el efectivo a toda velocidad. Con semejante cantidad de dinero encima hay que encontrar una forma segura y disimulada de abandonar el gentío.

Yo ya sabía que mil grivnas no me daban para comprar un móvil. Mi plan era acercarme a la estación por si allí conseguía el resto. Si no, me volvería a casa a dormir y quizá al día siguiente el problema se hubiera solucionado por sí solo.

Me senté en la parada del trolebús. Ese día no funcionaban. ¿Existían siquiera? Antes o después pasaría uno. Unos cuantos jubilados tan optimistas como yo esperaban también. En todo caso, pararse a pensar un rato nunca le ha hecho daño a nadie.

El comportamiento de la gente en el transporte público había cambiado de la noche a la mañana. Si antes yo era la única persona que guardaba silencio, una isla azotada por el oleaje eterno de las charlas, interrupciones y cotilleos ajenos, ahora todo el mundo iba callado. Los pasajeros susurraban al oído de la persona que iba sentada al lado y en ciertas zonas bajaban la voz más aún. Se daba un

énfasis dramático a las conversaciones más banales, como en el teatro. En un entorno de murmullos con numerosos significados ocultos, los bocazas y los provocadores destacaban de inmediato. El acento ruso añadía una disonancia estremecedora al multilingüismo del trolebús. Yo lo distinguía en el más leve murmullo, en la primera palabra, en la primera letra /e/ que se pronunciara. Chirriaba al oído con empalagosa pretenciosidad. La pregunta más sencilla hacía que el hablante sonara histérico, como si se quejara de algo y te amenazara al mismo tiempo.

Sin embargo, no valía la pena demorarse. Eran ya las siete de la tarde y, o volvía a casa a pie o me pasaba la noche en la parada. Hasta mi casa había diez kilómetros, los trolebuses no funcionaban y nadie era tan tonto como para recoger autostopistas. Lo mejor habría sido llamar a algún amigo y pedir ayuda, pero qué le íbamos a hacer. Tendrás que arreglártelas sola, Mata Hari.

Empecé a andar hacia el norte a regañadientes, a cierta distancia de la carretera aún vacía. Una hora después, cuando me daba la sensación de haber caminado veinte kilómetros pero no llevaba más de tres, me encontré con dos personas.

Eran un hombre y una chica. Él vestía camuflaje verde, zapatillas de deporte grises y mitones. En una mano llevaba un fusil con una gomilla rosa y apoyaba la otra en el cuello de una niña. Le hacía cosquillas al caminar, un poco como si le acariciara la nuca a un cachorrillo o un gatito. Ella se apartaba de él con repugnancia, encogiendo los hombros en vano y andando más despacio, pero la pesada mano del hombre no le permitía detenerse. Le dio un empujón y ella tropezó con la falda y trastabilló a punto de caerse.

En cierto momento, la chica miró hacia atrás y me di cuenta de que era una colegiala de no más de catorce años. Allí estábamos, tres personas en una avenida interminable, una chica medio muerta de miedo, su escolta armada y yo.

No hizo falta mucho más. Con toda tranquilidad e indiferencia, como en las películas, supe que iba a morir. Lo prudente habría sido correr a esconderme en el laberinto de casitas de aquella parte de la ciudad. Lo sensato habría sido dejarlos seguir su camino y contar hasta diez. Esperar. Esperar hasta que se fueran. «¡Para! ¿Pero qué haces? ¡Arrrrrgh!», me dije.

—¡Eeeeeee! —grité como una posesa. —*¡Anya, Anya, para, espera! ¡Anya!*

La pareja se dio cuenta de que les hablaba y se detuvieron. El separatista cargó el arma y me apuntó, pero yo lo ignoré y corrí hacia él a grito pelado levantando el brazo con el dinero en la mano.

—*¿Qué haces aquí, Anya? ¡Tu madre te está buscando por todas partes! Ha ido a la comisaría. Todo el mundo te busca… ¡Gracias!*

¡Muchas gracias! (Esto último iba dirigido al *opolchenets* barbudo, que bajó el fusil y estuvo a punto de perder la compostura). —*¡Toma, para ti!*

Le meto las mil grivnas en la mano y él las coge por reflejo. El cajero solo dispensaba billetes de cincuenta grivnas, así que por suerte era un buen fajo de dinero.

—*Toma. Qué bien que la hayas encontrado. Muchas gracias. Ya me la llevo a casa. Vive aquí mismo…*

Agarro a la niña de la mano y tiro de ella con todas mis fuerzas. La pobre casi se desmaya mientras nos esfumamos por el callejón más cercano. La siguiente bocacalle está a un par de metros, después diez metros más, a la izquierda, a la derecha, a la izquierda. Un hueco en una valla. Esperemos que los dueños no tengan perro… Vamos, agáchate.

Nos agazapamos entre los arbustos de un jardín y nos quedamos en completo silencio. El tipo no ha disparado. ¿Nos persigue? Creo que no. Por aquí no hay farolas. No se ve casi nada en la penumbra, pero la calle parece desierta.

De repente, la chica empieza a temblar y gimotear como un cachorro. La abrazo con todas mis fuerzas contra el pecho, es decir, las costillas. Solo entonces noto lo delgada y sucia que está y lo mal que huele.

—Shhhh, cálmate. No pasa nada. Ya se ha ido. Estamos solas. Cálmate.

—*¿De qué me conoces?*

—De nada.

—*¿Cómo es posible? Me has llamado por mi nombre.*

—¿Te llamas Anya?

—Sí.

—No te lo vas a creer, pero lo he adivinado.

—*¿Quién eres?*

—Creo que una elfa —una elfa que se ha dado un golpe en la cabeza, no cabe duda, y se ha quedado sin un céntimo—. ¿Tienes móvil, Anya?

No tenía que haber preguntado. La chica no tenía ni móvil ni bolso ni cadena ni un par de pendientes de su madre. Era muy, muy desgraciada. Sin embargo, era el día más afortunado de su vida.

Anya vivía con su madre en el barrio de Smolyanka. Eso quería decir que tendríamos que recorrer callejones y calles secundarias hasta el otro extremo de la ciudad. ¡Mis pobres piernas!

—¿Tiene tu madre alguna idea de dónde te han llevado? ¿Te están buscando?

La estaban buscando. Llevaban ocho días buscándola. Anya se

había pasado todo ese tiempo encerrada en un sótano. Anya tenía catorce años.

Dios mío, no quiero saber el resto.

—oOo—

Tuve un colega que hablaba de su futura vida familiar durante horas. Desde la escuela primaria, el sueño de su vida era casarse. En cierta ocasión no pude contenerme.

—¿Puedes decirme para qué necesitas una esposa, Vasya?

—No lo vas a entender. Mira, llego del trabajo agotado, las manos sucias de grasa de motor, arrastrando los pies a duras penas. Llego al bloque, abro el portal, y en casa *¡la cena ya está lista!*

Lo de la cena lista lo decía en mayúsculas y con tal deleite que de inmediato se te venía a la cabeza un cuenco de *borsch* con crema agria lleno hasta el borde y tan espeso que la cuchara se quedaba de pie. Y tortitas rellenas y patatas con *salo*[9] y cebolla y una esponjosa tarta casera de semillas de amapola… ¡Y con una tarta es imposible discutir! La cena lista es el pilar básico del matrimonio.

Estaba sentada en la cocina escribiendo un informe de gastos de los voluntarios de Facebook y sintiéndome al mismo tiempo una mujer felizmente casada, porque en el piso flotaban los penetrantes aromas del golpetear, burbujear y freír procedentes de los cacharros llenos de comida. A cada minuto probaba una albóndiga, una hoja de repollo rellena o una cucharada de helado de nata y nueces. Todo preparado en cantidades industriales, en varias cubas, cuencos y baldes, con total orden y limpieza. Y con la proporción justa de sal y pimienta.

Porque ahora tenía a Tetiana.

Tetiana, o Tanya para abreviar, y yo nos conocimos aquella noche fatídica hace quince días. Tras escondernos en los arbustos un rato (bueno, un rato no, Anya y yo estuvimos allí hasta medianoche), decidimos ir a mi apartamento y ponernos en contacto con su madre. Mi casa estaba más cerca.

Mientras estábamos escondidas, la chica me contó su historia entre llantos y tartamudeos. Era la historia de una niñería. Uno de esos casos en que las payasadas típicas de esa edad acaban en tragedia. Tres adolescentes, tres futuras estrellas de Instagram, se hacen unos selfis enfrente de la sede ocupada de los Servicios de Seguridad Ucranianos. Por supuesto, también fotografían el edificio, al fin y al cabo tenía un aspecto bastante chulo. Los arrestan, al principio casi de manera oficial, pero entonces los soldados encuentran fotos y vídeos de un control de carretera ucraniano en el móvil de uno de ellos, así como un brazalete con el tridente ucraniano.

Intenté no escuchar lo que venía después. Me imaginé con todas mis fuerzas un enorme trigal salpicado de acianos. Los pájaros trinaban, el trigo se mecía al viento y yo miraba las nubes en medio del campo. No estoy aquí. No estoy en esta calle. No oigo nada. Shhhhh…

—*A Seryoga le pegaron más que a los demás. Le dieron de patadas. Sangraba por la nariz y los oídos. Empezó a vomitar sangre. Lo arrastraron al pasillo. A mí me hicieron tirarme al suelo y limpiar la sangre con la ropa. Yo no quería, pero el interrogador me pegó hasta que me caí al suelo. Decía que a los «khokhols»*[10] *hay que darnos unas cuantas lecciones de higiene básica. Se reía.*

—¿Y tú?

—*Obedecí. En las oficinas había gente. Una mujer entró a llenar un hervidor de agua en el lavabo. Le saludó, pasó por encima de mí como si nada y siguió a lo suyo.*

Acianos y trigales. Piensa en un maizal. Shhhhh…

Los últimos dos kilómetros fueron los peores. Para empezar, saltábamos a los arbustos al menor movimiento. Cada vez que nos parecía que se acercaba alguien por delante o por detrás, nos escondíamos hasta que no se veía a nadie. Además, yo sufro una discapacidad que oculto en balde, soy nictálope, es decir, no veo en la oscuridad. Si veo de día es gracias a las lentillas (tengo siete dioptrías en cada ojo y hay que complementarlas con unas gafas), pero por la noche pierdo por completo la visión tridimensional. Por eso, es natural que el sendero iluminado por la luna por el que caminaba resultara ser una zanja llena de agua en la que me precipité y no me rompí el cuello ante el «¡Ay!» aterrorizado de Anya de milagro.

Eso de que los tontos tienen suerte es verdad. No nos topamos con una sola patrulla separatista y nadie prestó atención a dos mujeres solas atravesando las calles vacías de uno de los barrios con mayor criminalidad de Donetsk.

Para colmo, en casa, tras las ventanas cegadas con alfombras, nos esperaba una celebración. Bueno, era la celebración de un velatorio.

Estaba todo el mundo. Roman y Borysovych fumaban en el dormitorio. Oleh y Don estaban inclinados sobre la cama, en la que habían desplegado un mapa cubierto de marcas de rotulador. Unos chicos a los que no conocía registraban mi correo electrónico en mi propio portátil. ¿De dónde habían sacado la contraseña? Olha Ivanivna hacía un solitario con toda calma y fue la única a la que no sorprendió nuestra llegada.

Si hubiera una escala de uno a diez en la que el uno fuera la escena final de *El inspector* de Gógol (esa tan famosa en la que los actores rompen la «cuarta pared») y el diez fuera la reacción al aterrizaje de la

avioneta de Mathias Rust en la Plaza Roja de Moscú, la reacción a nuestra llegada habría sido de veinte. En pocas palabras, todo el mundo se quedó mudo y solo Roman fue capaz de decir algo parecido a «¡Eeeeeh!» mientras nos señalaba con el dedo.

Mi abuela soltó la baraja, se puso en pie y me abrazó.

—Bien hecho, diablillo —le dijo a Borysovych—. Ya te dije que la niña estaba bien, es más dura que el pedernal. Sabe cuidarse sola.

—Oye, chica, acércame el cuello. Te juro que te voy a poner un chip en la nuca —dijo Borysovych.

—A la mierda el chip. ¿Dónde estabas? —dijo Roman.

Tardé un poco en explicar la situación y un poco más en meter a la aterrorizada niña en la habitación, envolverla en una manta, darle una taza de té caliente y conseguir el número de su madre. Para mi sorpresa, se lo sabía de memoria. Yo no me había aprendido un número de teléfono de memoria en mi vida. Ni el mío.

Me confiaron la tarea de llamarla. La mujer contestó al primer tono, cosa de la que solo es capaz una madre que no se aleja del teléfono.

—Hola. ¿Hablo con Tanya? —pregunté por si las moscas.

—*¡Sí, soy Tanya!*

—Escuche, no se preocupe, todo va bien. Hemos encontrado a su hija. Está aquí a salvo con nosotros.

—¿Quién es usted? ¿Dónde?

—Un momento, luego le explico. Ahora voy a pasarle el teléfono a su hija para que hable con ella.

No consiguieron hablar. Anya rompió a llorar y a decir «*mamá, mamá*». Los que estábamos allí empezamos a llorar también. No quedó un ojo seco en la casa y Oleh me abrazó tan fuerte por detrás que casi me ahoga.

A partir de ahí las cosas se calmaron. Los muchachos llevaron a la niña a su casa. Los becarios volvieron a casa con Oleh. A mí me lavaron, me dieron de cenar y me metieron en la cama. Roman, que según Baba Olya «se subía por las paredes» mientras estuve fuera (es una cuestión personal, pero no me gustan las bromas con las personas paralíticas), se sentó en una silla plegable y Baba Olya y Borysovych se fueron a la cocina a desahogarse. A Borysovych le encantaba el Captain Morgan, y aunque Baba Olya se burlaba de sus gustos burgueses, guardaba una botella con etiqueta negra en la alacena.

Tetiana vino a la mañana siguiente. Era una mujer alta y voluptuosa que antaño, podía ser una semana o diez años antes, había sido una belleza, y se echó a llorar en mi hombro. Anya estaba detrás, limpia y con aspecto descansado y también sollozaba.

Hicieron lo que haría en su lugar cualquier persona en su sano

juicio. Huyeron de Donetsk con una maleta para las dos dejando atrás el apartamento, la escuela y un empleo en un prestigioso restaurante. No conocían a nadie más allá de los confines de la región de Donetsk y no tenían un céntimo, pues Tanya había vendido o regalado los objetos de valor para rescatar a Anya de aquel sótano. Se fueron en tren, felices de seguir vivas y sin pensar lo que les depararía el mañana.

Pensé que no las volvería a ver, pero a la semana siguiente Tanya apareció de nuevo en mi puerta, sin hija y sin maleta. Me dijo que la niña estaba en un lugar seguro y que ella se mudaba conmigo.

—Soy cocinera. Necesitas una cocinera, ¿no?

—Y tanto. Pasa.

—oOo—

—*¡Que pases un día de fiesta maaaaaaaaravilloso!*

La vecina me saludó de lejos con los brazos abiertos.

—¿Qué se celebra?

—*¿No te has enterado? Putin acaba de proclamar la independencia del Donbás.*

—Es lo primero que oigo.

—Como te lo digo. Ya podemos decir que somos parte de Rusia.

Siguió caminando a paso lento, jadeando a causa de su tos de pecho, con su bata de calicó, sus gruesas pantorrillas y sus canas mal teñidas. Dos meses después, a la tía Marta la voló en pedazos una bomba mientras trabajaba en el huerto de su dacha. Dicen que lo único que encontraron en el cráter de dos metros fue un pie y un trozo de cuero cabelludo, así que la enterraron en una caja. La explosión lanzó calabacines de su huerto a dos kilómetros de distancia.

—oOo—

—*¡Dios bendiga a nuestros hijos!*

En la cola, una anciana bendice a los dos *opolchentsi* apiñados detrás de nosotras con una botella de vodka.

—*¡Benditos seáis por protegernos! Lamento las molestias. ¡Voy a la iglesia a rezar por vosotros todos los días!* —Ellos murmuran algo y se dirigen a la salida. La cola permanece en silencio—. *Una lo lamenta por ellos y por nosotros. ¡Por todo el mundo!*

Salgo a toda prisa sin mediar palabra. Aún no sé qué comprar. Hasta las estanterías del supermercado se me hacen extrañas. Me he pasado años llenando la cesta de la compra como un autómata. Las manos cogían por su cuenta la leche, el jamón o las galletas. A las

nueve de la mañana llega a la tienda una partida de pollo fresco. El cerdo y la carne picada llegarán por la tarde. Cada día falta uno de mis tres tipos favoritos de yogur. No hay zumo Sadochok, triángulos de tomate concentrado Chumak, queso President, cientos de productos cotidianos. Cada artículo que desaparece molesta como una china en el zapato. La prisa con que las cadenas de supermercado sustituyen las marcas ucranianas por rusas parece un torpe intento de limpiar la sangre de la escena del crimen. Mucho deben temer a Ucrania si están tan dispuestos a declararle la guerra a la crema agria ucraniana…

—oOo—

—Hola. ¿Me acompañas, por favor? Las chicas y yo tenemos un cargamento de botes de mermelada para ti.

Con mucho gusto. Por más que hubieran instaurado el «toque de queda» en la ciudad. Se decía que ya había detenidos por estar en la calle a horas indebidas y que había que andar con cuidado, pero yo me negaba a obedecer sus reglas. Por lo tanto, acabé conduciendo hasta un bloque de apartamentos de la era Kruschev cuando caía la noche, cuando ya casi reinaba la oscuridad. Las chicas, a las que no conozco, me esperan fuera. Casi sin saludar, sacan cajas de frascos al portal a toda prisa. Me acerco hasta la entrada para ayudarlas y descubro el arsenal de conservas que han saqueado por el bloque. Hay mermelada, *lecho*, compota, carne enlatada y botecitos de comida infantil. Cientos de frascos. Tardamos más de una hora en cargar el coche entre las cuatro, el maletero está atestado, estibamos una pila en el techo del coche y la aseguramos con papel de periódico y cinta de plástico. Coloco frascos envueltos en trapos detrás de los asientos y los dispongo de forma ascendente desde los bajos hasta la parte superior del habitáculo. Para acomodar un cargamento extra de mermelada, empujo el asiento del conductor tan hacia delante que se me atascan las rodillas. Cuando me siento al volante y arranco el coche las chicas intentan colocarme una última bolsa en el regazo. Contiene *salo* casero y una bolsita con casi dos mil grivnas de contribución al esfuerzo bélico.

—oOo—

—Ha llamado un amigo tuyo. El campamento juvenil nos regala unos sacos de dormir que iban a tirar. ¿Te pasas a recogerlos?

La verdad es que andábamos muy escasos de sacos de dormir, así que nos venían bien incluso los de la época soviética. Los chicos y yo corrimos a lo que solía llamarse el Palacio de los Pioneros y nos

llevamos cientos de sacos en cuatro viajes. Los que eran pesados y sólidos como enormes mantas de algodón a cuadros eran muy preciados. Nuestros nuevos tesoros estaban bastante sucios y olían mal. Algunos los habían roído los ratones y estaban llenos de manchas de años de uso. Se los podíamos haber dado así a los chicos, seguía siendo mejor opción que dormir al raso, pero yo no quería. Decidí lavarlos, pero habría tardado años, ya que solo se podían meter unos pocos por vez en una lavandería. De modo que Baba Olya visitó a las vecinas, dejó unos cuantos en cada apartamento y corrió la voz de que necesitábamos ayuda. Para mi sorpresa, nadie se negó, ni siquiera las que no tenían lavadora. Al final de la semana, tal cual lo habíamos planeado, nos trajeron los sacos recién lavados y una activista incluso había bordado unos distintivos en los suyos: la bandera tricolor rusa, la cruz de la Iglesia Ortodoxa y la inscripción «Dios está con nosotros, Rusia está con nosotros».

Cuando entró mi abuela, me encontró mirándolo como una estatua de sal, igual que la esposa de Lot.

—¿Me explicas esto, Baba?

—No es nada. Tú dóblalo bien y nadie se dará cuenta.

—¡Pero Baba…!

Resultó que Olha Ivanivna había dicho por el vecindario que estábamos lavando sacos de dormir para los muchachos del bando separatista.

—¿Y qué quieres que haga? Los mendigos tienen que contentarse con lo que les den, ya sabes.

—oOo—

Yo le compraba suministros a cualquiera que los fabricara. En caso de dificultad los compraba al por mayor. Con un poco de paciencia es posible dar con la fuente de suministro y conseguir una rebaja de hasta la mitad o más.

Cuando empezamos a comprar material para el Ejército, pusimos en práctica esa estrategia. Las chicas se acercaban al almacén de excedentes militares más cercano y yo me llevaba el portátil. Así fue como entró en nuestra vida la «liquidación del ejército». Buscábamos almacenes que saldaran material militar en Alemania, Estados Unidos, Polonia, la República Checa y el Reino Unido.

—Chicas, como prueba, busquemos algo pequeño y útil que nos haga falta para empezar —dije yo.

En nuestro bando faltaba de todo. Botas, rodilleras, chaquetas de uniforme, cascos, prismáticos, torniquetes, vendas. En algunos puestos de campaña no había nada en absoluto.

—Mirad, esta gente anda pidiendo gafas protectoras en los Estados Unidos. Pidamos nosotras unas cuantas también. A cada momento llega un soldado con un ojo herido —Oksana nos envió un enlace a una página web de Járkov.

—De acuerdo. ¿Qué significa equipo facial táctico? ¿Contra qué protege?

—Ni idea.

Las gafas nuevas costaban ochocientas grivnas en nuestros almacenes militares. En los Estados Unidos costaban setenta grivnas cada una y hacían descuento a partir del millar. Sin embargo, había que ganar una subasta y para participar en ella era necesario un número de la seguridad social estadounidense. Después, había que encontrar a alguien que viviera allí y estuviera dispuesto a desplazarse a un almacén en medio del desierto, recoger el pedido, llevarlo a la oficina de correos y enviarlo a Ucrania. Después, había que llegar a un acuerdo con una empresa de transporte que nos rebajara el precio de la entrega y los permisos aduaneros ucranianos. A partir de ahí, recoger el envío de Leópolis a Dnipró y distribuirlo desde allí era sencillo.

En cada una de esas etapas había un enorme letrero con letras de neón que decía «¿estáis locas?». Dejad de haceros ideas que os sobrepasan. ¡No conseguiréis nada así sin más, sin contactos ni experiencia ni nada de nada! Al fin y al cabo, no teníamos dinero. ¿De dónde íbamos a sacar las setenta mil grivnas?

—¿Sabes lo que se nos ha ocurrido? Hemos decidido publicar lo que estamos haciendo en Mumset y otras páginas web de padres.

—¿Cómo? ¿En páginas web de *qué*?

—Ya sabes, las webs en que las madres hablan de la crianza de los niños, el embarazo, la lactancia, la preeclampsia y esas cosas.

—Cielos, ¿qué habéis publicado?

—Hemos dicho que estamos recaudando fondos para comprar máscaras. Setenta grivnas cada una, como tú dijiste. Se nos ha ocurrido una oferta. Compra una para ti y consíguele otra a un soldado. Guay, ¿no?

El resultado fue que las primeras mil máscaras las pagaron supermamis y jóvenes pijas neuróticas. Las residentes de los foros y chats más cursis que se ponen fotos de perfil de gatitos, conejitos y angelitos y protagonizan los chistes de rubias.

«*¡Nuestro conejito cumple seis meses!*».
«*¡Feliz aniversario a mi maridito y a mí!*».
«*¡Este gato es para comérselo! ¡Es el canguro del nene!*».
«*Qué hacer si tu ex se pone en contacto contigo*».

«Gafas de combate para nuestros soldados. ¡Urgente!».

Cuando comenzó la avalancha de pedidos de entre cincuenta y cien grivnas me puse en contacto urgente con las iglesias de la diáspora ucraniana. ¿A quién iba a llamar si no? Las parroquias tenían su propia página de Facebook y algún que otro dato de contacto. Llamé, escribí y mendigué como nunca en mi vida. Aunque jamás me habían regalado nada (siempre me había ganado la vida trabajando) tampoco había mendigado así hasta entonces. Perseguía y suplicaba a desconocidos sin ensayar lo que iba a decirles, y para colmo me creían de verdad. Nos consiguieron coches, ayuda extra, voluntarios para ir a los almacenes, cargar y enviar el material e incluso contribuciones en metálico.

Las gafas tácticas llegaron en cajas que también contenían caramelos, bolsas de café, vitaminas y batas y mascarillas hospitalarias y pañales para adultos.

—No lo entiendo. ¿Para qué son los pañales? ¿Para los francotiradores?

—¡No digas bobadas! Son para el hospital.

Durante el proceso de adquisición del material, hicimos varios contactos en el extranjero. La gente con la que tratábamos solía pedirnos información política: ¿A qué os dedicáis? ¿Por qué? ¿Quién está en guerra con quién?

—Tanya, esto es una locura. No saben distinguir entre un ruso y un ucraniano. Creen que es un conflicto interno, que peleamos entre nosotros.

—A quién le importa…

Tanya no me escuchaba. Borysovych y ella discutían en tono de broma acerca del *borsch* en la cocina, en la cual no había ya ni espacio para respirar.

—¿Cómo que a quién le importa? ¡Suelta esa remolacha de una vez! ¿No te das cuenta de que así no nos van a ayudar? Nos están aplastando, estamos cayendo como moscas y nadie va a intervenir. ¿No te importa por qué las moscas peleamos entre nosotras?

—Deja de refunfuñar. No me importa. ¿Saberlo te va a servir de algo? ¿O a nosotros?

—La verdad es que no.

—Pues ya está. Eso es lo que hay. Piensa en tu gente, veinte años escondida en búnkeres en medio del bosque para nada.

—¿Qué quieres decir con «mi gente»? ¿Quién?

—Pues los banderistas.

—¿Y entonces por qué no dices «nuestra gente»?

Tanya suspiró, se quitó el delantal, se sentó frente a mí y apartó

con el codo una tabla de cortar llena de mondas de cebolla y patata.

—Porque son tu gente. Mira, para unas cosas somos ucranianos y para otras parece que miramos desde fuera lo que hacéis los verdaderos ucranianos. El pudin *kutya* de Navidad, los villancicos, los espectáculos de títeres *vertep*, las camisas *Vyshyvanka*, la lengua y las tradiciones ucranianas… Es como el cuento de la zorra y las uvas. Si a alguien se le ocurriera organizar un teatrillo de títeres *vertep* aquí, acabaría huyendo de la ciudad entre las burlas de todo el mundo. Siempre hemos creído que esos rollos ucranianos no tienen que ver con nosotros. ¿Te acuerdas de cuando el presidente Yushchenko decidió dividirnos en nacionalidades? ¿Te acuerdas de cómo se las creía la gente? Pues eso es porque aquí si dices que eres ucraniano la gente te señala con el dedo. Somos *khokhols*, no ucranianos, solo se nos permite llamarnos así.

—Un momento, ¿de qué hablas? Tú eres ucraniana, y Borysovych y los chicos… No sois *khokhols*. Después de todo, habláis ucraniano.

—Sí, contigo. Al principio me daba vergüenza abrir la boca, tenía que buscar las palabras. Después conseguí expresarme con soltura. ¿No te acuerdas de los balidos y mugidos que soltábamos las primeras veces que hablamos contigo?

—¡Venga ya! No eran balidos.

—No estaría yo tan segura. ¿Te cuento cómo acabó mi abuelo viviendo aquí?

—Cuéntamelo.

—Después de la guerra sirvió en el cuerpo paramilitar de seguridad del Estado. Le ordenaron vigilar a un pobre diablo. Aquel invierno hacía un frío horroroso, el prisionero se estaba helando y le pidió que le dejara calentarse en el búnker. A mi abuelo le dio pena y le dijo que sí. El tipo aprovechó para escaparse. Cuando mi abuelo se dio cuenta, huyó también porque por la mañana había que fusilar a alguien, y daba igual si era un joven como él o un viejo. ¿A dónde huía todo el mundo por entonces? Aquí. Las minas contrataban a cualquiera capaz de llegar, que estuviera sano y que soportara trabajar con el agua hasta las rodillas. Le dieron los documentos que había «perdido» y lo registraron con el nombre de «Petro Tonkal». De ahí procedemos los Tonkal, pero quién era mi abuelo, dónde nació, cuál era su nacionalidad o su apellido, eso nadie lo sabe. Se llevó el secreto a la tumba.

—Bueno, vale, pero era entonces. ¿Qué pasa hoy en día? ¿De dónde te sientes tú?

—¿Hoy en día? Lo que siento es que tenemos que sobrevivir y expulsar a los rusos. Solo entonces nos aceptará Ucrania. Solo entonces le seremos útiles, sordos, mudos y sin memoria. Solo

entonces nos aprenderemos vuestros villancicos.

—oOo—

Por entonces no vivía en Internet, pero escribía al menos dos o tres publicaciones al día. En Facebook podía publicar lo que quisiera con nombre falso. Siempre mencionaba que el nombre de usuario no era real, que yo no existía ni había existido, lo único que existía era Donetsk, la guerra, y que estábamos atrapados en la ciudad como mosquitos en ámbar, y las breves misiones a los puestos de campaña eran quizás el único motivo por el que aún seguíamos en la ciudad.

Los donantes nos enviaban dinero con frecuencia, así que yo trataba de tenerlos informados, aunque la verdad es que me preocupaba de manera inconsciente que nos pidieran que se lo devolviéramos. Por eso les escribía informes, pero ¿qué podía mostrarles? La cocina llena de palés de pimientos rellenos y albóndigas, fotos de ollas enormes en un campo, pilas de uniformes: ropa de camuflaje ucraniana de tonos «roble», *Bundeswehr* alemana y camuflaje pixelado británico, ropa interior checa y camisetas. Estas últimas las sacamos a cuatro grivnas la unidad. Las compramos al por mayor en un almacén polaco. Tenían algún que otro agujero, estaban un poco gastadas, un poco transparentes, pero daba igual. Las iban a tirar como harapos. Algunas se deshacían. Nos entregaron balas enteras de camisetas de Polonia en bolsas enormes en las que cabía una persona y aún sobraba espacio. Así fue como me vi de nuevo en la casilla de salida. Me había jurado no recorrer los bazares llenando bolsas como los antiguos chamarileros, y ahora…

Recibimos los primeros chalecos antibalas. Al principio eran chalecos negros de policía, que tenían más que nada efecto psicológico, pero después llegaron los chalecos tácticos italianos, alemanes e israelíes. Los amigos de la diáspora compraron el primer pedido en Italia y lo enviaron por carretera hasta Chop, pero no cruzó la frontera porque los de aduanas solo permitían el paso de cargamentos comerciales. Estábamos atascados. No sabíamos qué hacer…

Agarré el teléfono y les dije a los aduaneros:

—Tíos, este material es para que vuestros hombres luchen contra los terroristas, ¿entendéis?

Era como hablar con una pared. No dejaban que el cargamento entrara ni saliera. Estaba bloqueado en el área de sanciones de la aduana.

Menos mal que Roman estaba allí.

—No los tienes que llamar a ellos —dijo.

—Vale. ¿A quién llamo entonces?

—Yo no lo sé, pero Borysovych sí. Espera.

¿Cómo íbamos a esperar? Estábamos a punto de que nos pusieran una multa, o de que el cargamento «desapareciera», después de lo cual no sería fácil volver a dar con él.

—Espera.

Los muchachos hicieron unas cuantas llamadas, se fumaron un cigarro y llamaron de nuevo. Una hora después se presentaban en la frontera unos treinta tipos con visados de viaje válidos en el pasaporte. Aparecieron treinta contrabandistas y «*solucionaron*» el problema. Aparecieron treinta millonarios transcarpáticos y se llevaron los chalecos por el paso de peatones de la frontera y todos y cada uno de los aduaneros miró a otro lado. Zhora, el viejo gitano, hizo dos viajes a pie y casi se muere del «*esfuerzo*», como nos informó entre risas y sin aliento cuando terminaron de cargar el camión en nuestro lado de la frontera.

Aquella noche corrimos a Dnipró a recoger el preciado cargamento y por la mañana lo distribuimos por varios frentes, cinco unidades de uso exclusivo en misiones de combate por pelotón.

Filmamos el material con los teléfonos móviles, con cuidado de ocultar el rostro de los soldados. Cuando entregamos los últimos chalecos, los soldados se los pusieron, saltaron a un vehículo y se fueron al frente. Ese fue el día que me fumé mi primer cigarro. Roman me sacó un montón de fotos divertidas tirada en el suelo tosiendo como una loca. Todavía las conservo, pero no eran apropiadas para el informe a los donantes.

Lo cierto es que casi nada de lo que teníamos era apropiado para los informes. No veíamos al Ejército como tal. El oficial de más edad que conocíamos era el comandante Vovchik, nacido en Ochakovo, de treinta años y con la piel ennegrecida por el sol, el agotamiento y la falta de sueño, al que entregamos vendas durante una visita relámpago. El resto eran… Bueno, podríamos decir que *opolchentsi*, de no ser porque la palabra estaba asociada a los gilipollas del otro bando. Eran *haidamaks* (cosacos paramilitares ucranianos), guerrilleros, cosacos… Pero no un ejército.

A veces sueño que estoy de pie en medio de un campo envuelto en niebla. Blancos hilos de niebla flotan bajo los pies y me obstruyen la boca y los ojos. Estoy sola pero al mismo tiempo no lo estoy. A mi derecha y a mi izquierda caminan hombres y mujeres silenciosos y concentrados. Van solos o en grupos, llevan ametralladoras y fusiles. No se detienen, tan solo aflojan el paso. Los grupos son cada vez más numerosos y yo tengo una prisa desesperada. Le doy algo a cada uno. Tabaco, sándwiches, una bufanda, un cargador… Lo cogen sin mirar y desaparecen en la niebla. No me atrevo a demorarme, no tengo

tiempo. No veo rostros, solo brazos y espaldas, brazos y espaldas. Así era mi ejército. Así es como lo recuerdo. Un ejército de brazos y espaldas.

—oOo—

Los cargadores eran una pesadilla. Conseguirlos acabó siendo una verdadera epopeya. Siempre que me preguntan cómo era Donetsk a principios de verano de 2014, respondo que era como una esposa solitaria golpeada y violada por su marido que, sin embargo, se niega a abrir a la policía y cuando llaman a la puerta responde diciendo: «Estamos bien, váyanse por favor». A primera vista, estábamos bien. No era para tanto que las bandas hubieran ocupado unos cuantos edificios ni que hubieran bloqueado un par de calles. Eran dificultades temporales. En Kiev las barricadas llevaban tres meses en pie. No pasaba nada. La alcaldía informaba a diario de crímenes resueltos, el transporte público funcionaba, los tribunales dictaban sentencias, los barrenderos limpiaban la ciudad, los quioscos vendían periódicos. Por lo general, aunque los precios hubieran subido, todavía se podía conseguir lo que se quisiera.

Los soldados nos apremiaban para que les consiguiéramos cargadores de fusil semiautomático; como si hubiera suficientes armas semiautomáticas… La munición desechable ya era difícil de encontrar. La cosa funcionaba así: alguien recibía un disparo, sus municiones caían al suelo, nadie las recogía y se perdían para siempre.

Les prometemos tratar de encontrarles cargadores y entonces Borysovych dice:

—¡Tenemos! Están allí mismo, en el almacén del Ejército. Puedes comprar cargadores banana a veinte grivnas la unidad.

—¿Cómo que en el almacén del Ejército?

—Allí mismo.

—¿En Donetsk? ¿Esos almacenes no son de nuestro bando? ¿Estás sugiriendo pagar al Ejército para que suministre municiones a sus propios soldados?

—Bingo. Hoy eres la reina de las preguntas tontas. Venga, los muchachos y yo vamos para allá. Espera aquí.

—¿Qué me espere aquí? Ni hablar. Yo también voy.

—Quédate. Si no, empezarás a hacer preguntas.

—Te prometo que seré una tumba. Diles que soy muda. Voy con vosotros, esto no me lo pierdo.

El almacén era una especie de hangar de mercadillo cubierto cerca del cuartel de un antiguo regimiento en el distrito de Lenin. Hasta hacía un mes los militares vivían como siempre. Tras un par de

intentos de asalto, lo que pasaba detrás del muro de hormigón no estaba nada claro. La verja de hierro con alambre de espinos estaba cerrada, no se veía ningún equipo militar y la mayoría de las ventanas estaban rotas. Nos esperaban en la puerta trasera. Un tipo vestido de camuflaje se asomó y nos señaló con la cabeza una entrada lateral.

—Vamos, deprisa.

—*¡Viva Novorossiya!* —los saludó Borysovych.

—*¡Dios bendiga al Donbás! Traed el coche y vamos al lío. Os lo tengo todo preparado.*

Además de los cargadores, tenían carne enlatada, materiales para refugios, silenciadores y aceite. También tenían tiendas de campaña a tres mil grivnas cada una. Nos llevamos cuatro. En las estanterías había un surtido de cinturones, cantimploras, cacharros y cajas de cereal, todo al por mayor.

—*Tenemos una lancha hinchable. ¿La queréis?*

Por desgracia tuvimos que decir que no.

Volvimos en el coche sin decir una palabra. Se me había caído el empaste de la muela del juicio y por primera vez en días no sabía qué decir.

—oOo—

—Hola. ¿Te importa echarle un vistazo a esto? Ha llegado una carta de los Estados Unidos y no entendemos qué quieren.

—Venga ya. ¿No habéis consultado el traductor de Google?

—Sí, pero sale un galimatías. Creo que quieren saber cuánto frío hace en invierno.

—Es Craig, el de eBay. Le compramos unas cartucheras hace poco. Ya veo. Tiene un lote de botas de invierno para temperaturas de hasta menos cuarenta grados. Pregunta que si las queremos. Mira, son raquetas de nieve. Treinta dólares el par.

—Sí, pero ¿para qué necesitamos calzado de invierno? Dile que ahora mismo hace más de treinta grados. ¿Necesitamos botas ahora mismo?

—¿No crees que las necesitaremos más adelante?

—¡Ni locos! Cuando llegue el invierno ya habrá acabado todo.

No llegamos a comprar las botas. Y lo lamentamos, por supuesto. Sin embargo, seguimos trabajando con Craig durante mucho tiempo. Hasta el día que me envió un cargamento de palas de zapador en lugar de chalecos tácticos. Los precios de envío eran astronómicos.

—Querido amigo, me gustaría hacerte una pregunta —me escribió Craig en inglés.

—Dime.

—Los rusos nos compran el mismo material que vosotros. Uniformes, cartucheras, botas. ¿No vais a tener problemas en el campo de batalla si vais vestidos todos igual?

—No te preocupes, querido amigo. *No problem* —contesté en inglés.

VIII

CORAL

Mi copa rebosa (Salmo 23:5)

—¡Despierta, deprisa! ¿Me oyes? ¡Levántate!

Si alguien te despierta así en el verano de 2014, primero te tiras al suelo y después abres los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Bajamos al sótano?

—¡No, mira, mira!

Tanya me metió el portátil debajo de las narices.

—¡Han reconquistado Mariúpol! ¡Nuestros chicos están en *Marik*, la han liberado hoy!

Quien sepa lo que es quitarse un peso inmenso de la espalda sabrá como me sentí. Esa sensación maravillosa de crujir y estirar la espalda.

—Entonces se acabó, ¿no, Tanya? ¿Nuestros chicos avanzan?

Nuestros chicos ya vienen. ¡Nuestros chicos ya vienen! *Nuestros* chicos. ¿Qué bien suenan esas palabras, joder! Nos quedamos pegadas a la pantalla mirando las imágenes una y otra vez, sobre todo la parte en que les metían la cabeza en el barro a una docena de separatistas en pantalones de chándal. Oh Dios, ¿quería aquello decir que pronto nos desharíamos de los de aquí? Los chicos no se detendrían en Mariúpol. Dentro de nada les echaríamos el guante a esos generales de vía estrecha y nos los quitaríamos de encima. ¡Ojalá lo hubiéramos hecho en marzo!

—A ver qué hacen los muchachos, Tanya. ¿Encendemos la barbacoa y preparamos unos *shashliks*? ¡Menudo día!

—De acuerdo.

Tanya y yo teníamos suerte. No solo nos complementábamos. Nos completábamos. Ella era el yin y yo el yang. Qué cierto es eso de que para gustos hay colores… Lo que a mí me faltaba, Tanya lo tenía en proporciones milagrosas. Tenía curvas voluptuosas y unos pechos como para anidar en ellos. Tenía una confianza absoluta en sí misma y sus derechos. Tenía esa cualidad que los libros denominan con pudor *sex appeal* y mi abuela calificaría de «ojitos de zorra».

Al mismo tiempo, era una cínica. No esperaba nada bueno del mundo. Sospechaba de todo. En lo tocante a los separatistas locales creía en el puño de hierro y no era partidaria de la doctrina del palo y la zanahoria, sino más bien de la del palo y más palo. Por el contrario, yo vacilaba, me avergonzaba y trataba de dar explicaciones. Ella sabía dejar las cosas claras con tres palabras. Cuando nos conocimos, me resumió la historia de su vida para que no me cupieran dudas. Nació en un pueblo de la región de Donetsk cerca de Volnovaja. Se casó joven, nada más terminar el instituto. Su marido no estaba mal, excepto cuando bebía. Cuando estaba embarazada, una vez intentó estrangularla. Tanya le sacudió tan fuerte con una sartén que le hundió la nariz en el cráneo. Lo dejó en el sitio. La acusaron de asesinato y le impusieron la pena mínima. Pasó cuatro años en la cárcel. Cuando la soltaron, vendió la casa de su madre y recuperó a su hija, que vivía con sus suegros. Al principio, la niña no la reconocía, pero poco a poco se acostumbraron la una a la otra, se mudaron a Donetsk y empezaron de cero. Todo el mundo la respetaba, incluyendo el «comité» del bloque, los delincuentes juveniles del barrio, los tenderos y los guardas de los controles de carretera. Los muchachos del taller venían mucho de visita, y una vez vi con mis propios ojos a Borysovych levantarla en vilo y hacerle cosquillas. Recibió de inmediato un codazo en la cabeza y un paquete de *pelmeni* congelados para bajarse el chichón. A nadie se le había ocurrido nunca hacerme cosquillas a mí.

Tetiana empezó a acompañarnos en los viajes. Por supuesto, Roman estaba en contra, pero la verdad es que él y yo éramos un par de domingueros un tanto pintoresco. Llamábamos un poco la atención. Por eso acordamos lo siguiente: diríamos siempre que nuestra dacha, nuestra casita de campo, estaba de camino a Kurajiv. Si el viaje era al este o al sur iría yo sola, si no era muy largo, o bien con Tanya.

Nos convertimos en «tratantes de verdura», la coartada perfecta. Los muchachos nos encontraron una Renault «Kangaroo» de 1993 por cuatro perras. La cargábamos de cebollas, zanahorias, judías verdes o bayas de temporada que comprábamos a bajo precio a agricultores preocupados por la situación, y las llevábamos, dependiendo del plan de ruta, a Avdíivka, Jartsyzk, Górlovka, Makéyevka o Yasinovátaya. Entre las cajas de verdura se podía esconder un elefante, pero aun así nunca nos registraron en un control de carretera. Los *leggings* de leopardo de Tanya, sus anillos de bisutería, los rubios rizos recogidos con un pícaro lazo de satén y los «ojitos de zorra» decían a los milicianos «venga, ya chavales. Somos unas chicas como vosotros que van de viaje. No nos molestéis».

Cargábamos el vehículo y circunnavegábamos las zonas problemáticas. Había un grupo de Facebook que publicaba la

ubicación de los controles de carretera separatistas en tiempo real:

> *278. Puente destruido en Halytsynovka.*
>
> *271. Nuevo control de carretera en Donetsk, cruce de la calle Primorskaya con Joroshevo.*
>
> *273. Donetsk, al menos un lanzagranadas entre los arbustos bajo la torre del tendido eléctrico. Información fiable hace una hora.*

Actualizaban la información cada hora. Por mucha prisa que tuviera, siempre publicaba información nueva en el grupo. La aplicación de tráfico Yandex también proporcionaba información actualizada útil: si en un control de carretera registraban todos los coches, el tráfico se ralentizaba y se formaba un embotellamiento. Nosotras sorteábamos cualquier peligro con un navegador normal y corriente y un mapa de carreteras.

Por mucho que nos registraran, tampoco llevábamos nada comprometedor. Aparte de la verdura, las empanadas y los rollitos de repollo, claro está. Quizá pareciéramos dos chicas sin nada que robar. Incluso así, nunca llevábamos nada incriminatorio en el móvil, algo con lo que yo tenía especial cuidado. Borraba de inmediato el registro de llamadas entrantes, me sabía de memoria los números importantes, mi agenda estaba en ruso y los contactos eran «*2 litros de leche para el martes*» o «*repollo 4 tío Grishna*» y cosas por el estilo. Descargaba las fotos y los vídeos de inmediato en el portátil y si quedaba algo de «información comprometedora» en el móvil, la guardaba en una carpeta oculta a la que, si no se sabía el nombre, solo se accedía por medio de un análisis del *hardware* (gracias a las brujerías informáticas de Don).

El núcleo duro de nuestro grupo de voluntarios seguía en Dnipró, aunque las chicas habían dejado la residencia escolar. Un día recibieron la vista de unos «dignatarios» locales que les ofrecieron alojamiento en el centro Cultural Judío del centro de la ciudad. Aceptaron sin dudarlo, y ahora Oksana buscaba municiones con el móvil bajo la mirada curiosa de niños pelirrojos con rizos. Al principio, los visitantes del centro cultural (al menos cien al día) se sorprendían un poco, pero pronto se acostumbraron. Era el signo de los tiempos: Crimea y Roma habían caído, todos vivíamos mezclados unos con otros, los rabinos militaban en el Sector Derecho (un movimiento paramilitar nacionalista de ultraderecha), y los activistas civiles dormían en los sofás de las sinagogas.

Al día siguiente, condujimos hasta Dnipró, cargamos el coche hasta los topes y volamos a los puestos de campaña del ejército ucraniano, donde entregamos fardos y cajas de uniformes o descargamos cajas de

prismáticos y visores con gran cuidado, cubrimos los asientos con una lona y cajas de plátanos vacías y volvimos a casa.

Todo iba de perlas. Fue muy mala suerte que nos pillaran por un detalle sin importancia.

—oOo—

—Para, Tanya, nos hemos perdido.

—Tranquila, eso es imposible. Estamos cerca de casa, este es nuestro territorio.

—Para.

Llevábamos siete kilómetros conduciendo sin rumbo. Siete kilómetros son muchos en una situación como la nuestra. A la izquierda, interminables hileras de cultivo con escasa maleza. A la derecha, campos de girasoles convertidos en maizales. No se veía un alma, ni por delante ni por detrás. Caía la noche.

Si esto fuera una novela de terror, la expresión «caía la noche» tendría la intención de poner al lector los pelos de punta y la piel de gallina, que era justo lo que me estaba pasando a mí, ya que en cuanto se pone el sol tengo todas las de perder. Después de anochecer éramos presa fácil, el último eslabón de la cadena trófica, un premio para quien tuviera un fusil y quisiera hacerse con un coche «abandonado» que Dios ponía por delante.

De vez en cuando encendía el navegador y miraba el móvil. En vano. No había cobertura. Una raya solitaria brillaba en una pantalla en medio de un sembrado; el navegador no mostraba ni carreteras ni direcciones. Tanya desplegó el mapa de nuevo para intentar determinar nuestra posición. Sin embargo, el paisaje no se correspondía para nada con las señales del papel. Según nuestros cálculos, debíamos haber pasado por Mezhove y haber cogido la autopista después de Makéyevka. Aquella carretera sin asfaltar entre kilómetros de maizales no aparecía en el mapa por ninguna parte.

Circulábamos a través de los campos por una ancha carretera de dos carriles que no tenía que estar allí y que además estaba pavimentada con adoquines. En cuanto notamos que los neumáticos hacían un rotundo «brrrrrr» en lugar del habitual zumbido contra el suelo, frenamos tan fuerte que casi salimos despedidas por el parabrisas. El pavimento era viejo y el tiempo lo había erosionado, pero estaba bien construido. Recordaba uno parecido de una excursión del colegio a Leópolis y a Kiev. No eran adoquines prefabricados modernos, sino de piedra cincelada a mano y alineada con tanta precisión que entre uno y otro no cabía ni una hoja de afeitar.

—¿Sabías que teníamos este tipo de cosas por aquí?

—¿Estás de coña? No tenía ni idea.

No me podía estar quieta. Me movía una y otra vez antes de girarme a mirar atrás. La carretera parecía fundirse en una espesa niebla que se asentaba sobre ella, no como un muro sólido, sino en suaves bandas horizontales que partían el aire como clara de huevo en leche. Ese tipo de niebla que la hace a una creer en los unicornios. Navegamos a través de aquella calma lechosa como el holandés errante. No había que echarle mucha imaginación para darse cuenta de que aquello iba a acabar mal.

Me acordé de que al pasar por la última «válvula», como llamábamos a los controles de carretera, les habíamos dado tabaco, un cubo de salchichas caseras en manteca y una caja de botellas de agua mineral a los chicos. También me acordé de que lo habían recibido todo con cierta indiferencia, en lugar de la habitual gratitud.

—*A ver qué es esto… Ah, muy bien, nos lo quedamos.*

Al pensar en ello, caí en que uno de los soldados quizá llevara un águila en los galones. ¿Qué importaba que fuera un águila?, me digo ahora. Era el símbolo de la Berkut, la unidad especial de policía conocida por torturar ciudadanos ucranianos. Pensé en los gritos del taxista local al que no dejaban pasar mientras a nosotras nos hacían señales con la mano e incluso nos daban indicaciones básicas. No había ningún giro a la izquierda a los dos kilómetros.

—¡Para! ¡Oh, mierda, para! Joder, demasiado tarde. Nos han pillado. Reza lo que sepas.

Al doblar una curva cerrada había un control de carretera separatista. Casi chocamos con él. Por un momento aún albergamos la esperanza de que fuera de los nuestros, pero incluso en la oscuridad se veía que la bandera tenía tres franjas, no dos. Habíamos llegado.

—Tranquila. Mantén la calma.

Frenamos y apagamos los faros y las luces del interior del coche. Yo llevaba el pasaporte y la documentación a la vista, abiertos por la página del permiso de residencia en Donetsk para facilitar los trámites. Tanya se ocuparía de hablar, ya que yo estaba demasiado asustada.

—*¡No disparéis chicos! Nos hemos perdido. Hemos llevado la mercancía al mercado y al volver nos hemos perdido* —gritó Tetiana cuando nos detuvimos delante de la barrera improvisada.

Nos apuntaron tres cañones, no, cuatro. Por suerte no nos dispararon allí mismo.

—*Salgan del vehículo con las manos en la cabeza.*

Algún tiempo antes, en mayo, le pregunté a Borysovych qué hacer si me pillaban.

—¿Sola o con alguien? —preguntó.

—¿Qué tal sola?

—Si estás sola, échate a llorar. Llora hasta que se te salgan los mocos por la nariz, hasta que se te hinche la cara. Cuando te peguen, intenta mearte encima cuanto antes. Y llora.

No es tan sencillo. No me salían las lágrimas. De puro miedo, claro. Además, tampoco era un control de carretera normal. Teníamos delante cuatro chechenos encañonándonos en medio de una de carretera que no existía.

El encargado del interrogatorio se llamaba Jamil o Shamil, no me enteré bien. Nos preguntó en un ruso rudimentario quiénes éramos y por qué circulábamos por territorio ucraniano, ya que el tráfico estaba prohibido en aquella carretera. Tartamudeando de nervios, Tanya le explicó que no estábamos haciendo nada malo, que veníamos de llevar verdura de Donetsk a tres pueblos y nos habíamos perdido. Le dijo que no sabíamos por qué nos habían dejado pasar en el último control de carreteras; a lo mejor para gastarnos una broma. Cuando les preguntamos la dirección, nos dijeron que siguiéramos todo recto.

Llevábamos una carpeta con recibos como coartada. Yo era un poco paranoica, así que antes de cada misión imprimía una hoja de ruta y los recibos necesarios, todos sellados, y varios impresos firmados. Los muchachos me habían hecho por lo menos veinte, sobre todo de supermercados ATB. ¿Qué más? Los móviles estaban limpios y no llevábamos ninguna *tablet*. En el coche no había nada que hiciera sospechar que estábamos implicadas en asuntos militares. Había dos cacerolas sucias, pero eso era fácil de explicar; había también unas cajas para los pepinos y un cubo para las bayas.

—¿Qué?

Me había distraído pensando y no había oído la pregunta.

—*Se lo voy a preguntar de nuevo. ¿Hacia dónde han girado después de Zuyevka?*

—*¿Zuyevka? No hemos pasado por Zuyevka.*

—*Ella dice que sí* —dijo señalando a Tanya.

—*No lo sé. Ella sabrá, es la que conduce. Teníamos que haber salido cerca de Donetsk. Ya le hemos dicho que nos hemos perdido. Se nos ha roto el navegador.*

—*Démelo.*

Se lo entregué de inmediato. Sabía que con el historial desactivado no podían rastrear nuestra ruta. Lo encendimos y allí estaba el infalible Solomon Samsonovych, la voz del navegador. Qué tío.

—¡Maldita sea! —gritó con la voz de Ozzy Osbourne—. ¡Mierda puta, no hay cobertura! Nos hemos metido en zona de combate.

—*¡¿Pero qué coño?!*

—*Perdone, ha sido un error. Es que hemos instalado un programa para*

que el navegador hable con diferentes voces. No había cobertura desde hace un rato, algo se ha estropeado.

—*¿Ah, sí?*

Shamil sacó un cuchillo con toda parsimonia. En general, se tomaba su tiempo para hacer las cosas, hablaba despacio, se movía despacio, como si dispusiera de toda la eternidad. Era enorme, como un machete. Con un movimiento rápido cortó a nuestro Solomon en dos. Después, se giró hacia Tanya.

—*Ahora te voy a cortar la teta derecha con este cuchillo. Y después voy a jugar al fútbol con ella por todo el Donbás. ¿Te enteras?*

Llegados a ese punto me eché a llorar de verdad y me arrojé al cuello de Tanya, porque en ese mismo momento se le fue la olla. Las amenazas de aquel tipo le importaban un pimiento, por decirlo de alguna manera.

—Escúchame bien, pedazo de cabrón. ¡Te voy a partir la cabeza y me voy a follar a tu esposa! —Así era nuestra Tanya.

—¡No le haga caso, no piensa hacerlo! —grité yo.

—*¡Te voy a matar, so puta!*

Entonces sonó mi móvil y todo en cien metros a la redonda se detuvo y me miró. El día anterior, bromeando con Don, le había pedido que me instalara un tono malote para que sonara cuando él me llamaba, uno que no tuviera ningún otro de mis contactos. Don soltó un gruñido, dijo «vale» y media hora después me devolvió el móvil. Resultó que el teléfono reproducía la llamada de un muecín a la oración de la mañana. Cuando lo oí me tuve que sentar.

—¡Yeeeeemeheeeuuuuummmneyeheeeee!

—*¿Qué es eso?* —preguntó el confuso *ikhtamniet*[11].

El teléfono sonó de nuevo.

—*Es para mí. Me llaman del almacén.*

—*Contesta* —dijo él apuntando con el cuchillo al botón del manos libres.

Era mi querido Roman. Tenía su número en el teléfono con el nombre de «Taller Proletarka».

—*Diga. ¿En qué puedo ayudarle?*

Una brevísima pausa. En cierta ocasión, antes de la guerra, los muchachos me preguntaron por qué no respondía en *russki* cuando me hablaban en ruso. Les respondí de broma que era un código. Si alguna vez me secuestraban y me ponían un cuchillo en el cuello, podría avisar a mis amigos hablando en ruso. Seguro que no se acordaba. Pues al parecer, nuestro niño prodigio sí que se acordaba.

—*Chicas, ¿en qué follón os habéis metido? ¿Por qué no os habéis presentado en los lugares de entrega? ¿Por qué el coche no está en el almacén? ¿Qué pasa con las bayas? ¿Dónde estáis?*

—Lo sentimos jefe, estamos retenidas en…

Un golpe en la mano, y el teléfono salió volando. Los milicianos nos obligaron a sentarnos debajo de un árbol y se pusieron a registrar el coche. Tetiana estaba hecha un ovillo de alambre. Yo no dejaba de lloriquear. ¿Por qué parar ahora que me salía tan bien? Si lo dejaba, no estaba segura de ser capaz de empezar a llorar a gritos de nuevo. Puse la cabeza en el regazo de mi amiga y le empapé los pantalones de lágrimas. Sentía la nariz hinchada por completo, como debía ser.

—Perdóname.

Casi no la oía de tanto sollozar.

—¿Qué te perdone? ¿Por qué?

—De esta no salimos. Me he dejado las pegatinas en el coche.

Siempre había creído que la expresión ucraniana «hablar con los labios de un muerto» era una metáfora. Descubrí que no. Se refiere a la sensación de que se te mueven los labios al hablar pero no los sientes.

—¿Dónde?

—En la visera.

Una semana antes, habíamos recibido en Dnipró una caja llena de símbolos nacionales. Brazaletes, banderas, lazos con los colores azul y amarillo de la bandera ucraniana y también bufandas negras, pañuelos y pegatinas para el coche con los colores rojo y negro de Stepan Bandera. También había un rollo de pegatinas con forma de corazón con el eslogan «*I help the Ukranian Army*». Incluso dijimos en broma que andar con ellas encima era una forma de suicidio. Tetiana quería llevarse unas cuantas a Donetsk para pegárselas en el bolso a los jubilados en el transporte público sin que se dieran cuenta. Se lo prohibí terminantemente.

Repartimos las banderas por los puestos de campaña. Nos las quitaban de las manos. El equipo militar del ejército ucraniano no tenía distintivos, y después de varios incidentes de fuego amigo, los chicos nos suplicaban que les llevásemos banderas, o por lo menos algo azul y amarillo. Los brazaletes y demás *souvenirs* también volaron, pero había que tirar las pegatinas. Después de todo, no estábamos tan desesperadas por que nos mataran.

En aquel momento ya no estaba tan segura.

Me senté y me sequé la cara. Las lágrimas se evaporaron en un momento. Nunca se me había ocurrido que fuera a acabar así. Me pregunté por los millones de personas que habrían pensado igual antes de morir. Debe ser la apostilla más famosa del mundo.

—Tanya.

—Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios. Perdóname.

—Tanya.

—¿Qué?

—Tengo una granada en el bolsillo. Puedo… Ahora mismo, ¿me entiendes? Es una muerte segura. También puedo lanzársela a ellos. Solo son cuatro, pero nada garantiza que… en fin. ¿Y si no alcanzo? En ese caso nos espera un final muy lento. Vamos a pensarlo cuando se junten de nuevo.

Nos quedamos en silencio mirando el coche. ¿Qué prisa teníamos, al fin y al cabo? Los separatistas sacaban las cajas de la parte de atrás, trajeron un gato para desmontar las ruedas y pasaron al maletero. Se me había olvidado la cantidad de basura que se había acumulado. Encontraron mi bolsa rosa de maquillaje. Llevaba un tiempo buscándola. Y mi azada. El esqueleto roto del pobre coche nos miraba. Estaba claro que nunca saldría de allí.

De pronto, uno de los orcos se puso en pie con una de mis botellas de licor de cereza en la mano. Quería preparar el licor casero típico con las primeras cerezas de la temporada, pero decidí simplificar la receta que había encontrado en Internet. Metí las cerezas en una botella de plástico de dos litros con azúcar y un poco de agua, y en lugar de dejarla en un lugar fresco y oscuro, la envolví en papel de aluminio como «termorregulación», lo aseguré todo con cinta americana y lo puse en el compartimento de la rueda de repuesto. Supuse que las cerezas fermentarían más deprisa con el movimiento constante y uniforme y el calor del coche. En teoría, tendría que haber sacado la botella a los tres días, pero se me olvidó. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Ya no debía tener ni alcohol. A aquellas alturas debía de ser una especie de bomba nuclear. Y el simio aquel estaba a punto de detonarla.

—¡Pare! —grité en ucraniano sin pensar en las consecuencias—. ¡Deténgase! ¡No lo toque! ¡Va a explotar! *¡Va a explotar!* —añadí en ruso.

Un segundo después, todo el mundo se había tirado al suelo menos Tetiana y yo. Otro segundo más y las que estábamos en el suelo con cuatro fusiles apuntándonos éramos nosotras. Otro segundo más y, ¡qué mala suerte tengo, joder!

—*Es solo licor. Se ha estropeado. ¡No toque la botella!* —intenté decir mientras me alejaba del cañón del fusil que me apuntaba al estómago —. *¡Solo es licor!*

Shamil me puso de pie de golpe y me llevó a empujones al maletero.

—*Ábrelo.*

Jesús, María, Madre de Dios… De acuerdo, de acuerdo. Me rompí las uñas arrancando la cinta americana y el papel de aluminio e intenté quitar el corcho. Estaba atascado. ¿Hacía calor o qué? Las

manos húmedas de sudor nervioso resbalaban en el plástico. Intentaba girar el tapón sin éxito.

Tetiana no pudo más.

—Déjame probar —dijo. Giró el tapón de la botella al primer intento.

Al segundo, un río de lava roja salió despedido. ¿Quién habría dicho que una botella de dos litros tendría tanto potencial? Podríamos haber rodado dos docenas de películas de masacres con sierra mecánica y habría sobrado líquido. De repente el coche, el árbol, el maizal, los separatistas, nosotras y cualquiera que no se hubiera puesto a cubierto estábamos cubiertos de la cabeza a los pies de sangre con la consistencia del sirope. De hecho, nadie se había puesto a cubierto. Al contrario, todo el mundo se había acercado a echar una mirada al espectáculo gratis que estábamos armando.

Los testigos del *Big Bang* de la Cereza se quedaron petrificados, mudos, tiesos como un cadáver. El licor frutal flotaba por el aire y las últimas gotas de lluvia de cereza caían sobre la hierba. Era el momento de lanzar la granada, pero me quedé allí y después corrí en círculos de acá para allá como los demás, deseando de todo corazón estar soñando.

Un segundo después el momento había pasado, pues descubrimos que no estábamos solos en el control de carretera. Dos camiones militares doblaron la curva de repente, igual que nosotras antes.

—oOo—

La cosa se puso muy concurrida a nuestro alrededor. Comprendí que había llegado el oficial al mando de los milicianos que nos habían detenido. Ni los chechenos eran capaces de explicar lo que pasaba, pero, claro, ¿quién podría?

Observé la escena como desde fuera de mi cuerpo. Dicen que se trata de una forma de protección psicológica cuando el nivel de estrés de una situación se vuelve insoportable y nos damos cuenta de que todo es vanidad, vanidad de vanidades y de que nada tiene importancia en el universo, desde luego no nuestra miserable vida, su duración o nuestros últimos pensamientos.

En cuanto metí la mano en el bolsillo y toqueteé las nervaduras de metal que encontré en él, la duración de mi existencia se redujo de años a segundos. La anilla se me enroscó sola alrededor del pulgar como una alianza de matrimonio.

¿A qué esperas?, me apremiaba una voz interior. No tengas miedo, no te va a doler. Eso es, deja que se acerque el jefe, y a lo mejor nos lo cargamos a él también.

Quizá aparezca un ovni y nos lleve a las dos a una nave espacial segura y bien defendida. No dejaré de tener fe en el milagro hasta el final.

Mientras tanto, el oficial ladraba órdenes a los milicianos. O eso o solo conversaba con ellos, el estridente idioma que hablaban no permitía saberlo. Unos milicianos sacaron a toda velocidad unas cuantas cajas de madera de un camión mientras el resto nos dedicaba su atención. Algunos sacaron el móvil para hacerse unos selfis con nosotras de fondo. Otros se limitaron a mirarnos como si fuéramos monas en el zoo.

—*¡Venga! ¡Hay que sacar una foto de esto!* —me resonaba en los oídos.

—Hola, chicas.

¿Quién era aquel tipo? El oficial de los orcos estaba delante de mis narices ataviado con una chaqueta táctica de lona sin insignias y una tira de cinta adhesiva roja en la manga, sucio, barbudo y un poco más viejo. Era Komar. Querido universo, desde luego que lo tuyo es sentido del humor.

—No sabía yo que vendieras pepinos.

—No sabía yo que hablaras checheno.

—*Khan kha*. Es avar. Mi madre es de Daguestán.

Nos quedamos callados. Fue una de esas pausas que duran una vida. No sabía qué decirle. ¿Le preguntaba por la salud? ¿Celebraba un exorcismo? ¿Le escupía a la cara?

—¿Por qué será que siempre que me acuerdo de ti pienso en cerezas? Y en menuda mermelada de cerezas os habéis metido.

—Es licor. Pero no tienes por qué acordarte de mí.

—Tienes razón. Pero no veo motivo para arrestaros. Largaos de aquí volando, ya habéis causado bastantes problemas. Y sácate la mano del bolsillo.

—La voy a dejar donde está, si no te importa. ¡Tanya!

No hubo que decírselo dos veces. Al instante estaba en el coche. Ni miró las cajas que se quedaban en la carretera. Agarré los pasaportes y la documentación que Komar me devolvió. Había que salir de allí.

Ya pensaría en aquel incidente mañana, el próximo lunes o después de Navidad. Lo más probable era que los dioses estuvieran aburridos y quisieran divertirse un rato. ¿Quién es una para no reírles la gracia?

Tanya no dijo una palabra. Condujo con los dientes apretados y las luces cortas. Miraba la carretera con atención y encogía sin parar el hombro derecho como intentando espantar una mosca invisible.

Nadie nos detuvo después de aquello. Veinte minutos después estábamos en la carretera principal. Antes de girar, paramos donde

nadie nos viera y nos deshicimos del rollo de pegatinas. Después nos metimos en el tráfico, circulamos detrás de un camión y adelantamos un minibús. Era una *marshrutka* civil normal y corriente con las ventanillas sucias y una bandera con el slogan «Shakhtar Donetsk» en el parabrisas que llevaba gente a trabajar en el turno de noche.

Solo entonces me recosté en el asiento y noté la existencia de mi espalda. Mi amiga suspiró.

—¿Qué crees tú? ¿Tiene sentido todo esto? —preguntó.

—¿Te refieres a lo que hacemos?

—Sí.

—No lo sé. Lo más probable es que no.

—Pero no lo vamos a dejar, ¿verdad?

—Yo no, te lo aseguro. No siempre elegimos el camino.

—A veces el camino nos elige a nosotras, ¿no?

—Sí. Pero Tanya, yo no tengo a nadie. Tú tienes una hija. Piénsate bien si esto te conviene.

Seguimos circulando en silencio y creí que la conversación había concluido.

—A mi niña la violaron tres tipos a la vez en aquel sótano. La he ingresado en un hospital psiquiátrico de Vínnitsya. Estará allí al menos seis meses más. Sufre de ataques de pánico.

—No lo sabía.

—Nadie lo sabe. No se lo cuentes a nadie, ¿de acuerdo? ¿Por qué no cantamos algo? ¿Qué tal esta? *El centeno madura, madura…*

—Olvídalo. Yo no sé cantar. No tengo oído.

—Da igual. *Los alegres huéspedes…*

El centeno madura, los segadores siegan,

Los alegres huéspedes se dirigen a casa…

IX

CORNALINA
Amor y rollitos de repollo

Érase una vez una vidente que trabajaba de asistente sanitaria en el Hospital nº 1 de enfermedades infecciosas de Donetsk. Quizá sería más apropiado decir que había una vez una asistente sanitaria que trabajaba de vidente. La tía Zina pertenecía al círculo de las amigas íntimas de mi abuela y los sábados solía acudir a las sesiones de la vidente, en las que desentrañaban con pelos y señales los trapos sucios de los habitantes del distrito. Un día que estaba de buen humor, la anciana nos contó el secreto de su éxito: antes de las sesiones leía la historia médica de sus clientes, en la que figuraba la edad, el estado civil y el diagnóstico de cada uno, lo cual aumentaba de manera notable la exactitud de sus predicciones.

—¿Quieres decir que la percepción extrasensorial no existe, que es mentira?

—No del todo. Es una mentira y al mismo tiempo no lo es. Consiste en ver una cosa y decir otra.

—¿Cómo se hace eso?

—Tomemos la muerte como ejemplo. Es fácil saber si alguien va a morir pronto. Sin embargo, ¿se lo vas a decir? O las fotos de gente que ha muerto; parece que los retratos de los muertos están descoloridos. Los vivos brillan en las fotos, les brilla un aura por encima de la cabeza. Los muertos, en cambio, se han vuelto oscuros. Está claro que han seguido distintos caminos y que los descoloridos ya no están entre nosotros. A veces también parece que los brazos y las piernas les han desaparecido de la foto, ¿lo ves?

—No.

No importa. Ya aprenderás. Distinguir a los muertos es fácil. Leer a los vivos es más complicado. Acuden a ti con sus problemas y tú sabes que la culpa es suya, que ellos mismos se los han buscado. Pero no es eso lo que quieren oír. ¡Tengo que inventarme algo! Me dan mucha pena, sobre todo las mujeres. Son infelices. Se meten en unos líos tremendos y las consecuencias son aún peores. Hay mujeres que

vienen porque se quieren casar con un tipo y yo las miro y pienso, «este no es el hombre apropiado, no te quiere. ¿Por qué persigues a alguien que no te quiere? Va a ser un desastre, te vas a pasar la vida llorando, te vas a convertir en una vieja amargada, vas a parir niños enfermos…». ¿Quién quiere oír algo así? Nadie te haría caso.

Debía hacer ya diez años de aquello. Zina, diminutivo de Zinaida, murió en un incendio hace mucho tiempo. En su bloque se incendiaron unos cuantos apartamentos. Murieron dos familias enteras por inhalar monóxido de carbono. La investigación oficial determinó que el fuego había comenzado en un calentador defectuoso, pero la gente decía que había sido la bruja.

Nadie la recordaba ya. Yo sigo sin creer en videntes, siempre buscando una historia médica clandestina para cada predicción. Tampoco me fío de las fotografías.

Hoy en día circulan muchas por Donetsk. Miro los últimos anuncios en la parada del autobús. Las farolas de la calle Panfilov están cubiertas de carteles de personas desaparecidas. Caminar entre ellas es como atravesar un desfile de caballería grotesco, con las lanzas en alto bajo la mirada severa de docenas de ojos. Viejos y jóvenes, hombres y mujeres, los carteles de los desaparecidos pegados unos encima de otros con la misma frase: «*¿Conoce a esta persona? Falta de su hogar desde…*».

Ese anciano me suena, estoy segura de haber visto a esa chica en alguna parte… Los montones de anuncios se renovaban a diario, algunos en fotocopias, algunos escritos a mano, otros impresos en color y con aspecto de auténtico póster.

Los rostros de las farolas se ponen blancos y se borran en un día. Por la mañana las caras se distinguen con claridad, pero por la noche se han convertido en un óvalo pálido rodeado de pelo… Sé lo que significa, tía Zina, pero sigo sin creerte.

Por la ciudad circulaban rumores de listas negras de patriotas ucranianos, pero, y esto lo digo con la mano en el pecho, yo no me los creía. Yo creo que no se llevaban a la gente y la mataban a causa de una lista, sino por envidia o por un comentario fuera de lugar. Quizá la víctima había presenciado un suceso desafortunado sin querer o se había comprado un coche o un teléfono. Lo digo porque los muchachos y yo salíamos de Donetsk todas las semanas y nunca vi trincheras ni frente «rojo» y «blanco» como en la guerra civil de hace un siglo. Las autoridades ucranianas habían huido y las rusas no habían llegado y al tiempo transcurrido entre lo uno y lo otro no se le podía llamar república, ni siquiera república bananera. De todas formas, la mafia local no necesita listas para matar a nadie, ¿no?

Ya antes de la guerra la policía servía de poco. Ahora brillaba por su ausencia. Los procesos penales se cursaban en Mariúpol, aunque en

realidad era inútil. Nadie iba a perseguir a nadie, ni por los canales oficiales ni tirando de enchufes. Además, el barro que había subido del fondo del pantano se había tragado los enchufes y borrado las antiguas redes. La nueva realidad se parecía a «encontrarse» un buen buga en algún sitio. Te «encuentras» el coche, lo limpias de sangre y te lo llevas a casa para deleite de tu madre y vecinos.

Ayer mismo, me llamó una conocida que trabaja en una compañía de seguros de Kiev para investigar la situación y para tener un hombro en el que llorar por conferencia. Más de cien de sus vehículos habían acabado en la «zona gris» de Ucrania lindante con el conflicto y no era posible devolverlos a la zona no ocupada. Me preguntó qué se podía hacer.

—Nada. Escóndelos. Déjalos en algún garaje. Esto no durará mucho.

—¿Tú crees?

—Sin duda.

Ojalá no tuviera dudas. La gente activa no se lleva bien con la pasiva, así de fácil. La gente pasiva se conformaba con farolas envueltas en un sudario de desaparecidos. Esa era la gente inquieta que tenía un futuro brillante como ciudadanos rusos. Eran los dueños de las tiendas que ahora aceptaban rublos; se conformaban con los rescoldos de una ciudad «drenada». Tenían en el cajón las llaves de trece apartamentos cuyos dueños les habían pedido que les regaran las plantas hasta su regreso. La gente activa como yo no estábamos conformes y queríamos algo mejor. No puede durar *tanto*. Sería injusto.

—oOo—

La expresión ciudad «drenada» no era una metáfora. Las metáforas nunca se me han dado bien. Mi profesora de ucraniano, Halyna Stepanivna, decía que me iría mejor levantando actas que escribiendo historias.

Al principio, desaparecieron los jóvenes y los hombres. Los espacios públicos quedaron silenciosos y vacíos. La hierba del estadio de fútbol creció sin jugadores que la pisaran todas las semanas. Los mercados y los quioscos cerraron. La panadería de la esquina fue el negocio que más duró, hasta que un día por fin en el escaparate ya no había más pan, solo los cierres. Los coches desaparecieron del barrio y hasta los taxis dejaron de circular. Se podía caminar por el centro de la autopista, incluso de espaldas y con los ojos cerrados. Aun así, los peatones solitarios seguían circulando por la acera, escabulléndose entre las sombras.

Una docena de nuevas responsabilidades me abrumaba: sacar tanta agua de la fuente como fuera posible; llenar la reserva de cubos y cacerolas; hacer la ronda de las casas que cuidaba, encender las luces, abrir las cortinas, recorrer el camino de la puerta a la verja para que no parecieran abandonadas y dar de comer a los gatos.

Teníamos siete gatos y un bulldog baboso llamado Bucks. A Bucks le daban miedo las puertas, el ruido de la cisterna, la risa y los movimientos bruscos. Se cagaba de miedo, y eso lo atemorizaba más aún, de modo que se escabullía por el apartamento y se tiraba de lado a mis pies haciéndose el muerto. Había que moverse despacio y sin brusquedades por el apartamento, como si anduviéramos por el agua. Tanya colocaba las tapas de las cacerolas sobre un rectángulo de fieltro para no hacer ruido.

Varios vecinos que se habían ido una temporada nos pidieron que les cuidáramos las mascotas. Ignoro el motivo, pero no me negué. Quise hacerlo hasta el último momento, pero al final dije que sí por alguna razón. Debería hacer terapia y trabajarme el tema de los límites.

Además de los gatos y perros, que por lo menos estaban en silencio, albergábamos a un ejército de íntimas de mi abuela que no cerraban el pico. A todos los efectos, mi Baba Olya se había mudado a la casa de su prima, donde las cuatro mohicanas se habían montado un refugio en el loess y se pasaban el día esperando el bombardeo, dibujando balas y asustándose entre sí con historias de terror. Se susurraba que a los residentes de Donetsk les iban a retirar las pensiones ucranianas. Por mucho que intenté convencer a las ancianas de que eso era imposible, que las pensiones durarían más que una estatua dorada del presidente Mao, no me escucharon y cundió el pánico.

No sabíamos qué hacer con el taller. ¿Cerrábamos? ¿Nos trasladábamos? ¿Dónde? ¿Cómo? No era un par de calcetines, que los metes en la mochila y te vas. Teníamos maquinaria pesada. Y cara. Y no había terminado de pagar los créditos. Por otra parte, ¿quién necesitaba ya nuestros vidrios? La demanda principal era la madera de contrachapado, no el cristal. ¿De qué íbamos a vivir? El fondo de emergencias era limitado: daría para un mes más o menos, después de eso ya no sabíamos.

«¡Vete de aquí!», gritaban mi conciencia y mi subconsciente.

«Espera un poco más», me susurraba un diablillo en el hombro.

Entretanto, dividimos el taller. Trasladamos la maquinaria, los crisoles y las mesas de dibujo a una parte de la nave y lo cerramos todo. Los muchachos organizaron un taller de reparación de coches en la otra parte. Hacían de todo, desde cambiar matrículas a reparaciones completas. Sin preguntas. No preguntábamos nada ni siquiera cuando,

con cierta timidez al principio y después sin tanto disimulo, nos traían coches con signos evidentes de averías producidas en combate, ni cuando pagaban las piezas con cajas de whisky del *duty free* del aeropuerto, ni cuando llegaban con un encargo en plena noche y lo recogían al amanecer.

Roman y el torno se hicieron uno. Fabricaba remolques, silenciadores, sujeciones, soportes. Lo hacía todo de tapadillo, unas veces para soldados que conocíamos, otras para gente a la que nunca había visto, y que, o bien aparecía en persona con dinero para comprar el metal, o enviaba a un mensajero silencioso con un paquete.

A primera vista, incluso a segunda vista, aquello se parecía mucho al movimiento browniano. Cada cual iba de un lado a otro entre el pánico y la apatía, la esperanza y la desesperación, aferrándose con terquedad a sus hábitos y rituales. A su hora de llegar al trabajo, a su hora del café, a su hora del cigarro, a su hora del almuerzo. Hasta cuando en el garaje de al lado cayó una bomba y se incendió hicimos una pausa para comer.

Un antiguo refrán japonés dice que hacer las cosas deprisa es hacerlas despacio pero sin detenerse. Mi vida no iba despacio. Vivía al día. A veces las cosas no salían como las había planeado y me ponía furiosa. Mi frase favorita durante el mes de julio de 2014 fue «lo siento, voy tan deprisa como puedo». Aunque deseaba creer que la línea de meta estaba cerca, a veces me asaltaban las dudas. «¿Y si avanzamos en círculos como un hámster en una puta rueda? ¿Y si no es cuestión de semanas, sino de meses o años?». «Uf, mejor te muerdes la lengua…».

A veces, Borysovych me quitaba el teléfono en medio de una conversación y me sentaba delante de un cuenco de *borsch* que yo intentaba comerme hasta la última cucharada ante la mirada hipnótica de aquel tirano y los brazos en jarras de Tanya. Habían encontrado un lenguaje común en la cocina. Preparaban un *borsch* delicioso.

—oOo—

El chirrido del viejo columpio se oía desde lejos. Nos habíamos desacostumbrado tan por completo a los sonidos del parque que lo reconocí enseguida. ¿Qué lo provocaba? ¿Me asomaba a averiguarlo?

Se veía la silueta de una mujer sentada en el columpio. El asiento le quedaba pequeño. Rebosaba de la estructura de metal, que se le clavaba sin piedad en la carne. Sin embargo, no parecía importarle lo incómodo de la postura. Se elevaba del suelo con melancolía para

frenar con el pie contra los hierros y volvía a clavar los tacones en el suelo. Zumbido-derrape-chirrido, zumbido-derrape-chirrido. No le daba vergüenza despertar a todo el barrio.

Un momento, ¡es Lida, nuestra antigua lechera! Le comprábamos la leche y el queso los sábados. Era Lida, la que sobresalía entre las demás vendedoras del mercado como una gaviota en medio de una bandada de palomas. Era Lida, la que siempre tendía un mantel blanco inmaculado en el mostrador y llevaba un delantal impoluto y guantes desechables. Vendía la leche en media hora porque antes de llegar ya la esperaba en el puesto una cola de clientes habituales. Sus trozos de queso de un kilo estaban numerados y llevaban marcadas las iniciales de sus clientes, y los frascos de crema agria traían una rosa de mantequilla de adorno. Nuestro queso llevaba la etiqueta OI, por Olha Ivanivna, y, si estaba de buen humor, Lida le colocaba un trébol encima como alusión a mi naturaleza élfica.

Durante mucho tiempo nos limitamos a intercambiar saludos y a hablar del tiempo, hasta que un día llegué una hora tarde y ella me estaba esperando. La ayudé a cargar el cántaro vacío en el coche y nos sentamos un rato a charlar y tomar café.

Nuestra lechera había vivido casi siempre en Donetsk y no era en absoluto una chica de pueblo, sino una traductora e intérprete especializada. Tenía una profesión de prestigio, un piso elegante y era una autoridad innegable en el campo de la traducción e interpretación. En lo tocante a su carrera, todo iba de perlas. En cuanto a su vida personal, la cosa se complicaba. A causa de su estatus dormía sola, se pasaba los fines de semana delante de la tele y era la única solterona en las fiestas de fin de año.

No le pasaba nada. Era pura mala suerte. Los hombres que conocía estaban casados, en matrimonios abiertos o buscaban una acompañante que se pagara su parte en los restaurantes y en los viajes.

—Debería comprarme o adoptar un gato, ¿qué otra cosa puedo hacer? —pensaba.

Su relación con Petro empezó de improviso. Un día se conocen en un seminario, ella en la cabina y él de técnico de sonido. Los auriculares no dejan de fallar y ella tiene que detener y repetir la traducción simultánea una y otra vez. Al día siguiente, Petro la está esperando en la puerta de su oficina con un ramo de flores. Tres días después le pide matrimonio y la lleva a conocer a su madre, que afirma no haber conocido una chica como ella en toda su vida. Al parecer, la madre era «muy simpática».

—Estaba como hipnotizada, ¿entiendes? Así de rápido fue todo. Nos casamos. Petro corrió con los gastos. Los invitados eran casi todos amigos y parientes suyos. Yo invité solo a mi ahijada y a unos cuantos

colegas de Járkov. Mis amigas no asistieron por un motivo u otro; una estaba de vacaciones en la costa, otra se había roto una pierna. Cuando lancé el ramo no había un solo rostro familiar, solo desconocidas.

Después de unas semanas de luna de miel, los recién casados se mudaron a casa de Petro en un pueblo cerca de Donetsk. La casa y el terreno estaban a nombre de su madre y, aunque ella vivía con su hijo, Petro era el dueño a todos los efectos.

Era una casa grande de dos pisos, pero necesitaba una obra.

Se gastaron el dinero de la boda en construir su «nidito». La joven pareja pintó los techos, empapeló las paredes y cambió las ventanas, pero no había dinero para el baño ni para muebles nuevos.

—No hay problema —dijo Petro—. Pedimos un pequeño crédito. Lo pagaremos enseguida.

Obtuvieron un préstamo para la cocina y más tarde otro para los muebles del dormitorio. Después surgió la oportunidad de comprar las ocho hectáreas de terreno que había detrás de la casa; después instalaron las tuberías del gas y excavaron un pozo porque el agua del pueblo sabía a metal y se cortaba con frecuencia. Después, la madre enfermó, le dio un infarto o algo así, tuvo que someterse a un tratamiento muy caro en el hospital regional.

Un año después nació Bohdan, su hijo mayor. Era un niño encantador, feliz y curioso, pero por desgracia era celiaco, así que tenía que seguir una dieta muy estricta. El niño necesitaba muchos cuidados, de modo que cuando terminó la baja por maternidad, Lida no volvió al trabajo. Tuvo que abandonar la traducción. «Llegaron» tres niños más, Olenka y Mariika y Serhii, el menor.

En una reunión de familia decidieron vender el piso de soltera de Lida para pagar las deudas y comprar tres vacas lecheras, diez cerdos vietnamitas y doscientos anadones.

—La tierra nos dará de comer. Además, habiendo *salo* y leche nadie se muere de hambre —dijo Petro.

No tuvieron problemas para alimentar a su prole, y además cultivaron una hectárea de patatas y remolacha en el terreno que rodeaba la casa. Lida no se ocupaba sola del huerto. De vez en cuando contrataba un peón y en ocasiones hasta dos, pero el mantenimiento del ganado, la limpieza de la casa, la crianza de los niños y las tareas domésticas recayeron sobre ella.

Me da vergüenza confesar que cedí a la curiosidad y fui a visitar a los «granjeros». Quería ver qué tal se vivía en la casa que se había comido un piso en Donetsk y diez años de trabajo de aquella mujer. Además, tenía que ver a los cerdos, eso no me lo quería perder.

Como decía Lida, la suegra era muy simpática. No nos dejó solas

un instante, siempre deleitándose en contarnos anécdotas larguísimas de la infancia de Petro. Lida iba y venía sin parar y no pudo ni terminarse el café. Le compraba las sobras de la cocina a bajo precio a la escuela del pueblo. Había que vaciar los cubos, lavarlos y devolvérselos al repartidor. Entonces los dos mayores volvieron de clase y el padre trajo al pequeño de la guardería. Petro se sentó junto a su madre, me pasó un cuenco de uvas y se puso a pelarlas con los dedos una a una.

—¡Ah! —rió Larysa Viktorivna, es decir, su madre—. A nuestro Petro no le gustan los pellejos. Pela los pepinos, los tomates, los pimientos… Todo.

Me preparé para marcharme y Lida salió corriendo a ordeñar las vacas. Cada vaca producía veinte litros de leche tres veces al día. La leche fresca se guardaba en el almacén, donde también se dejaba agriar la nata y se separaba el requesón para la fabricación del queso.

—Escucha, Lida —dije antes de marcharme—, no te ofendas, pero ¿quién os va proteger a tus hijos y a ti?

—¿Qué? —me echó una mirada de la que deduje que a partir de entonces no seríamos amigas, a pesar del respeto que sentía por ella—. Entérate. Aquí la que cuida de todo el mundo soy yo. Petro y la vieja incluidos.

Aunque no volví al pueblo, Lida y yo no perdimos en contacto. La madre seguía enferma, Petro seguía trabajando de técnico de sonido, las vacas seguían produciendo y el huerto seguía creciendo, así como la familia: después del pequeño Serhii llegó el pequeño Kolya.

No nos habíamos visto mucho en los últimos tiempos. Lida llevaba ya medio año sin venir al mercado. Yo estaba demasiado ocupada para llamar o ir de visita. Y de pronto me la encuentro en mitad de la noche en el patio, en el que por cierto habían caído varias bombas.

—¡Dios mío! ¿Qué haces aquí? ¿Dónde están los niños? ¿Estás herida?

El chirrido cesó y dos ojos me miraron. Si fuera poeta habría dicho algo sofisticado, como que eran los ojos de la auténtica desesperación. Sin embargo, en este mundo vulgar lo que vi fueron los ojos de un perro apaleado al que ya no le quedan lágrimas y solo piensa en cómo atar una soga a la barra del columpio.

—Me han echado.

—oOo—

—No me han dicho una palabra, ¿entiendes? —me explicó—. Jamás pensé que pudiera pasar una cosa así. Todo iba bien, Petro trabajaba, yo hacía las tareas y su madre estaba en cama. Y de buenas

a primeras mi marido vuelve del trabajo antes de comer, cosa que nunca hace, le dice algo a su madre y se van los dos, saludándome con la mano y diciendo: «Volvemos en un rato». «En un rato» significa «en un rato», ¿no? ¿Qué otra cosa si no…? No tardan mucho, tres horas o cosa así. Vuelven, me sientan en el salón, y mi suegra dice: «Esta es la cosa, hija mía: he vendido la casa y la granja. Piensa que cuando vengan los partisanos banderistas nos matarán a todos. Ya has visto por la tele las barbaridades que cometen… Resumiendo, hija mía, nos vamos a Rusia, más allá de los Urales. Tengo familia allí y nos han invitado a vivir con ellos».

«¿Nos?», le pregunto yo. ¿Quiénes son «nosotros»? ¿Petro? ¡Petro, di algo!

Petro no dice ni mu. Está allí de pie, y de pronto dice algo así como «os las apañáis» en voz muy baja y se mete en la cocina.

—«Larysa Viktorivna, ni yo ni los niños nos vamos a Rusia», le digo.

Ella suspira solemnemente y me dice: «Bueno, allá vosotros. Rezaré por que no os pase nada».

¿Te lo puedes creer? ¡Me ha dicho que rezaría por nosotros! Después de eso, se fue con su hijo a hacer las maletas. Me dejaron allí con los niños. Tenía que encontrar algún sitio para vivir al día siguiente, y no se me ocurría nada. Tenía la cabeza vacía. Me pellizcaba para comprobar que aquello estaba sucediendo de verdad. Unos vecinos se iban para Donetsk, así que les pregunté si les importaba llevarme. Intentaba planear algo, a lo mejor podía venir aquí y hablar contigo y con tu abuela, con quien fuera… No me quedan amigos. Al llegar he visto que no había luz, así que me he sentado aquí en el columpio. Perdóname, no sé qué hago aquí ni qué pedirte. Olvídalo. Me voy…

—Quédate —respondí—. ¿Dónde vas a ir? Necesitas gente. Cuando pasa algo malo hay que buscar gente. ¡No mires más la barra del columpio! Prométeme que no volverás a mirar una barra de ese modo. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque si te haces daño a ti misma te quedarás atrapada aquí para siempre. Nadie te verá. Tú lo verás todo, pero no podrás hablar con nadie: no podrás hablar ni desaparecer. Te pasarás la eternidad colgada en estos columpios, hasta el fin del mundo, seguirás aquí cuando los columpios ya no estén, cuando Donetsk ya no exista, cuando el diluvio se lo lleve todo, seguirás atada a este agujero como un perro a una cadena. ¿Es eso lo que quieres?

—No.

—Amén. Vamos a comer algo y a pensar cómo te sacamos de esta

situación.

—¿Sacarme de esta mierda?

—Mira que eres vulgar, Lida. No se dice «mierda», se dice «complicación vital». Venga, levántate, chirrías como un tranvía oxidado. Tengo un trozo de tarta Napoleón en la nevera. Démonos prisa antes de que alguien se la coma.

—oOo—

Entramos en casa sin hacer ruido para no despertar a nadie y fuimos directas a la nevera. Lo primero que hice fue sacar el cubo de huevos frescos de granja. Teníamos suerte, los comprábamos a mitad de precio, aunque Tanya refunfuñaba diciendo que por ese precio podíamos haber comprado los pollos enteros.

—Toma —dije poniéndole uno delante—. Cógelos uno a uno y rómpelos tan fuerte como puedas.

—¿Para qué?

—Te hace falta, Lida. Rómpelos con toda la furia que puedas. Imagina que estás aplastando ojos en lugar de huevos. Prueba.

Lida se sentó en la banqueta y se quedó quieta un segundo. Después cogió un huevo con parsimonia y estuvo un rato pensando con él entre los dedos. De repente explotó, saltó en todas direcciones, salpicó las cacerolas y las alacenas. Después lo hizo otra vez. Y otra y otra y otra. No paraba, los aplastaba con todas su fuerzas destrozando la yema con las uñas, manchándose hasta los codos. Los huevos estallaban entre sus dedos, las cáscaras volaban como el confeti; acabó con los restos a patadas, pisoteando sin piedad los embriones de pollo. Gruñó, rió y al final rugió como una osa herida, un sonido terrible en su tosca plenitud. Yo no dije nada. Solo quería fundirme con la pared y que ni un solo movimiento, ni la respiración, revelara mi presencia. Solo un idiota trataría de distraer a una mujer cuando se le despierta el instinto asesino.

Se tiró en el suelo en medio de una masa amarilla. La recogía con las manos, se sumergía en ella como una cazadora que se calienta las manos en las entrañas de un lobo recién muerto. Por fin volvió en sí y se dio cuenta de mi presencia.

—Gracias.

—No hay problema. Ve a limpiarte. Hoy hay agua corriente. Te he dejado unos pantalones, una camiseta y una toalla. Lávate bien mientras yo me deshago de esta ropa vieja y lo limpio todo.

Había mucho que hacer, pero daba igual. Ya nos arreglaríamos. Lo importante era que no se había ahorcado. Ahora se da un baño y se acuesta y mañana será otro día.

Habrá que buscarle alojamiento. Estos golpes te dejan por los suelos, pero si tienes cinco hijos no hay más remedio que ponerse de pie enseguida. Será doloroso. Llorará hasta empapar varias almohadas, pero los niños serán su apoyo. Sobrevivirán juntos, se ayudarán entre sí y estudiarán, formarán familias y traerán nietos y nietas al mundo. Lo único que pasa es que hoy yo tomaré la decisión por ella. Está sola, como una niña, y se dejará llevar a donde sea.

Lo primero que hice fue coger el teléfono en la cocina y sentarme en medio de la charca de huevo que se secaba delante de mis narices. Se había secado tanto que no la iba a poder limpiar ni a mordiscos.

—Buenas noches, Borysovych, no te he despertado, ¿verdad…? Ja, ja. Mañana por la mañana te necesito aquí sin falta a eso de las cinco. Y a cuatro o cinco de los muchachos, los que sean más de confianza. Tráete también la furgo. Ya te contaré lo que pasa…

—oOo—

Llegamos a la granja al amanecer. Tal y como me imaginaba, la noche anterior después del baño Lida se tiró en el sofá de invitados y se durmió como un tronco. No oí ni el crujir de un muelle en toda la noche. Los siete gatos se tumbaron a su alrededor, por lo cual también yo dormí como Dios manda y sin quitarme pequeños cuerpos peludos del pecho por primera vez en mucho tiempo.

Por la mañana estuvimos a punto de no molestar a nuestra invitada y ocuparnos del trabajo sucio nosotros mismos, pero deseché la idea. Lo que pasara cuando cruzáramos el puente se le quedaría grabado para el resto de su vida. Sería un amargo recuerdo que la envenenaría durante los años venideros y duraría mucho tiempo en forma de dolor fantasma, pero ese era el cáliz que tenía que apurar. O no. Ya se vería. A veces me equivoco al calibrar a la gente.

Lida abrió la puerta con su llave. Nadie salió a recibirla. Nosotros esperábamos en el coche. Tardó mucho rato. Más de una hora. De dos habitaciones salía luz y veíamos movimiento a través de las ventanas. Entonces salieron. Primero Lida con un bebé en brazos, después Petro con el niño pequeño y después los tres mayores, cada uno con una bolsa. La maleta con ruedas de la que tiraba el pequeño Bohdan se atascó en la hierba. Laryssa Viktorina fue la última en salir de la casa. Se quedó en el porche envuelta en un albornoz rojo.

Lida se sentó junto al conductor sin mirar a su marido. Los niños se sentaron en taburetes de madera en la caja de la furgoneta y Petro vaciló sin saber dónde dejar al bebé. Al final lo dejó en la cabina.

—De acuerdo, vámonos —dijo ella.

—¿Estás loca? —repliqué.

—¿Por qué? —preguntó con mirada de sorpresa.

—Vamos a ver. Vamos a considerar esto como un error causado por el estrés. Te vas de la casa en la que has vivido los últimos ¿cuántos años? ¿Diez?

—Doce.

—Pues doce. Te vas con cinco niños y lo único que te llevas es equipaje de mano. Traslademos también tus cosas. Así te instalaremos con más comodidad.

—No quiero nada. Llevo todo lo que necesito.

—A lo mejor no quieres nada ahora, pero créeme, una cama y una tele no le hacen daño a nadie. ¿No es cierto, Petro?

Petro no se esperaba aquel giro. Había empezado a acostumbrarme a esa forma suya de hablar sin abrir la boca, aunque la verdad es que me daba igual su opinión. No se escucha a un tipo que echa a sus cinco hijos de casa con sus propias manos. Además, tenía a mi lado a cuatro robustos muchachotes y a un Borysovych con cara de pocos amigos que ya había propuesto quemar aquel sitio hasta los pilares.

Pensé que Laryssa Viktorivna se lanzaría contra nosotros, pero se limitó a apretarse el albornoz y a dar un paso atrás frunciendo los labios. Mi abuela llamaba «culo de pollo» a ese tipo de boca. Yo también sabía lanzar miraditas asesinas cuando hacía falta.

Envié a los muchachos a coger lo necesario de la casa. Pensé que a los viajeros no les vendrían mal unos platos, ropa de cama, una lavadora, una nevera, una cuna y un baño de bebés, juguetes, dos bicis infantiles y una de adultos, un portátil, una olla eléctrica y docenas de cosas que nos llamaron la atención y que emigraron a cajas y bolsas que trasladamos a la furgoneta con mucho cuidado. Nos dimos toda la prisa que pudimos para no prolongar el dolor de Lida, sobre todo porque los niños ya empezaban a llorar en la furgoneta y las vacas a mugir de dolor porque no las habían ordeñado, lo cual aumentaba su sufrimiento.

Cuando terminamos de cargar, volví con los niños y con su madre, que lloraba casi en silencio contemplando cómo se derrumbaba su vida.

—Creerás que soy tonta, ¿no? ¿Crees que en el fondo no sabía con quién vivía?

—Claro que lo sabías. ¿Cómo no?

—Siempre lo supe. Desde los primeros meses que estuvimos juntos. Entiéndeme…

—¿Te quedaste por los niños?

—Sí, pero no en ese sentido. No me quedé con él a causa de los niños. Me casé con él para tenerlos. Son estupendos, los he tenido a todos porque quería. Los he esperado, los he querido… Y los quiero.

¿Con quién iba a tener niños? ¡Tenía treinta años cuando lo conocí! Él cree que ha ganado, que tiene ventaja. Dios, que se queden con sus propiedades de mierda, hasta con las paredes. Yo solo quiero a mis hijos. Si no me los hubiera dado yo no me iría a ninguna parte. Me habría ido con ellos al fin del mundo, incluso a la puta Rusia.

—No hace falta que te vayas tan lejos. He estado en vela toda la noche y creo que te he encontrado un hogar temporal en Kremenchuk. Vamos para allá ahora.

—¿Por qué en Kremenchuk?

—¿Por qué no? Es una ciudad muy bonita, ya lo verás. Te gustará. Hay un parque y un río y un montón de trabajo.

—¿Qué río?

—El Dniéper, nada menos. ¿Qué te parece? Hasta podéis ir a nadar.

—Un momento. Solo tengo unos miles de grivnas en la cuenta.

Borysovych, siempre dramático, apareció en la ventanilla.

—Toma —dijo entregándole un sobre—. Aquí tu pariente ha decidido compartir las ganancias de la venta de la granja. Hay más que de sobra para ir tirando.

—¿Cómo lo has conseguido? No es el tipo de gente que te devuelva nada. ¡Ni en un millón de años!

—Hay que hablar un idioma que comprendan. Es fácil convencer a cualquiera si sabes qué decir.

Con esto nos pusimos en marcha.

—oOo—

El taller estaba en silencio, pero yo sabía que Roman estaba allí, porque ya había mirado en los demás sitios donde podía estar.

—Roman, cariño, ¿me oyes? ¡Ábreme, voy a entrar!

Entrar arrastrándome era difícil porque la puerta no subía más que veinte centímetros. Me colé dando gracias de nuevo a mi pequeña estatura y encontré a nuestro genio con una placa de acero entre las manos. Me saludó con la cabeza a regañadientes mientras observaba la placa cosida a balazos.

—Hola. ¿Sabes lo que es esto?

—Supongo que parte de un chaleco antibalas.

—Exacto. ¿Sabes qué he usado para atravesarlo?

—¿Un bieldo?

—Casi. Este agujero es de una pistola Makarov a veinte metros. Esto otro a diez metros. ¿Ves? Te cabe la mano por el agujero.

—Bueno, toda la mano no. Quizá dos dedos. Dispárale otra vez

desde más cerca y te fabrico un pie de lámpara.

—Si le disparo desde más cerca lo que vas a hacer con ella es una pantalla de celosía.

—¿De dónde la has sacado?

—Es la armadura corporal de nuestro ejército. Se la he pedido a los chicos para probarla. Se la dan como si fuera de material de primera clase, pero en realidad es de tercera o de cuarta, si es que eso existe. El efecto es más psicológico que otra cosa. Y hay más. Mira.

Roman giró la placa y la golpeó contra el torno. Se rompió como si fuera cristal. En la mesa cayeron doce esquirlas.

—Se hace pedazos que penetran en el cuerpo con la bala, de modo que recibes un montón de impactos. La metralla salta en todas las direcciones.

—¿Se lo has dicho a los chicos?

—Sí, pero no sirve de nada. Es una gota en el océano.

Estuvimos un rato en silencio.

—¿Querías algo?

—Sí. Necesito tu sofá esta noche. Si no te importa me voy a acostar. Mi casa es un manicomio.

Roman soltó una breve carcajada mientras fumaba un cigarro.

—Lo sé. Pensé que vendrías antes. Los muchachos y yo hemos apostado cuánto ibas a aguantar. Para que lo sepas, yo creía en ti. Aposté que durabas cinco días. Me has costado tres cervezas.

—Vete a la mierda, llevo sin dormir desde el martes. Al bebé le están saliendo los dientes. Me quedo a dormir, ¿vale?

—Vete a dormir, sí.

Habría dormido en el suelo. Por lo menos allí había silencio y nadie lloraba al otro lado de la pared. No era que no empatizara con Lida y su desgracia, pero creía que un día los invitados se irían con sus gatos y sus Bucks y sería libre de ir de cuarto en cuarto, tumbarme en el suelo con un libro o coger una tacita de porcelana, tostar un poco de café en una sartén especial con restos de ajo rallado, hacer una sola ración, añadir un poco de caramelo a la mezcla… Y hacerlo todo en silencio, sin oír ni una palabra en todo el día. Maravillosos sueños de soledad me llamaban como el grial al peregrino y después desaparecían.

No podía devolverle su vida anterior a esta familia, pero podía ayudarla con su futuro. Miles de personas habían respondido a mi desesperado grito de ayuda en Facebook. En el montón de comentarios compasivos e interesantes había elementos positivos. Lida tenía varias opciones de alojamiento. Descartamos las más lejanas y deprimentes y las que ofrecían una vivienda «sin necesidad de documentos» y nos decidimos por una casita en Kremenchuk que me

gustó desde el principio. La madre de un amigo de un amigo había muerto, por desgracia, claro está, pero el amigo del amigo estaba dispuesto a vender la casa de su madre a mitad de precio si le pagábamos en metálico al final de la semana siguiente y nos esperaba allí para el papeleo. El resto era la parte fácil: transportar sus tesoros, incluyendo los niños, las camas y las bicicletas a Kremenchuk. Me temblaba un ojo solo de pensar en la mudanza, pero no podía posponerlo más, así que al día siguiente comenzaríamos a empacar.

Mientras tanto gracias a Dios por Roman y su sofá. Dormiría en el taller sin que nadie me molestara.

—oOo—

Al principio soñé con un río de aguas negras y profundas, no como los arroyos que hay por aquí, con bosques de pinos negros en ambas riberas. Por el río bajaba una flota de balsas llenas de gente. Pasaban por delante de mí como si no existiera, sin volver la cara, mirando a algo importante que sucedía delante de ellos y los atraía como un imán.

Después luchaba con un dragón torpe y enorme que ocupaba la mitad del cielo. Me enfrentaba a él con una espada corta, consciente de que el combate estaba en tablas. Ni él podía atraparme ni yo podía atravesarle la tripa de hierro. Cargábamos y chocábamos el uno contra el otro y yo trataba de pensar en dos cosas: la primera era que para matar un dragón hacen falta dos personas, y la segunda cómo envenenarlo. ¿Habría alguna sustancia corrosiva?

¡Eureka! Le echaré ácido clorhídrico por encima, pensé un momento antes de despertar.

—¡Eh, Roman!

—Shhh. ¿Por qué gritas? —dijo Roman levantándose del suelo.

—¡Lo envenenaremos!

—¿A quién?

—Al dragón. Espera… Ha sido una pesadilla. Perdona por despertarte.

¿Qué pasaba? Aunque el dragón seguía en mis sueños, el ruido metálico permanecía en la vigilia, es más, hasta sonaba más alto. Las paredes del garaje vibraban como si hubiera un terremoto. Era como si alguien hubiera amarrado cien placas de metal con una cadena y las arrastrara entre chispazos por el asfalto.

—¡Corre, vamos a ver!

Salimos del taller a toda prisa (por suerte me había quedado dormida en vaqueros y sudadera). Empujé a Roman en su silla de ruedas hacia la carretera, hacia el origen del ruido. Comprendimos

que debía ser una procesión de maquinaria pesada, quizá incluso fueran tanques, y eso solo podía significar una cosa: ¡nuestros chicos tomaban la ciudad! Había comenzado la ofensiva y la pesadilla terminaba por fin. No nos podíamos creer que la intervención tuviera lugar en absoluto secreto, que a nadie se le hubiera escapado una palabra. Ayer mismo avanzaban sobre Slóviansk en una maniobra envolvente, el día antes habíamos estado con unos soldados en misión de reconocimiento cerca de Kramatorsk y ahora de pronto ya estaban aquí, en nuestra ciudad.

—¡Dios, me va a explotar el pecho! Déjame respirar un momento, no puedo correr más… O sí puedo. ¡Vamos! ¡No me lo puedo perder! Lo recordaré toda mi vida. ¡Querido Roman, qué alegría! No voy a llorar, pero dame un abrazo. Dios mío, llevamos tanto tiempo esperando. ¿Por qué te paras? ¡Vamos!

Salimos a la avenida como dos locos y yo caí de rodillas jadeando en un arbusto al lado de la carretera.

—¡Aquí vienen! ¡Míralos, qué guapos son mis oseznos! ¡Son muchísimos, un ejército! ¡Mira, el vehículo del comandante con su bandera! ¡Aquí, chicos, aquí! ¡Llevamos mucho tiempo esperándoos!

Qué felicidad. Me va dar un ataque aquí mismo en el asfalto de lo feliz que soy.

—¡Gloria a Ucra…!

Una mano enguantada me tapó la boca. Sofoqué un grito. Allí están, justo al lado, los dos primeros vehículos y por fin veo lo que Roman había divisado en la distancia. Una bandera. Una bandera pirata con una cruz azul marino sobre fondo rojo. Nada de azul y amarillo. Hay gente vestida con armadura corporal que los saluda. Intento ponerme de pie con todas mis fuerzas para no estar de rodillas ante ellos y el dolor me dobla por la mitad, me atraviesa el estómago y el pecho como un rayo, explota por algún lugar detrás del pecho y la bilis me sube por la garganta y acaba en los pies de Roman.

«¡Este ácido es repugnante!», pensé, y por primera vez en mi vida me desmayé de tristeza.

07/07/2014

¿Cómo era la ciudad bajo la ocupación? Por muy increíble que parezca, igual que cuando no estaba ocupada. Los autobuses funcionaban, la gente iba de acá para allá, las tiendas estaban abiertas. Había atasco en las horas punta y mercadillo los domingos.

La diferencia es que ahora cuando te bajas de un autobús sudando a mares te topas con soldados. Dejan salir a los pasajeros con educación y se suben a culatazo limpio.

Una se acostumbra a caminar con la cabeza gacha y los ojos en el asfalto. O eso, o caminas con la barbilla bien alta mirando a los tejados. Lo que sea con tal de no mirar entre el cielo y la tierra, donde el ojo solo ve fusiles. Ves el seguro de las armas levantado y si se vuelven por casualidad hacia ti y la línea de tiro te pasa por delante del pecho te quedas petrificada y te preguntas por qué está todo el mundo tan tranquilo.

¿Por qué nadie golpea el suelo con la cabeza entre las manos? ¿Por qué no se aparta la gente de ellos al caminar? ¿Cómo es capaz la gente de pasar por delante de esos manchurrones verdes, de abrirse paso entre ellos con los hombros, sin reducir la marcha ni dejar de conversar?

—*¿Por qué te estresas? Ellos no nos molestan ni nosotros a ellos. No nos afecta, ¿lo entiendes?*

Necesitaba adaptarme a aquellas condiciones de vida. Al principio ni siquiera sabía si quería seguir viviendo. Me repetí mil veces que ni mi valía personal ni mi humanidad dependían de circunstancias externas. Piense lo que piense la gente, lo que importa es el interior. Este anhelo profundo, este agujero en el pecho, este sentimiento de orfandad, eran el resultado de mis problemas personales y mis expectativas injustificadas, así que eran problema mío y solo yo tenía que solucionarlo. Si el mundo no se comporta como esperabas, cambia lo que esperas, no el mundo.

Nadie llamó. Ni un solo soldado. No esperaba que lo hicieran. Bueno, quizá hasta cierto punto me lo veía venir, quizá en algún lugar de mi interior esperaba una palabra o dos, un «no os abandonaremos». Sin embargo, mi noble Ucrania no dijo nada, era como si se escuchara a sí misma preguntar «¿qué se siente al perder una mano?». ¿Me engañaba a mí misma y en realidad no era una mano sino el apéndice? ¿Éramos gangrena, carne podrida, algo de lo que Ucrania podía prescindir? ¿Tenían razón los que aún gritaban que aquí no había nadie que mereciera la pena proteger? ¿Merecía esta tierra gris labrada con generosidad y sembrada de huesos y hierro la sangre que se derramaba para salvarla? Quizá ya solo quedaba escapar de esta casa apestada dejando atrás a los idiotas atrapados en ella. Veo la alegría de mis conciudadanos que ondean banderas piratas desde las esquinas, oigo las voces que dicen que ahora somos una «república». Si ellos son una «nueva república», ¿quién soy yo como parte de ella? ¿Qué hago yo junto a estos «republicanos»? Huir sin mirar atrás. Una no debería ver al justo en las estepas de Sodoma. Esto es un sálvese quien pueda; nadie piensa en un «nosotros».

Me asomo al mañana:
No es más que sombra y tristeza

Y tristeza y sombra, sombra y tristeza,
No es más que agua triste y bosque condenado.

Vasyl Stus[12], aquel poeta de la chatarra, era un profeta y lo sabía todo sobre Donetsk. No les temía. Hasta cierto punto, su gloria los derrotó. ¿Qué significa su victoria ahora que Stus está muerto y ellos siguen vivos y sus hijos y nietos pisan las calles? ¿Qué le diría si lo tuviera delante? ¿Le recomendaría que cediera, se rindiera y viviera una vida normal? Cría a tu hijo, huye a la montaña, a un lugar seguro en el campo, ve de pesca. Baja la cabeza, salva tus genes, la vida sigue.

O no.

¡Meteos vuestro «lugar en el país» por el culo! Si tuviera delante a Stus le diría que los matase a todos. Que les sacara los ojos, que les rajara el gaznate. Morir en el campo de batalla, donde te cortan en veintiún pedazos pero el enemigo se mea en la cama solo con pensar en ti. Morir de manera que nadie, y menos esas alimañas, se atrevan a decir que te has ahorcado. Sentarse muy derecha y reírseles en la cara. Incluso si ya no hay Ucrania y lo único que queda es tierra yerma e infinita, incluso si se ha convertido en las arenas solitarias de una oscuridad egipcia, Ucrania seguirá viviendo, aunque solo sea en tu mente, porque tú eres Ucrania.

Ya veréis cómo me rindo, hijos de puta. Me voy a «rendir» de tal manera que les diréis a vuestros malditos bisnietos que vengan a por mi.

X

RESIDUO DE ACERO
Un viaje gratis

—Lida, sal de ahí, tengo dos noticias que darte.

Lida forcejeaba en el suelo intentando salir a rastras de debajo del sofá. A su lado sobresalían cuatro piernas infantiles y un rabo.

—Un segundo. Buck está atrapado. No quiere moverse.

—Comprendo cómo se siente. Niños, id a la cocina. Os he traído melocotones.

Los niños volaron de la habitación y nosotras nos sentamos en el sofá. El perro nos espiaba desde debajo negándose en redondo a salir de su zona de confort.

—No podemos salir de la ciudad por carretera, desde luego no con tus cosas, a no ser que queramos pagar tantos sobornos que nos salga más barato tirarlas.

—¿Qué hacemos entonces?

—Empaquetarlo todo y llevarlo a la oficina de correos ahora mismo. Conozco al director y me ha soplado que hoy es el último día que se pueden hacer envíos. Resumiendo, que hay que enviarlo todo hoy. Nosotros iremos después en tren o en autobús.

—De acuerdo. Vamos.

Siempre me sorprende lo rápidos y dóciles que son los adultos cuando les ordeno cosas y el alivio que sienten al delegar en mí la responsabilidad de tomar decisiones. Sin embargo, ya me maravillaría de aquel fenómeno más tarde. De momento, Lida preparaba a los pequeños y mi abuela y yo llenábamos las cajas. No sabía cuánto equipaje nos permitirían llevar, ni qué condiciones nos pondrían, ni lo que haría Lida si sus pertenencias no llegaban a destino. También podía suceder que Lida no llegase a su destino, aunque era mejor no plantearse esa posibilidad.

En una hora estábamos listas. A juzgar por su aspecto se diría que habían entrado los ladrones en casa. Hasta Borysovych tragó saliva al verlo todo patas arriba y las montañas de ropa, calcetines desparejados y cajas rotas. No le di un momento para curiosear.

—¡Venga! ¡Mételo todo en el coche y vámonos! No tenemos un segundo que perder —grité.

En la oficina de correos nos esperaba una escena inimaginable. Un millar de personas sitiaba el almacén. Había una cola de trescientos metros desde la puerta de la entrada. Una mujer metía abrigos de visón en bolsas de obra mientras su compañera las cerraba con cinta adhesiva marrón. Una persona cargaba suministros de oficina y un enorme televisor de sesenta pulgadas. En la acera había fardos de libros y almohadas y una lámpara de pie abandonada. Los brazos de una chica cedían bajo el peso de un palé de ropa de bebé: «*Por favor, abran paso. He invertido todos mis ahorros en esto, hasta he pedido un crédito. ¡No lo puedo dejar aquí!*».

—¡Vova! —grité al ver a mi contacto, el director, en una esquina.

Vova fumaba un cigarro en cuclillas. Se notaba que quería que se lo tragara la tierra, pero eso no me detuvo. Estaba en deuda conmigo como la tierra lo está con la granja colectiva (es ironía), es decir, me debía quinientos dólares desde antes de la guerra y había llegado el momento de ajustar cuentas.

—Soy muy consciente de tu situación y te comprendo. Pero tú tienes que comprender que hablamos de una madre con cinco hijos. ¡Cinco, Vova! No conoce a nadie al otro lado. Necesita llevarse sus cosas, los niños no pueden dormir en el suelo.

—¿Cómo lo hago? Dímelo. Mi camión lleva aquí cargado medio día ya y no puede partir. ¿Cómo llego hasta allí sin conductor? ¿Conduzco yo? Disparan a todo lo que se mueve. Mi último vehículo ha vuelto sin tapacubos, todos cosidos a tiros.

—Que no cunda el pánico, ¿vale? ¡Borysovych!

Borysovych asintió con la cabeza.

—Te presto a Borysovych. Él te sacará de aquí. A cambio tú te llevas nuestras cajas.

—Jodeeeer… De acuerdo.

No sé si le sorprendió más que me pasara al ucraniano o verse a sí mismo respondiendo en ucraniano, pero el caso es que, contra todo pronóstico, asintió.

Nos alejamos tres manzanas y esperamos al camión. Cargamos entre todos las pertenencias de mis peregrinos, unas en la caja, otras en la cabina sobre las piernas del director, así que al final a Vova apenas le quedaba espacio para respirar y alrededor de veinte centímetros para mover una mano. Hubo que tirar algunas cajas a una zanja, algo de lo que aún me arrepiento. Borysovich se sentó al volante, se ajustó el monedero al estómago y se puso en marcha sin dilación.

Pocas horas después las noticias informaron que los milicianos

habían asaltado el almacén de una de las principales oficinas de correos de Donetsk. Nuestro envío llegó a Dnipró a las nueve del día siguiente. Borysovych no se puso en contacto con nosotras hasta entonces.

—¿Sabes qué, Borysovych? Vente para casa. Tanya está disgustada.

—¿Ah sí? —balbuceó al teléfono.

—Eres un mujeriego sin escrúpulos. Está disgustada.

—Eso es bueno. Estupendo. Dile que siga llorando. Llego esta tarde. Lo único que me queda por hacer es soltar a este memo. Menudo coñazo ha dado durante el viaje.

—¿En qué sentido?

—En sentido literal. Mejor ni me preguntes.

—oOo—

—¿Te lo sabes ya, Mariika? A ver, repítemelo.

—Me lo sé.

—No. Otra vez. Si te pierdes, ¿cuál es el número de teléfono de mamá?

—Cero cinco cero cuatro cuatro tres… mmm… Cero siete cero siete.

Vale. Olenka, te toca.

—¡Yo ya me lo sé! —dijo la pequeña poniendo los ojos en blanco.

—No, no te lo sabes. ¿Qué tienes que hacer?

—Cogerte de la mano y no soltarte.

—Bien. ¿Bohdan?

Bohdan gruñó.

—¡Lida!

—No te preocupes, el bebé y yo estamos atornillados a ti. Si hace falta, te rompo la abrazadera de la ropa en un segundo. Deja de preocuparte. ¡Te preocupas más que yo!

—Será porque tú has tenido siempre cinco niños y yo hace poco que os he adoptado.

Me arrepentía por centésima, no, por milésima vez de no haber traído a los hombres, porque tocaba pelear. Estábamos esperando el tren. Llegaba más gente a la estación que nos empujaba desde atrás y teníamos delante un muro inamovible. La multitud jadeaba, lloraba y aullaba. Por aquí pisoteaban a alguien, por allá a alguien le rompían una costilla. A los niños y a mí nos aplastaba la masa de cuerpos humanos. No había escapatoria. Por suerte habíamos enviado el equipaje y solo teníamos que abrirnos paso con una mochila pequeña cada uno, porque quienes habían venido con maletas y bolsos no

tenían más opción que dejarlos allí en aquel mismo momento o morir en la estampida bajo el peso de su propia carga.

Comprar billetes estaba descartado. Nadie sabía cuándo llegaría el tren y dónde nos llevaría. Cogimos a los pequeños en brazos y nos los echamos sobre la cabeza o los subimos a hombros para ganar unos milímetros más de espacio. Me dieron un puñetazo en el costado y aunque la mochila paró el golpe, por un momento pensé que me había roto la espalda y que me iba a caer al suelo allí mismo. Un chico pasó por delante de mí a empujones con una jaula. Llevaba en ella a su rata o su hámster. Trataba de que no se le cayera, pero no pudo evitarlo. Cuando la jaula se le cayó a los pies y se rompió, se agachó a por ella. Lo perdí de vista en la masa de espaldas y no sé qué sería de él.

Cuando por fin llegó el tren, la presión se intensificó por todas partes. La multitud frenética trataba de apartarse de las ruedas. Nosotros acabamos casi al lado de la puerta de puro milagro. El revisor bajó los escalones y sin esperar un segundo, le eché a Lida entre los brazos.

—*Ayúdenos. Viajamos con cinco niños.*

Bohdan y sus hermanos saltaron después de Lida y Serhii y yo los seguimos. Los pasajeros se nos agarraban a las piernas y a la ropa. De no haber sido por el revisor, habría soltado los escalones plegables y habría sucumbido con el bebé.

Un momento después corríamos por el pasillo y ocupábamos una litera junto a la ventanilla. Tenía las manos y los brazos llenos de arañazos y me corría la sangre por la sien. Me habían agarrado de la trenza arrancándome algo de pelo y cuero cabelludo. Los niños ya no lloraban. Gemían de miedo en voz baja como gatitos. Les miré los brazos temiendo encontrar el punto blando de un hueso roto.

—¡Subíos a la segunda litera, deprisa!

La gente todavía empujaba para entrar, así que esa litera era nuestra salvación. Conquisté la litera superior desde la segunda e instalé a las dos niñas junto a mí. Saqué un abrigo a tirones de la mochila y se lo puse detrás. Lo importante era que allí no nos caería nadie encima y que nos entraba un poco de aire por la abertura de la ventanilla. Las ventanas del compartimento estaban tapadas con planchas de madera. Habían dejado una abertura de unos centímetros en la parte superior por la que entraban bocanadas de hollín, aire caliente y el hedor de la estación. El cuerpo se nos cubrió de polvo y se nos puso pegajoso de sudor de inmediato. El sudor se nos acumulaba en charquitos a los pies y en el estómago, y cada movimiento iba acompañado del chirrido del plástico rozando con la piel desnuda.

Aunque cerraron las puertas de los vagones enseguida, el tren estuvo allí parado más de cuatro horas. Solo embarcó el diez por

ciento de la multitud enfurecida. Desde las ranuras de la ventanilla vi el andén llenarse otra vez y a la multitud mecerse de un lado al otro. Alguna gente trepó al techo del vagón; oía sus pasos sobre la cabeza. La muchedumbre se lanzó contra la ventanilla del compartimento, pero los hombres de dentro corrieron al rescate y evitaron que rompieran los cristales.

A pesar del peligro de aplastamiento, en el vagón reinaba el silencio y los adultos callaban. Ir al servicio o caminar por el pasillo era imposible. Sin perder tiempo, racionamos el agua y les pasamos unos sorbos a los niños o los animales, y claro, también le refrescamos un poco el rostro a quien lo necesitaba. Debajo de las literas inferiores había perros y gatos, y sus quejas, mezcladas con el llanto de los niños, era lo único que rompía el deprimente silencio, aparte de una mujer de la litera inferior que se santiguaba y rezaba en voz alta de vez en cuando.

Por fin salimos. Nunca había viajado así y nunca he vuelto a hacerlo. O avanzábamos a paso de tortuga borracha o nos lanzábamos a galope tendido de buenas a primeras y el suave tac-tac de las ruedas del tren se convertía en un ta-ca-tá rápido y regular. Cuando el tren frenaba de golpe nos hacíamos rozaduras y heridas en las rodillas y los codos e intentábamos no caer encima de los niños. No hubo escalas ni nos pidieron la documentación o los billetes. Es más, ni siquiera sabíamos a dónde nos llevaban. Quizá a Járkov o Simferópol. Según la posición del sol, nos dirigíamos al oeste, aunque el tren se detuvo varias veces con una sacudida y se puso en movimiento marcha atrás, de modo que al final perdí por completo el sentido de la orientación.

Podía haber sido una fosa común con ruedas. Si nos hubiera alcanzado una bomba nadie habría salido de allí; si se hubiera prendido fuego en un vagón habría sido el fin de los demás también. «Madre de Dios, madre de Dios, madre de Dios…», repetía sin parar la mujer de mediana edad que viajaba debajo de nosotras. Me puse a contarles a las niñas un cuento de hadas de un manga para tratar de interrumpir su monótona salmodia.

—Érase una vez una niña llamada Yuzuko. Era una criatura hermosa y dulce que tenía una extraña peculiaridad. Siempre decía lo que pensaba, de modo que siempre se metía en líos. Un día…

Yuzuko, mi amor de la infancia, iba de aventura en aventura y no tardé en notar que no solo las niñas escuchaban el cuento, sino también la gente de la litera vecina y los de la de enfrente, e incluso oí una voz procedente de la zona inferior que pedía que hablara más alto.

—Itsuki-san, me casaría contigo gustosa y me convertiría en la señora de este hermoso castillo, de las interminables plantaciones de arroz que se extienden hasta donde sale el sol y de las vacas

encantadas cuyos cuernos de oro sujetan el cielo y cuyas pezuñas despiertan cada mañana las miles de fuentes del Xing-ju. Pero aún no consigo olvidar aquella vez que te vi huir con el culo al aire de una abeja solitaria…

¡Señores pasajeros, fin de trayecto! ¡Apéense del tren de manera ordenada y sin prisas! ¡Fin de trayecto!

Al oír el anuncio todo el mundo rompió a llorar. La gente se puso a gritar y a hablar, a empujarse y a encender cigarros en el mismo vagón. Yo bajé a las niñas al suelo, salté y me atrapó un habilidoso señor que olía a sudor nuclear, tabaco y hollín.

—¡Buen trabajo, pequeña!

Para nuestra alegría, habíamos llegado a Dnipró.

—oOo—

Era como un sueño al revés. Como uno de esos sueños en los que corres desnuda por la calle y todo el mundo te mira, solo que me daba la sensación de que quienes iban desnudos eran los demás. Lo único que quería era tocarlos para comprobar que existían de verdad. A los pobres niños apenas les daba tiempo de girar la cabeza.

—¡Mirad, mirad, una bandera! Allí hay otra, ¡Es una bandera de Ucrania! ¡Y allí hay una típica camisa *vyshyvanka*! ¡Mirad, en aquel edificio hay un tridente de Ucrania enorme!

El azul y el amarillo y los símbolos rojos y negros ondeaban ante nuestros ojos. La bandera de Ucrania estaba por todas partes; las vallas, las farolas, los coches. Docenas de soldados entraban y salían de la estación. Eran soldados ucranianos. Lida lloraba y se embadurnaba la cara con la suciedad del viaje.

—¡Dios mío, lo hemos conseguido! ¿Dónde vamos ahora con tantos niños?

—¿Por qué gritas? Todo ha salido bien. ¿Dónde quieres ir primero?

—Al baño. Y después a McDonald’s.

—Pues vamos.

Fuimos al baño y después a McDonald’s. Mis amigas de Dnipró vinieron a buscarnos y por fin cada cosa estaba en su sitio. Si me preguntaran ahora mismo cuántas veces he sido feliz, lo primero de la lista sería el momento en que Lida y yo nos despedimos. Lloramos abrazadas junto al minibús de prepago con destino a Kremenchuk mientras el conductor derramaba por el suelo una garrafa de seis litros de líquido limpiaparabrisas.

—Debéis poneros en marcha ya. Los niños están cansados. Acuéstalos en los asientos.

—¿No quieres venir con nosotros? Anímate, empezaremos una

nueva vida…

—¿… Y tendremos una vaca?

—¡Podemos comprar una vaca! Estoy preocupada. Creo que Donetsk ya no es para ti.

—Donetsk ya no es para nadie normal. De todas formas, ¿dónde hay gente normal? No se suelen llevar bien con las lunáticas como nosotras.

—Prométeme que vendrás a visitarnos.

—Lo prometo.

Prometí y mentí con todas mis fuerzas al mismo tiempo.

—Volveremos a vernos.

XI

ORO
No enterrada, sino sembrada

—Come, hija, come —decía el viejo soldado con voz tranquila—. Necesitas comer.

La verdad es que la gente lleva toda mi vida diciéndome que «necesito» comer, pero por mucho que lo intente, por mucho que lo «necesite», no paso de la talla XS.

Aunque estaba hambrienta (¿cuándo habíamos desayunado?), no lo estaba tanto como para sucumbir a la tentación de una ensalada de tallarines instantáneos con carne enlatada. El caldo de los fideos había hecho una reacción química con las grasas de lo que fingía ser ternera de primera calidad y la superficie del cuenco estaba recubierta de una película sólida de color gris.

—Tío Kolya, no me puedo comer eso. Me da miedo.

Los soldados intentaron sofocar la risa.

—¿Y no te da miedo venir hasta aquí en plena noche?

—Eso ha sido un acontecimiento fuera de lo normal, un caso de fuerza mayor.

—Bueno, pues entonces come, «comandanta».

Mejor no preguntarme cómo terminé en aquel sector y dónde estaba el pelotón con el que debía encontrarme. Si en el futuro alguien encuentra las crónicas de esta guerra, los tres primeros rollos deberían titularse *Caos, Anarquía y Valor*. No estaba claro dónde estaba el frente, de modo que los chicos de uno y otro bando se confundían unos con otros. Si tratábamos de pelear según las reglas de los comandos de las películas (disparar primero y preguntar después) habríamos acabado todos atrapados en el fuego cruzado.

Estaba sentada con los chicos en una dacha abandonada, cuando de pronto salen de la espesura dos hombres con prismáticos. Había un cincuenta por ciento de posibilidades de que fueran de los nuestros. Unas sombras volaron hacia ellos para recibirlos. Mantuvieron una breve conversación y se fueron cada uno por su lado. Uf. Al parecer sí que eran de los nuestros.

Había estado ocho horas esperando en la gasolinera bombardeada. Se suponía que los soldados de reconocimiento debían recogerme para que les entregara los prismáticos y las mirillas que les traía. El pelotón no había aparecido en el punto de encuentro, así que decidí volver a la base. Tuve suerte de cruzarme con el tío Kolya y una de sus jaurías que ostentaban la vanidosa insignia de «Dandis». Conocía a aquellos dandis de Leópolis, así que no me preocupaba que me salieran al paso con gritos y silbidos.

—¿Te has vuelto loca? ¿A dónde te diriges? Vas derecha hacia el fuego de artillería, hay combates en esa dirección. ¡Da la vuelta!

—Voy a la base.

—La base ya no existe. Da la vuelta.

Cenamos en la terraza de una hermosa casa de campo. En la enorme mesa de roble hay restos de pescado del lago cercano, cáscaras de sandía y bolsitas de té usadas. El tío Kolya lo tira todo al suelo para hacer sitio a nuestros platos. No hay luz ni gas y los chicos han colocado un infiernillo en una barbacoa de lujo. A los antiguos dueños les encantaba el metal y la madera. Veo a la luz de una linterna la verja de madera de vid, los cierres de hierro con filigranas del primer piso y los grabados del cenador de madera.

—¡Fíjate en las lámparas de araña! Seguro que no has visto en tu vida cosa igual. Ven, te las voy a enseñar. Son como de un palacio.

—Vale.

Entramos en el edifico por la puerta oscura. En la planta baja había un comedor enorme. Las ventanas estaban tapadas con sacos de arena hasta el techo y en la esquina del fondo había una barricada de armarios y sofás italianos.

—¡Mira qué baño! Un trono como Dios manda.

El retrete tenía la forma de una esfinge con columnas doradas en lugar de pies. Hacía tiempo que no había agua corriente en el baño, de modo que el asiento de aquel trono monumental estaba cubierto de una costra parduzca cuyo origen era mejor no investigar.

Subimos a la primera planta y admiramos los suelos de mármol y la habitación de los niños, decorada con motivos de Fórmula 1: paredes a cuadros azules, rojos y blancos, una cuna en forma de coche de carreras, pósters con autógrafos de pilotos famosos por las paredes. Después estaban las lámparas. Una enorme lámpara de araña de tres brazos en el cuarto de juegos y otra en la habitación principal. La de los niños era un diseño vanguardista de cromo y cristal y la de los padres era una cascada de gotas de cristal. El fuego de artillería había desparramado por el suelo las cuentas de cristal, que crujían bajo los pies. Recogí una que había sobrevivido de milagro.

—Es bonita, ¿verdad? Tenían gustos caros. Se podían permitir lo

que quisieran.

—Es bonita, sí.

Bronce con patena, jaspe comprimido y cristal rojo. Era obra mía.

Terminamos aquel pedido antes de la guerra. Cada lámpara era un diseño exclusivo mío. En el cuarto de estar debía haber una corona de flores con nueve puntas. Recordaba al cliente. Era dueño de un concesionario de coches. Un tipo mayor y ocupado que regateaba sin compasión. No el precio, sino la fecha de entrega. La necesitaba «para ayer», pues su mujer estaba dando a luz y quería darle una sorpresa cuando saliera del hospital. Si es necesario entrar en detalles, esperaban un varón y era su primogénito. Habían estado doce años de tratamientos de fertilidad.

—¿Sabes que ha sido de los dueños?

—Niet. Ni idea. No eran más que unos separatistas. Escucha, te vamos a instalar en el ático, ¿de acuerdo? Detrás de la chimenea hay una cama, un colchón. Es el sitio más seguro de la casa. ¿Te parece bien? Las plantas inferiores están en plena línea de fuego.

—De acuerdo, gracias.

Me dio vergüenza preguntar dónde estaba el baño, así que decidí esperar a que amaneciera. Detrás de la chimenea reinaba el silencio. Los ladrillos amortiguaban el fragor de la batalla. Casi no se oía la ruidosa ametralladora que abría fuego de cuando en cuando por el pueblo. Nadie me encontraría, o eso era lo que yo esperaba.

Me quedé dormida con la gota de cristal en la mano sin darme cuenta. El despertar fue brusco y desagradable. Alguien me arrancaba del sueño tironeándome de la pierna. Al abrir los ojos vi dos siluetas sobre el colchón. Un soldado alto y flaco detrás de otro más bajo que me tiraba de la pierna con todas sus fuerzas.

—Eh, ¿qué hacéis? Vale, vale, ya me levanto.

Me froté los párpados, me puse las lentillas y me levanté. Para mi sorpresa, no había nadie.

—¿Dónde os habéis metido?

Bueno, había que bajar. La casa y el jardín estaban en silencio. Solo había un soldado meciéndose en una silla junto a la puerta.

—¿Dónde vas?

—No lo sé. Me habéis despertado vosotros. ¿Qué ha pasado?

—¿Quién te ha despertado? Aquí no queda nadie, todo el mundo está en el frente. Los jóvenes están cambiando el turno.

—¿Qué? Hay dos soldados. Uno alto y el otro bajo, casi me bajan hasta aquí de la pierna.

El muchacho se puso en pie de un salto con el rostro blanco como el papel. Incluso en la oscuridad se notaba.

—Pero qué… Dos de nuestros soldados murieron ayer. Vitka y

Batya. Batya me llegaba más o menos por el hombro, y Vitka era larguirucho. No, larguirucho no. Era alto. Siempre corregía a la gente que le llamaba larguirucho. Era alto.

—Ya. Oye, ¿podemos irnos a otra parte?

El soldado asintió. A ninguno de los dos nos apetecía hablar más del tema. Nos fuimos en silencio al garaje contiguo y esperamos a la mañana. Al amanecer, los chicos me llevaron a la autopista. Les regalé los prismáticos.

—oOo—

—Es cuestión de olfato. Llevo haciéndolo veinte años. ¿Conoces esa sensación? Soy capaz de descubrirlo en un minibús lleno de civiles en un control. No tienes ni idea de la cantidad de francotiradores que he atrapado.

—Bah. Yo te digo ahora mismo quién de estos es el francotirador. Está clarísimo —dije yo.

—¿Clarísimo? Entonces apuéstate algo. A ver, ¿quién es? No se lo digáis, chavales.

Los chicos soltaron las cucharas con muda alegría ante la posibilidad de un poco de entretenimiento. Sombras fantasmagóricas danzaban por detrás de nosotros mientras nos apiñábamos como polillas en torno a la única llama, calentándonos las manos a la luz de la trinchera. La tienda de campaña estaba a cubierto en una granja abandonada. Era el escondrijo más seguro de los alrededores. El follaje que lo rodeaba estaba sembrado de hilos trampa. Más tarde, los soldados de guardia se meterían vestidos en sus sacos y se quedarían dormidos casi a cielo descubierto empuñando las armas.

De acuerdo. Echemos un vistazo. Unos gemelos con camiseta de rayas del ejército que parecen dos girasoles rubios de ojos azul oscuro; descartados de inmediato. Demasiado vivaces, demasiado inquietos, siempre uno detrás del otro como una cola tras su perro (¿o se dice un perro tras su cola?). Un par de bromistas a los que les encantan las payasadas. Morirán los dos o ambos sobrevivirán y se casarán con un par de gemelas y nadie sabrá diferenciarlos.

Un tipo adusto de enormes bíceps. Puro nervio forjado bajo tierra con un taladro, un martillo y cubos y vagonetas de carbón. Es obvio que es un minero. Incómodo en la superficie con la espalda al aire libre. No me hacían falta pistas para saber que era o mecánico o conductor.

A continuación, un antiguo maestro de escuela, uno de esos que nunca dejan de enseñar. Profesor de Geografía o de Matemáticas además de turista y entusiasta aficionado. Se había pasado la vida

salvando a adolescentes difíciles de familias difíciles, cuidándolos, lavándolos, desparasitándolos, sacándolos de la adicción al pegamento, enseñándoles a pelear, a enfrentarse cara a cara con un oso y a encender una hoguera con una cerilla. Iba a la guerra por voluntad propia por medio de la oficina de reclutamiento. Un buen día apareció con tres lobeznos. Eran los únicos con ropa y calzado de combate adecuados y llevaban puñales afilados como una cuchilla de afeitar sujetos al pecho, pequeños pero manejables, que se desenvainaban en un movimiento. ¿Qué van a ser sino una escuadra?

Después, venía el zapador. ¿Qué era antes de la guerra? Técnico informático o experto en ordenadores. Trabajo sedentario, partidas de Minecraft y guerra teórica de tanques. Dos niños, veranos en la costa y jornadas de pesca en la dacha. Quizá sea el francotirador, pero le descubro una Leatherman profesional al cinto: nosotras mismas comprábamos esas multiherramientas. Sabía muy bien de dónde la había sacado.

Además, yo ya sabía de sobra quién era el francotirador. Lo había reconocido al instante por la mirada característica con la que nos caló a Roman y a mí. Solo un profesional mira a la gente de ese modo, a la persona y al horizonte a la vez, calculando la posibilidad de una emboscada enemiga y escogiendo el lugar donde instalar un puesto. También era de la edad apropiada. No hay mejor tirador que una persona que ya ha cumplido los sesenta.

Alcé la taza en silencio y brindé con aquel tipo flemático. En respuesta, él entrechocó conmigo su vaso fabricado con un casquillo de obús. Seguro que lo había tallado en los ratos libres.

—Eso es trampa. Ya lo sabías, ¿verdad?

—¡Venga ya! ¿No sabes con quién hablas? Es bruja —dijo Roman.

—¿En serio?

—¿No os habéis dado cuenta? Siempre que os visitamos las cosas se calman como si hubieran llegado las vacaciones. En cuanto nos vamos empieza otra vez el bombardeo. Y es lo mismo en todas partes.

—¡Es verdad! Increíble. Vente a vivir con nosotros. Ya sabes el tipo de mujeres que nos gustan: tranquilas y valientes. Y que sepan cocinar…

—Genial, gracias, chicos. Me encanta que concedáis mi mano sin mi consentimiento… ¿Qué hay de mi premio por averiguar quién es el francotirador?

El oficial se quedó pasmado un momento.

—Te podemos dar una granada si quieres.

—No, gracias.

—Entonces pantalones. Te daremos unos pantalones *vintage*. No le entran a nadie.

—¿Qué pantalones?

Los chicos reían a carcajadas en la mesa. Entre aplausos y griterío me entregaron con gran ceremonia unos pantalones de algodón a cuadros de color amarillo bilis de cintura alta que se cerraban con cuatro botones. El algodón crujía de puro viejo y en el tiro llevaban un sello de 1937. ¿Era esa su fecha de nacimiento?

—¡Fíjate, te los han hecho a medida! Cuando nos los entregaron pensamos que eran de talla infantil o algo así. No le están bien a nadie ni de largo ni de ancho.

No me enteraba bien de lo que me decían porque me los estaba probando. Cuando por fin lo comprendí, me quedé congelada, con una pierna ya metida por la pernera.

—¿Cómo que «entregaron»? ¿Son los pantalones reglamentarios?

—Este es el uniforme que nos han dado. La documentación decía que son válidos como pantalones del ejército, así que hay que aceptarlos por escrito.

—La talla es un problema, de acuerdo. ¿Y la época del año? ¡Son pantalones de invierno!

—¿De qué sirve la ropa de verano? Pestañeas y ya es invierno. Aquí tenemos a Shrot, que es el *responsable* del uniforme porque es el que ha firmado la entrega. Que se los queden los peces gordos. Tú nos vas a traer más pantalones, ¿verdad? Déjalo. No intentes ponerte algo tan pequeño. Escribid un informe diciendo que se han perdido.

—¿Todos?

—Cosas que pasan. Decidme una cosa, *voluntarios* míos, ¿podéis conseguirnos uniformes? —me dijo—. Necesitamos ropa de combate por lo menos para estos tres. Ayer tuvieron que recorrer dos kilómetros arrastrándose por el suelo y tienen los codos hechos jirones.

Sí que podíamos. Podíamos conseguirles uniformes, botas y mil artículos más, desde cascos y leche condensada a vehículos y municiones. No sé con exactitud cuánta gente teníamos buscando y comprando el material que les pidiéramos. Al menos trescientas personas se comunicaban solo conmigo, y eso sin mencionar a los donantes que transferían dinero a nuestras listas públicas de necesidades. En unos meses habíamos logrado algo que en tiempo de paz exige muchísimo tiempo: reputación. Si hubiera descubierto que un céntimo del dinero destinado a los soldados acababa en el bolsillo de alguien, me habría arrancado la mano de un mordisco, pero a nadie se le ocurrió robar del dinero recaudado. Éramos como pirómanos arrojando más y más leña a una inmensa fogata. ¿Chalecos antibalas? Marchando. ¿Red de camuflaje? Nosotras mismas la tejíamos. ¿Neumáticos, camillas, medicamentos? Hecho. ¿Alimentos?

Van para allá. ¿Hace falta agua, leña, soportes, maquinaria, cables, generadores? Por supuesto.

Ni se nos ocurrió considerar que aquello fuera labor del ausente cuerpo de intendencia de la nación. No nos paramos a pensar que ningún ejército del mundo sale al campo de batalla sin armadura corporal y se enfrenta al fuego de los lanzacohetes Grad BM-21 con unos pantalones de 1937. Sabíamos que el enemigo estaba por todas partes, que no podíamos confiar en nadie. En nadie excepto en aquellos chicos que dormían unas horas, se despertaban, se metían un plato de pasta fría y un trago de agua por el gaznate, se llenaban los bolsillos de granadas y cargadores y se iban a hacer la guerra en zapatillas de deporte viejas. Solo podías confiar en ti mismo y yo me conozco a mí misma. No podíamos confiar en nada excepto en nuestros propios ojos y nuestras propias manos, en nada excepto en lo que pudiéramos llevar y entregar en persona, en nada excepto en aquella indescriptible sensación de poder cuando se acaban las fuerzas y te vienes abajo y de pronto te recogen y te regalan un momento de descanso y te transfunden la energía necesaria para seguir.

Si esto no es una Guerra Patriótica, una Gran Guerra, no sé lo que es.

—oOo—

—¿Qué me dices? Nada de salirse del plan. Ir y volver. Nada de darse la vuelta ni parar en ninguna parte, y además dormimos en la base.

—¿O qué?

—O… Yo quiero ver el fútbol, ¿comprendes? ¿No tengo derecho de vez en cuando? Las chicas me han conseguido unas cervezas y un poco de pescado ahumado.

—Bueno, si *las chicas* te han conseguido cerveza y pescado, claro está que haremos lo que tú digas.

Roman me echó una mirada de soslayo para ver si hablaba en serio. Era una misión breve. Entregar mapas de la zona y equipo de reparaciones a la artillería, para lo cual había que atravesar la zona ocupada.

—Les llevamos también unas pizzas. Todavía estarán calientes cuando lleguemos. ¿Cuántos son?

La pizzería italiana, la única decente de la ciudad, estaba de bote en bote. Dentro y fuera, las mesas estaban llenas. ¿Qué pasaba?

Ah, sí. El Mundial. La gente salía a divertirse.

—Tres pizzas para llevar, por favor.

Miré el velocímetro. No tenía que ir muy lejos, la carretera estaba

desierta y me sabía hasta los baches del camino. Los artilleros nos esperaban. Todo iba a salir bien. Incluso recordaba de memoria los puntos clave del programa que los artilleros tenían que conocer. Había tres tipos de mapas de la zona, desde reglamentarios antiguos hasta modernos nuevos, y un algoritmo para cada tipo de arma. Empecé a desgranar los puntos clave del programa, pero frené en seco al verles la sonrisa de escepticismo. De acuerdo, que se apañen solos ya que son tan listos.

Me voy con los soldados. La fotógrafa que llevo dentro se despierta y saco unas cuantas imágenes impactantes para un concurso del Discovery Channel. Es decir, para una publicación de Facebook. Fotografío manos, la única parte del cuerpo que está permitido fotografiar. Las manos de los soldados, con tierra bajo las uñas, huesos fracturados, quemaduras y callos imponentes son perfectas para hacer fotos dramáticas. Les pido que me dejen fotografiar algo brutal, el casquillo de un obús, por ejemplo, y me traen un martillo de atletismo y una pesa rusa hecha a mano. Cuando les digo que las fotos son para los informes de testigos directos, Roman se echa a reír.

—No le hagáis caso. La próxima vez os traerá guantes coreanos para suavizar la piel y acabaréis pareciendo curas de manos suaves como la seda.

Ja-ja, qué gracioso.

Los chicos estaban atrincherados en un pinar. Los pinos enanos los ocultaban de la vista y el fresco aroma de la resina escondía el olor del armamento. Se nos hundían los pies en la arena hasta los tobillos. Al cerrar los ojos daba la sensación de estar en la costa. ¡Cuánto tiempo sin pasear por un bosque! ¡Qué terrible también que ni mi abuela ni yo hubiéramos visto nunca el mar!

Tomamos un café con los soldados. Las pizzas fueron un exitazo. Se nos acercó el oficial de intendencia, un tipo tranquilo y cabal al que no le oí pronunciar más de diez palabras en toda la tarde. Nunca nos pedía nada, pero me gustaba su concepto de logística. Mantenía una prudente línea de suministro de víveres y en lugar de agenciarse una nevera había construido una despensa subterránea. Los soldados no dormían en el suelo, sino en vivaques de madera. Era el único batallón que no se alimentaba de latas viejas de *corned beef*, sino de carne enlatada de calidad que conseguía en Járkov.

—Chicas, tengo que pediros algo.

Roman encajó lo de «chicas» con un asentimiento.

—Veréis. Me voy de vacaciones ¿Podéis enviar mis cosas por Nova Poshta? Tengo una bolsa y esta es la dirección. No me la puedo llevar de aquí yo solo.

—No hay problema. Mañana la enviamos.

Les dijimos adiós y nos pusimos en marcha. Quedaba media hora para el partido y el pescado ahumado. Después de unos kilómetros, Roman detuvo el vehículo.

—Oye, ¿tú también estás inquieta por algo?

—Un poco. Vamos a abrirla con cuidado. Quédate aquí. Voy en un salto.

Traigo una caja del maletero, corto los cierres de cinta adhesiva y miramos dentro. Todo parece en orden: mudas de uniforme, jerséis, un par de botas viejas, una camiseta, gofres, caramelos. ¿A dónde envía los gofres? ¿A Piriatin? ¿Qué? ¿Hay escasez de gofres en Piriatin? En fin… A ver qué más hay: más pantalones, unas zapatillas de deporte nuevas, una cámara de infrarrojos…

—Carajo.

—Mierda.

—Venga, volvemos.

Nos dejaron entrar sin decir la contraseña o mostrar la documentación. La expresión de nuestro rostro hizo comprender al centinela de la garita que era mejor mantenerse al margen. Roman se quedó en el coche mientras yo hablaba con el oficial al mando en la tienda de campaña. Pedí permiso para entrar y coloqué la caja en la mesa con educación, después de lo cual le expliqué lo sucedido. Los tres soldados que estaban allí fumando un cigarro se pusieron en pie y desaparecieron. Me quedé a solas con el comandante.

—¿Un café?

—No, gracias. ¿Se ocupan ustedes?

—Por supuesto.

—¿Qué le va a pasar?

—Le daremos su merecido. Ahora es cosa nuestra. Olvídate de ello.

Le estreché la mano y me fui. Aquel tipo de pelo canoso que no me estrechó la mano sino el antebrazo, que era como nos saludábamos ahora en nuestro bando, tenía toda la razón. Era asunto suyo y solo suyo. Nadie tenía por qué andar metiendo las narices en las medidas disciplinarias ajenas.

Mi pobre Roman estaba en silencio. Conduje despacio como homenaje a su terrible tormenta interna. Al final no pude más.

—¿Has visto qué ha pasado? ¿Qué le van a hacer?

—Dios, ya pensaba que te habías quedado tonta en el bosque ese. ¡Parecía que no ibas a preguntar nunca! Sí, lo he visto.

—¿Y…? ¿Qué le van a hacer?

—Mejor me lo callo.

—Como quieras. Ya le preguntaré a Borysovych. A él se lo vas a contar de todas todas. Bueno, ¿dónde vamos? ¿Al fútbol? La segunda parte ya ha empezado.

—Ya no me apetece.

Frené en seco. Nos detuvimos de golpe en medio de la carretera desierta y nos quedamos petrificados estirando el cuello hacia el cielo como dos niños ante sus primeros fuegos artificiales. Los Grads BM-21 abrían fuego a nuestra izquierda. Líneas de cometas rojas y amarillas dejaban una cola brillante sobre nosotros y desaparecían en el horizonte. Estábamos parados bajo un arco enorme y resplandeciente. Era la iluminación más cegadora que había visto.

—¡Salgamos de aquí!

Piso a fondo, llegamos a la ciudad en un tiempo récord de trece minutos. Aparcamos enfrente de la pizzería, donde aún no hay mesa libre. Los camareros siguen corriendo de aquí para allá, el grupo que celebra un cumpleaños en una mesa en la esquina sigue brindando, y los enamorados siguen en los sillones rojos del salón pequeño. Cojo a una camarera de la manga.

—¿Te importa decirme…?

—¿Sí?

—¿Notas que hay una guerra aquí al lado?

—*Pues la verdad es que no.*

—Pues entonces, tres pizzas para llevar, por favor.

—oOo—

Lo que más odio en el mundo son las llamadas de teléfono a media noche. También odio cuando Oksana me llama de noche llorando y no consigo entender dos palabras seguidas.

—Es que, ay, Dios, es que…

—¿Qué?

—No te preocupes, no ha pasado nada.

—¡Suéltalo!

—*Nuestra Radio*, una cadena de radio, nos ha llamado y…

—Perdona que te interrumpa. ¿Qué radio?

—No me acuerdo. Radio «*Rusa*» o una cadena rusa de música *Schlager* o algo así…

—¿Y?

—Quiere comprarnos, no a nosotros, sino a ti, bueno, a ti tampoco, sino para que tú se las lleves a los soldados…

—Respira. Inténtalo otra vez o te cuelgo.

—¡Treinta cámaras de infrarrojos!

No era broma. Una cadena de radio se rascó el bolsillo y compró un cargamento de cámaras de infrarrojos para distribuirlas entre los grupos de voluntarios que abastecíamos al Ejército Ucraniano. Yo

ignoraba los criterios de distribución, pero unos cuantos de aquellos regalitos nos tocaron a nosotras, o más bien, como puntualizó Oksana, a mí; o mejor dicho, a mi perfil de Facebook.

La cuestión era cómo demostrarles que yo era quien decía ser.

Se habían enterado por casualidad de que mi perfil estaba a cargo de una mujer, aunque al parecer no tenía el aspecto que se imaginaban.

Nos encontramos en un maizal cerca de Dnipró. A mí me resultaba más cómodo circular por carreteras secundarias en medio de los campos y a ellos girar a un kilómetro de la autopista para que no los detuvieran en un control.

La cadena de radio envió dos Jeeps llenos de gente. Por nuestra parte acudió nuestro viejo y querido Opel conmigo a bordo. Lo pensé con detenimiento, decidí ir sola. Me cubrí el cabello con un pañuelo y me puse una gafas de sol de carey. Antes de salir me miré en un espejo y me las quité.

Los jóvenes me pidieron con algo de timidez que demostrara mi identidad publicando un par de frases en el perfil de Facebook.

—Sin problemas —dije. Escribí: «Putin es una puta escoria».

La publicación recibió más de tres mil me gusta, por cierto.

De todas formas, lo que los enamoró fue cuando metí el coche marcha atrás en el maizal, me colé debajo y abrí el compartimento secreto. ¿Podía transportar la preciosa carga sin que la viera nadie? Las treinta cajitas quedaron bien estibadas y solo los maizales sabían dónde estaban.

—¿Hay alguna forma de ponerse en contacto directo contigo?

—Escribidme por mensaje privado. Os responderé seguro. Si puedo, claro. En cuanto a los informes de testigos, no hago pública ninguna información ni imagen. Pero os enviaré una foto de cada entrega. Hoy habéis hecho algo muy grande.

—Estamos todos en el mismo barco. ¿De verdad vives en Donetsk?

—Sí.

—¿Cómo consigues salir? Necesitamos sacar a una amiga que no puede salir sola. Al menos, no por la ruta habitual. Está en la lista negra.

Respiré hondo para prepararme para una conversación sobre listas negras y otros mitos urbanos y exhalé. No merecía la pena. Si les decía con toda franqueza que en la mayoría de los casos lo más sencillo era subirse en el autobús de Dnipró en lugar de atravesar campos minados protegida por las sombras seguro que se llevaban las cámaras infrarrojas por pura decepción.

—Decidle que se ponga en contacto conmigo. Ya se nos ocurrirá algo.

—Gracias y buena suerte.

Eran buenos chicos. Y sinceros. Uno me hizo la señal de la cruz en la espalda. Sin embargo, trabajaban en una cadena de radio rusa… Yo no sería capaz. De todas formas, hace ya mucho tiempo, desde que dejé de confiar en los demás, que no comparo a nadie conmigo. Por ese motivo respetamos el procedimiento de seguridad: tiramos el teléfono de prepago con la tarjeta SIM rota entre la maleza. Siempre pueden enviarme una carta. ¿Qué más? Nadie se ha subido en mi coche. Estoy segura. De todas formas, pensaba pedirle a Roman que compruebe que no me han pegado nada en los bajos. Las cámaras de infrarrojos llevan un dispositivo de rastreo, así que no es mala idea que Don les eche un vistazo. Hasta que él no dé el OK, no creeré en los milagros.

—oOo—

—Todo en orden. Te las puedes llevar. El equipo está limpio.

—¿Estás seguro? ¿Seguro al cien por cien?

No esperé a su respuesta. De todas formas, no iba a responder. Pensaba en cómo distribuir las cámaras. Estas al aeropuerto, dos más a este otro sitio, no espera, mejor cinco.

Nos reunimos con los soldados del aeropuerto a principios de julio. Bueno, «reunirse» no es el término correcto; nos pillaron en el hangar, al que yo llegué esperando de todo corazón que no nos disparasen sin avisar.

Al principio no creímos que los combates en el aeropuerto fueran a durar tanto. Nadie pensaba que se prolongarían durante semanas. Oíamos fuego constante, pero no acudimos con víveres o agua.

—Eso no importa un pimiento —dijo Tanya—. Comen como limas. Se te comerían a ti y a la olla. No les hace falta nuestro repollo relleno.

Era cierto. Lo que necesitaban era información. En una ciudad no se puede luchar sin contar con los ojos y oídos de los residentes. En un mundo ideal habría cruzado las líneas y hablado con los mandos para ofrecerles mis servicios. Sin embargo, dadas las circunstancias, era más barato y menos peligroso poner un anuncio en el periódico diciendo «soy fulana de tal y paso información sobre los *opolchentsi* al bando ucraniano. Mi dirección es…».

Así que una mañana me calcé unos zuecos de plástico, me envolví en una túnica de chifón, me calé un sombrero panamá hasta las cejas y me fundí con el entorno. Parecía la típica jubilada, un ejemplar de primera de la tribu geriátrica. Lo único que desentonaba era la azada que llevaba en la mano. Lo suyo habría sido llevar un carrito de la

compra en la otra, pero no sé cómo se conducen; siempre me lleno las piernas de cardenales. Con aquella pinta podía ir donde quisiera. Nadie repararía en mí, ni las patrullas de separatistas que peinaban el barrio ni las mujeres que regalaban pan. Atravesé los hangares sin contratiempos y me colé por un agujero en la verja de la estación de autobuses que había detrás.

Me daba miedo ir al aeropuerto, así que me senté en un banco del antiguo vestíbulo de salidas. Pensé en atar el pañuelo a la azada y ondearlo por una ventana como una bandera, pero descarté la idea. Nada más fácil que disparar por accidente a una anciana con una azada.

No tuve que esperar mucho. A los veinte minutos aparecieron tres soldados.

—Hola. ¿Qué hace aquí sentada? ¿A quién espera?

—Hola, necesito hablar con el oficial al mando.

—¿Ah, sí?

Tardaron media hora en llamar al oficial porque querían enviarme de vuelta al agujero de la verja por donde había entrado. Apareció al cabo del rato, cansado de oír la discusión por radio.

Soy consciente de la primera impresión que causo (también de la segunda). La reacción habitual es «¿Qué demonios?». Sin embargo, la cosa es que en tiempo de paz ni se me habría ocurrido imponerme y me habría escabullido del primer plano. Ahora, en cambio, volver atrás me parecía imposible. Estaba claro que las estrellas se habían alineado; estaba hambrienta, agotada y de mal humor. Lo único que me importaba era lo que me había traído hasta allí, por eso me salté el ritual de los saludos y la identidad y fui directa al grano.

—Lo que necesitéis. Podemos proveeros de protección facial, medicamentos, dispositivos de comunicación, municiones; podemos repararos los vehículos y también informaros de las maniobras, equipo y cantidad de efectivos del enemigo.

—¿En serio? ¿En qué zonas?

—Un segundo.

Llevaba una *tablet* pegada al estómago. No podía llevarla en la mano porque la tenía ocupada con la azada. Me la sujeté entre las piernas y me desabroché los botones. Los soldados reaccionaron como si no hubieran visto un estómago en su vida.

—¿Pero qué haces? ¡Para ahora mismo!

—¿Qué pasa? Estoy sacando la *tablet*… Mirad, estamos aquí. ¿Veis estas calles de aquí, aquí y aquí? Podemos vigilarlas todo el tiempo. Esta zona es ciega. Por ahí no podéis sacar vehículos pesados. Aquí tenéis visibilidad plena desde el cementerio. La torre es un buen punto de observación. También está el solar de la calle Spartak. Los orcos

han aparcado allí sus vehículos. He marcado las coordenadas de cada puesto. Desde ayer tienen tres vehículos anfibios de combate BMP, dos blindados de patrulla BRDM-2 y un tanque. Yo diría que ahí es donde esconden el mortero 2S9.

El oficial encendió un cigarro mirándome con el interés de un entomólogo que estudia un insecto.

—Sentémonos y me lo explicas todo de nuevo, esta vez en orden. Lo primero, ¿quiénes sois?

—¡Somos ucranianos normales y corrientes! Creo que nuestra información te será muy útil. Aprovéchala, es de buena tinta. Úsala como mejor te parezca. La *tablet* era para ti de todas formas. Este es el cargador. Toma mi número y mi nombre en clave. Podéis acercaros desde vuestro lado. Además, también tenemos de un pequeño taller de reparaciones. Pásate por allí.

—¿De dónde eres? No intentes engañarnos diciendo que eres de aquí. Nadie de por aquí habla de esa manera.

Me saqué el pasaporte en silencio y les enseñé mi permiso de residencia. Después me abroché los botones, me volví a calar el panamá y me encorvé. Cuando bajo los hombros y arqueo un poco las piernas me llaman «*babushka*» por el mercado.

—Gracias por la charla. Espero vuestra llamada.

No nos llamaron.

Alrededor de una semana después, un taxi con un avión de plástico en el portaequipajes frenó a mi lado. Me asusté porque un coche desconocido nunca es bueno. Si eres rápida de reflejos puedes apartarte de la carretera y salir corriendo, pero te arriesgas a recibir un balazo por la espalda.

—Hola. ¿No nos reconoces?

—*Niet, lo siento.*

—¿Dónde está tu azada?

¡No puede ser! Miro a mi alrededor.

—¿Cómo vosotros por aquí?

—No preguntes cómo te hemos encontrado. Sube, vámonos. Enséñanos tu taller.

Así empezamos a trabajar con los soldados. Se ponían en contacto con Roman o con Borysovych y a veces les entregaban una lista de tareas «para ayer». A mí no me molestaba hacer de mediadora y comprendía que en este mundo nueve de cada diez hombres prefieren interactuar con otros hombres. En esta jerarquía tácita, el lugar de las mujeres es la cocina y a nadie le importa que quien encuentre y compre las estaciones meteorológicas, la ropa de combate y los torniquetes y se sepa de memoria los datos de los distribuidores y de los pedidos sea yo. Roman hablaba con ellos, se limpiaba las manos

como muestra de respeto y los invitaba a una cerveza. La guerra es un club privado masculino. Las mujeres quedamos atrapadas en el fuego cruzado.

Más tarde vería el llamativo Daewoo Lanos con el avión en el portaequipajes en varias zonas de Donetsk. No me sorprendía que lo estuvieran usando para sacarse un dinero extra como taxistas. Yo en su lugar hubiera hecho lo mismo.

—oOo—

A principios de mayo visitamos un pueblo. Los jardines floridos y las calles se hundían en una neblina blanca. Las flores de los frutales se mecían en el aire como una niebla y delante de las casas había maravillosos macizos de flores. Las mujeres del lugar competían sin piedad por cultivar los mejores tulipanes.

Cuando volvimos en julio, las flores se habían convertido en pequeñas manzanas. Fuimos solo por pasar por allí, pero no llegamos a cruzar el pueblo. La única calle estaba bloqueada con un tanque de agua destrozado que se había venido abajo. No se podía pasar por otro sitio, el pueblo era como un intestino estirado a lo largo de la carretera. Tampoco se podía preguntar a nadie. No había un alma.

—Espera, voy a buscar a alguien.

—No te molestes. ¿No ves lo que ha pasado?

—¿Qué?

—Mira los jardines y los huertos.

Los huertos estaban sin cultivar. La tierra labrada estaba llena de grama y jaramagos, y en algunos lugares las malas hierbas llegaban por encima de la cintura. Los jardines estaban abandonados, lo que quería decir que allí no había nadie.

—Oh, Dios. Vámonos de aquí. Da la vuelta.

Roman dio marcha atrás con cuidado de no chocar con el arcén y salimos volando del pueblo como un corcho de una botella y sin mirar atrás. ¿Dónde íbamos ahora? Nadie más circulaba por la carretera. A la izquierda, tierra de labor, maizales a la derecha. Un minibús polvoriento se acercaba de frente evitando los baches con habilidad. Frenó de pronto con la ventanilla del conductor paralela a la nuestra. Tras el cristal había un hombre robusto de pelo gris vestido de negro con una gran cruz al cuello.

—*¿Vamos bien para Krasnogorovka, padre?*

—*Para nada, hijo mío* —respondió con voz de bajo.

—*Es que…*

—*Seguidme, hijos.*

Nos pusimos en marcha tras él.

Era la primera vez que veía un cura auténtico. Nos rezagamos tanto que llegamos a Krasnohórivka[13] media hora después que él. El pueblo estaba desierto, como tantos otros por los que habíamos pasado aquel día. También allí las ventanas de las tiendas estaban rotas, las bolsas de plástico volaban por los aires y se enganchaban en las píceas y había basura esparcida por todas partes. Los contenedores de basura nuevos estaban a rebosar desde hacía tiempo y cada curva de la carretera daba a un nuevo vertedero. Sin embargo, en el centro de aquel páramo, es decir, junto a la estatua de Lenin, como en todos los pueblos de la zona, había un oasis inesperado.

El minibús estaba aparcado y junto a él había una cola de al menos cien hombres. Esperaban con educación, sin empujones. Recibían ayuda humanitaria y desaparecían al instante por los bloques de apartamentos que rodeaban la plaza. El sacerdote entregaba a cada uno dos hogazas de pan y una bolsa de víveres.

—¡Mira, Roman!

Le doy un puñetazo en el hombro, pero no reacciona.

—¡Hijapu…!

—¿Qué te pasa?

—Fíjate en la carretera. La hemos jodido. Solo tenemos una rueda de repuesto.

Miré con atención y se me heló la sangre. La carretera estaba cubierta de metralla de arriba a abajo. Una verdadera alfombra de metal. Algunas esquirlas eran más pequeñas que una uña, mientras que otras eran más grandes que un brazo, unas lisas, otras puntiagudas. No había manera de salir de allí sin pinchar. Tenían un borde afilado como una hoja de afeitar capaz de rebanar sin esfuerzo el neumático de un coche.

—¿Y él? —dije saludando con la cabeza al sacerdote.

—Yo qué sé…

—Bueno, espera un momento, no tardaré mucho.

Me apeo del coche con precaución, procurando no pisar nada que me atraviese la suela del zapato y se me clave hasta el hueso. Me pongo al final de la cola. La gente me mira de reojo, pero no dice nada.

—Te escucho, hija mía.

Vamos, por favor. ¿Hija? Es de mi edad, solo que tiene bolsas bajo los ojos.

—Bendígame, padre. Bendiga nuestro viaje. Y si pudiera ser, rece para que lleguemos de una pieza a nuestro destino.

Me coloca la mano en la cabeza y me acerca el crucifijo para que lo bese. De rodillas, acerco la nariz. ¿Sirvió de algo que me hiciera la señal de la cruz en la frente? En fin, las cosas son como son…

Salimos de Krasnohórivka sin pinchazo alguno.

XII

MICA
El arte de respirar bajo el agua

—¿Hablas en serio, Baba? Estás mintiendo.

—Dime una cosa. ¿Te pido mucho? ¿He dicho una sola palabra sobre lo que haces? ¿Te he regañado alguna vez?

—Regáñame si quieres, pero no pienso ir. ¿Crees que soy una farmacia ambulante o una veterinaria?

Mi abuela miró por la ventana. Llevábamos una hora discutiendo. Era la primera discusión en muchos años y me cogía desprevenida.

Olha Ivanivna solo quería que corriera a cierto pueblo en medio de la estepa al que solo se llega a caballo y campo a través, Zasypne o Nasypne o algo así. Allí vivía una amiga suya de la edad de piedra, a la que yo no conocía de nada, que necesitaba con urgencia un cargamento de medicinas, en teoría para las rodillas y la cabeza, así como furosemida, clonidina, suplementos vitamínicos y curas homeopáticas.

Pero eso no era todo. La mujer de Rozsypne le había pedido también unos cuantos anadones. No muchos. Cien en total. Y lo que es más, mi abuela se los había encontrado. Quién hubiera dicho que aún se vendían patos en Donetsk. Yo no lo sabía hasta que abrí la puerta del apartamento y un taxista perplejo entró con tres cajas llenas de bultos amarillos. Los patitos parpaban. Mi abuela resoplaba. Tanya reía a carcajadas.

—Vamos a calmarnos un poco. De acuerdo, iré, pero a condición de que esta sea la primera y última vez. La próxima te doy el coche y te vas a donde te apetezca. ¿Cuáles son las instrucciones?

—¿Instrucciones? —dijo mi abuela con tono de mujer de negocios mientras las lágrimas se le secaban de las mejillas al instante.

—Sí, de cómo cuidarlos. ¿Cómo los alimento y les doy de beber?

—No hace falta, ya se las arreglará Petrovna. Tú solo preocúpate de que no pasen demasiado frío ni demasiado calor. No pongas el aire acondicionado ni abras la ventanilla.

—Bingo.

Así me vi dando la bienvenida al crepúsculo por las remotas carreteras secundarias de Zhdanivka, Kírovske, Petropavlivka y Stepovyi. No podía circular por la autopista porque la ruta a través de la región de Shajtask estaba cerrada. Además, también resultó que según el mapa, o había dos aldeas llamadas Rozsypne, o a una de ellas la cruzaba el ferrocarril, por lo que había una carretera diferente para cada lado del pueblo. Al final, como era de esperar, el móvil y el navegador se quedaron sin cobertura.

Comprobaba el estado de los patitos cada diez kilómetros más o menos. Iban muy callados, lo que me pareció sospechoso, y apoyaban la cabeza unos sobre otros. No sabía si era lo normal. ¿Estaban enfermos? ¿Necesitaban beber? ¿Cómo se le da de beber a un patito? Seguro que no con una botella. A lo mejor podía fabricar un cuenco con algo y darles de beber en el suelo, pero para eso había que sacarlos de las cajas. No me imaginaba el aspecto de la Gazelle con cien patos dando vueltas. Estaba convencida de que a Roman tampoco le gustaría la idea.

Lo más seguro era que me hubiera equivocado de carretera, pero no había a quién preguntar. Cuanto más me acercaba a mi destino, menos gente había. No había visto a nadie en una hora. Parecían pueblos muertos. No pasaban coches, no había perros ni gallinas en el arcén, no se veía luz en las ventanas y era extraño que no hubiera señales de actividad militar en pleno territorio hostil tanto para nosotros como para los separatistas. La verdad es que los campesinos de la zona nunca se han sometido a nadie. Viven allí desde hace mil años y seguirán viviendo allí dentro de otros mil, esté quien esté en el poder. La zona estaba tan lejos de Kiev como de Moscú. El tamaño de los jardines se medía en hectáreas, las patatas aún se cultivaban con arado manual y por las noches solo había un canal en la tele.

También había canteras por todas partes. Al principio parecían corrales en medio del campo, tenían un aspecto rústico y una trampilla con una manivela. El arsenal básico de los hombres de la zona era el cubo, la pala y el martillo de picapedrero. Cada cual se quedaba con lo que excavase, así de simple. Se decía que se podían ganar mil grivnas al día con las vetas de mineral. Pero, si por mala suerte alguien se quedaba atrapado bajo tierra, nadie se ponía a cavar para sacarlo. En el mejor de los casos, le daban a la viuda unos miles de grivnas en el funeral. En el peor, y más frecuente, se cegaban las galerías con arena para no dejar rastro.

No estaba para bromas… ¿Dónde encontrar a la Petrovna esta? Quería preguntar a alguien. Según mis cálculos, los patitos y yo habíamos llegado al pueblo. Pero no había nadie para recibirnos.

—oOo—

—¡Señora, señora, espere por favor! ¡Necesito preguntarle algo!

Una señora se detuvo junto a un pozo y se giró hacia mí a regañadientes. Salté del coche y corrí hacia ella para que no se me escapara el primer ser vivo en cuarenta kilómetros.

—¿Este pueblo se llama Rossypnoe? ¿Cómo se…? Oh, Dios.

Le pasaba algo en la cara. Tenía los labios blancos por completo, sin el más mínimo rastro de color. El rostro era un lienzo blanco sólido con dos agujeros oscuros y sin fondo por ojos. Tenía las pupilas dilatadas como una yonqui, aunque no parecía una yonqui, sino la típica campesina de pantorrillas gruesas, bata desvaída de lana y una pequeña cruz brillante en el pecho.

—Muertos.

—¿Quién?

—Todos. Están todos muertos.

Me miró como si acabara de reparar en mi existencia y de pronto me agarró del hombro con unos dedos como pinzas que se me clavaban en el cuerpo. Era fortísima. Si me llega a coger del cuello no salgo viva de allí.

—¡Suéltame! ¡Qué haces! ¡Suéltame ya!

Me resistí con todas mis fuerzas y le di una leve patada en la rodilla, con lo que aflojó un segundo. Me lancé a la carretera y salí corriendo hacia el coche. Sin embargo, algo me hizo mirar atrás.

La mujer seguía allí con el brazo estirado. Le temblaba la parte baja de la cara. De repente, sentí mucho frío. Intentaba decir algo, pero los labios no la obedecían y de entre los dientes apretados solo le salían ruidos sordos. ¿Le estaría dando un ataque epiléptico?

Empecé a ponerme nerviosa. Quizá era buena idea sentarla en el suelo, o mejor, tumbarla y esperar a que el ataque pasase.

—Tranquila. Shhhh. No pasa nada.

La cogí de la cintura y le acaricié la espalda.

—Vamos a sentarnos un poco, ¿vale? Todo va bien, no te asustes.

Dejó de temblar tan de repente como había empezado, se volvió hacia mí y con voz calmada y normal, sin rastro de histeria dijo:

—Llovía gente del cielo. Sobre mi establo. Están tirados por el huerto. Desnudos. Están todos desnudos. Hay piernas por todas partes.

Los temblores volvieron. ¿Qué debía hacer? Estaba drogada, no había más explicación. ¿Dónde demonios habría encontrado drogas en aquel páramo? Dadas las horribles alucinaciones que sufría, debía ser una sustancia sintética. Respiraba con regularidad. ¿La dejaba allí? Si pasaba un coche podía atropellarla… Traté de llevarla a su casa, esperaba que me obedeciera porque no podía moverla a la fuerza.

—Vamos, guapa. No llores, cariño; es solo un mal sueño, una

pesadilla horrible. Ya pasó. Ahora te vamos a llevar a casa y te vamos a meter en la cama. Ven conmigo. Te vamos a dar un poco de agua. Sacaré un poco de corvalol y te prepararé una infusión. Vamos, querida, solo un poquito más. Vamos.

Con esas palabras, crucé la carretera con mi inesperada compañera y abrí la verja. Esperaba que no hubiera perros, porque no tenía forma de huir. La mujer caminaba como sonámbula, pero seguía avanzando. De pronto se estremeció, sentí como se le tensaban los músculos. Alzó el brazo y señaló a un árbol. Yo miré.

Del tejado del establo de ladrillo que teníamos delante colgaba una niña. Se le habían colado las piernas y la parte inferior de su cuerpo por un agujero del tejado y el borde afilado de las tejas la había segado por la mitad. La parte superior del torso, del pecho hacia arriba, colgaba de la pared. Tenía el cabello rubio embadurnado de sangre. Un hueso de color azul marino sobresalía del lugar donde debía estar el hombro y le faltaba un brazo.

Di un paso atrás, luego dos y vi al perro. Un enorme sabueso peludo sentado encima de un pie humano calzado con una zapatilla de deporte.

Me gustaría poder decir que fui capaz de contener los nervios y reaccioné de manera adecuada. La verdad sea dicha, no pude. La boca se me llenó de saliva dulzona, las rodillas se me convirtieron en algodón y sentí cómo las tripas se me subían a la garganta y me cortaban la respiración. Abandoné a la mujer debajo del cuerpo colgando y corrí al coche presa del pánico. Salí disparada dejando en el asfalto la marca de los neumáticos.

Conduje durante veinte kilómetros más sin saber dónde iba, sin mirar atrás. Perdí el parachoques en un bache, algo traqueteaba en alguna parte y la dirección se desviaba a la derecha, pero me daba igual. Incluso si la Gazelle tenía que circular con las ruedas pinchadas, no pensaba parar bajo ningún concepto.

Cuando apareció el control de carretera, por primera vez no me importó qué bandera ondeara en él.

—¡Deténgase o disparo! ¿Dónde está la documentación? ¿Le sucede algo?

Salí del coche con las manos en la cabeza. Comprendía lo que pedían, pero no sabía qué documentación llevaba ni dónde la había metido. Buscaba la bandera con la mirada y trataba de contar cuántas franjas tenía, pero había perdido, en el momento menos oportuno y sin aviso previo, la capacidad de distinguir los colores. Todo a mi alrededor se volvió de color blanco y negro y después gris. Me pitaban los oídos, y el pitido se convirtió en un sonido agudo y desagradable como si de pronto zumbaran miles de mosquitos. Entonces se apagó la luz y me sumí en la oscuridad. Durante aquellos pocos segundos me

fascinó lo fácil que es morir.

—oOo—

He perdido la consciencia más veces en los últimos seis meses que en toda mi vida anterior, sin duda una mala costumbre. Era como si me saltaran los fusibles y el sistema se pusiera en modo de emergencia para que no se me sobrecargaran los circuitos.

Los guardias de fronteras estaban sentados a la mesa en un caserón al final del pueblo. Tenía un vestíbulo con espacio suficiente para quitarte los zapatos, una cocina con una bombona de butano, una estufa rusa tradicional con habitáculo para dormir en la parte superior y tres habitaciones con baño compartido y pesadas puertas de madera pintadas de azul. Los chicos se habían agenciado una tele y se habían fabricado una antena que solo recibía programas rusos. Estaban viendo *Espérame*.

—Espérate aquí un momento, hija mía, ahora mismo cenamos. El *borsch* me sale divino, ¿sabes? ¡Quien lo prueba ya no quiere comer otra cosa!

Asentí sin hacer preguntas. Era muy agradable descansar en la vieja y estropeada silla con el delicioso olor de la cebolla frita saliendo de la cocina y acariciar al gato que se estiraba en mi regazo. Me sentí borracha como un señor, como se dice por aquí, de puro placer.

Antes de eso, los soldados me habían servido un vaso de agua y habían escuchado mi historia. Paré un instante para medir mis palabras, repitiéndome como la mujer del pueblo, «muertos, muertos», pero los chicos comprendieron enseguida lo que sucedía. El soldado más viejo, al que apodaban Abuelo, me abrazó y me puso entre las manos una cantimplora llena de aguardiente casero. Me lo bebí de un trago sin paladear el alcohol, solo sintiendo la ola de calor que me corría de la garganta al fondo del estómago.

—Más, por favor.

—Bebe, hija mía.

Después entramos en la casa y cuando ya estaba dando cabezadas, en el umbral del sueño, de pronto me acordé de los patitos.

—¡Por favor, dejad salir a los patitos! Tendrán hambre.

—¿Qué patitos?

—En las cajas.

Parecía que era la segunda sorpresa que les daba aquel día. Abrieron el coche y los patitos, que estaban un poco sucios, se alegraron de recibir un poco de aire fresco. Los chicos convocaron un auténtico concilio para decidir qué les daban de comer. Por suerte apareció un vecino y se encargó de todo. Había un negocio de huevos

duros por allí cerca, así que la granja avícola en potencia se tragó a los patitos igual que un banco de pirañas a un bañista despistado. Se los llevaron en las cajas a cambio de un cántaro de leche y varias ristras de salchichas caseras. No puse reparos; desde mi punto de vista era un trato justo.

Abuelo me atendía y al mismo tiempo se ocupaba de la comida sin apresurarse. Rehogaba los ingredientes del *borsch* mientras hablaba sin parar, pero yo lo oía solo a medias y daba cabezadas de vez en cuando.

—Pues sí, hija mía, esta guerra se decide en las alturas y nosotros somos los tontos que nos rompemos el coco unos contra otros. Los políticos americanos y rusos no sueltan prenda de lo que pasa en realidad y nosotros somos los peones. Te digo una cosa; aquí no va a haber ninguna guerra. Todo el mundo se dedica a asustar a los demás y retirarse, nadie quiere pelear.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no? ¿Ves el lío que se ha armado? Pues se desliará igual.

—Pero la gente muere. Ya hay muchos muertos.

—Pobres chicos, en paz descansen. También te digo que no merece la pena que nos enfrentemos a Rusia. Lo mejor sería buscar un acuerdo, porque de lo contrario nos van a hacer picadillo. ¿Qué otra opción nos queda? ¿Luchar desnudos y descalzos contra Rusia?

—¿A qué tipo de acuerdo podemos llegar?

—Si de mí dependiera, pondría orden de inmediato. Fíjate —dijo señalando a la ventana—. Nosotros estamos aquí y sus guardias de frontera están al otro lado del arroyo, a un kilómetro de distancia. Los conozco a todos, vienen al *banya* los sábados, ya sabes, el hotel con sauna. Se llama Adele. Nosotros vamos a pescar cerca de ellos. Más adelante hay buenas canteras. ¿Contra quién quieren que luche? ¿Crees que ellos quieren una guerra? ¿Crees que mi cuñado quiere pegarme un tiro?

—¿Qué cuñado?

—Es el jefe del puesto. Es un *khokhol* como tú y como yo. Estudiamos juntos en Járkov y además soy el padrino de su hijo Volodya. Cuanto empezó el follón lo llamé por teléfono y le dije: «¿Qué pasa, hombre, me tomas por un fascista?» y él me respondió: «Qué va. Yo no me trago esos rollos».

—Sí, pero ¿sabes una cosa? Si caváis trincheras es porque sabéis que vuestro hermano se puede liar a tiros con vosotros sin pensarlo dos veces.

—Eso no es verdad. Aquí no va a pasar nada. Se asustarán y se replegarán. En cuanto al puesto, ¿para qué lo necesito? Deberías ver la

cueva que me he hecho. La excavé en la roca con mis propias manos al volver del servicio militar. Había un metro de tierra más o menos y después pizarra. ¿Has oído alguna vez algo parecido?

—¿Entonces, viviste en ella?

—Yo no, pero mi abuelo sí vivía en una. Mucha gente del pueblo vivía así. Era como si trabajaran en las minas y al volver vivieran en un su propia mina, como si trabajaran desde casa, por decirlo así.

Guardé silencio. No era el momento de discutir. Las ramas del manzano chocaban con el cristal; al otro lado de la ventana las abejas zumbaban y los pollos piaban. Una gata que había dado a luz el día anterior me ronroneaba por la rodilla y los chicos habían puesto una caja con cuatro cachorros de color naranja sobre la mesa.

Reinaba una atmósfera pacífica y hogareña. Los niños correteaban por la calle y se acercaban a los soldados sin un ápice de temor para pedirles una lata de leche condensada o un puñado de caramelos. En media hora encerrarían a las vacas y Abuelo traería leche recién ordeñada. Iba a pasar la noche allí, en un colchón de plumas con marco de madera adornado con piñas en las esquinas.

Si me empeñaba en tener la razón, yo sería la única perjudicada.

—Ya está todo listo. A cenar. Voy a llamar a los chicos y a bajar al sótano. He preparado un barril de tomates encurtidos y los vamos a probar hoy.

—Déjame bajar a mí y así veo tu famoso escondrijo.

—De acuerdo, pero ten cuidado con la escalera, es muy estrecha. El barril está a la derecha de la puerta nada más entrar. Toma un cuenco. Levanta la tapa y cuando la cierres asegúrala con esta piedra.

—Vale.

Quería tomar un poco el aire. Las horas de calor ya habían pasado y estábamos en ese fugaz momento de antes del atardecer en el que aún hay luz pero se huele el aroma de los alhelíes en flor. El pueblo vivía y respiraba su rutina de la tarde. El cubo resonaba en el pozo, el ganado mugía, los pájaros trinaban y los grillos chirriaban. Un gran perro gris que había en el patio giró la cabeza en mi dirección, decidió que no merecía la pena ladrarme y se volvió a quedar dormido.

—Duérmete, perrito. No te molestaré. Solo vengo a por unos tomates.

El sótano era una obra de primera. Los suaves escalones de piedra bajaban nada menos que a tres metros de profundidad. Era silencioso, frío y húmedo y olía a salmuera. Había frascos de mermelada y conservas; las telarañas ocultaban filas de frascos de *lecho* y salsa *adjika* picante. Si había ratones, eran muy educados porque no olía en absoluto.

Me incliné sobre el barril de tomates encurtidos, levanté la pesada

tapa de madera y en ese mismo momento sentí la primera explosión.

—oOo—

Yo había leído alguna vez acerca de los efectos de una onda expansiva, pero ni en mis peores pesadillas me había imaginado lo que es vivirla en primera persona. Me habría gustado estar preparada para la experiencia, al menos desde el punto de vista moral, si es que es posible estar preparada para algo así.

Lo más probable es que la sensación sea parecida a chocar con un muro de hormigón a toda velocidad. O a tirarse al mar en plancha desde un acantilado de setenta metros. Un ariete me golpeó el pecho haciéndome polvo las costillas y lanzándome contra la pared. No fue cuestión de segundos, sino de milésimas; un momento estoy de pie con los tomates en la mano y de pronto, sin pasar de una cosa a otra, me veo tirada en el suelo, tablones y frascos se me vienen encima y no puedo respirar ni gritar. Abro la boca buscando aire como un pez encima del hielo. Un estruendo terrible me resuena en los tímpanos y lo único que oigo es un pitido continuo. Algo me goteaba en la cara y se me metía en los ojos; podía ser sangre o mermelada. No sentía el dolor.

Entró un humo negro que llenó el sótano hasta el techo a toda velocidad. Tenía que salir de allí, así que me arrastré hacia la luz sin atreverme a subir las escaleras. Allí había al menos una oportunidad de salvarme aunque la cueva se derrumbara, pero en la superficie no había ninguna en absoluto. La tierra tembló y se arqueó con una serie de explosiones y entonces cayó un proyectil en el polvorín.

Fue como una explosión nuclear o una erupción solar. Vi el torbellino de fuego girando encima de mí y sentí cómo se me chamuscaba la cabellera. Tenía una quemadura tan insoportable por toda la espalda que rodé por el suelo de forma instintiva para apagar las llamas.

No sé cuánto tiempo duraron los cañonazos. Supongo que la gente que presencia el fin del mundo tampoco sabe precisar cuánto dura el Apocalipsis. ¿Segundos? ¿Una eternidad? Caí al suelo. Apenas si podía respirar debido al muro de polvo ardiente que me abrasaba los pulmones. Abuelo no mentía; la cueva estaba excavada en la roca viva. Las paredes temblaron y se combaron, pero resistieron.

Esperé a que acabara todo con la cara enterrada en puré húmedo de tomates. En cierto momento sentí que me asaba viva como el viejo cosaco Baida Vishnevetsky de la leyenda. Tenía que salir de allí.

Me arrastré escaleras arriba. Cada uno de los quince escalones fue como un Gólgota personal. No me respondían las piernas; no podía

apoyarme sobre las manos y los brazos se me habían doblado de tal forma que no parecían los míos. Para avanzar hacia arriba necesitaba llenar el pecho de aire y apretar las rodillas. El suelo temblaba, los escalones vibraban, en la oscuridad solo se distinguían unos destellos lejanos.

Todo cesó de repente, tanto los cañonazos como mi larga ascensión. Caí al suelo y me alejé rodando con mis últimas fuerzas. La casa y el manzano ardían; las ventanas por las que me asomaba solo un momento antes habían desaparecido y la pared era una pila de escombros. De la verja solo quedaban unos postes en pie y donde antes estaban el establo y el perro ahora había un cráter con forma de embudo. Vi el esqueleto calcinado de mi coche. Vi una nieve negra caer del cielo y desde el fondo de la mente me pregunté si era posible que nevara en julio.

Nevaba; mirara donde mirara caían copos negros y ligeros por todas partes. Empecé a temblar de frío.

A mi alrededor todo está silencioso como una tele sin sonido. Las ramas de los árboles se desprenden en silencio debido a un chaparrón de grava y guijarros. Parece que en lugar de la cabeza llevo una pecera sobre los hombros y lo veo todo como si fuera un pez dentro del agua.

De pronto, un hombre y una mujer se inclinan sobre mí. El hombre se parece a Abuelo y me alegro de que el viejo haya sobrevivido, aunque en secreto sea un separatista. No tiene un rasguño y su ropa está como nueva. ¿De dónde habrá sacado esa camisa blanca? A la mujer no la conozco; es delgada y lleva el pelo recogido en una coleta de color castaño. También lleva una bata de médico. Los dos me gritan muy cerca de la cara, mueven los labios pero no oigo una palabra. Me apoyo un poco sobre los codos para ver mejor y giro con esfuerzo la cabeza de pecera. Tengo los ojos pegados, cubiertos de una costra de polvo, sangre y tomates. Intento limpiarme los párpados con los dedos. No sé si llevo las lentillas puestas o si han salido disparadas con la fuerza de la onda expansiva. No puedo enfocar la vista.

—*¡Rápido, aquí hay una niña!* —grita alguien detrás de mí.

Me pongo de rodillas y a cuatro patas para ver a la niña, pero no veo a nadie.

—*¡Acuéstate, acuéstate! ¡No te muevas!*

¿Me hablan a mí?

—*No soy una niña* —respondo. Me parece importante que lo sepan. Sin embargo, hablo con la mente porque la articulación física de ese pensamiento es algo parecido a «eeeeeeeah».

—*¡Está viva! ¡Rápido, subidla en el coche, no sé quién es! ¡Cuidado con la espalda! ¡Uno, dos tres y arriba! ¡Encuéntrale una vena!*

Alguien me toma de la mano y me levanta aplastándome la cara contra una áspera chaqueta de combate. Quiero decirles que estoy bien, que no hay prisa, que no me duele nada, pero cambio de opinión. Tengo que hacer un esfuerzo enorme para hablar, cada palabra me cuesta mucho trabajo, y ya estoy muy ocupada inhalando por la nariz y exhalando por la boca, tratando de no hacer movimientos bruscos, intentando seguir a los peces de la pecera.

—¡Agarraos fuerte, chicas! Nos vamos de aquí volando.

XIII

ESPEJOS

Una boda a la luz de las velas[14]

No recuerdo nada de la semana siguiente. Ni siquiera estoy segura de que fuera una semana porque el tiempo dejó de existir. Había un cuerpo que yo habitaba y del que salía de vez en cuando. Había una pared delante de mí y yo comprendía que era una «pared» y que era «blanca», pero no recordaba las palabras que expresaban esos conceptos.

Veía la cama, me veía a mí en ella y veía el gotero. Entraba un doctor con una bata, me apuntaba a los ojos con una luz, consultaba mi informe médico y los resultados de los análisis y la enfermera salía y volvía con nuevos viales de fármacos. Venían niñas que me dejaban naranjas y yogur. El personal de limpieza fregaba el suelo con regularidad, vertían agua en el cubo de la fregona aún limpio y cambiaban la bolsa de la basura. También había personas que a primera vista no tenían nada que ver con el trajín del hospital. Dos o tres se sentaban en la manta y hablaban entre ellas en voz baja sin prestarme atención. Bebían té, abrían y cerraban la ventana y se reían. Una abuela con sudadera de deporte y camisa negra tejía una bufanda y no paraba ni para dormir o ir al baño. Yo caía dormida con ella a mi lado y cuando despertaba aún seguía allí tejiendo. Traté de decirle algo, pero no giró la cabeza.

Entonces apareció otro doctor. No era el de siempre, sino un tipo ágil cuya cabellera cana empezaba a clarear. Se detuvo en medio de la sala y gritó:

—¿Qué follón es este? ¡Los visitantes, fuera de aquí ahora mismo!

Una mujer con un bebé y un soldado joven se marcharon. La última en levantarse fue la anciana con el punto, que arregló los ovillos de lana uno a uno, recogió las agujas sin apresurarse y de pronto me lanzó un guiño.

El doctor no perdió detalle.

—Llevas demasiado tiempo aquí tumbada. Te vamos a cambiar la dosis. Vamos a retirarle esto y esto y esto. Quiero cero con cinco

miligramos de esto durante seis horas y por la mañana se lo retiramos por completo. Hay que despertarla.

¿Quién le discutía nada? Tampoco había pedido que me durmieran.

Salí del sueño como un pie de un calcetín viejo. No había nadie en la sala; se oían las ambulancias fuera del edificio. Me miré las manos y después subí las piernas. La bata hospitalaria se me pegaba a los muslos. No llevaba ropa interior. Me toqué la cabeza con cuidado. Estaba entera. Eso estaba bien. Sentí algo crespo en lugar de mi trenza habitual. ¿Estaba calva? Necesitaba mirarme en un espejo.

El espejo estaba sobre el lavabo. Me giré de lado sin respirar y puse los pies en el suelo, apretando los dedos contra las frías baldosas. No me dolía nada, tan solo tenía la vista nublada después de tanto tiempo de convalecencia. También sentía como si entre el cráneo y el cerebro hubiera un espacio lleno hasta arriba de otra sustancia. Sentía la presencia de algo nuevo. Por algún motivo necesitaba mirarme al espejo con urgencia. ¿Qué pasaba si no me reconocía? En ese caso habría que pasar al plan B, fuera lo que fuera.

No hubo que recurrir al plan B porque me pescó una enfermera, una de las tres que se turnaban en la sala.

—*¡Dios mío!* —dijo cogiéndose las manos—. *¡Anatolievich es un genio! ¿Pero dónde vas, hija mía? ¡No puedes hacer eso!*

—Estoy bien —tosí yo como respuesta.

Me sentía como si hubiera gritado muy alto durante mucho tiempo y ahora la voz ronca derrapaba por las cuerdas vocales.

—¿Dónde estoy? ¿Qué día es?

—Es día veinte. Y estás en Dnipró.

—¿Veinte de qué?

—De julio. Llevas aquí tres días.

—¿Qué me pasa?

—El doctor te lo explicará. Túmbate —dijo ella empujándome con delicadeza hacia la cama—. No debes levantarte.

Siento mi cuerpo. Creo que tengo hambre. ¿Cuándo es el desayuno? ¿Cómo se hace una llamada desde aquí?

—¿Recuerdas cómo te llamas? ¿Quieres un teléfono? A lo mejor quieres llamar a tu familia —sugiere la enfermera como si me leyera el pensamiento.

Por supuesto que me acuerdo. ¿A quién llamo? ¿A Baba? Un poco temprano. No le gusta que la llamen antes de comer. ¿A Roman? Todavía no. Me va a echar la bronca por destrozarle el coche. Entonces a Tetiana, Tetiana es madrugadora, seguro que no me grita.

—¿Hola? ¿Tanya? Soy yo. No te he despertado, ¿verdad? ¿Puedes venir a recogerme?

—¿Qué? ¡AAAAAAAAARGH!

Un chillido inhumano y fisiológicamente imposible rompió el silencio. Yo di un respingo, a la enfermera se le cayó la taza, las sirenas enmudecieron en la distancia. ¿Qué estaba pasando?

El móvil olvidado vuelve a la vida un segundo después. Miro la pantalla. Es el número de Borysovych, aunque visto el estado en que me encuentro tampoco estoy tan segura. Respondo y escucho la ristra de insultos más obscena que he oído en mi vida.

—*Pedazo de… Te voy a… En el puto suelo…*

—¡Háblame, Borysovych! ¿Es que te has vuelto loco?

—*Pedazo de…*

—Dale el teléfono a otra persona, por favor. ¿Con quién estás? ¿Con Oleh, con Roman, con las chicas?

—¿Quién eres?

—¿Cómo que quién soy? A lo mejor el que tiene una conmoción eres tú. ¿Qué demonios te pasa?

El silencio al otro lado de la línea duró una eternidad y, después, una voz más vieja croó con cansancio infinito:

—¿Eres tú, hija mía?

—Sí.

—¿Dónde estás?

—En Dnipró, en el hospital. ¿Por qué?

Otra pausa y después en voz muy baja:

—¿Y entonces, a quién estamos enterrando?

—oOo—

Los entierros no son como las bodas; no se pueden cancelar ni aunque la difunta haya vuelto de entre los muertos o haya cambiado de parecer en lo que a morir se refiere. Es más, a mi entierro asistió muchísima gente (Dios mío, jamás pensé que escribiría estas palabras).

La enfermera era una buena persona, me prestó su móvil y me dio la contraseña del wifi de la oficina. Entré en mi cuenta de Facebook y la leí alternando el ojo derecho y el izquierdo para no ver doble.

Lo primero que vi fue una foto de mi cara real en lugar de mi antiguo avatar. Era un retrato de antes de la guerra que aparecía en uno de nuestros catálogos antiguos. Después, una breve necrológica en la que se mencionaba mi verdadero nombre, y cientos de publicaciones de amigos y conocidos lamentando mi muerte. La página estaba inundada de imágenes de velas y ramos de flores y los comentarios sobre las colecciones, compras e informes de entrega

continuaban hasta la eternidad.

La guinda eran las fotos de mi entierro, publicadas casi en directo. El pequeño ataúd blanco y cerrado cubierto con un paño destacaba entre la gente como una tarta de tres pisos. Mis amigas junto al ataúd, con el rostro inflamado de llorar; el velo de *guipur* de Tanya se le había resbalado por la nuca y sobresalía como un peinado *ochipok* ucraniano tradicional; un primer plano de mi abuela con la fina línea de los labios dividiéndole la cara en dos; mi querido Roman, los muchachos y la espalda de Borysovych. Tuve que agrandar al máximo una foto porque parecía que Komar estaba sentado en un banco de la iglesia con unos cuantos soldados. Increíble.

Como cualquier persona en su sano juicio, mi primera reacción fue poner fin a aquel despropósito: cambiar la contraseña, detener el flujo de publicaciones y desmentir la noticia, o al menos ofrecer una explicación. Sin embargo, el dedo se me quedó suspendido a milímetros de la pantalla. La historia de la muerte de una voluntaria poco conocida era una tragedia, de acuerdo, pero tampoco era nada fuera de lo común considerando la cantidad de bajas que había desde el comienzo del verano. Sin embargo, la historia de mi retorno de entre los muertos era algo muy distinto. Jamás me permitirían olvidar este percance; tendría que contar la historia de mi milagroso tránsito y divina resurrección hasta el final de mis días. Por supuesto, no estoy en contra de la fama y la gloria, pero no a ese precio. Así que volví a poner mi viejo avatar de foto de perfil, eliminé las fotos del entierro y borré los mensajes con emociones más arrebatadas, sobre todo los que procedían del perfil de personas reales. No tenía nada con que sustituir lo eliminado.

Mientras tanto, en el hospital reinaba el revuelo de una mañana en una ajetreada estación. Por algún motivo yo creía que los hospitales eran remansos de paz y tranquilidad, y allí la tranquilidad era un recuerdo. A cada minuto pasaba un paciente en silla de ruedas por los pasillos, alguien llamaba a una puerta y un familiar asomaba las narices en la sala buscando a un ser querido en la unidad de trauma o de cirugía. Llegó el doctor y me habló de mi politraumatismo con todo lujo de detalles, pero lo único que saqué en claro fue que no debía levantarme, agacharme, toser o estornudar durante tres semanas. ¡Necesitaba reposo absoluto! Como es natural, en cuanto me lo dijo me entraron ganas de estornudar, así que mis doloridas costillas se retorcieron, como si el cuerpo se me hubiera convertido en un centro de dolor recién apuñalado con un atizador al rojo. El capellán entró y dijo unas oraciones y después aparecieron unas jóvenes voluntarias con yogur y una caja de nubes. Cuando se fueron, vino una mujer diminuta con la expresión angelical propia de los testigos de Jehová y los vendedores de Amway.

—¿Quiere que le dé un masaje en la cabeza?

—¿Qué?

—Acupuntura. Es buena para el dolor. Trabajo con los pacientes del hospital todos los días.

—No, gracias.

—¿Por qué no probamos? Ya verá cómo le gusta. Además, es baratísima.

—¡Quíteme las manos de encima!

La señora retrocedió, ofendida por mi rechazo y después habló un poco con su cuadrilla y me excluyeron de su lista de clientes potenciales (de no ser porque supondría un triste alarde de humor negro, diría que este pelotón del vudú me había puesto una vela negra).

—oOo—

No cancelaron el funeral. Se limitaron a ponerse en pie y marcharse a aclarar la situación. Mi abuela, que no se había cambiado la vieja camisa negra, se enroscó como una mamba negra y atravesó el parapeto de enfermeras como un cuchillo atraviesa la mantequilla sin prestar atención a las objeciones del personal. Borysovych, Oleh y Tetiana la acompañaban. Stepanivna y Roman venían detrás, Roman con una corona hecha de ramas de abeto y claveles.

La puerta de la sala se abrió de golpe y todos me miraron petrificados. Yo estaba sentada con una nube en la boca. La enfermera se quedó inmóvil junto gotero. Tanya tragó saliva haciendo mucho ruido y se dejó caer en los brazos de Borysovych. Mi abuela asintió para sí misma, se acercó a la cama y me palpó la nuca, la espalda y los brazos. Un segundo después luchaba desesperada por respirar con la nariz sumergida en el busto de Stepanivna. Borysovych dijo algo que no comprendí y se bebió un vaso de agua. El viejo Roman sacó un cigarro y lo mordisqueó sin encenderlo. Le entregó la corona a la enfermera, que la colocó en el lavabo.

Las historias siempre tienen una explicación lógica, y la mía no era una excepción. Los paramédicos voluntarios me sacaron de la zona de fuego en ambulancia. Estaban convencidos de que era una niña (hola, genes y talla de sujetador 80). Se llevaron a los heridos a Starobésheve y desde allí en helicóptero a Dnipropetrovsk, aunque yo no recuerdo nada de eso. Tampoco recuerdo cuando me limpiaron el polvo, la sangre y el tomate encurtido y me suturaron. De puro milagro y gracias a la providencia divina mis heridas no eran graves, aparte de la conmoción, las costillas rotas y las heridas en la cabeza.

El bolso con el móvil y la documentación no ardió como habría

sido de esperar, sino que apareció debajo de una mesa en la casa destrozada. Lo encontraron unas horas más tarde cuando el teléfono empezó a sonar sin tregua. Identificaron a su dueña gracias a la documentación y el teléfono y para colmo hallaron un esqueleto en mi coche. Nunca averiguamos quién era. Quizá uno de los niños se había subido a jugar. Quizá una de las vecinas se había refugiado huyendo aterrorizada de la metralla. Yo nunca cierro las puertas y siempre dejo la llave en el contacto.

Murieron siete habitantes de la pequeña aldea fronteriza. Cuatro de los soldados no se terminaron su último plato de *borsch*. A Abuelo le acertó de lleno un proyectil de lanzagranadas de ciento veintidós milímetros y sus restos cabían en un cubo. Roman y Borysovych llegaron a la mañana siguiente. Les contaron lo sucedido e incluso les mostraron mis patos. Los muchachos se llevaron el cadáver y cumplimentaron la documentación en Dnipró. A partir de ahí no quise saber más.

—Baba —dije acariciándome la mejilla con su manita—. Baba, vale que *ellos* creyeran que había muerto, pero ¿tú…?

—Así es la guerra, hija mía. Lo cambia todo. No hay manera de encontrar a los familiares de nadie, todo es distinto. Ya no te veo nunca. Se amontonan los muertos (¡y los no muertos!).

Tanya y Stepanivna lloraban sentadas a los pies de la cama. Tanya berreaba como una niña pequeña mientras que Stepanivna, por su parte, rezaba dando gracias a Dios: «Jesucristo, Señor nuestro, tenme a Tu lado por siempre y que tu sangre por nosotros derramada…».

—Reza también para que adquiramos poderes mentales —le pidió Roman—. Esa oración la conozco. El sacerdote nos la leía a menudo en la iglesia.

—¿Sirvió de algo?

—En absoluto.

Todos nos echamos a reír; las chicas, yo y hasta Borysovych.

—¿Tenéis algo de comer? Tengo un hambre de loba.

A Tanya se le llenaron los ojos de lágrimas con la mención de la comida.

—Toma. Lo he traído por si acaso —susurró.

Me entregó una fiambrera de *kolyvo*. Se había traído de mi funeral las gachas típicas de los velatorios.

—oOo—

Esa noche me pasaron de la UCI a una sala normal y me di cuenta de que allí no podría descansar. La anciana de la cama de al lado, una conductora de ambulancias con sesenta años de experiencia, acababa

de salir de la anestesia. Empezó a hablar antes de abrir los ojos, y ya no se detuvo. Me tragué la historia de su familia desde sus nietos a la generación anterior a ella, y una descripción pormenorizada de cierto nieto muy prometedor y luego la narración de un viaje a Yugoslavia en los sesenta, además de escuchar numerosos consejos sobre dietas, rehabilitación y cómo encontrar marido. En las pausas colaba citas de Pushkin, como por ejemplo: «A la orilla del mar, un roble verde…».

Borysovych soportó la paliza durante cinco minutos y después se agachó y le susurró algo al oído a la mujer. Ella calló de pronto como un juguete al que le quitan las pilas.

—Gracias, Borysovych, eres un santo.

—Lo que necesites, ya sabes.

El día antes discutimos mi situación. No daríamos explicaciones sobre la muerte de una voluntaria y seguiríamos con lo nuestro. Yo volvería al trabajo con otro nombre y seguiría haciendo lo mismo que antes; publicar listas de necesidades del Ejército, informes, partes informativos de la situación y fotos. A la gente de confianza le explicaríamos lo sucedido por mensaje privado, pero no lo haríamos público.

El último asunto era mi documentación. Tras la euforia inicial caímos en la cuenta de que lo único que podía mostrar en un control de carretera era el certificado de defunción. Desde el punto de vista técnico, era posible anularlo en los tribunales y devolverme al censo de los vivos, pero el problema era que estaba empadronada en Donetsk. ¿Qué iba a hacer, pedir a los separatistas que demostrasen a los tribunales ucranianos que seguía viva?

Decidimos tomar un atajo. Cuando los separatistas ocuparon los edificios oficiales, lo primero que destruyeron fueron las oficinas del pasaporte. Las antiguas oficinas soviéticas carecían de dispositivos de seguridad y estaban llenas de documentos en blanco que a nadie se le ocurrió rescatar y poner a salvo fuera de la ciudad. Los pasaportes en blanco comenzaron a aparecer en el mercado negro, algo que no gustó nada a nuestro Borysovych. En las noticias dijeron que los números de los pasaportes estaban anulados o constaban en una base de datos de documentos perdidos, pero los que estaban en el ajo se reían.

—¿Por qué no me dijiste que los habías comprado, Borysovych?

—¿Por qué iba a hacerlo? Hay muchas cosas que no te he confesado.

Los muchachos resplandecían de orgullo. Brillaban como jarras de cobre, encantados de conocerse. Tenía entre las manos el pasaporte ideal. No demasiado nuevo, un poco usado y con dos fotografías. Una adolescente de cara redonda me miraba desde una de ellas y desde la otra una mujer circunspecta de veinticinco años, es decir, Viktoria

Stepanivna Storozh, nacida en 1989.

—¿Por qué «Storozh»?

—Se nos ocurrió a Don y a mí. Lo escribió él. Es un símbolo. *Storozh* significa «centinela» y tú nos proteges a todos con tus misiones.

—Comprendo. Y Viktoria es por la victoria, ¿no?

—Es por la hija de Stepan Bandera. ¿A que queda patriótico?

—Hay que ver las tonterías que dices ahora que eres viejo.

—Serás esta persona durante un tiempo y cuando las aguas vuelvan a su cauce ya lo arreglaremos.

Creíamos de verdad que las aguas volverían a su cauce. La «zona antiterrorista» de operaciones del Ejército ucraniano encogía a diario como una piel de zapa puesta a secar al sol y el istmo entre el frente de Donetsk y el de Lugansk, que se desmoronaban ante nuestros ojos, era cada vez menor. No había duda de que Odessa resistiría. Járkov no cayó en manos separatistas; en Jersón y Nicolaiev los habían rechazado y Dnipró estaba encendido de azules y amarillos. Los vecinos que habían huido de la zona de guerra atemorizados nos llamaban para preguntarnos cuándo podrían volver. ¿Cuánto tiempo más soportarían estar lejos de su hogar? El verano había volado sin darnos cuenta y septiembre ya nos respiraba en el cogote. Era la vuelta al cole. Los niños no podían quedarse en la costa para siempre. Las vacaciones estaban a punto de terminar.

Mi abuela y yo trabajábamos en nuestro acuerdo de reasentamiento.

—Piénsalo. ¿Qué pasa si alguien ve mi foto y se da cuenta de que soy tu nieta? ¿Y si alguien se chiva? Déjame instalarte en un pueblo seguro solo unos meses.

Baba no quería ni oírlo.

—Para empezar, en esa foto no pareces tú. Nadie te ha visto tan guapa jamás —en eso tenía más razón que un santo—. Y después, las tumbas no lo permiten.

—¿Eh? ¿Qué tumbas?

—Lo sabrás cuando seas tan vieja como yo. No solo me tengo que ocupar de las tumbas de aquí, sino también de las de allí.

Señaló con el dedo a la tierra.

—Allí, donde mi madre descansa bajo tierra. Y la hermana de mi madre, y mi madrina. La tumba de mi padre, tu bisabuelo, no está. Desapareció en la guerra, no sabemos dónde ni cuándo. Pero mi madre está enterrada allí, y mi abuela, descanse en paz, está enterrada a su lado en el cementerio viejo. Allí me enterrarán a mí también, como debe ser. No estás librando una guerra por gusto. Lo haces por tu tierra. Y nuestra tierra solo es nuestra si la defendemos desde el

suelo.

Oh Baba, has hecho las maletas para el viaje al otro barrio demasiado pronto. Con unas agallas como las tuyas nos enterrarás a muchos antes.

XIV

PLEXIGLÁS
Templar el metal con fuego frío

—¡Qué cabrones! ¡Mira cómo lo han dejado!

Tanya y yo estábamos tumbadas en el suelo en un recoveco entre el pasillo y el baño en el apartamento de mi abuela. Teníamos a mano una botella de agua mineral y media hogaza de pan. Era el lugar más seguro de la casa. Habíamos puesto una manta para no tener que correr al sótano cada vez que bombardeaban el barrio. Pasábamos allí las noches, a veces juntas; las veces que me quedaba sola dormía en el baño.

Estábamos encorvadas sobre la tenue pantalla de mi móvil, al que se le iba a agotar la batería en menos de una hora. Habría sido buena idea apagarlo, pues no sabíamos cuándo podríamos volverlo a cargar, pero aquella noche Internet era nuestra única forma de entretenimiento y el único puente entre nuestro horrible mundo y el mundo normal.

—¿De qué hablas?

—¡Mira! ¡Mi piso está en venta!

Estábamos consultando los anuncios de la sección «*broshenski*» en un foro en línea de Donetsk. Un piso «*Broshenka*», del ruso «*brosat*», «tirar», o «*broshennyi*», «abandonado», era un piso que pertenecía a refugiados o a gente que lo más seguro es que no volviera. En los últimos tiempos había aumentado mucho la oferta de alfombras, electrodomésticos y muebles de las páginas de segunda mano; los precios eran de risa, por lo general una tercera parte más baratos. Se aceptaban rublos y no se hacían portes.

El apartamento de Tetiana estaba a la venta conforme a los principios de marketing habituales. Había «descuentos para ofertas en firme», «listo para entrar», se advertía con honradez que «las ofertas están en conformidad con las leyes de la RPD» y había muchas fotos. Tetiana pasó las fotos y vio su dormitorio, la habitación de los niños, el baño y la cocina. El «vendedor», que parecía de ascendencia buriata, alardeaba de las tuberías nuevas, los armarios de buena

madera y el televisor.

—Se han llevado la lavadora. ¡Y mi Thermomix!

—¿Qué es eso?

—Es un robot de cocina carísimo. Ahorré un año entero para comprármela: mi niña y yo nos quedamos sin playa ese verano. Habría merecido más la pena irnos de vacaciones. ¡Mierda, fíjate en eso! Tienen mis sábanas en la cama. ¡Duermen en mi cama!

—Basta ya. Dame el teléfono. Se te va a romper el corazón.

Le quité el móvil y cerré la página.

—No lo entiendes. No me quejo. Solo quiero recordar.

—Dámelo. Te voy a hacer una captura de pantalla. La página tiene el número de contacto del gilipollas del vendedor.

Mi amiga entró de nuevo en la web, pero la página de inicio se había actualizado y aparecía otro anuncio.

«Souvenirs» de «el avión». Para entendidos y coleccionistas. Maquillaje, ropa masculina y femenina en buenas condiciones, juguetes, papeles. Precios negociables. Descuentos en compras al por mayor. Discreción asegurada.

—Oh, Dios mío. ¿Es eso lo que creo que es?

—Sí.

—Ahora sí que hemos tocado fondo.

—En esta ciudad no.

Tanya apagó el teléfono, lo dejó a un lado, sacó un paquete de tabaco de debajo de la almohada y encendió uno.

—Por cierto, no te he dicho que estoy embarazada.

—oOo—

Encendí la última vela. Me daba igual que se consumiera. Tenía que cuidar de Tetiana como Dios manda.

—¡Vaya cara se te ha puesto! Sabía que reaccionarías así —dijo.

—¿Estás segura?

—¿A ti qué te parece?

—Me voy a cargar a ese imbécil. Tu enajenación mental transitoria es excusable a causa de las hormonas, pero ¿qué demonios se le pasa por la cabeza a él? ¿Por qué sigues aquí todavía?

—¿Y dónde iba a estar?

—No lo sé… ¿En la luna? Ven aquí.

Me arrastré por encima de la trinchera de almohadas y me acurruqué con mi amiga. Nos quedamos allí tumbadas, como flotando en el abismo a bordo de una balsa. Fuera resonaba el estruendo de la guerra. Los lanzacohetes disparaban sin tregua en la lejanía. Nada

garantizaba que el próximo misil no entrara por la ventana y nos alcanzara. El ruido me dolía en los dientes y me oprimía el diafragma. El corazón no me latía en el pecho, sino en la garganta. Lloramos sentadas en medio de aquel escenario de pesadilla. No sé si de alegría, de miedo o de algo intermedio, pero el caso es que las compuertas se abrieron y las lágrimas nos inundaron…

—¿Lo sabe Borysovych al menos?

—No tiene ni idea. No he dicho una palabra. Nadie lo sabe excepto tu abuela. Lo adivinó.

—No me sorprende. Siempre sabe cuándo una mujer está embarazada. Yo también debería haberme dado cuenta… Enciende la luz.

Tetiana había cambiado mucho. De no haber sido tan egoísta lo habría notado de inmediato. Es imposible no darse cuenta de que una mujer está embarazada; es como la abanderada en una multitud, con una antorcha enorme por encima de la cabeza. La maternidad futura le cambia las facciones. Incluso si aún no lo sabe, es como si un escultor invisible le hubiera borrado los antiguos rasgos a una estatua viviente y le hubiera trazado otros nuevos.

—¿Pero se lo vas a decir?

—No lo sé. Nunca hemos hablado en serio del futuro. Él me gasta bromas, yo se las devuelvo y después nos peleamos. Además, siempre dice que es un solterón.

—Tanya, las dos sabemos que Borysovych es un sinvergüenza artero y sin escrúpulos, pero no es idiota. ¿Crees que está dispuesto a perder a una mujer como tú? Ni loco.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. A no ser que al muy burro le dé un infarto por la sorpresa.

—Por eso no hay problema. El muy burro tiene la fuerza de diez hombres. Es más duro que el pedernal.

—Bien lo sabes tú…

Rompimos a reír como si aquello fuera lo más divertido del mundo. Después nos quedamos calladas mirando el reflejo del resplandor en el techo; se había desatado un incendio en el barrio. Después me quedé callada porque, como decía mi abuela, tenía «cucarachas en la cabeza» y las mujeres con cucarachas en la cabeza son muy silenciosas. Una cucaracha por cada pensamiento; tardarían una eternidad en ponerse de acuerdo.

—¡Esto es un puto desastre! —grita una.

—No digas palabrotas —la corrige otra—. Es solo una complicación vital.

—Confucio dijo: «No quiera Dios que te toque vivir en tiempos de

cambio estando encinta» —dice una tercera.

—¿Creéis que seré la madrina? Me gustaría comprarle al bebé un corderito de peluche y tejerle un trajecito para el bautizo. Y comprarle un álbum de fotos especial con angelitos —dice la cuarta.

—Hay que sacarla de aquí.

—Mañana por la mañana a más tardar. ¡Sácala de aquí!

—¿Y el padre? ¿Por qué no lo soluciona él y se la lleva a Volinia? Nuestros compatriotas de allí seguro que la acogen.

—Seguro que es una niña. Le ha salido una espinilla encima del labio, en el lado donde es una niña.

—¡Callaos ya! —les grité a mis voces interiores resumiendo la opinión predominante: «esto es un puto desastre».

Era perfecto. Clásico. Confuciano.

—oOo—

El jueves anterior Tetiana y yo caminábamos por Dnipró comiendo pizza, paseando en el tranvía y mirando el inconcluso edificio Parus, en cuya fachada los activistas habían pintado un enorme tridente ucraniano de dieciséis pisos de altura. Durante la enfermedad me había desacostumbrado a la gente, a los coches, a las tiendas y hasta a los tiradores de las puertas del centro comercial. Todo me parecía nuevo y resplandeciente, como si la lluvia lo acabara de lavar.

Recorría las calles igual que Artyusha, el viejo lunático que se pasó cinco años en la Prisión nº 152 y salió loco de remate, babeando por las colegialas en el transporte público, observándolas con lascivia y diciéndoles «*eh, niiiiiiñas*» con la baba corriéndole por la barbilla. Asqueroso. Pues yo era igual, una lunática que se detenía y se agarraba del brazo de Tetiana a cada minuto; «¡oh, mira, una oferta!», «¡oh, mira ese coche!». Me maravillaban los niños en el parque, las amplias copas de los árboles sobre las vías del tren, los anuncios nuevos de las vallas publicitarias, las colas de los cajeros automáticos, la abundancia de tarjetas SIM y las banderas de Ucrania. La gente paseaba, reía, hablaba por teléfono a voz en cuello, esperaba en la parada del autobús, parecía caminar sin rumbo… Las farolas de las calles funcionaban, los restaurantes estaban abiertos, las terrazas de los cafés atestadas y los altavoces atronaban música pop. A primera vista parecía que nada había cambiado y todo era como antes de la guerra, solo que había más soldados.

Hasta yo, que me conocía la ciudad de cabo a rabo, incluyendo la parte secreta donde comprábamos ayuda y suministros, recaudábamos fondos y congregábamos a los que colaboraban en los cargamentos; hasta yo, que me conocía como la palma de la mano los almacenes, las

farmacias y los garajes de la ciudad, que recorría los almacenes de construcción que ofrecían el cien por cien de descuento y conseguía rebajas de decenas de miles de grivnas para los pedidos del Ejército; hasta yo me dejaba llevar por una falsa sensación de seguridad ante aquella ilusión de paz y ocio. Era como esa falsa imagen creada por los labios de silicona y la manicura brillante y las pestañas falsas que impide detectar la inteligencia en los ojos de una persona en la portada de una revista de papel cuché.

Después regresamos a Donetsk. Pensaba que volver desde el territorio libre al ocupado sería distinto. Incluso sin una frontera definida, esperaba al menos controles de carretera, barreras y registros concienzudos. Jugueteaba con mi nuevo pasaporte y me preguntaba si escaparía a las redes de los registros e interrogatorios.

No hubo nada de eso. Atravesamos los pueblos, carreteras y campos de girasoles de nuestra región sin ningún problema. Éramos dos ucranianas de a pie, algo cansadas, quizás algo estresadas, pero no interesábamos a nadie. El minibús estaba atestado. Tuvimos que empujar y pisar a la gente para bajarnos. Algunos pasajeros se marchitaban de calor. A pesar de todo, pasamos por los controles sin que los soldados armados con fusiles de asalto nos mirasen una sola vez.

Después venían unos cuantos kilómetros que se denominaban «zona gris», que parecían una colcha de retales. Solo Dios sabía quién controlaba aquellos campos y parcelas en los que se trazaba la frontera entre la tierra libre y la ocupada. Pasamos de ciudadanas libres a daños colaterales. Como en todas las guerras, las bajas civiles se contaban por millares. La habilidad al volante del conductor y sus contactos a ambos lados del frente eran nuestra única esperanza. Yo quería creer que el tipo sabía lo que se hacía y que la mujer que iba en el asiento delantero acallaría con severidad a las cotorras del autobús con un «Shhh… ¡No distraigan al conductor!».

Después de Khurajiv la conversación cesó y llegamos en silencio al primer control de carreteras separatista. Tampoco les interesábamos. Un miliciano se asomó por la ventanilla, intercambió un par de palabras con el conductor y le hizo señas de que siguiera. Quizá pensó que ya nos registrarían más adelante, o quizá ya estaba harto de aquella interminable comedia de enredo y le daba igual quién entrara o saliera de Donetsk y para qué.

Llevaba dos semanas fuera de casa, aunque parecían años. Sentí como si durante mi ausencia hubiera aterrizado otro cargamento de marcianos y se hubiera adueñado de nuevo del cerebro de mis compatriotas. Había distritos enteros de Donetsk en los que las cosas iban «*harasho*» («bien» en ruso) y, sin embargo, a un kilómetro de distancia mataban a tiros a la gente. Para mí era un misterio que los

gimnasios y las piscinas siguieran abiertos, que se celebraran conciertos y concursos de gatos, que se anunciaran eventos y que los operarios aún plantaran rosas y barrieran las calles. Creo que todo ello es prueba de que el Donbás es una anomalía en el espacio-tiempo. Mis conciudadanos y yo habitábamos universos paralelos, solo que por algún motivo yo los veía y ellos a mí no.

Su dramática falta de humanidad era deprimente. La palabra correcta es «deshumanización», ¿no? Las zonas estables y bien alimentadas de la ciudad, con agua corriente y electricidad, no acogían refugiados del norte, ni los lavaban, ni les ofrecían una cama para pasar la noche o un plato de comida caliente. Los que podían se marchaban. Los que no podían marcharse se preocupaban de dónde aparcar el coche para que no se lo robasen y cómo blindar puertas y ventanas para que no entrasen los ladrones, pero no se acordaban del éxodo de la población de las zonas que sufrían los ataques; apenas se acordaban de nuestra existencia. Se limitaban a exclamar: «¡Vaya, la cosa está fea por allí!».

Que la cosa estaba fea ya lo sabía yo, pero ¿qué hacemos entonces? Si Donetsk se estaba convirtiendo en el gueto del país, nosotros nos estábamos convirtiendo en un gueto dentro de un gueto.

Mi edificio no era uno de los afortunados. La semana pasada cayó un proyectil en uno de los portales y se incendió el tercer piso. Por algún milagro, no hubo bajas, pero a partir de entonces la gente que se había aferrado a su apartamento hasta el final comenzó a marcharse. Solo quedamos un puñado de residentes, la mayoría de ellos jubilados en fuga disociativa grave instigada por la tele. Los vecinos organizaron un refugio en el sótano, colocaron unos bancos y se pertrecharon de velas y agua. Había espacio para tres docenas de personas, pero yo decidí no poner un pie en él, aunque solo fuera porque me da pánico estar bajo tierra.

La mañana después de que cayera la primera bomba envié a Tetiana a vivir a casa de Borysovych.

—Deja que se vaya y se solucione sus problemas —me dije.

Conociendo a Borysoych, haría lo posible por enviarla a la zona no ocupada en un abrir y cerrar de ojos. Incluso si no lo hacía, Tetiana estaría más segura allí que en mi casa.

Cuando se fue, me quedé sola, apagué el móvil y me tumbé a ordenar mis pensamientos. Dicen que el cerebro humano es la herramienta más poderosa que existe; es capaz de cambiar los recuerdos traumáticos por otros menos dolorosos.

—Pues venga —me dije—. Adelante, bórralos. Te estoy creando las condiciones ideales para ello. Ahí tienes los armarios del fondo para almacenar terabytes de recuerdos. Pon un campo en su lugar, un enorme trigal. Asegúrate de que lo veo cada noche antes de dormirme.

Me contento con escuchar por siempre el susurro de los maizales, el crujido de la tierra bajo el grano que madura. Quiero dejarme caer de espaldas sobre el trigo y oír cantar a una alondra invisible por el cielo.

—oOo—

Si me hubieran dado la oportunidad de pasar aquel verano en una criocámara, habría aceptado sin pensarlo. Habría colgado en la puerta el cartel de «¡descongelar cuando haya acabado todo!» y me habría ido a hibernar. Por desgracia, lo de «acabar» era una quimera.

De no ser por los siete gatos, que no me permitían acostarme en la cama, no me habría movido de aquel diván. Mi abuela se había llevado a Buck, legándome el reino gatuno. A la mañana siguiente me levanté, saqué un caldero de veinte litros al exterior y, por primera vez en mi vida, corté una acacia. La madera verde y húmeda no ardía bien, pero aun así conseguí hacer una hoguera y, cuando el agua rompió a hervir, preparé un guiso de gachas de mijo con carne. Era casi como el *kulish* que los cosacos comían a lomos de sus caballos, pero no tenía *salo*, setas, ni cebolla. Lyudmila, que vivía en el otro extremo del edificio, se asomó a investigar el origen del olor a humo. La pareja del piso superior bajó, así como unos cuantos vecinos inválidos. Hicimos inventario de nuestros «activos y pasivos», por así decir.

Entre nuestros activos se contaban el caldero de gachas, el pozo del patio, del que podíamos extraer agua sin peligro, mi botiquín de primeros auxilios y mi tensiómetro. Entre nuestros pasivos había tres personas confinadas en cama, una de las cuales era diabética; nueve minusválidos funcionales, y una madre soltera y su bebé en el decimoctavo piso. No teníamos gas, electricidad, agua ni cobertura, pero había Internet. En el distrito no había ambulancias ni taxis.

Un pozo en el patio, una vieja mesa de roble, un columpio oxidado y unos cobertizos creaban la ilusoria y absurda sensación de seguridad. Allí nos sentíamos seguros y no queríamos partir en busca de la «libertad».

Nuestro bloque siempre había estado un poco apartado. Para empezar, a diferencia de los vecinos, teníamos un patio cerrado. Cuando se construyó el distrito, en la casa no había tuberías y los residentes tenían que recurrir a lavabos exteriores. El agua se extraía del pozo. Tras la independencia de Ucrania de la URSS, renovaron el lugar de arriba abajo. Instalaron baños y conducciones del gas, pero no derribaron los cobertizos donde solían estar los retretes. Los inquilinos más antiguos se los repartieron y los convirtieron en graneros o garajes. Una familia tenía una cabra en uno. Los vecinos expandieron poco a poco nuestra «finca industrial» moviendo la verja

una docena de metros de vez en cuando para labrar la tierra y cultivar un huerto detrás de los garajes y construir nuevas despensas de uralita.

El patio tenía dos accesos; la puerta central y una entrada discreta detrás de la parcela. Soldamos las verjas e improvisamos un candado para cada una. Pensamos organizar turnos de vigilancia, pero no había voluntarios. Además ¿qué podía hacer un puñado de pensionistas desvalidos contra terroristas armados? Ya teníamos suficientes problemas con los vecinos, que una vez intentaron expulsar de su patio a unos orcos que habían traído un lanzacohetes Nona para disparar contra las líneas ucranianas. Las bandas disparaban a la gente sin pensárselo dos veces, y nosotros asistíamos a los funerales para honrar a las víctimas. A veces enterrábamos a tres personas asesinadas a la vez.

No estaba claro qué esperábamos.

—*¿De quién es la culpa?*

Para los vecinos solo había una respuesta a esa clásica y eterna pregunta rusa:

—*De los ukropi* —según un divertido juego con las palabras «eneldo» y «ucraniano» en ruso.

—*¿Y ahora qué?*

Esa, en cambio, era una pregunta sin respuesta. Coincidíamos en que pronto acabaría todo y en que de momento solo teníamos que rezar y aguantar el chaparrón. Al final, o los ukropi entraban en la ciudad, lo cual no era probable, o «nuestros chicos» del bando separatista tomaban Kiev y se imponía la calma. Eso y la invasión rusa, por supuesto. En el bloque esperaban el segundo advenimiento ruso como el maná del cielo. Ni se me ocurría sacar a los vecinos de su error. Preparaba las gachas en silencio por las mañanas, le pasaba un cuenco de estofado a quien lo quisiera, en silencio, y guardaba las sobras para los animales. Me convencí a mí misma de que había que tratar a aquellas personas como si estuvieran enfermas o intoxicadas, es decir, ni confiar ni depender de ellos en absoluto. Con la ayuda de Dios, todo acabaría pronto y volverían a sus cabales. Bueno, también podía pasar que les pegasen un tiro. A mí me daba igual.

No tenía fuerzas para andar mucho. Bueno, ni poco, pues había tomado la decisión salomónica de no apresurarme, de quedarme en casa y esperar a la solución. Estaba bien de víveres; cereales, legumbres, *salo* y patatas. También contaba con la despensa de las personas que me habían dejado las llaves de su casa para que se la cuidara.

—Coge lo que necesites, cómete lo que encuentres. De todas formas, no nos podemos llevar casi nada —me dijeron.

Por lo tanto, me traía a casa un almacén entero como si fuera Robinson Crusoe, ruborizándome cada vez y dando gracias en silencio a mis benefactores ausentes. Pasta, azúcar, harina, frascos de verdura en conserva y mermelada, galletas duras dulces o saladas, latas… Cualquier cosa que hiciera más falta en mi casa que en la suya. La guerra nos despoja con rapidez de las convenciones cotidianas.

La mayoría de los refugiados no creían que fueran a ausentarse mucho tiempo. Cogieron una mochila y un par de maletas y se marcharon «una semana o dos». Dejaron atrás muebles, fotos, recuerdos, juguetes, dibujos de los niños, imanes de nevera, vajillas… Todas esas cosas que adquirimos sin darnos cuenta y que nos ligan a un sitio como un millar de capilares rebosantes de sangre.

Lyudmila y yo recorríamos el bloque dos veces al día para comprobar que no hubiera desconocidos en el ático ni por los pasillos. Lyudmila era la única madre con hijos que quedaba en el bloque (¡uf, no voy a entrar también en eso! Solo diré que el cabeza de familia estaba detenido. La familia había pagado la fianza dos veces, nosotras contribuimos. Ahora están a la espera de que lo liberen. Estoy casi segura de que esperan en vano, pero no se lo puedo decir). Buscábamos comida juntas porque si lo haces sola es robo, pero cuando te acompaña una vecina es una expedición.

En las casas abandonadas de improviso lo primero en morir son las plantas. Al marchar, las mujeres aún esperaban que sobrevivieran sus pequeños invernaderos. Dejaban las flores bajo tiras de tela empapadas que goteaban y las regaban. El agua no duraba mucho, más o menos hasta fin de mes. Después vivían del recuerdo del agua tanto como podían. Los geranios se marchitaban y se convertían en polvo de inmediato, los cactus y las orquídeas duraban hasta julio. En agosto todo estaba seco.

Además, las casas apestan. En casi todos los apartamentos quedaba algo comestible, algo a medio cocinar en el horno o algo agriándose en la nevera. ¡El olor de un *borsch* de dos meses! Una mujer olvidó la colada en la lavadora y la ropa se pudrió en el tambor. Al entrar, el hedor nos golpeó el rostro y tuvimos que volver a casa a por mascarillas.

Las casas se cubren de polvo, aparecen telas de araña por todas partes, los ratones y las cucarachas se adueñan del lugar, los murciélagos se instalan en el techo y su presencia nos sugiere que nos larguemos: «¡vuestra era ha terminado!». Las escaleras crujen, cosa que no hacían antes. Hay ruidos en el ático y la luz relampaguea en las ventanas. Una se consuela pensando que son solo los faros de los coches que pasan por la calle, pero al mismo tiempo es consciente de que por la calle no pasan coches.

El primer portal de nuestro bloque apestaba más que los demás. El

hedor dulzón de la carne en descomposición era peor cada día, hasta que al final se hizo evidente lo que había sucedido. Lo más seguro era que en el pánico de la huida el dueño se hubiera olvidado al perro en el apartamento y se hubiera muerto de hambre.

—Vamos a echar un vistazo —le dije a Lyudmila—. Abrimos la puerta y limpiamos, que en mi casa ya hay moscas del tamaño de un caballo.

—De acuerdo.

Encontramos de inmediato el origen del hedor. Procedía del apartamento de Borys, el borracho del barrio, que se había dado al alcohol tras la muerte de su madre unos años antes. En mayo se fue a luchar contra la «junta». Yo no lo vi partir, pero mi abuela me contó que andaba deambulando por el patio borracho como una cuba y pidiendo un fusil de asalto.

—Mira, está abierto. ¿Entramos?

—No sé… Me da miedo. ¿Llamamos a alguien?

—Por lo menos deberíamos abrir las ventanas para que se ventile un poco, de lo contrario nos vamos a intoxicar con los gases.

Nos asomamos al interior y llamamos desde la puerta, pero no respondió nadie. Lyudmila entró en el dormitorio y salió de inmediato. Yo quería mirar, pero ella me apartó de un empujón.

—¡No entres! —gritó, pero no había manera de esconder lo que había dentro.

El cuerpo se había derretido por la cama. El dormitorio herméticamente cerrado se había calentado como un horno durante el verano y todo lo que era carne y sangre se había desintegrado y esparcido por la habitación corroyendo el colchón y el suelo de parqué. Borys, era él a juzgar por los restos del uniforme de camuflaje, se había convertido en un esqueleto. Todo a su alrededor, el techo, las paredes, el armario de pared pasado de moda, hasta las ventanas, estaba cubierto de manchas parduzcas. Si era sangre, tenía que haber corrido a raudales como en un matadero.

—¡Vámonos de aquí! ¡Corre! —dije agarrando a Lyudmila.

—Pero hay…

—¡No es asunto tuyo!

—¿Llamamos a la policía? ¿A la policía militar?

—¿Estás loca? ¡Ni pensarlo!

Aquella tarde llamé al viejo Vasyl y cavamos una tumba poco profunda detrás de los cobertizos. Después volvimos a aquel horrible apartamento y nos llevamos los restos de Borys en una manta. Si hubiéramos tenido máscaras antigás me habría puesto una, pero tuve que conformarme con una toalla enrollada alrededor de la cara.

Arrojamos a Borys a la fosa entre los cuatro y lo cubrimos con

paletadas de tierra. Vacilamos. ¿Pronunciábamos unas palabras? Sin embargo, ni el viejo ni yo sabíamos qué decir.

Aquella fue la primera noche desde hacía meses que no me despertaban las explosiones ni los gatos saltándome por la cara. Y fue porque saqué una botella del licor casero de mi abuela para desinfectarme las manos y me bebí una jarra entera como un autómata. Me cayó como el agua en la tierra reseca. Lo último que recuerdo es pensar si me limitaba a dos tragos o daba un tercero y de repente ya era por la mañana.

Mi abuela destila el mejor licor casero del distrito.

—oOo—

He de decir que aquella semana no fue solo trágica. También hubo buenos momentos.

Por ejemplo, bajaron a la vieja Stepa al refugio improvisado del sótano. Dios me perdone por reírme de las desgracias ajenas, pero esta anécdota me calentará el corazón las frías tardes de invierno.

Fue la primera en colgar en el balcón la bandera tricolor de la RPD y más tarde añadió una de Nueva Rusia con una cruz azul. Era la que repartía las invitaciones al referéndum separatista por los apartamentos. Era la que pregonaba las generosas pensiones y las maravillas de la medicina rusa, la que hablaba de «*un país normal y rico, no esta Khokholandia*», una combinación formada por las palabras «*khokhly*» (término despectivo para referirse a los ucranianos) y «Holanda».

«*Hasta los americanos van a venir a trabajar a nuestros hospitales. A mi hermana el seguro le arregló los dientes en un hospital de Moscú y ahora tiene la dentadura más brillante que un espejo. ¡Y gratis! ¡Aquí eso ni soñarlo!*». Era la que se ocupaba de la distribución de los paquetes de comida humanitaria de Rinat Akhmetov y contrataba chicas para trabajar en su centro (trabajaban cinco días empaquetando alimentos y el sexto se llevaban un paquete gratis).

Resultó que la pararon en un control separatista y le registraron el coche. Le descubrieron en el maletero más de treinta garrafas de aceite con etiqueta ucraniana, barreños de leche condensada y cajas de galletas. Por mucho que trató de convencerles de que era ayuda humanitaria, no la creyeron.

—Transportas suministros para los *ukropi* —y punto. Lo más seguro es que los milicianos se dejaran llevar por la gula. Además, el coche era muy bueno, no una chatarra.

La retuvieron en una fábrica durante tres días. No la dejaron dormir, no le dieron de comer y la encerraron en un sótano hasta que

por fin la echaron a la calle con lo puesto, sin coche, sin dinero y sin papeles. Llegó a casa sucia y echa un mar de lágrimas. Intentaba hablar, pero aunque movía los labios resecos no conseguíamos descifrar lo que decía. No podía entrar en su casa porque había perdido las llaves. Uno de los muchachos del bloque rompió la cerradura.

—*¡Oh, cielos! ¡Es terrible! ¿De verdad tratan así a su propia gente? ¡Con lo mucho que los apoyabas! ¡Es indignante!* —le decía yo.

—¡Que te den por el culo!

Esas fueron las primeras palabras en ucraniano que le oí decir en mi vida.

—oOo—

Contra todo pronóstico, aquel día se convirtió en una tarde tranquila. El ambiente estaba un poco espeso en mi apartamento, así que salí y me senté en los tocones de los árboles. Hubo un momento de calma antes del crepúsculo en el que los contornos perdieron el filo, las líneas se desdibujaron y todo se volvió suave y difuminado. Olía a alhelíes. Los sonidos de la ciudad, de la guerra, enmudecieron; no se oían coches ni sonidos metálicos. Cerré los ojos y escuché el trino de los pájaros por primera vez aquel verano. Arranqué a cantar a pleno pulmón, para mí misma y para el pájaro nocturno.

En el huerto de cerezos
Donde canta el ruiseñor
Le pedí que se fuera a casa
Pero él no me soltaba…

Después de un rato me di cuenta de que no estaba sola. Dos personas habían salido del sótano y un vecino que pasaba por allí se detuvo también. Estaban en silencio como si no quisieran estropear el momento. Les dejé sitio y se sentaron. Con cierta timidez al principio, unieron su voz a mi canto.

¿Estás bien, hija mía?
¿Dónde has pasado la noche?
¿Por qué llevas las trenzas desechas
y las mejillas húmedas de lágrimas?

Cantamos y cantamos. Nos sabíamos todas las letras. Cantamos canciones tradicionales y clásicos ucranianos como «Caminó por el jardín», «Halya», «¿Por qué me abandonó mi amor?», «Chervona Ruta», «Xenia la hutsul»… Se nos unieron más vecinos, daba la

sensación de que había venido el bloque entero. Nadie corrió al refugio porque nadie se atrevía a moverse. No distinguía los rostros de la gente en la oscuridad, solo sentía las lágrimas que me rodaban por las mejillas y el temblor en la voz y la voz de los demás temblando y quebrándose. Por un momento sentí lástima por ellos y por mí, y por aquel patio estropeado y familiar que ya nunca volvería a ser como antes. Éramos como pingüinos a la deriva en un bloque de hielo, y el hielo se derretía y crujía bajo los pies.

—¡Escuchadme! —de pronto sentí una mano en el hombro—. ¡Daos la vuelta!

Lyudmila estaba delante de mí sin aliento.

—¿Qué?

—Acabo de volver de casa de mi madre y por el camino se me ha cruzado una paloma enorme. No era una de las típicas, sino una paloma blanca de raza. ¡Brillaba! Vino volando hacia mí como un cometa y después pasó por encima de mi cabeza y se fue por el cielo batiendo las alas. ¿Creéis que es una señal?

—Seguro que sí.

—Una señal positiva, ¿verdad? ¿Quiere decir que mi Petya volverá pronto conmigo? ¿Qué está bien? ¡Decídmelo!

Me agarra tan fuerte del hombro que los moratones me durarán hasta el otoño, me sacude y la cabeza me zumba como la campana de una iglesia.

—¡Dime que está vivo! ¡Dímelo!

La abrazo en silencio mientras aúlla en mi pecho.

XV

AGUAMARINA
Relojes de arena

Aquella fue la última noche que pasé en mi casa, aunque por la mañana no lo habría adivinado. Las cosas iban como siempre. Alrededor de las siete encendí una hoguera y saqué el caldero de hierro fundido. Me encantaba aquel caldero. Había olvidado que antes usábamos cocinas normales. Sentía que siempre había olido a humo, llevado el pelo grasiento bajo el pañuelo y las uñas sucias. Al cabo del rato, la gente comenzó a salir de nuestro sótano y del de los vecinos para ir a por agua. Breve intercambio de noticias: ¿En qué casa ha caído una bomba? ¿Han herido a alguien? Todo el mundo estaba bien, una pared se había derrumbado. Sonó mi móvil. Tardé un momento en reconocer el sonido. Me había acostumbrado a no tener cobertura.

—Hola, querido Roman.

—Hola. ¿Puedes salir de tu agujero y pasarte por el taller?

—¡Eh, que esto no es un agujero; es un puesto avanzado! Ya voy.

—Por favor, es importante.

Me quité el delantal en el acto, me lavé en el pozo y salí corriendo. Bueno, en realidad no fue exactamente así. Primero pasé por casa y cogí la documentación y algo de dinero. Al salir me crucé con Lyudmila y le metí las llaves de mi apartamento entre las manos.

—Dale de comer a los gatos, por favor. No tardaré —le dije.

Es increíble lo difícil que es desplazarse cuando solo se puede ir a pie. ¿Tanto se tarda en recorrer ocho kilómetros? En coche eran cinco minutos, y sin perder tiempo mirando atrás. A pie son tres horas, sobre todo si los pies no están acostumbrados.

A medio camino apareció la civilización. El primer signo eran los contenedores de basura limpios. Nosotros llevábamos desde julio sin ver un camión de la basura. Los ancianos y yo nos librábamos del mal olor seleccionando la basura, enterrando lo orgánico y quemando el plástico. Al parecer, por allí alguien se ocupaba de limpiar los desperdicios de la gente.

Después pasé por delante de un supermercado abierto. Justo al

lado del taller, unos operarios cavaban un macizo de flores. ¡Que alguien me pellizque! A nosotros nos bombardeaban todas las noches y aquí plantaban flores como si nada.

Me detuve de nuevo, esta vez delante del taller. Crucé las puertas nuevas como un ariete, empujando el cartel que decía «Instalaciones Protegidas por el Ministerio de Seguridad del Estado de la República Popular de Donetsk». Todas las ventanas lucían el mismo cartel.

—Saludos, amigos. ¿O debería dirigirme a vosotros en ruso?

Cuatro pares de ojos alzaron la vista en evidente estado de confusión.

—¿De qué demonios hablas?

—De nuestro nuevo sistema de seguridad.

—Ah, eso… Olvídalo.

En la nave flotaba una nube de humo que me irritaba los ojos y me hacía lagrimear. El cenicero de la mesa rebosaba de colillas desde hacía mucho, así que los muchachos apagaban los cigarros en un azucarero que yo había hecho. Roman estaba reclinado en el sofá como recién salido de un cuadro antiguo de un fumadero de opio. ¿Qué hacía? ¿Estaba meditando o qué? Borysovych caminaba una y otra vez de esquina a esquina fumando sin parar. Oleh y Don estaban de pie delante de un portátil.

—De acuerdo, escucha bien —Borysovych se detuvo delante de mí —. No te hablo como mujer, sino como soldado, ¿vale? Si quieres gritar y darme patadas hazlo más adelante, dentro de unos días.

—Te escucho.

—Komar no es un traidor. Trabajaba para nosotros, y con gran eficacia, además. Filtraba información muy valiosa; listas de gente, documentos, ubicaciones del ejército, etcétera, etcétera.

—¿Trabajaba para nosotros?

—Bravo. Directa al grano —dijo Roman.

—Era espía. Lo descubrieron cuando asistió a tu funeral. Lo cogieron la semana pasada. Llevo desde entonces intentando averiguar dónde está y qué le han hecho. Ayer conseguimos sacarlo y trasladarlo al hospital. Está en cuidados intensivos, pero bajo vigilancia. Esto nos da solo un par de días.

—Entonces hay que sacarlo hoy.

Borysovych asintió, más a sus pensamientos que a mí.

—Eso es lo que hay que hacer. Tenemos un plan, pero necesitamos una ambulancia y a una mujer que haga de enfermera.

—La mujer ya la tenéis. ¿Qué hay de la ambulancia?

—Ese es el problema. Que no la tenemos.

—Pues llamad al 03.

Roman empezó a toser en el sofá. ¡Como si no me hubiera dado

cuenta de inmediato de que se estaba riendo! No me gusta como tose. Un día de estos se le va a salir un pulmón.

—Bueno, esa podría ser una solución. Te vamos a contar todo el plan a ver si se te ocurre algo —Borysovych hizo una pausa—. Pero tienes que comprender que puede ser una trampa. Si esperan que alguien venga a rescatar a Komar, no saldremos vivos.

—Así que tenemos un cincuenta por ciento de probabilidades de éxito.

—Hija mía, nuestras probabilidades son siempre del cincuenta por ciento.

Me acerqué a él, me puse de puntillas y le susurré al oído para que nadie me oyera.

—¿Por qué no me lo has dicho antes, imbécil?

—No podía, te lo juro. Prometí guardar el secreto.

—oOo—

Cuando no entendemos una situación, lo mejor es cerrar los ojos y mirar al futuro un par de segundos. Esta soy yo. Este es mi futuro inmediato. Y esta es la corriente que nos conduce a nuestro destino y que no podemos cambiar ni desviar, pero con la que podemos negociar. Así negocia el surfista con la ola, desde sus sueños más salvajes. Así negocia el jinete castigado por el tiempo con la montaña de músculo bajo la silla. Así negocia la parturienta con los dolores y da a luz a su hijo. Así negocia la mano con el grano tirado en la tierra húmeda del que germinará un tallo verde.

Para cambiar las cartas que nos han tocado, para dar la vuelta a la fortuna en un momento crítico, hay que ser extremadamente honrado. Hay que decir: «yo soy eso, un grano de arena a orillas del mar. Quizá no pueda enfrentarme al Goliat que tengo delante, pero hoy sacaré lo que pueda del mar y este me dará la fuerza de sus aguas. Porque se lo pido con toda mi sangre, que porta consigo la molécula eterna del mar primordial».

Porque detrás de mí se yergue la sombra de las mujeres que han hollado la tierra antes que yo y su huella y la mía se han hecho una. Porque detrás de mí está el anhelo de la loba que aleja a los cazadores de su madriguera. Detrás de mí está el murmullo del maizal que le golpeaba la frente a mi madre mientras corría hacia las sombras. Porque detrás de mí están las cenizas de aquella hoguera y solo ahora recuerdo a la mujer que pereció entre sus llamas.

La corriente del destino que nos fluía bajo los pies vibraba y se estremecía como la tensa cuerda de un arco clavándose en los dedos del arquero de hombros cansados por el esfuerzo antes de disparar la

primera flecha.

—No os preocupéis, muchachos. Que no cunda el pánico. Todo va a salir bien.

—¿Tú crees?

—Os lo garantizo.

—oOo—

Lo primero era ducharme y cambiarme. Hay cosas que solo se pueden hacer con el pelo limpio.

El día que instalamos un cuarto de baño como Dios manda en el taller estábamos en estado de gracia. Cómo me alegro, además, de mi costumbre de dejar camisetas y pantalones limpios donde puedo necesitarlos, incluyendo el taller.

Los muchachos celebraron una puesta en común mientras yo me limpiaba el tizne del cuerpo y me lavaba el pelo una y otra vez. Dado que hacía meses que no me metía en sus asuntos ni hacía preguntas, deberían haberme sorprendido los nuevos uniformes, fusiles de asalto y la funda con pistola que Borysovych se abrochó por encima de la rodilla, pero no fue así. Pocas cosas me sorprendían ya. No tenía tiempo. Me había lanzado a la corriente trascendental, de la que sacaba resultados positivos para los muchachos y para mí. También barría los obstáculos que pudieran salirnos al paso con amplios movimientos de una escoba imaginaria.

Se nos unieron unos cuantos desconocidos. Conducían un Land Cruiser nuevo con los números de la matrícula «agujereados».

—*¿Tienes la documentación? Déjanosla ver.*

Borysovych sacó un pasaporte de color burdeos con el escudo de armas del águila bicéfala. Los recién llegados se lo pasaron entre sí doblándolo meticulosamente, oliéndolo y mordiéndolo para comprobar su autenticidad hasta que se dieron por satisfechos.

—*Servirá. Es de buena calidad.*

Por supuesto que lo es. Nuestro Oleh no ha fabricado nada de mala calidad desde hace siglos.

Fuimos a una de las casas abandonadas cuyas llaves esperaban el regreso de sus dueños en mi mesa. Roman no nos acompañó. Nos cubriría la retaguardia con el Opel, y en caso de contratiempo ahogaría el motor y cortaría el paso a los perseguidores. Ese era el plan.

Mientras nos preparábamos llamé a una ambulancia.

—*¡Por favor, vengan rápido! ¡Mi hijo se ha atragantado! ¡Su abuelo le está haciendo el boca a boca! Por favor, se lo suplico. Les pagaremos la gasolina, la llamada, lo que sea. ¡Solo tiene ocho años! Soy su madre. Esta*

es la dirección… ¡Sufre de alergia, necesita una inyección! ¡Ayúdennos!

O bien era nuestro día de suerte, o bien los niveles de atención sanitaria de antes de la guerra seguían vigentes en aquel barrio. Quizá solo fuera nuestro día de suerte, pero el caso es que la ambulancia llegó en cinco minutos. Oímos la sirena desde lejos y yo corrí a la verja a recibirla.

—*¡Aquí, aquí!* —grité moviendo las manos y abrí la verja—. *¡Entren por aquí!*

Un médico y una enfermera salieron corriendo de la furgoneta y el conductor permaneció al volante. Entramos en el edificio, donde les esperaban los cañones de las armas. Todo fue muy rápido. En menos de un minuto teníamos los uniformes y los suministros médicos y a los miembros del equipo de la ambulancia en el sofá con una bolsa en la cabeza. Era el turno del conductor.

—*¡Venga un momento!* —le dije—. *El médico necesita que le ayude a sacar la camilla.*

El conductor salió del vehículo sin quitar las llaves del contacto y me siguió.

—*Pero qué…*

Fin de la cuestión. La verdad es que sentí lástima por ellos.

—No tengas miedo. No te van a hacer nada —le susurré al oído a la chica.

Ella respondió con un sollozo.

Uno de los guerrilleros se quedó a vigilar a los médicos. Oleh y Don ya habían conectado el portátil al navegador de a bordo. Son muy eficientes. Les basta con un par de clics. En el tiempo en que ellos habían terminado, yo solo habría sabido arrancar el programa. En el registro de la ambulancia figuraría que se hallaba en nuestra dirección el tiempo que nos hiciera falta y después «iría» a la dirección que le enviaran. La radio informó a la central de que el equipo estaba atendiendo al niño. El controlador aceptó el mensaje y cortó la comunicación.

Saltamos a la ambulancia y corrimos al hospital. La siguiente media hora transcurrió muy despacio. Un coche negro al que era imposible despistar nos seguía el rastro.

—oOo—

No nos hicieron preguntas al entrar en la zona reservada al personal. Borysovych mostró la tarjeta de identificación en la ventanilla y subieron la barrera. Nos colocamos en formación de tortuga delante del edificio nº 14. Los «guardias» abrieron el vehículo y le abrieron las puertas del hospital a Borysovych. Dos iban en

cabeza, tres a los lados y yo la última con la bolsa de los medicamentos. Era muy pesada, pero a nadie se le ocurrió ayudarme.

En la puerta había dos *opolchentsi* de guardia. Se pusieron en pie con cautela cuando nos vieron llegar, pero no levantaron las armas. Borysovych les metió la tarjeta de identificación bajo las narices sin aminorar el paso y retrocedieron de un salto. Uno de ellos se quedó rascándose la cabeza y pensando si debía llamar a alguien.

Una vez dentro, nos hicimos invisibles. La gente se empeñaba en evitarnos. Si cruzábamos la mirada por accidente con un enfermo o un médico, bajaban los ojos a toda velocidad. La limpiadora con la fregona tomó aire como para decir: «¡Eh, que el suelo está recién fregado!», pero incluso ella se contuvo. Ignoramos el ascensor y subimos al primer piso por las escaleras. Uno de los guerrilleros se quedó en la planta baja cubriendo la retaguardia.

Komar estaba en la última sala del corredor. Había dos personas charlando en la puerta y dentro había al menos un testigo. Me detuve en el mostrador.

—*Paciente de la sala trece, rápido* —le dije a la confusa enfermera.

La sala era pequeña, apenas si había espacio para dos camas, y una vez que entramos todos no quedaba sitio. Olía muy fuerte a sangre, orina, y carne en descomposición, pero la ventana enrejada no se abría.

En una de las camas había un separatista desparramado con los zapatos puestos y ropa de camuflaje. Cando llegamos, soltó un eructo beodo y se volvió a tumbar.

En la cama de al lado había un cuerpo. Me quedé hipnotizada y estuve a punto de cubrirlo con una sábana. Era como si al hombre que teníamos delante lo hubieran cortado en dos por el medio del torso. Las piernas pálidas tenían marcas bien definidas de quemaduras por aquí y por allá. Los muslos y el vientre estaban cubiertos de lesiones redondas del tamaño de una moneda. Del diafragma hacia arriba, el cuello y los brazos eran un mismo hematoma sólido de color azul oscuro, como si hubieran sumergido al tipo en una bañera de tinta azul.

Casi no tenía rostro. La nariz partida estaba sujeta con una férula de escayola. Un tubo sobresalía entre los labios hinchados. Su respiración era pesada y rítmica, y al expirar le salía una espuma rosa. La herida suturada de manera tosca comenzaba en la barbilla y pasaba por encima del ojo izquierdo, amoratado y cerrado por completo debido a la inflamación, hasta el nacimiento del pelo, que estaba recubierto de una costra de sangre. Sin embargo, el herido nos veía con el ojo derecho. Recorrió con la mirada a los muchachos y a Borysovych y después se posó en mí. Era imposible de identificar. Podía ser de cualquier edad, altura o incluso raza. Borysovych dio

instrucciones a los presentes mientras yo comprobaba los alrededores. Hablaba de forma por completo diferente a como se dirigía a nosotros. El acento ucraniano y la forma de pronunciar la «h» y la «shh» desaparecieron e incluso cambió la entonación.

—*Preparen una silla de ruedas. Nos lo llevamos.*

—*No nos han informado.*

—*No me importa. No vamos a esperar.*

El separatista vacilaba sin saber qué orden obedecer, cuando al otro lado de la puerta se oyó una orden tajante.

—*Les prohíbo que lo toquen. No está permitido.*

Una doctora pequeña de pelo corto y de color naranja entró en la sala. Llevaba un expediente a modo de escudo y estaba claro que no pensaba echarse atrás. En un momento, el viento había cambiado a nuestro favor; el separatista ya no discutía con Borysovych sino con la doctora y se veía, por así decir, en nuestro lado de la barricada.

—*¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?*

—*No se le puede trasladar. Sin atención médica no vivirá más de tres horas.*

—*Está bien* —dijo Borysovych—. *Nos basta con eso. No lo necesitamos más tiempo. ¡Vamos!*

—*¡Se lo prohíbo!*

—*¡Oye, bonita!* —«Nuestro» separatista había vuelto a la vida—. *Aquí el que prohíbe soy yo, ¿vale?*

Una camilla entró por la puerta. Los muchachos agarraron la sábana, trasladaron al paciente con un «un, dos tres» y se dirigieron hacia la salida empujando a todo el mundo. La doctora se quedó callada sin saber qué decir y yo me di cuenta de que no era pelirroja, sino que tenía todo el pelo cano y mal teñido.

El viejo separatista seguía llamando a alguien por el móvil e intentando que nos detuviéramos.

—*¡Esperen!*

En ese momento hubo una explosión en el piso inferior. Las paredes vibraron y la escayola se cuarteó. El corredor y las escaleras se llenaron de humo, las mujeres gritaban y la gente destrozaba las salas.

—*¿A qué esperan?* —ladró Borysovych a los *opolchentsi*—. *¡Deprisa!*

A la orden de «deprisa», cada cual hizo lo que le pareció, la mayoría huyó del fuego hacia las escaleras al fondo del corredor. Solo nuestro separatista sospechaba algo.

—*¡Esperen! ¡Quietos ahí!* —dijo cargando el fusil de asalto.

El tipo robusto con pinta de conductor de autobús que había a mi lado dio un paso al frente y estiró el brazo. No fue un movimiento amenazador, se parecía a la forma de tenderle el brazo a alguien

conocido en medio de una multitud. Sin embargo, aquel simple gesto bastó para silenciar al separatista, que soltó el arma y se agarró la barbilla. Algo negro que se le había clavado en la fosa yugular le sobresalía del cuello. Sin el menor ruido, como en una película muda, el separatista cayó al suelo y cuatro pares de manos lo recogieron y lo tumbaron en la cama de una sala vacía.

—Salgamos de aquí.

Corrimos a la puerta de emergencia. Yo llevaba el soporte del goteo y la bolsa de medicamentos, que me golpeaba las pantorrillas y me hacía daño a cada paso que daba. Llegamos abajo sin contratiempos y salimos por una puerta lateral, que estaba abierta porque alguien se había deshecho del candado de un balazo. Se oían gritos y disparos al otro extremo del edificio, pero no sabíamos qué pasaba.

La ambulancia esperaba junto al edificio. Nos subimos y salimos volando, culebreando entre el edificio antiguo del hospital regional y el nuevo. Mis muchachos nos seguían, pero de pronto me vi en el vientre de una ambulancia rodeada de desconocidos y Borysovych no estaba.

Cada curva nos arrojaba sin compasión de un lado al otro, como en una centrifugadora. Era imposible mantenerse derecha en el estrecho asiento. Tenía que sujetarme con brazos y piernas para no salir disparada.

No sabía cómo ayudar al herido. Aún me resultaba imposible ver a Komar en aquel cuerpo destrozado. Lo más seguro es que estuviera sufriendo, ya que la furgoneta Fiat no tenía suspensión y se notaban todos los baches. Me quité la bata y se la coloqué bajo la cabeza. Me incliné sobre él y empecé a susurrarle en los labios, sin reparar en el aspecto que teníamos vistos desde el lado ni lo que pensaran los guerrilleros.

—Luz sobre luz, agua sobre agua, tierra sobre tierra, bien sobre bien, aquí están los huesos blancos, aquí está la piel amarilla, pon un hueso sobre sus huesos. Montaña tras montaña, piedra tras hierba, pez tras agua, en pie, huesos, sobre huesos, venas sobre venas, sangre sobre sangre…

Un cuchillo, rápido.

Le tiendo la mano al «conductor de autobús», que me entrega sin rechistar el puñal afilado con el que hace un momento ha matado a un hombre.

Cierro la mano alrededor de la hoja y tiro. Mi sangre mana del puño y gotea generosa sobre el cuerpo que reposa en la camilla. Trazo una amplia línea desde el pecho al vientre. La sangre es siempre una línea de emergencia, un vínculo directo al interior de nuestro mundo, el primer canal de comunicación de la historia de la civilización. La

oración tarda días, la adivinación horas, pero la sangre responde en un segundo, y no hay mejor sangre que la que mana voluntariamente de una hoja caliente.

—*…Sangre sobre sangre, sangre sobre la tierra de donde vino, por lo que vino, de los riscos, de la estepa, de las cuevas, de las aguas, de los caminos, de los valles, del trueno, del relámpago, del fuego, del agua, vuelve al lugar del que viniste, para que nadie vea cuándo viniste, para que nadie vea de dónde viniste…*

—*…Sangre sobre sangre, vena sobre vena, costilla sobre costilla…*

¡Komar, no te me mueras! ¡No te lo permito! ¿Me oyes? Vuelve, viejo cosaco. Me conoces la voz, ves el camino, sabes quién soy y que estoy a tu lado. Vamos, vuelve a mí.

Quizá fueran imaginaciones mías, pero su respiración se hizo regular y dejó de salirle espuma rosa de la boca. La temperatura de la mano helada aumentó al menos diez grados y el pulso empezó a latir casi imperceptible en los dedos. En la furgoneta cundió el silencio. Los hombres me miraban y yo les agradeceré por siempre que no me hicieran preguntas.

—Hija mía —dijo uno de mis compañeros. Reaccioné al apelativo con una mueca, pues hasta entonces solo Borysovych me llamaba «hija»—. No puedes venir con nosotros. Es peligroso. No temas, él te encontrará. Ha resistido siete días, ya está fuera de peligro. Si el comandante se entera de que te hemos expuesto al fuego enemigo nos despelleja vivos. ¡Vamos, date prisa!

Miré al comandante, que ya tenía mejor aspecto. Incluso me hizo señas de que le quitara el tubo de la garganta, pues quería decir algo. Por mucho que lo intentó, solo conseguí oír un gorgoteo incomprensible, algo como «…barkal…erkulei…».

La furgoneta se detuvo y salté fuera. Sabía que saldrían de la ciudad sin un solo disparo, pero no protesté. Aún no me había llegado el momento de huir de Donetsk. Tenía que cuidar a los gatos.

¿Me encontraría? ¿Dónde iba con la sangre de mi sacrificio en el pecho?

XVI

RUBÍ
Llevo tu bandera en la sangre

Si me dieran a elegir entre ciencia y magia, escogería la ciencia sin dudarlo. Si una cosa puede pesarse, medirse o describirse por medio de una fórmula, tiene más sentido realizar mediciones directas de ella que buscarle una dimensión oculta. Si el cristal se funde a seiscientos grados Celsius, por mucho que recemos, lo amamantemos o dancemos a su alrededor no se va a fundir a cuatrocientos grados. Siempre y cuando no le añadamos óxido de hierro y lo trasteemos un poco y hagamos como decía mi tía abuela, «primero lo arreglamos y luego lo tiramos».

No obstante, hay una cosa que tiene alrededor un círculo de tiza, algo en lo que la ciencia no se puede meter. Es algo que sabemos que existe, pero no podemos clasificar o controlar. Tiene muchos nombres. Coincidencia, serendipia, suerte, azar, destino… Si estamos junto a un pedestal y nos cae un ladrillo en la cabeza, según las leyes de la dinámica estábamos en el lugar equivocado en el momento equivocado. Sin embargo, ¿qué fuerzas nos han llevado a ese lugar en ese momento? ¿Qué ha hecho que no nos colocáramos a medio metro de distancia? La física puede darnos una respuesta al por qué, pero nadie puede responder a la pregunta de «por qué a mí».

Después de todo, hay gente que lo tiene fácil; hogar, trabajo, familia, niños pequeños con problemas pequeños y niños grandes con problemas grandes. Tienen la vida resuelta; la dacha, el garaje, las vacaciones de verano. Los miramos, suspiramos y nos preguntamos: «¿Por qué no puedo yo vivir así?». ¿Cuántas veces nos hemos jurado no involucrarnos, no mirar, no meter las narices en los asuntos de los demás? Sin embargo, en algún lugar del mundo se libra la batalla del bien contra el mal y en ese lugar la tierra se resquebraja y la grieta siempre (¡siempre!) nos pasa bajo los pies. Por mucho que lo intentemos, el suelo siempre se abre debajo de nosotros y nos quedamos colgando de un hilo sobre el abismo. Entonces, quienes nos rodean se giran y esperan a que decidamos de qué lado saltar.

A esta historia le queda poco. Al repasar mis recuerdos de lo sucedido me preguntaba una y otra vez: ¿En qué momento debí abandonar? ¿Cuál fue el último punto donde aún pudimos parar en lugar de seguir adelante a pesar de las señales? Cada vez que lo hago, vuelvo a aquel día.

…Se abrió un agujero en la nevera. Sus afilados rebordes se curvaron y el haz de la llama atrapó los fragmentos que se habían quedado soldados a la pared. Bajo los pies, crujían los cristales rotos, el agua se filtraba por el techo y en lugar de muebles de cocina había solo un montón de accesorios de cocina y trozos de hormigón…

—Hola. ¿Puedes venir? Le han dado a tu casa.

En la voz al teléfono había una agitación moderada. Era un tono de voz familiar, de antes de la guerra, una suave advertencia entre vecinos de dacha, algo parecido a: «Hola. ¿Ivanovna? Pásate por aquí, hay alguien en tu terreno».

Me levanté en silencio para no despertar a Roman y a Tetiana y salí. Borysovych había ido a hacer algo el día anterior, así que pasamos la noche los tres solos.

Era la hora más oscura de la noche de agosto, justo antes del alba, cuando los ojos se me ciegan y no veo nada. Encendí un cigarro fuera y aspiré el aroma del tabaco junto al perfume de la noche, las manzanas, el rocío y el penetrante olor de mi cuerpo sin duchar.

Nos habíamos reunido en casa de Roman el día anterior. La casa de Roman era la única habitada de su zona. Sus vecinos, fueran del bando que fueran, habían desaparecido, así que supusimos que sería el lugar ideal para escondernos unos días. ¿Por qué unos días? Porque había cundido el rumor de que Ucrania recuperaría Donetsk alrededor del veinticuatro de agosto, Día de la Independencia. Nadie sabía de dónde procedía el rumor, si era fiable ni en qué autoridad se basaba, pero me sorprendía a mí misma una y otra vez planeando el futuro de un «antes» y un «después» del Día de la Independencia. Lo esperábamos como los niños esperan la Navidad, pero nos callábamos las esperanzas.

Hablábamos de que teníamos que largarnos, pero no lo hacíamos; dábamos vueltas como vampiros encerrados en una cripta. Yo no tenía fuerzas para irme, me daba la sensación de que no sobreviviría al viaje. La distancia hasta Kiev o cualquier otro lugar de la madre patria parecía inasumible, como viajar a la luna.

Roman se negaba en redondo a plantearse la idea, esa y cualquier otra. La convivencia con él se me estaba haciendo insoportable. Cuando le sacábamos el tema de su tos continua y de que necesitaba que lo viera el médico, nos decía de todo, y se fumaba un cigarro detrás de otro para fastidiarnos, así que nuestras reservas de tabaco menguaban a un ritmo alarmante.

Tanya se pasaba día y noche en el baño, presa de terribles náuseas matutinas. En los breves momentos de alivio comía cualquier cosa, bebía un poco de agua y volvía a vomitar al váter.

—Vomito más de lo que como. ¿De dónde sale?

Borysovych se agenció unos limones porque Tanya solo se aliviaba con un trozo de limón en la boca. Incluso se dormía con una rodaja entre los dientes. Nos pedía que le pegásemos un tiro para acabar con el sufrimiento. Por mucho que Borysovych y yo quisiéramos sacarla de allí, no conseguíamos trazar un plan. ¿La drogábamos?

No tenía contacto con mi abuela, aunque fui a verla una vez. Encontramos un camping gas de tiempos soviéticos y un poco de keroseno en el ático de Roman. Se lo llevé a las ancianas y Olha Ivanivna lo encendió con habilidad e incluso hirvió agua. Para mi sorpresa, las ancianas se habían aclimatado a su sótano y se negaban a abandonarlo.

Había que ocuparse del asunto de la bomba de mi apartamento. El momento era el más inapropiado. En todo caso, no quedaba nada de valor en él. Tenía la documentación y las tarjetas, la mochila, el portátil… Los gatos. ¿Cómo podía olvidarme de los gatos? Los gatos estaban allí. Mi vecina los estaba cuidando. Oh, Dios. Joder, joder, joder.

—oOo—

No desperté a nadie ni dejé una nota. Era más fácil escabullirme por la ciudad a solas. Salí a la calle y eché a correr oculta tras el vallado. Mi mayor preocupación era caerme o torcerme un tobillo. Me puse a rezar en voz baja mientras corría. «Oh, Señor, salvador nuestro; Dios, ayuda a los pecadores, no nos abandones…».

A resultas de la conmoción, se me olvidaban las cosas más sencillas. Por ejemplo, estuve dos días intentando recordar la palabra «kétchup». Con las oraciones me pasaba igual; era incapaz de recordar el Padrenuestro. ¿Terminaba con lo de «pues tuyo es el reino, el poder y la gloria» o me lo estaba inventando?

Antes de entrar en el edificio esperé media hora por los garajes. Nuestro apartamento y el de encima se habían incendiado el día anterior. La parte del edificio entre los dos portales principales era la más dañada. Nuestra cocina se había derrumbado sobre la de los vecinos. La fachada se había desplomado y las baldosas rojas se veían desde la calle. La cocina de los vecinos tenía decoración roja y negra con apliques dorados. Estaban muy orgullosos de su cocina renovada al estilo europeo. Habían pedido un crédito para los electrodomésticos y una tele de pantalla de plasma y una nevera alemana con

dispensador de cubitos de hielo. Durante la obra me pidieron consejo sobre el diseño y me trajeron muestras de colores. Yo les sugería una cosa y ellos hacían la contraria solo para volver a preguntarme.

—¿Sillas o banquetas?

—¿Qué tal una barra?

—¿Le ponemos un arco?

Al final, echaron abajo los muros de carga de la época de Kruschev y combinaron la cocina, el salón y el pasillo en un solo espacio e instalaron una sauna en el dormitorio. La sauna sobrecargaba la instalación eléctrica del edificio, así que cuando Tolik se daba un remojón después del trabajo los demás nos quedábamos sin luz.

Por fin, decidí entrar. Al menos las escaleras no se habían venido abajo. Todo estaba cubierto de polvo, pero las puertas seguían en su sitio. Girar la llave en una cerradura sabiendo que el apartamento que hay detrás ya no existe es una sensación muy extraña. Pasé sobre montañas de trastos, todo lo que un día nos perteneció a mi abuela y a mí se había transformado en una pila de basura en un instante. La entrada a la habitación pequeña estaba bloqueada; en la grande se había desplomado un tabique y la onda expansiva había destrozado los muebles, el parqué y las estufas. Lo que no estaba roto había ardido. Estaba claro que no había supervivientes. El apartamento era la tumba de los siete gatos y yo no los había acompañado al otro mundo de milagro.

No había nada que conservar ni siquiera de recuerdo, así que me di la vuelta y me puse gris. Delante de mí estaba Basya, una de nuestras guardianas felinas, una siamesa blanca con la que nunca había logrado comunicarme. No se comía lo que le servía, así que me veía obligada a abrirle una lata de paté de la reserva. Exigía una caja de arena para ella sola y no la compartía con los demás gatos. No me dejaba cogerla y cada vez que trataba de acariciarla me llenaba de arañazos.

Era la primera vez en mi vida que veía un fantasma.

—Basya.

Tenía la boca reseca y apenas podía mover los labios entumecidos.

—Nunca quise que todo terminara así. Perdóname.

El espectro se me acercó y se rozó con mi pierna.

—Miau.

Me senté en el suelo y rompí a llorar.

—oOo—

Hacía un calor fuera de lo común incluso para aquel verano. A las ocho de la mañana ya hacía treinta grados a la sombra. Apenas podía con mis piernas, sudaba a mares. Tener a la gata en brazos era como

llevar un caldero y se me estaba haciendo una quemadura donde su cuerpecito tocaba el mío. La frondosa cola de Basya se había convertido en un harapo gris que me colgaba a la altura de las rodillas. Aunque mi antaño hermoso minino tenía ahora el aspecto de un saco de pulgas sarnoso, me recordaba a la dama del armiño de Leonardo, pues lucía en el rostro la expresión beatífica de las mujeres de los retratos que tanta fama dieron al gran artista.

No pasamos a despedirnos de los vecinos. No me apetecía ver a nadie. En aquellos tiempos, cuanto más alejada te mantuvieras de los demás, más segura estabas. Bajamos las escaleras con cuidado, de puntillas y sin hacer ruido para que no se nos cayera encima el edificio entero. Abrí el portal en silencio y me di de bruces con Lyudmila, que entraba a recoger algo. Al vernos levantó los brazos y se quedó petrificada. Yo no tenía ganas de saludar, así que le hice un gesto con la cabeza y seguí a lo mío. Al doblar la esquina miré atrás. Seguía allí de pie sin moverse, con las manos aún levantadas como si nos diera la bendición de espaldas. Está claro que aquel día no fui la única en ver un fantasma (estoy harta del papel de muerta viviente. Parezco la suegra del cuento del hutsul y su odiosa suegra que siempre sobrevive de milagro a una muerte segura y él le dice: «¿No crees que ya es hora de descansar, mamá?»).

Tardé varias horas en volver. Tenía la sensación de caminar por el desierto con la arena por las rodillas y de que aquel viaje de Sísifo no acabaría nunca. Antes de que estallara la guerra no habría dudado en pedir un vaso de agua en cualquier bloque de apartamentos, pero ahora era impensable. Quien quiera saber cómo es el apocalipsis no necesita imaginar ruinas industriales, inundaciones o incendios. Basta con las filas de bloques de apartamentos vacíos a las afueras de Donetsk.

El distrito no estaba solo muerto; se había disuelto como la arena en el agua. Calles enteras se habían borrado del mapa. Todo estaba en ruinas. Los edificios eran carcasas de ballenas varadas en la playa, pasto del sol y de los buitres. Los dueños parten de noche o por la mañana temprano. A mediodía las ventanas ya están rotas y aparecen pilas de basura tras la valla. Un montón de desechos en la propiedad de alguien era una *carte blanche*, un pase gratis para entrar. Por la noche la casa está abierta como una lata. Los primeros en llegar son los vecinos de al lado con su coche, esos mismos con los que los dueños de la casa abandonada han pasado toda la vida. Los mismos con los que bebían en vacaciones y eran padrinos de sus hijos. Se llevan ropa, electrodomésticos, arrancan grifos, enchufes y aires acondicionados, si los hay. También puede ser que se les adelanten las bandas organizadas de saqueadores, que aparcan una furgoneta y se llevan hasta las puertas y los marcos de las ventanas y arrancan el

metal del tejado. La destrucción se completa con la llegada de los chatarreros, que se llevan los armazones de las paredes y las vallas, el linóleo viejo y el parqué, cortan láminas de yeso y arramblan con los restos menos valiosos. Tres días, una semana a lo sumo, y del nido de una familia solo queda una cáscara desnuda. Sin embargo, la cosa no acaba ahí. La cosa acaba cuando alguien convierte la casa saqueada en una letrina. Es un acto que no me explico. Cada habitación de la casa queda cubierta de mierda. ¿Por qué? ¿Por qué no usan la zanja excavada en el patio para ese fin? No; alguien tiene que ir y cagar en la cocina.

—oOo—

Los disparos sonaban a unos quinientos metros de distancia. Ráfagas cortas de unos seis u ocho disparos de arma automática. Desde el primero, las piernas me fallaron, no en sentido figurado, sino literal, las rodillas cedieron y de pronto me vi caminando como un borracho sin piernas. Entré a trompicones en el jardín de mi querido Roman cayéndome al suelo y agarrándome a la valla.

—Oh, Señor, salvador nuestro; Dios, ayuda a los pecadores, no nos abandones…

A nosotros no, por favor, a nosotros no, te lo suplico. Salí corriendo y volé por la última calle a paso de tortuga apaleada preguntándome si no llegaría antes arrastrándome por el suelo con los codos.

Cuando llegué por fin, no había nadie en casa. Una ola de alivio me recorrió como una lluvia fresca. Estaba claro que había que dar gracias a Dios. Habían sido imaginaciones mías. El ruido era un eco procedente de otro bloque y el miedo me había hecho pensar que nos atacaban. Mañana mismo voy al médico a que me prescriba algo para los nervios.

Dejo caer los brazos y la gatita medio asfixiada salta al suelo. Perdona, gatita. Ahora te pongo agua, espera un segundo. Abro la verja. La casa de Roman es una fortaleza. Desde la calle no se ve nada, la valla de dos metros de altura está cubierta de hiedra. Distingo un cuerpo en el umbral.

Avanzo como hipnotizada, aunque una voz en la cabeza me grita al oído: ¡Corre, estúpida!

Roman yace boca abajo con la mano estirada hacia delante en un intento febril de alcanzar algo. No hay armas cerca, pero la entrada de la casa está llena de casquillos de bala. Docenas. Busco de forma automática la silla de ruedas, pero no la veo por ninguna parte, como si hubiera sucedido un milagro y los ciegos vieran, los sordos oyeran y

el paralítico se levantara de la cama y anduviera.

El cuerpo estaba cosido a balazos. La cabeza, la espalda, las piernas. No me hizo falta darle la vuelta para comprobar que estaba muerto. Entonces oí ruidos en el interior de la casa. Había alguien.

Abro la puerta en silencio, con telepatía, y me cuelo dentro. Me agacho y me escabullo por el pasillo hasta el dormitorio principal. El pasillo hace un giro brusco. Roman decía en broma que su madre lo había diseñado así para que su padre no pudiera recorrerlo cuando volvía borracho como una cuba. Me asomo por la esquina y veo la escena completa.

Hay tres hombres enormes con uniforme de camuflaje verde rana ruso y botas de lona. Están muy concentrados en la tarea de reducir a carne picada con ellas a la mujer que está tirada en el suelo. Jadean y su respiración suena más fuerte que el crujir de huesos y un sonido húmedo como de masticación. Apenas queda nada de Tanya. Todavía me repito a mí misma que ya estaba muerta cuando hice lo que hice.

Saco la granada del bolsillo, le quito la anilla y la lanzo a la habitación, directa a los pies de los tres tipos.

—oOo—

El humo se disipó y el silencio se impuso. El silencio me pitaba en los oídos, me llenaba la cabeza. Nada rompía el silencio, ni el más mínimo sonido externo.

Entré en la habitación y pensé en cómo limpiar todo aquello. Pensé en cómo distinguir los restos de Tetiana entre toda aquella carne. No era justo enterrarlos a todos en la misma tumba.

En ese momento llamó Borysovych.

—*Dotsia*, hija mía. Por favor, perdóname, querida, pero me queda muy poco tiempo. Te llamo para despedirme.

—¿Dónde estás?

—En una escombrera. Salí en una misión de reconocimiento. Quería comprobar una cosa. He descubierto sus almacenes, hija. Hay montones de proyectiles y explosivos.

Su voz se cortó y oí ruidos. Antes de la guerra habría pensado que era el sonido de un látigo en el agua o fuegos artificiales. Es evidente que ya no.

—¿Te están disparando?

—No pasa nada. Están aterrorizados. Lo voy a volar todo por los aires. No me interrumpas, ¿vale? Te voy a dar nuestras coordenadas. Van a atacar mi posición y no podré hacerlo si me interrumpes.

—Habla, Borysovych.

—No abandones a mi Tanya, ¿vale? Cuídala a ella y al bebé. No he

podido ponerme en contacto con ella. Dile que la quiero mucho. Y que lo siento y que siempre estaré con ellos, quizá como un ángel, o como otra persona. Estaré con ellos. Dile que no llore por mí mucho tiempo. Que siga adelante y sea feliz. Que no hay nadie como ella en todo el planeta y que no me arrepiento de nada.

—No la abandonaré. Te lo prometo.

La sangre de Tanya se coagulaba en el suelo. En medio del charco había una cebolla redonda. Me agaché a cogerla y me di cuenta de que era un ojo.

—Pídele perdón de mi parte a Roman. Hija, ese es mi peor pecado. Me castigo a mí mismo por él todos los días. Fui yo quien le rompió la espalda. Fue culpa mía. Yo era un idiota. Solo abrí los ojos cuando murió el resto de la cuadrilla. Dile que es lo único que cambiaría de mi vida. Desde entonces no ha pasado un día en el que no lo lamentara.

—Te ha perdonado, Borysovych. Lo tengo aquí al lado. Puede oírte. Dice que te perdona.

—¿De verdad? Cristo, perdona a este idiota. Y tú, hija. Sé lo de tu madre. Sé lo que le pasó…

No fue una explosión. No existen palabras en ningún idioma para describirla. La tierra se hizo pedazos y se vino abajo en kilómetros a la redonda. Una nube en forma de hongo se elevó sobre la ciudad. Ese día las páginas web rusas afirmaron que Ucrania había detonado una bomba atómica cerca de Donetsk. La mitad del cielo se incendió con una llamarada roja. Después hubo un cañoneo de explosiones menores, la munición que no había detonado aún. Los depósitos de combustible ardieron y ese día se prendieron cientos de piras. El claro día se convirtió en noche y una ceniza roja caía, caía sobre las cabezas.

OUTRO

—¿Qué me está contando, señorita? Ya le he dicho que no está permitido. No puedo dejarla ir con una paciente menor de edad. Somos responsables de ella.

Estábamos las tres sentadas en el despacho de la doctora jefe, con sus techos altos y ventanas ojivales de la época del zar. Se notaba que la doctora, una mujer de mediana edad con pendientes de rubí, quería estrangularme. Supongo que no era culpa suya. Llevaba tres días sin ducharme y una espesa capa de polvo me cubría los pantalones, las botas de combate y la mochila de camuflaje.

—¿Has recogido tus cosas, Anya? —le pregunté a la niña, que no había dicho palabra en toda la conversación.

Asintió.

—Bien, pues ve a por ellas mientras la Dra. Sofía y yo charlamos.

Anya se fue tan en silencio como había estado allí sentada. Esperé a que cerrase la puerta de roble al salir. Era muy pesada. No dejaba salir el ruido al pasillo. Me volví hacia la doctora.

—Escuche. Supongo que por su profesión habrá aprendido a conocer a los demás. Déjeme que le explique en pocas palabras por qué estoy aquí y lo que quiero para esta niña y después haremos los arreglos necesarios.

—Le advierto de que dispongo de muy poco tiempo.

—De acuerdo. No tardaré. La cosa es así… Conocí Anya antes que a su madre. Así fue como sucedió…

—oOo—

En la casa no había pala, así que cavé en el suelo con un cuchillo y saqué la tierra con un cubo. Tardé mucho tiempo, hasta media noche. Enterré a mis amigos en la tumba y después cavé otro agujero para aquellos tres al otro extremo de la parcela. Reuní todos los restos que encontré por la casa, los nudillos de un dedo, trozos de hueso, pelo… Antes de enterrarlos les registré los bolsillos y quemé la documentación. La fosa no era muy profunda, apenas un metro, y tuve que pisar los restos para que cupiera todo. La cubrí de tierra y la

aplané con los pies.

Después volví con mis amigos. No quería limitarme a enterrarlos sin decir nada. No estaría bien. Saqué agua del pozo y me lavé el cuerpo y las manos sobre la tumba. Dije una oración y bendije el suelo. No hay cruz en esa tumba, nada la señala, pero yo recuerdo donde yacen y un día la visitaré con Anya.

—oOo—

—He prometido cuidar de esta niña sobre el cuerpo de su madre. Explíqueme por favor en qué se basa para negármelo.

La doctora estuvo pensativa un rato y yo no la apremié. Aquella conversación era una mera formalidad. Tenía dos billetes de tren en el bolsillo y esa misma noche dormiríamos en Kiev.

El despacho de la doctora daba al espléndido jardín de la centenaria mansión. Los senderos estaban cubiertos de hojas amarillas. Me apetecía estirar los brazos y dejarme caer de espaldas sobre un montón de hojas de otoño.

—¿Qué piensan hacer?

—Oh, no se preocupe por nosotras. Pensamos vivir.

…Las hojas crujían bajo los pies tal y como yo esperaba. Cruzamos el parque enterradas hasta las rodillas en el frágil follaje de color ocre dejando dos anchos rastros detrás.

—Vamos, pequeña. Date prisa.

Le ofrecí la mano y ella estiró su esbelta palma hacia la mía.

—Paseemos un poco más, ¿vale? Hay tiempo. Podemos ir a comer una pizza.

Entonces me sonó el móvil. Miré la pantalla y reconocí el número. Uno de mis contactos estaba disponible.

Sí, viviremos. Sobre todo, viviremos.

01/09/2017 – 23/12/2018

TESTIMONIOS

NATALIA LA ELFA

En marzo de 2014 una especie de bacanal desenfrenada se adueñó del centro de Donetsk. Por primera vez vi a gente quejarse de que en las regiones occidentales del país hubiera tanta riqueza pero sus habitantes no quisieran trabajar y de lo duro de la labor de los mineros en proporción al salario que percibían. Se decía que los «banderistas» eran crueles y avariciosos.

—¡Eso no es verdad! Yo voy todos los años a Truskavets, cerca de Leópolis. Conozco a muy buena gente allí.

La gente observa al minero con incredulidad y si no le contradice es solo por su envergadura y su formidable apariencia. Yo me coloco en silencio junto a este hombre tan racional como muestra de apoyo.

Más tarde, la muchedumbre asaltó el edificio de la sede regional de la administración del Estado y rompió las ventanas, arrió e hizo pedazos la bandera de Ucrania y la sustituyó por la de Rusia.

Cuando llevé a mi hija al colegio el lunes siguiente me topé con la animadversión de la abuela de una de sus compañeras de clase. Me contó que durante la guerra la violó un guerrillero de Stepan Bandera, a continuación pronosticó que no tardaría en tener problemas porque su hijo era policía y terminó diciendo que a mí y a mis «raíces banderistas» no se nos había perdido nada en Donetsk.

Lo único que me tranquilizó fue la bandera de Ucrania nueva que ondeaba en la fachada del colegio. La directora, temida y respetada por todos, afirmaba su postura de manera clara y convincente.

El cuatro de marzo de 2014 se celebró una multitudinaria manifestación patriótica en la ciudad. Varios miles de habitantes de Donetsk se congregaron para protestar por el caos reinante en la ciudad y por los llamamientos a unirse a los separatistas. Una publicación de las redes sociales se hizo viral y condujo a una reunión de personas interesantes, triunfadoras y bellas en los alrededores de la iglesia de la Intercesión. La atmósfera es imposible de describir. Cantamos el himno nacional y la famosa «Chervona Ruta». Al día

siguiente se nos unieron aún más personas. Unos activistas que habían estado en el Maidán de Kiev desplegaron una bandera gigante en la plaza. Mi hija y yo nos encontramos a un estadounidense entre la multitud. Se trataba de un sacerdote protestante. Dijo que la embajada le había prohibido asistir a manifestaciones como aquella y le había ordenado hacer el equipaje y prepararse para la evacuación.

Los integrantes de nuestro grupo de patriotas empezamos a reconocernos, pero, por motivos evidentes, no intercambiábamos los números de teléfono. Entre ellos, por ejemplo, estaba Anton, que era dueño de una imprenta y nos imprimía octavillas informativas; Irynka, que por las noches recortaba plantillas de estarcido con el lema «¡Donetsk es Ucrania!», que después imprimíamos con espray sobre el asfalto, las paradas de autobús o los edificios. Estaba Olenka, que tenía su propia agencia inmobiliaria. Podíamos reunirnos allí para organizar nuestras protestas y discutir contramanifestaciones. Sasha, que tenía contactos entre los ultranacionalistas y nos decía cuáles eran policías y cómo usar esa información para evitar que nos detuvieran; una familia georgiana que vivía en una zona apartada y tranquila de la ciudad en cuyo sótano podíamos esconder lo que hiciera falta. Un tiempo después, al pasar por su barrio vi a las fuerzas especiales de la federación rusa merodeando por el lugar. No se molestaban en ocultar su identidad. Ni siquiera se habían quitado del uniforme los galones con la efigie del oso ruso.

Pero eso sucedió más tarde. De momento, las acciones, las misiones de sabotaje nocturno, los montones de voluntarios haciendo cola en las oficinas de reclutamiento y las noticias de que se estaba constituyendo un batallón ucraniano del Donbás y de que los chicos estaban más motivados que nunca desataron una ola de entusiasmo. Nos estábamos preparando para algo nuevo. Diana prometió conseguir un escenario, Serhii encabezaría una plegaria por Ucrania. Compramos cilindros de gas como medio de autodefensa, el jefe de una unidad policial despojó de porras de goma a los agentes. Los preparativos eran magníficos. ¡No seríamos víctimas! Había llegado la hora de defenderse.

Por desgracia, las cosas no salieron como esperábamos.

Antes del comienzo de la manifestación me telefoneó una amiga y me dijo que quería abandonar la ciudad lo antes posible. El «señor» para el que trabajaba como *nanny* había decidido llevarse a sus gemelos al extranjero y pretendía obligarla a acompañarlos. Estaba atemorizada. La habían amenazado, y una vez en el extranjero, le confiscarían el pasaporte convirtiéndola a todos los efectos en una esclava. Abandoné la manifestación y corrí en socorro de mi amiga, a la que dejé en el autobús. Solo había estado ausente una hora, pero cuando volví a la plaza se notaba que había sucedido algo terrible.

Los autobuses y los trolebuses pasaban sin percatarse de nada. Sin embargo, la plaza Lenin estaba inmersa en humo. Los petardos eran ensordecedores, la multitud rugía, había cristales rotos por todas partes. Me sumergí en la niebla y me dirigí a donde se suponía que debía estar el escenario. A lo lejos divisé un autobús y un grupo de jóvenes de rodillas, cubiertos de pintura verde y escupitajos. Varios cadáveres yacían por el suelo. Los bandidos comenzaron a dispersarse en parejas, es probable que asustados por lo que habían hecho. Una ambulancia llegó a toda prisa, me puse a su lado y llegué al epicentro de la acción. Los paramédicos llenaron la furgoneta de personas inconscientes en primer lugar y después de heridos cubiertos de sangre. La policía fingía servir y proteger.

Llevaba en casa un rato cuando me enteré de la muerte de Dmytro Cherniavski. En el hospital, un familiar de un activista de nuestro grupo certificó la muerte de otros dos jóvenes. Así fue como estalló la guerra en nuestra ciudad.

A partir de entonces hubo una pequeña multitud de personas congregadas de manera permanente en la plaza Lenin. Yo deposité un ramo de flores en el lugar donde habían caído Dmytro y los dos jóvenes. El trolebús entero comentaba los sucesos. Alguien culpaba de los enfrentamientos a los miembros del grupo de ultraderecha nacionalista Sector Derecho, que habían llegado en autobús. No me contuve y dije que quienes habían asistido a la manifestación eran residentes de Donetsk, no matones del Sector Derecho. Un inteligente joven me puso una carpeta debajo de las narices y me pidió que compareciera como testigo. Respondí que tenía que recoger a mi hija, que me esperaba en el colegio. Por supuesto, me acompañó hasta el edificio. Intuí que no sabía que el colegio tenía dos puertas. Le dije al guardián que iba a la segunda planta y salí a otra calle escabulléndome por debajo de las escaleras. A partir de entonces, mantuve silencio en el transporte público. ¿Quién era aquel tipo y de dónde demonios había salido?

No pasó mucho tiempo antes de que la ciudad se llenara de tipos raros como aquel. Gabardinas marrones, calzado vulgar de los noventa y sombreros fedora. Sacaban fotografías delante de supermercados y centros comerciales y decían por teléfono: «*¡Sí, sí esto es Europa! ¡Es hermosísimo!*».

Por su pronunciación estaba claro que no eran ucranianos, es más, ni siquiera procedían de la ciudad fronteriza de Rostov.

El diecisiete de marzo de 2014 tuvo lugar la manifestación «Una plegaria por Ucrania». Estaba organizada con una seriedad sin precedentes. Policías a caballo, miles de agentes venidos de otras regiones, discursos de políticos, entre ellos Oleh Lyashko (el antiguo líder del partido radical). Un estudiante de Leópolis se acercó a

nuestro grupo de manifestantes. Le maravillaba la respuesta de la gente y su disposición a luchar y nos preguntó si podía firmar nuestra bandera. Todo el mundo firmó y escribió eslóganes como «¡Donetsk es Ucrania!» y «¡Gloria a los héroes!». Yo escribí: «¡Ayudadnos, por favor!».

El veintiocho de abril de 2014 el Automaidán llegó a Donetsk. No parecían saber muy bien dónde se metían. Algunos habitantes de la ciudad acudieron con sus coches a las inmediaciones del estadio del Shakhtar Donetsk.

—¡Daremos un buen espectáculo! Ucrania ha visto cómo luchamos por ella —dijeron.

Cuando la procesión de automóviles pasó por delante del edificio de la sede regional de la Administración del Estado, alguien les lanzó un ladrillo. Por suerte, no se había enterado mucha gente, porque de lo contrario las consecuencias podían haber sido peores. No volvimos a tener noticias del Automaidán.

La última manifestación se celebró ese mismo día. Era una marcha. Dado que las fuerzas del orden habían dejado claro de qué lado estaban, quizá la gente no estuviera dispuesta a correr más riesgos. Sin embargo, los hinchas del ultranacionalista Shakhtar Donetsk se presentaron en masa y sin duda llevaban la voz cantante. Desde luego, no tenían miedo a nada. Iban en la cabeza de la manifestación con las mujeres y los niños detrás. De pronto, jóvenes matones enmascarados salieron de los bloques de apartamentos. Al girarme, vi un muro de escudos policiales en manos de los separatistas.

Cundió el pánico. Los patriotas huyeron en varias direcciones. Los «ultras» marchaban delante cantando, lejos de nosotros. A los nuestros los cogieron uno por uno y los apalearon hasta dejarlos inconscientes o hasta que sus cadáveres yacían en un charco de sangre. Salí huyendo y solo me detuve a tomar aire cuando estaba ya a varias manzanas de distancia de aquel matadero. Seguí caminado hasta llegar al centro comercial. La gente hacía la compra sin preocupaciones. Desde una ventana vi a gente que aún corría atemorizada. Habíamos vuelto a perder la pelea. No era momento de hacerse fotos para la prensa. Era el momento de armarse como es debido. Por supuesto, aquel día había periodistas de la BBC, la UNIAN, el Weekly Mirror y demás tomando fotos a cual más sangrienta.

Los días y las noches no terminaban nunca. Nos llegaban malas noticias de todas partes; en el aeropuerto se había izado la bandera de la República de Donetsk, los separatistas bajaban fotos de activistas de Internet y las colgaban en las paredes del edificio de la sede regional de la Administración del Estado con el pie: «*Hay que liquidar a los traidores del Donbás*». Busqué mi propio rostro, pero Google no ofreció resultados (fue una suerte que en las fotos nunca me parezca a mí).

Aparecía en casi todas las fotos del Euromaidán o de las manifestaciones de Donetsk, pero siempre de espaldas o casi oculta por alguien más alto. A partir de entonces me pareció buena idea cambiar de vestimenta. También tuve suerte con mi nombre; solo en la red social *Odnoklassniki* había al menos treinta personas que se llamaban como yo. ¿Qué puedo decir? Hasta mi suegra tenía mi nombre y mi apellido. Una amiga mía también. Es un nombre común.

Por la ciudad empezaron a aparecer controles de carretera. Los autobuses con miembros del Sector Derecho nunca conseguían pasar, aunque ojalá lo hubieran hecho. La ópera bufa *Un cosaco de Zaporiyia al otro lado del Danubio* recibió una ovación en pie en el Palacio de la Ópera. La gente lloró y aplaudió como nunca, lo cual no era habitual en una ciudad conocida por su sequedad emocional, aunque también es cierto que hablar de política se había convertido en una actividad cada vez más peligrosa.

Formamos un pequeño grupo patriótico privado en las redes sociales. Nos informábamos de las noticias y publicábamos comentarios. Desde abril se veían soldados en el supermercado METRO, cerca del aeropuerto. Eran muy diferentes de los personajes de dudosa catadura que circulaban por la plaza y por el edificio de la sede regional de la Administración del Estado. Respetaban la cola y cedían el paso a las familias y a los niños. Yo quería creer que eran de los nuestros, pero ellos no decían nada y a mí me daba vergüenza preguntar. Estábamos seguros de que el Ejército Ucraniano estaba al otro extremo de Donetsk, más allá de los controles de carretera. La esperanza florecía, pero seguía siendo muy frágil.

El nueve de mayo casi matan de una paliza al director de la ópera por dirigir el himno nacional de Ucrania. La presencia cada vez mayor de soldados profesionales en la ciudad se notaba en su actitud marcial de espalda recta y en sus uniformes. Mucha gente esperaba el referéndum sobre el estatus político de Donetsk y Lugansk. Nuestro grupo de activistas pegaba carteles con adhesivo fuerte con eslóganes como «*Putin terrorista*» y «*Rusia cerrará las minas*». Eran casi imposibles de arrancar y quizá hicieran pensar a la gente.

El vergonzoso referéndum se celebró el once de mayo de 2014. Había diez veces menos colegios electorales que de costumbre, de modo que a mediodía las colas para votar eran larguísimas.

—¿Habéis votado ya? ¡Daos prisa! Le he dicho al vecindario entero que vaya a votar, pero todo el mundo se niega —me ladró una anciana y persistente vecina.

—Sí, hemos votado en el colegio temporal del Planetarium. Hemos marcado la casilla de la unión al óblast de Dnipropetrovsk, no a Rusia. Aquí no hay nada especial más que el carbón y la mayonesa McMay. Supongo que usted hará la compra en el ATB-Market, ¿verdad? Mire,

el aceite Oleina y la pasta son productos de Dnipropetrovsk. Los supermercados Amstor y Varus se han trasladado aquí desde las regiones vecinas.

Se quedó boquiabierta. Me dio la sensación de que estaba dispuesta a votar lo mismo que nosotros en nombre de toda su familia, incluidos los difuntos. Esa tarde fuimos a nuestra sección de protesta y la encontramos vacía y triste.

Hasta entonces solo se luchaba en Sláviansk, pero la mañana del veintidós de mayo de 2022 nos enteramos de que el Ejército Ucraniano había atacado la región de Volnovaja. Hubo muchos muertos y heridos. Los médicos que conocíamos nos enviaron mensajes pidiendo ropa de civil. Llegaron a Donetsk ambulancias repletas de heridos. La guerra había borrado los eslóganes que me rondaban por la cabeza. Estaba claro que no nos estábamos defendiendo y que tampoco sabíamos cómo hacerlo.

Nuestro grupo de Facebook de Donetsk estaba más activo que nunca. La mente colectiva trataba de responder a las preguntas: «¿Qué hacemos ahora? y «¿nos van a abandonar a nuestra suerte?».

Decidimos buscar a los supervivientes para convencerlos de que no nos abandonaran.

Al salir de la ciudad compramos una caja de naranjas y en el último momento metí una de galletas en la cesta. Vi por primera vez una unidad de soldados bien disciplinados a cargo de un control de carretera, no los alcohólicos y marginados de costumbre. Buscaban marcas producidas por el manejo de armas y restos de explosivos en las manos de los conductores y pasajeros adultos. Seguimos adelante e intentamos memorizar cada curva de la carretera mientras los pasajeros consultaban los mapas. No fue fácil dar con la unidad que había sufrido tantas bajas. Eran casi niños. Sucios, asustados, con la moral por los suelos. Nos contaron que los habían aniquilado. Durante una hora pareció que el planeta había dejado de girar. Meses y meses de lucha desaparecieron en el abismo. Ofrecimos naranjas a los chicos. Las devoraron con piel y todo. Nos dieron mucha pena. Quizá fuera mejor que se retiraran. Nosotros seguíamos vivos de momento, así que continuaríamos luchando como fuera.

Creo que no olvidaré nunca la jornada del veintiséis de mayo. Mi hija estaba en clase de danza cerca del puente Putyliv. Hacía un día muy bueno. Salí a la calle y un helicóptero pasó disparando al suelo. Corrí a la carretera y vi varios coches y un camión del ejército que se dirigían a toda velocidad hacia el aeropuerto. No vi qué llevaba dentro. Quizá fueran armas. ¿Se puede transportar personal a esa velocidad? Sabíamos que el aeropuerto era una isla ucraniana en la ciudad y que ese día a los secuaces del dictador checheno Kadirov, el amigote de Putin, se les había agotado la paciencia y habían decidido

pasar a la ofensiva. Los cazas sobrevolaban la ciudad. Desde varias escombreras les lanzaban misiles tierra-aire guiados por infrarrojos, que no alcanzaban sus objetivos. Cada día aprendía algo nuevo sobre la guerra…

Llegó el verano y las mujeres de nuestro grupo patriótico comenzaron a ir a sus casas de verano. Las dachas estaban en zona libre. Volvían con artículos de primera necesidad para los guerrilleros ucranianos; uniformes, botas y víveres. Yo me pasaba el día horneando pan de nueces y bollos y los hombres hacían carne marinada. Recogíamos y preparábamos pasteles de crema, tartas, albóndigas, fruta y verdura e incluso *borsch*. El cuerpo de intendencia se olvidaba de los soldados durante largos periodos de tiempo, de modo que tenían que comprarse sus propios tallarines instantáneos y su propio tabaco. Su salario de mil ochocientas grivnas al mes, que incluso entonces no pasaba de cien dólares, no daba para mucho más. Como nosotros, los soldados esperaban órdenes y aprendían a sobrevivir en la estepa.

Comprábamos cartones de tabaco y agua en abundancia en las gasolineras cercanas a la salida de Advíivka. Los dueños se extrañaban de que compráramos tanto y nosotros les contábamos unas trolas tremendas. La gente casi no tenía dinero, pues en Donetsk funcionaban pocos cajeros, pero ellos se enriquecieron a toda prisa.

El cinco de julio guerrilleros de Sláviansk a las órdenes de Igor Girkin entraron en Donetsk. «Liberaron» la ciudad para siempre de los servicios postales Nova Poshta y de PrivatBank. Los cascos del viceministro Tuka quedaron bloqueados en una sucursal de la empresa de transportes. A partir de entonces nos enviaban los paquetes al pueblo de Vuhledar, en zona no ocupada. En realidad nos venía muy bien, pues ya no teníamos que correr riesgos transportando los uniformes a Donetsk. Lo importante era que ya no habría imprevistos ni bombardeos (que eran de esperar) que nos impidiesen llegar al último minibús de vuelta.

Al volver a Donetsk veía los lanzacohetes Grad BM-21 disparando contra las posiciones militares ucranianas. La tierra a su alrededor estaba calcinada. Era mi tierra.

Cierto día desapareció uno de nuestros voluntarios. Me dejó cerca del supermercado después de una misión. Lo detuvieron en un control en el distrito de Putylic, a una manzana de su casa. Le encontraron en el móvil fotos de soldados ucranianos sonrientes de nuestros viajes a Zenit, en Dnipró. Lo metieron a golpes en el coche, se lo llevaron al cementerio y lo sometieron a su jueguecito.

—Si consigues escapar antes de que contemos hasta diez es que tienes suerte. Si no, te enterramos.

Consiguió escapar, pero perdimos uno de nuestros mejores coches.

De todas formas, el coche no tenía importancia: ¡Él había sobrevivido!

¿Es posible que nada de aquello sucediera en realidad y fuera solo un sueño? A diario veía fotos de voluntarios de uniforme transportando material a «los lugares más peligrosos del frente». Quité las pegatinas con el eslogan «*¡Donetsk es Ucrania!*» y «*I love the Ukrainian Army*» de la mochila y les pedí una granada a unos chicos del Sector Derecho. Por la ciudad había constantes explosiones. Mi casa estaba a eso de un kilómetro y medio de una escombrera que servía de base a los soldados y algo más adelante había un aparcamiento donde se descargaba equipo militar nuevo con frecuencia.

Una vez que volvía al barrio desde el aeropuerto vi que la mitad de los edificios estaban en llamas y el mío sumido en un enorme agujero negro. Los vecinos estaban en la verja.

—No hace mucho que han cesado los cañonazos —dijeron.

Había explotado una caja de contadores eléctricos enfrente de mi ventana y muchos apartamentos habían quedado destruidos. En mi casa no había caído ni una esquirla de metralla en todo el verano, así que abrí la puerta del apartamento con confianza, me quité los zapatos y entré. Sentí crujir los cristales bajo los pies.

Encendí la lámpara. Era como si un tsunami hubiera pasado por la cocina. Empecé a buscar qué podía tener el tamaño suficiente como para entrar volando y explotar en mi casa. Por la ventana entraba un rayo de luz que caía sobre la nevera. Había un agujero en ella.

¡FAKENEWS!

BOCETOS DE FACEBOOK
Roman Malyk

Episodio 5

Primavera. 2014. Lugansk

Conduzco por Lugansk haciendo mis repartos con tanta calma y cuidado como puedo. Cuando me encuentro un coche de la milicia separatista me echo a un lado de la carretera y finjo que no existo.

Me adelanta un Jeep. Una canción rusa sale a todo volumen por las ventanillas.

El Jeep está adornado con la cinta de San Jorge del Ejército ruso. Pasa por delante de un coche aparcado con separatistas dentro. Uno de ellos ondea una bandera de la confederación de Novorrusia por la ventana y grita: «¡Rusia está con nosotros!».

El coche de los separatistas se pone en marcha de pronto. Persigue al Jeep y lo empuja a la cuneta. Al adelantarlos con cuidado echo una mirada al Jeep abierto. Todo el interior está cubierto por banderas de Novorrusia. El conductor y la pasajera son todo sonrisas. Uno de los separatistas les dice algo. Percibo que las sonrisas se les empiezan a desdibujar.

Quince minutos más tarde vuelvo por la misma carretera. El Jeep ya no está. El conductor y la pasajera están cariacontecidos en el arcén. No sonríen. La pasajera juguetea con la bandera de Novorrusia que tiene en las manos con aspecto perdido.

Episodio 3

Verano. 2014. Lugansk

El coche de mi cuñado ladra. Bueno, «ladrar» es el ruido que hace. No arranca.

¿Qué hacemos? Si fuera un viejo Zhaporozhets o un Zhiguli podríamos trastear bajo el capó sin problema.

Pero es un vistoso Toyota. Hace falta reiniciar/recargar/actualizar, o como se diga, el ordenador.

Aquí no sirven los destornilladores. Se necesita un experto.

¿Dónde lo encontramos? ¿A quién llamamos? Aquí no hay cobertura. Mi cuñado coge el móvil y en lugar de llamar a un taxi llama a su vecino para que le lleve al este de la ciudad, donde hay cobertura. Llama a varios lugares y recibe la siguiente información:

1. Debido a la inestabilidad reinante en la región, de momento no se encuentran en Lugansk talleres ni mecánicos especializados en Toyota.

2. Los mecánicos especializados en Toyota se niegan a desplazarse a Lugansk debido a la inestabilidad reinante en la región.

3. El taller más cercano se encuentra en Járkov.

4. Si mi cuñado se lleva el coche a Járkov la reparación se realizará en un momento y con los más altos estándares de calidad.

Por supuesto, mi cuñado no piensa alquilar una grúa y cruzar los controles de carretera hasta Járkov. Por lo tanto, posponemos la reparación hasta tiempos mejores.

Pasa el tiempo.

Seguimos sin combustible.

Imposible viajar durante los bombardeos.

Viajar también es arriesgado. Corres el peligro de que te roben el coche. Cuanto más caro sea, mayor el peligro. Los separatistas lo roban todo.

No parecía que el coche fuera a salir del garaje.

Al mes llamo a mi cuñado y para mi sorpresa:

—He arreglado el coche.

—¿Qué? ¿Tú solo?

—No, claro.

—Dime que no has ido a Járkov.

—Yo no. Nuestros muchachos, uno de por aquí —mi cuñado ríe con nerviosismo—. Ha sido de risa.

Mi cuñado vive en un chalé. No hay electricidad, ni tele ni internet, así que los vecinos se dedican a charlar en la calle. Los viejos rencores y rencillas quedan olvidados. Los une la desgracia común.

Tres separatistas armados y vestidos de camuflaje pasan en coche por la calle. Los vecinos escapan atemorizados y se asoman por los

agujeros de la valla. El coche se detiene delante de la casa de mi cuñado. Los vecinos suspiran de alivio. Los milicianos se bajan del coche y aporrean la puerta. Mi cuñado les abre cabizbajo.

—¿Es usted Vitya?

—Sí —responde él cada vez más pálido.

—He hablado con usted acerca de su Toyota.

—¿Es usted mecánico? —le recorre una ola de alivio.

—Sí. ¿Dónde está el coche?

Mi cuñado le sujeta el fusil al miliciano mientras trastea en el coche.

Media hora después todo está listo. El Toyota regresa a la carretera.

El mecánico cobra su tarifa.

Los milicianos vuelven al combate.

Los vecinos salen de nuevo a charlar a la calle.

Episodio 11

2 de junio de 2014. Lugansk

La gente que apoya a los separatistas siempre repite el argumento de que en Lugansk empezó la guerra el día que un helicóptero ucraniano abrió fuego sobre el edificio de la administración local. Ese había sido el punto de no retorno.

Recuerdo que aquel día uno de mis cuñados, que apoya a los separatistas, me llamó con voz altisonante.

—¡Malditos sean esos terroristas fascistas! ¡Mira los muertos! ¡Mira la sangre! ¡Los hospitales están atestados de muertos y heridos! ¡Ve allí y mira las familias destrozadas! ¡Esto es el colmo! ¡FASCISTAS!

Colgó el teléfono. Al principio pensé que estaba de coña. Parece increíble, pero repetía mis propias palabras punto por punto. ¡PUNTO POR PUNTO! Le dije esas mismas palabras tras la anexión de Crimea, solo que me refería a los *separs* (separatistas) y a lo que habían hecho.

Le dije esas mismas palabras para describir el asesinato de Volodymyr Rybak, el concejal de Horlicka, cuyo cuerpo mutilado apareció después de que intentara arriar la bandera de la RPD del ayuntamiento; se las dije para describir la toma de los edificios de la Administración del Estado, la represión de manifestantes pacíficos y la violencia contra ciudadanos pro Ucrania, y le dije esas mismas palabras para ilustrar las salvajadas cometidas por separatistas y «turistas rusos».

—¡Fascistas! ¡Malditos sean esos terroristas fascistas rusos!

En Lugansk la gente pensaba que se había llegado al punto de no retorno a las tres en punto de la tarde del dos de junio de 2014. Como si hasta entonces todo hubiera ido bien y aún se le hubiera podido dar la vuelta a la situación de alguna forma. ¿Habrase visto tontería más insolente y desvergonzada? Incluso sin entrar en los horrores de la primavera rusa, pensemos por un momento en aquel día de verano, en aquel dos de junio. Lo recuerdo como si fuera ayer. Un ruidoso y persistente tiroteo nos despertó a las cuatro de la mañana. Ráfagas de ametralladora y fusiles de asalto. Detonaciones de minas y granadas. Así comenzó el ataque separatista contra el destacamento de la guardia de frontera del barrio de Myrni. No vivíamos lejos, de modo que las ráfagas y explosiones se escuchaban alto y claro en la silenciosa noche veraniega. Los separatistas tomaron posiciones tras los bloques de apartamentos y disparaban contra los guardias de frontera desde los tejados y ventanas de los edificios altos. Los milicianos lo grabaron todo ellos mismos e incluso subieron los vídeos a Internet. Por eso tengo la sensación de haberlo vivido. Los guardias fronterizos rechazaron el cobarde ataque durante catorce horas. Ocho de ellos resultaron heridos. Todos los soldados eran de Lugansk. Nuestros propios compatriotas.

Ninguno era banderista ni pertenecía a una gran Horda venida de Occidente.

Entonces, los soldados pidieron cobertura aérea y apareció un reactor Sukhoi Su-25. En realidad, no servía de mucho. El cuartel de la guardia de frontera estaba en una zona urbana, rodeado de edificios altos donde se escondían los separatistas. El Sukhoi no podía abrir fuego contra los edificios donde vivían los civiles. Los soldados eran presa fácil. Pero tampoco podían disparar a las ventanas.

¿Eso no es un punto de no retorno?

Desde mi ventana se ve el centro de la ciudad. Mi hija y yo nos asomamos al balcón cuando el Su-25 volaba desde el cuartel de la guardia de fronteras hacia el centro de la ciudad.

El avión sobrevolaba en círculos el centro de la ciudad.

—¿Papá, qué hace ese avión? —preguntó mi hija.

—Solo está volando.

Entre la tierra y el avión comenzaron a aparecer fugaces nubarrones oscuros.

—¿Qué es eso, papá?

—Eso son los malos disparando al avión.

—¿Por qué?

—Quieren derribarlo.

—¿Y dónde va a caer si le alcanzan?

—Sobre las casas de la ciudad.

—¿Hay gente en las casas?

—Están llenas de gente.

—¡Pero entonces van a morir!

—Sí.

—¿Y eso no quiere decir que no deberían derribarlo?

Hasta una niña de doce años tenía dos dedos de frente para tomar la decisión acertada.

El jet voló por encima de nuestras cabezas durante mucho rato. Mi hija y yo volvimos dentro.

No vi cómo derribaban el avión, solo oí las explosiones. Por eso no puedo decir más sobre el tema. El vídeo que subieron después no explica gran cosa.

En cualquier caso, hay una gran diferencia entre abrir fuego contra edificios residenciales y abrir fuego contra un edificio ocupado por separatistas.

VERANO DE 2014

YULIA ABLAMSKA

(Lingüista y traductora. En la actualidad trabaja de directora de Recursos Humanos de una empresa evacuada de Lugansk)

A menudo pienso en el momento en que empezó todo. Ahora vivo en una ciudad extraña y tardo más de una hora en ir y volver del trabajo. Por las tardes suelo bajarme una parada antes para caminar hasta casa y pensar. Cuando estaba en casa siempre iba andando. Lugansk es una ciudad pequeña. Tenía todo lo necesario a un tiro de piedra. Supongo que los paseos son cuestión de memoria muscular. Con frecuencia, durante estos largos paseos sostengo la siguiente conversación silenciosa conmigo misma: me pregunto cuándo comenzó esta pesadilla. La respuesta siempre es larga y está llena de detalles innecesarios. Nunca consigo nada concreto. No recuerdo la fecha concreta en que la guerra empezó a formar parte de mi vida. A menudo escucho o leo lo que dicen los demás. «En marzo ya sabíamos que había que largarse de aquí. Les malvendimos el apartamento a los vecinos, aunque mejor que como está el mercado ahora, y nos fuimos a toda velocidad a Kiev/Ivano-Frankivsk/Járkov/Zhitómir».

Me cuesta trabajo creerlos. Yo por entonces ni era consciente de lo que pasaba ni lo comprendía. Tenía un buen trabajo. También era duro. 2013 fue un buen año tanto para la empresa como para mí en lo personal. Gestionamos un pedido enorme e hicimos planes a medio y largo plazo. Instalamos equipo nuevo en el taller de producción y pensamos en expandir el negocio. Diseñamos nuevos modelos y preparamos exposiciones en Donetsk, Kiev, Moscú y Varsovia. No teníamos la sensación de que nos acechara la catástrofe.

Me enteré de las manifestaciones del Maidán en enero de 2014 en el tren Lugansk-Moscú, a donde me dirigía por motivos de trabajo. En la frontera rusa, un viejo teniente coronel entró en el compartimento en el que viajaba sola. Vio el pasaporte azul marino sobre la mesa y estuvo a punto de liarse a golpes conmigo. Me gritaba sobre el peligro que los «banderistas» suponían para la región de Rostov. Recuerdo con

toda claridad que le pregunté qué peligro podía suponer Moldavia para Rostov del Don, ya que Bender es una ciudad que pertenece al estado disidente no reconocido de Transnistria.

—¡Pero si entre Rusia y Moldavia está Ucrania entera! ¡Y además son dos naciones distintas! ¿De qué amenaza habla? —le respondí.

Casi me pega en la cabeza con mi propio pasaporte. El teniente coronel gritaba y rugía: «¡Cerdos yanquis!», «¡Éramos una gran nación!» y «¡Moldavia y Ucrania no existen! ¡Solo existe la Gran Rusia!» mientras el tren se adentraba en el invierno ruso. Deduje que el motivo de aquel griterío incoherente eran las manifestaciones de Kiev, que desde su experto punto de vista eran antirrusas por completo.

Cuando volví a casa me centré en lo mío, hice obras en mi apartamento y me dediqué a trabajar con las próximas vacaciones en mente. ¿Me di cuenta de que sucedía algo fuera de lo normal? No. Me enteré de los atentados de pura casualidad porque me los contó una amiga. Recuerdo la sensación de que se me echaba el tiempo encima y el suelo se abría bajo los pies. Los recuerdos de lo que pasó a continuación se mezclan como la mantequilla sobre el pan. Es difícil separarlos y percibir los sabores con exactitud.

Mi amiga y yo estábamos en el solar de una antigua imprenta después de una clase de inglés. El invierno había terminado, pero los charcos aún estaban cubiertos de hielo. Era esa época del año en que la nieve sucia te baja el ánimo, pero ya no llevas chaquetones largos, de modo que te congelas con un abrigo de lana. Por algún motivo solo funcionaba la farola del portal que teníamos enfrente. Estábamos bajo el foco de luz blanca. Esperábamos que el marido de mi amiga no tardase en llegar con su cálido y cómodo coche, pero de momento nos castañeteaban los dientes mientras mirábamos hacia la oscuridad. Cuando los ojos se nos acostumbraron, vimos varios autobuses antiguos parecidos a los que llevan a los mineros al trabajo. No tenía ni idea de qué pintaban unos autobuses de mineros en la puerta de una antigua imprenta a las diez de la noche…

Cuando llegaron los primeros pasajeros ya nos habíamos dado cuenta de que aquellos viejos cacharros no tenían matrícula. Los pasajeros también tenían un aspecto bastante raro. Jóvenes con el mismo chándal negro, algunos con pasamontañas y gorros de lana y todos con barras metálicas en la mano. Caminaron despacio hacia los tres autobuses enarbolando las barras y mirándonos. Era imposible que no nos hubieran visto porque estábamos en el único punto iluminado de un solar negro como boca de lobo. ¿Comprendimos en aquel momento que pasaba algo malo y que había que salir corriendo? No… Fuimos estúpidas e imprudentes. Aunque aquella manada de tipos armados de tuberías nos daba un miedo terrible, no usamos la

cabeza para relacionar con ellos lo que pasaba en la ciudad. Tuvimos suerte de que el marido de mi amiga nos cogiera del brazo, nos sacara a las dos de aquel terrible solar y nos llevara a la seguridad de nuestra casa. Marzo no había hecho más que empezar. Aún no éramos conscientes de lo que nos esperaba.

Ahora hay una tonelada de artículos sobre el estallido de la guerra. Hay miles de fotos y vídeos. La gente que sabe lo que es que te ataquen de pronto y tirarte al suelo gritando una plegaria improvisada no necesita que le hablen de la guerra. Hablar de la guerra con quienes no han tenido esa experiencia no sirve de nada. El estado de animalidad en que nos sumimos cuando el miedo atenaza la garganta y el estómago, cuando atrapa el cerebro en un tornillo de banco de acero es imposible de explicar. Las palabras no alcanzan a transmitir la sensación de alivio sobrehumano que nos invade cuando cesan los cañonazos y las explosiones y nos ponemos en pie y comprobamos si aún oímos, si aún podemos hablar, si los muros de nuestra casa siguen en pie. Comprendemos que el obús ha caído en el edificio de al lado y que ese día hemos tenido suerte. Las palabras no alcanzan a transmitir esa euforia que de inmediato da paso a una vergüenza que nos quema por dentro. En ese edificio también vive gente. Quizá hayan muerto. Sin embargo, no tenemos fuerzas para marcharnos, las rodillas no funcionan, los dedos no responden, atarse los cordones de los zapatos es tarea imposible. Además, hay toque de queda y se darán cuenta y nos dispararán allí mismo o en algún sótano. No se sabe qué es peor. Así es como día a día perdemos la humanidad. El miedo absorbe gota a gota la dignidad, el orgullo y el amor propio. Aparte de todo eso, también está la lucha diaria por la supervivencia; conseguir comida y agua cuando casi no queda dinero. Entonces es cuando comprendemos que la persona más cultivada puede convertirse en una alimaña. Para mí la supervivencia no es una victoria. Es solo cuestión de la velocidad con que dejemos de comportarnos como seres humanos; cuanto más rápido sea el proceso, mayor la posibilidad de sobrevivir un día más.

En la ciudad ocupada los cortes de luz siguieron durante todo julio; a la nevera se le fundió un fusible y el ordenador aguantaba gracias a la batería de larga duración. El fin del mundo llegó el dos de agosto. Cortaron el agua e instalaron bombas de extracción en una ciudad que ardía como el infierno. No había electricidad ni en los hospitales ni en el depósito de cadáveres.

En la pantalla del móvil, que aún funcionaba, apareció un número que me resultaba conocido.

—¿Puedo ir a tu casa?

—Por supuesto. ¿Ya no puedes más tú sola?

—Necesito alguien con quien hablar.

Más tarde:

—¡Pasa! ¿A qué huele? Oh Dios mío, voy a vomitar.

—Vengo del depósito de cadáveres. No queda sitio y los refrigeradores no funcionan. Están (ya sabes a quiénes me refiero) tirados en la calle. La madre de un amigo de la infancia me ha llamado, soy la única que no se ha ido. Le han dicho que su hijo, que lleva tres semanas desaparecido, está allí. Lo han identificado por el tatuaje.

—¿Por qué te ha llamado a ti?

—De niños éramos muy amigos. Después yo entré en la universidad y él en la escuela técnica. Ambos cambiamos. Desapareció hace tres semanas. Su madre tiene artritis y apenas puede andar. Alguien le ha dicho que lo ha visto allí, fuera del depósito. El único número que ha encontrado es el mío, el fijo, no el móvil. Así que me he ido para allá.

—¿Lo has encontrado?

—No.

—Toma un poco de agua mineral. Tira la toalla cuando termines, por favor.

—¿No la quieres?

—No. Huele a muerte.

La mañana comenzaba con una aburrida rutina higiénica. Una ducha y un cepillado de dientes. El agua era un bien muy valioso; no existía, así de fácil. Después de arrastrarme hasta la bomba de agua, a menudo no quedaba y había que ir a otra. Mucha gente dejó de lavarse y olían a kilómetros de distancia en el tremendo calor de una ciudad esteparia. No tardé en descubrir que mis receptores olfativos se habían acostumbrado y no notaba la cacofonía de olores. Por las tuberías de desagüe tampoco corría agua. La comida abandonada en las casas vacías se pudría en las neveras. La gente se envileció con rapidez, pero ya a nadie le molestaba. Se formaban colas kilométricas de personas malolientes y agotadas cuando unos cuantos separatistas borrachos traían agua. Sin embargo, el agua emitía un inconfundible aroma a cloaca y a muerte. Yo caminaba cuatro kilómetros hasta las bombas de agua de los chalés del extrarradio de la ciudad. Mi vecina me prestaba su carro de plataforma, con el que traía a casa cuatro o cinco garrafas de cinco litros de agua. Estos carros se vendían a precios astronómicos en el mercado local, al igual que las velas, las pilas y las radios baratas fabricadas en China, que tenían ahora mucha demanda.

—oOo—

En cierta ocasión, una vecina y yo caminábamos a paso lento por

el bloque de apartamentos de al lado y nos encontramos con un barril de agua. Era un barril de plástico azul oscuro que estaba sujeto al remolque de un viejo automóvil Zhiguli. Su dueño era un tipo de aspecto rústico y melancólico que fumaba junto a él. La verdad es que parecía buena gente. Emanaba esa clase de sencillez, firmeza y serenidad comedida que solo se obtiene viviendo en el campo. Nos vendió agua a una grivna el litro. Parecía caro, pero teniendo en cuenta lo que pagaría por el combustible para poner en marcha el generador de la bomba de agua y para el depósito del viejo Zhiguli, que consumía litros de gasoil en los controles de carretera, el granjero casi la traía gratis, solo por el derecho de transportarla. Mi vecina y yo chillamos de alegría y contamos las grivnas que habíamos sacado con la tarjeta de crédito en tiempos mejores. De hecho, nos cobró cinco grivnas por las garrafas de seis litros, de modo que cada sexto litro nos salía gratis. Tampoco vivíamos lejos de allí. El agua estaba limpia y no olía ni sabía raro ni dejaba sedimentos después de hervirla. La suerte no duró. Al sexto día el granjero no vino. No apareció más después de que un joven delgaducho vestido de camuflaje, con los dientes podridos y un fusil de asalto saliera del portal de uno de los viejos bloques diciendo: «¿Qué haces aquí, parásito? ¿Aprovechándote de la gente que trabaja?».

El tipo trató de explicarse hablando del precio del combustible y de lo difícil que era pasar por los controles. Vi las nubes de polvo que levantaban las balas que alcanzaban los bajos del remolque de agua. Se metió en el viejo Zhiguli mientras el joven le gritaba: «¡Si te vuelvo a ver por aquí te mato!».

Mi amiga y yo continuamos nuestra busca diaria de agua.

—oOo—

Una vez nos encontramos un cachorro en ese mismo lugar. Tendría unos seis o siete meses. Era un setter, pero no de color caoba como los setter irlandeses, sino negro y tostado. Lo más probable es que fuera una especie de setter gordon. El simpático animal estaba amarrado con una correa larga a un garaje con un cuenco de agua y otro de sobras, de modo que era evidente que vivía allí. Como a tantos otros animales aquel verano, lo habían abandonado. Era la primera vez que veía hordas de gatos de raza vagando por las calles; persas, británicos de pelo corto, e incluso algún esfinge. La persona que pierde la humanidad no tarda en traicionar a quien antes le llamaba amo.

Unos ancianos a los que habíamos visto alguna vez junto al barril de agua fumaban cerca de los garajes.

—¿Se deja acariciar?

—Claro, es muy juguetón. Va a empezar a lamerte y te ensuciará los pantalones.

Eso es justo lo que pasó. Me arrodillé en la tierra y el perro saltó a mis rodillas de inmediato y se puso a ronronear como un gatito.

—¡Archie, no! —grita uno de los ancianos.

Tuve un perro que se llamaba Archie. Como en el cuento del gato y el loro, comprendí que aquel perro y yo seríamos amigos. No podía dejarlo allí atado. Lo abrazo y él me lame la nariz y las lágrimas. ¡No debo llorar! Les pregunté si sabían de quién era.

Uno de aquellos hombres, un ser humano de verdad, se rascó la barbilla.

—Creo que es mío —dijo.

Suspiró, desató al perro y se lo llevó a casa. A partir de entonces me cruzaba con ellos a diario. Ambos parecían muy felices.

—oOo—

—¿No te acuerdas de que estuve ayer en tu casa? Me quedé a dormir.

—Sí. Me acuerdo de que dormiste en el sofá de la habitación de invitados. Estuvimos bebiendo para quitarnos el miedo, ¿no?

—¿Por qué duermes en el suelo del recibidor?

—En mi habitación hay una ventana enfrente de la cama. Si la metralla la alcanza me caerán encima los trozos de cristal roto. Tengo que vivir. Me quedan muchas cosas por hacer.

—He pasado por casa de la madre de mi amigo, ya sabes, el que ha desaparecido. Duerme en la bañera.

—Yo no tengo bañera, sino ducha. Es de cristal, ¿te acuerdas? Te quitaste el olor de los cadáveres en ella.

—Sí. Es raro ir a casa de una chica y que tenga una cama en la entrada…

—oOo—

En la planta baja de mi bloque hay una tienda, un supermercado ATB. Me crucé con el encargado, un tipo joven que se nota que es del oeste del país.

—¡Hola! Vivo aquí, ¡justo encima! Eres el encargado, ¿no?

—Hola. Sí —dice respondiendo en ucraniano a mi ruso.

—¿Sabes?, el ayuntamiento ha publicado una lista de refugios y el nuestro está en el sótano de tu supermercado. Y vivimos encima. Tu tienda está en la planta baja de nuestro bloque. Si pasa algo… Ya

sabes, cae una bomba o algo así… No podemos ir a otro sitio. Solo quedamos mi vecina con su madre inválida, una familia de discapacitados que vive en el primero, Katya la del cuarto y yo. ¿Te importa abrirnos la puerta del refugio? ¿Nos dejarás entrar? ¡Al fin y al cabo, vivimos justo encima!

—Supongo que estás de broma —responde en ucraniano.

—¿Cómo voy a estar de broma? —digo. Y añado en ucraniano—: No es broma. ¡Estamos en guerra!

—¿Qué guerra? Esto habrá terminado en un par de días.

—¿No nos vas a dejar entrar en el refugio? —digo de nuevo en ruso.

—Por supuesto que no. Es donde almacenamos el género.

—oOo—

Ya llevábamos veinte días sin agua. El miedo me había vaciado la cabeza de pensamientos. Por las noches leía libros de Ilf y Petrov y de Bulgakov. Cuando leía a Bulgakov se me erizaba la piel; era inquietante ver que los mismos sucesos de hacía un siglo se repetían de nuevo.

Los días estaban sujetos a una estricta rutina. Salir a buscar agua, hervirla, buscar comida, cocinar algo, lavar la ropa, salir a por agua de nuevo, cenar con los vecinos y hablar de cuando «por fin lleguen nuestros chicos y acaben con esta situación. Ya reconstruiremos después; lo primero es librarnos de esta…», y para terminar, un largo y complejo esfuerzo colectivo por fregar los platos. Todo ello interrumpido por el cañoneo constante, ya que los lanzacohetes Grad estaban justo en mi patio y los artilleros colocaban el equipo entre las casas del patio del colegio para que el fuego enemigo provocase más desgracias.

Una mañana, la vecina llamó a la puerta.

—¡Mira lo que me he encontrado! Solo hacen falta pilas para encenderla.

Me mostró una caja pulida grande y de color marrón cubierta con un paño. Era una radio, lo más probable es que de los años sesenta. Conseguimos encenderla. No recuerdo qué emisora sintonizamos, pero escuchamos fragmentos de noticias y partes desde el frente en ucraniano. La encendíamos dos veces al día, a las dos y a las cuatro de la tarde. La primera vez que oímos hablar en ucraniano apenas pudimos contenernos. Queríamos gritar y dar vivas de felicidad por escuchar nuestra lengua materna y por el dolor de tener que hacerlo a escondidas. Por inestable que fuera, era al menos un contacto con la realidad. La ocupación no solo significa falta de agua o electricidad,

significa que no hay información y eso era lo que más ansiábamos.

—oOo—

—Ponte las gafas.

—¿Por qué? Odio las gafas de sol. Solo las uso en bañador cuando voy de veraneo a la playa. Cuando pido una sartenada de mejillones recién salidos del mar mientras chapoteo con los pies en el agua… ¿Para qué necesito gafas de sol en Lugansk?

—Los vas a quemar con la mirada. Te sale odio de los ojos como si fuera veneno. No hace falta que digas nada, seguro que lo notan. ¡Me da miedo mirarte! Póntelas, te lo pido por favor.

—oOo—

Antes, la ciudad siempre estaba llena de rosales. Alguien los cuidó durante el caos de los noventa y hace poco los volvieron a plantar en la cuneta de la carretera. Rosas amarillas, rosas, blancas y las clásicas rojas adornaban nuestra no muy agraciada ciudad. Yo empujaba mi carrito con las garrafas de agua vacías junto a los canteros de flores mientras pensaba «¿cómo sobreviven?». Ya llevaba dos meses sin llover, el calor era insoportable, y sin embargo los rosales no solo no se marchitaban, sino que florecían. Tres mujeres caminaban con su carrito y sus garrafas vacías cerca de mí. Avanzaban despacio con la cabeza gacha y la espalda doblada, señales de desesperación por antonomasia. De pronto, apareció un vehículo enorme que portaba un tanque con el logo «Llave Azul», una marca de agua del grifo popular antes de la guerra, de la que se habían apoderado los separatistas. Detrás venía un minibús verde, del que se bajaron unos cuantos separatistas vestidos de camuflaje. Abrieron los grifos de las mangueras con torpeza y empezaron a regar los rosales. ¡Agua! Unas cuantas personas bien vestidas que se habían bañado y perfumado hacía poco se bajaron del minibús con cámaras y micrófonos dando un atlético saltito. Detuve mi carro y me quedé a observar. Para las otras mujeres, sin embargo, ver que derramaban el agua en el suelo cuando ellas se pasaban el día entero partiéndose la espalda, haciéndose contracturas y arrastrando pesos para encontrarla fue demasiado. Una se sentó en el asfalto y le dio un síncope. La otra cogió los dos carritos y corrió hacia el agua.

—¡Queridos muchachos, por favor, dadnos un poco de agua! ¡Llevamos todo el mes sin agua! Tengo niños en casa… Mi nieto es discapacitado. ¡Por favor!

Las aseadas reporteras de la tele miraron a la mujer histérica y a la

otra sentada en el asfalto a su lado abanicándola con un pañuelo mugriento y refrescándole la cara con saliva.

—¡Eh, fuera de aquí! ¿No veis que estamos grabando? ¡Fuera de aquí he dicho! ¿De dónde salen estas viejas estúpidas?

(Omito el vocabulario obsceno porque creo que es fácil adivinar las palabras con las que los hombres se dirigieron a las pobres mujeres).

Tres fusiles apuntaron a las tres desventuradas mujeres, que podían ser de la edad de las madres de los pistoleros. Los periodistas apagaron las cámaras y los micrófonos.

—¡Hijo mío, por favor… Agua!

Cayó de rodillas y se arrastró hacia él con las manos alzadas como si rezara. Uno de los separatistas lanzó una patada al aire para que viera lo que le haría para deshacerse de ella. Su amiga la levantó y se la llevó de allí. Recogieron sus garrafas y doblándose casi por la mitad se marcharon entre aullidos. Los otros continuaron regando las rosas, las cámaras se pusieron de nuevo en funcionamiento y la chica limpia como los chorros del oro cogió su micrófono, sonrió con su dentadura reluciente y caminó hacia el bronceado «héroe» de uniforme de camuflaje limpio que había estado a punto de patear a la anciana. Luces, cámara, acción.

—oOo—

Para mí todo terminó el veinticinco de agosto, un día después del Día de la Independencia de Ucrania, que celebramos con los vecinos cantando en voz baja el himno nacional por lo menos quince veces. Una vecina del bloque de al lado, una maestra de pocas palabras, trajo una bandera azul y amarilla y cantamos y bebimos juntos. De nuevo bebimos y cantamos canciones que hablaban de «ofrecer el corazón y el cuerpo por la libertad». Una barra azul y otra amarilla eran el símbolo de la lealtad y la libertad que habíamos elegido, aunque no lo dijéramos en voz alta. Aquella mañana nos abrazamos y nos despedimos sin lágrimas ni lamentos. Poco después me veía pasando un calor indescriptible dentro de un autobús mientras por encima de la cabeza silbaban los obuses y las balas. En el autobús viajábamos unos quince desconocidos cabizbajos. Sujetábamos los pasaportes abiertos sobre la cabeza. Atravesamos tres controles de carretera vigilados por separatistas, fáciles de reconocer por los andares inestables y las sandalias de plástico con calcetines agujereados. Ya no notábamos el hedor que desprendíamos. Para entonces, nuestra tórrida ciudad del sur llevaba un mes sin agua, en algunos distritos incluso más. No íbamos precisamente frescos como una rosa. En el siguiente control de carreteras los pies eran diferentes e iban calzados

con botas militares.

La voz del conductor me retumbó en la cabeza.

—¡No alcen la cabeza! ¡No los miren! ¡Les he dicho que miren al suelo! ¡Suban los pasaportes!

No podía soportarlo más. Recorrí el uniforme de camuflaje muy despacio con la mirada. Dos barras en la manga. Azul y amarilla. Hacía dos meses que no lloraba; no lloré cuando un malnacido con uniforme de camuflaje me escupió a la cara en la antigua sede regional de la Administración del Estado, ni cuando me pegaron un culatazo de fusil en la nuca, ni cuando un proyectil alcanzó el bloque de apartamentos de al lado, ni cuando mataron a una persona en la cola del agua. Y de repente… Después de dos meses. Solo recuerdo que el autobús entero se me echó encima cuando rompí a llorar. Estaba de rodillas abrazada a las piernas del soldado, que me acariciaba la cabeza y me consolaba en ucraniano.

—Ya está bien, todo va a ir bien. Estás viva, gracias a Dios.

Lo cogí de la mano y me puse de pie a duras penas. Le besé los distintivos. No sé cómo me las arreglé para soltarlo.

Ahora me encuentro en una ciudad desconocida, en una casa desconocida. Tengo una pequeña bandera de mi país en el escritorio. Para mí, esta bandera, sus colores y su forma, representan la libertad. Es mi elección. Es mi país.

¡Gloria a Ucrania!

ALLÁ VAMOS DE NUEVO…

LA VERGÜENZA…
RAISA SALNIKOVA
www.facebook.com/raisatroeglazova

2 de agosto de 2014.

Hoy he recibido a una pareja procedente de Horlivka (o Gorlovka), una ciudad cerca de Donetsk. Ayer incineraron a su bebé, que no ha sobrevivido a una operación de corazón en la clínica cardíaca Amosov de Kiev. Querían reunirse conmigo para ver qué hacer ahora. Alguien de la clínica les proporcionó mi número. Quién y por qué es algo que ignoro.

Los he recogido en la estación.

Gracias a Dios no han sacado el tema del alojamiento, aunque antes de la reunión conseguí permiso para alojarlos en Teteriv, pero solo como último recurso porque allí hay muchos niños. Sin embargo, gracias a Dios de nuevo, unos familiares suyos de Myrhorod se han ofrecido a acogerlos, de modo que al día siguiente partirán para allá.

Los atribulados padres traían consigo diversos papeles, entre ellos los certificados de nacimiento y defunción del niño. Me han preguntado si en Kiev podrían conseguir un subsidio por el entierro del niño y cómo gestionarlo. Es una situación muy poco frecuente y por lo tanto nueva para mí. Traté de volver al principio, es decir, al nacimiento, y les he preguntado si han percibido algún tipo de ayuda familiar. Resultó que no les dio tiempo, pues tuvieron que irse de inmediato a Kiev, a la clínica Amosov, para la operación de emergencia.

Buscamos el consejo de los representantes del Departamento de Protección Social. Les preguntamos si los padres, ahora refugiados de la «zona de operaciones antiterroristas», podían gestionar y percibir las ayudas que se les debían fuera de su lugar de residencia.

Nos dicen que consultemos el tema del lugar de residencia a los servicios de seguridad social. Nosotros les explicamos de nuevo la naturaleza delicada y extraordinaria de la situación. Horlivka está en

zona ocupada, el niño ha fallecido y lo han incinerado en Kiev y ellos van de un lado a otro con la urna con las cenizas… La seguridad social declara categóricamente que todas las situaciones son extraordinarias y sin la más mínima empatía nos insisten en que nos pongamos a la cola de inscripción. Les explico que los padres del niño, que ha muerto hace dos días, quieren irse con sus familiares lo antes posible. La cuestión es si pueden o no percibir ayuda y qué tipo de ayuda. Mirándonos como si fuéramos imbéciles redomados, los funcionarios nos sugieren que vayamos al Ministerio de salud. Como es sábado, nos recomiendan que llamemos a la línea directa.

En ese momento se nos agotan la paciencia y los modales. Los empleados del Departamento de Protección Social me dan vergüenza. Después de todo, qué les cuesta «echarle un ojo al asunto» o consultar con colegas de otras instancias y departamentos de la administración. Pero no… Qué vergüenza de gobierno.

Quedo con mis compatriotas en que se van con sus familiares a lugar seguro y que allí se pondrán en contacto con el servicio de salud… Si allí también los mandan a la m… me llamarán de nuevo y yo me reuniré con todos los políticos «interesados» de Kiev…

Me paso días enteros preocupada preguntándome qué sentido tiene aquello. Preferiría usar palabras menos delicadas para decir esto: ¿De qué sirve tener ocho (¡!) especialistas de diversos servicios sociales en la zona de atención a personas desplazadas?

¿Cómo se formula esa pregunta?

RECUERDOS

La persona que ha escrito el siguiente testimonio desea permanecer en el anonimato

Lo más probable es que mi historia sea una de tantas de aquellos tiempos. Cuando las cosas se pusieron feas en Lugansk muy poca gente se dio cuenta de lo que pasaba, lo cual no es ninguna sorpresa porque teníamos una idea muy vaga de lo que es una guerra. Lo que sabíamos procedía de los relatos de las abuelas y abuelos, de los libros y de las películas. Así, en lugar de contarla tal cual es, la guerra se convertía en algo heroico protagonizado por valientes guerrilleros y soldados del Ejército Rojo que batallaban contra los «malos» fascistas. Por supuesto, la batalla de Sláviansk ya había tenido lugar y había habido enfrentamientos en otros lugares, pero las noticias de la tele y la realidad de la vida cotidiana eran dos cosas muy distintas. Por lo tanto, no me parecía necesario ocultar mi postura pro Ucrania ni mi opinión negativa de los colaboracionistas, a los que llamaba traidores a la cara. Al final no sirvió de nada. Me di cuenta de ello más tarde, cuando supe de un archivo de denuncias que ciertas personas «bienintencionadas» habían escrito contra mí mucho antes de que me detuvieran.

Un día cualquiera de junio me sacaron de mi casa entre fusiles de asalto y con la compañía de los gritos del vecindario sobre lo que merecíamos los banderistas. Me llevaron al sótano de la sede regional de la Administración del Estado, donde nadie se molestó en interrogarme. Alrededor de una docena de «héroes separatistas» se limitó a darme una paliza con las culatas de los fusiles, una especie de tubería y al final con los puños y las botas. Tenían una forma particular de entretenimiento que recibía el nombre de «*slonik*», «elefantito»; se ponían una máscara antigás llena de una droga sintética llamada «*spice*», y procedían a golpear a los detenidos hasta que perdían el conocimiento. Corría el rumor de que también cortaban orejas o metían a la gente en un coche lleno de explosivos y la enviaban a Shchastia, una ciudad recién reconquistada por el Ejército de Ucrania, para que la liquidaran los francotiradores o explotara

llevándose por delante al detenido y a unos cuantos soldados. Por suerte, no sucedía en realidad. Es irónico, pero «*shchastia*» significa «buena suerte», aunque el lugar no tenía ni la más mínima.

A otro tipo, Oleksii, lo llevaron al sótano conmigo. Era de Kamyanka, un pueblo cerca de Lugansk. Era soldado del ejército regular y había servido en Crimea. Después de la retirada de nuestras tropas, a los soldados les permitieron terminar antes de tiempo su contrato. Que yo sepa, Oleksii no quería luchar, así que aprovechó la oferta y se fue a casa. Para su desgracia, decidió pasar por Lugansk a visitar a su hermana. Cuando los separatistas le miraron la documentación en el control de entrada a la ciudad encontraron una tarjeta de identificación del Ejército que fue suficiente, por supuesto, para que lo consideraran un «saboteador ucraniano» que, según la propaganda separatista, eran cada vez más numerosos.

Me contó todo esto tras volver en sí después de un día y una noche inconsciente a resultas de su «conversación» con los «valientes defensores del Donbás». Yo recobré el sentido un poco antes en la así llamada «celda» que compartíamos, que en realidad era el hueco de un ascensor que comunicaba con el sótano. En cierta ocasión, dos miembros de la república bananera antes llamada óblast de Lugansk tomaron el ascensor por accidente en un piso superior de la sede regional de la Administración del Estado, lo cual nos alegró un poco. En realidad, por extraño que suene, nos reíamos mucho, y además por cosas en apariencia muy poco divertidas, como cuando a mi compañero de celda le pegaron en la cabeza con la culata de un fusil. Al parecer era de plástico de mala calidad. Paradojas de la mente humana. Nos pedíamos no hacernos reír porque teníamos las costillas magulladas. Esto infundió una especie de extraño respeto a los separatistas, ya que por muy machacados que estuviéramos los habitantes de la celda, nunca nos rebajamos ante ellos. Casi dejaron de molestarnos e incluso nos pasaban algún cigarro. Yo siempre quería fumar. Más tarde descubriría para mi sorpresa que quienes claudicaban ante los separatistas recibían un trato aún peor. Era la recompensa por el «servilismo». Lo único que conseguían era que les pegasen más.

Entre mis compañeros de infortunio había dos soldados locales que servían en el Batallón Aidar a los que detuvieron por error en un control de carretera. Se libraron de una muerte segura porque iban vestidos de civil. A un compañero que viajaba con ellos vestido de camuflaje lo mataron a golpes en el pasillo de nuestro sótano. Tengo entendido que antes de la guerra era profesor en la Academia de Policía de Shchastia. Me gustaría saber qué ha sido de ellos, ya que el día que conseguí escapar, uno de los «comandantes» de aquella patética banda de rebeldes había prometido pegarle un tiro a uno.

Espero de todo corazón que hayan sobrevivido.

Recuerdo el día que quemamos las papeletas de las así llamadas «elecciones». Un día, el pavoroso rumor de que las tropas ucranianas avanzaban corrió entre los «héroes de Novorrusia», así que sus «responsables» ordenaron que se destruyeran las pruebas de falsificación. Esa noche nos llevaron a la parte trasera de la sede de la Administración y nos colocaron en una cadena humana desde la ventana del almacén del papel de desecho hasta el horno del edificio contiguo. Estuvimos la mitad de la noche destruyendo las pruebas de la traición al gobierno regional.

Recuerdo a un anciano al que encerraron en nuestra «celda» por estar borracho después del toque de queda. Decía haber sido un agitador activo en favor de la «paz rusa» y haber trabajado en una oficina de propaganda cerca del edificio de la sede regional del servicio de seguridad del Estado. Y ahora estaba allí sentado, llorando y repitiendo «esto no es lo que queríamos» y «no pensé que fueran una escoria semejante».

Nos llevaron a cavar trincheras en el pueblo de Metalist, donde los guardias eran una banda de rebeldes de Severodonetsk, también ocupado por entonces. Nos convertimos en fisgones involuntarios de sus conversaciones privadas, que, intentando ser lo más fiel posible al original, eran más o menos así:

—Envían a Severo' a los guerrilleros de Lugansk para que se acuesten con nuestras mujeres y a nosotros nos mandan aquí a que nos maten sin refuerzos y con un cargador por persona.

Las Fuerzas Armadas rusas estaban a cargo de todo. Su base se encontraba en un gran edificio cerca de la sede regional de la Administración del Estado en el que antes había unos baños públicos. Por entonces no se esforzaban mucho por ocultar su identidad. Yo los vi en persona y hablé con ellos. Había numerosos corresponsales rusos de diversos canales de noticias. Más tarde me haría mucha gracia escuchar los cuentos sobre la «guerra civil», los «*ikhtamniets*» (u «hombrecillos verdes») y el «cansancio de la guerra» del que hablaba la gente que veía la guerra por la tele. Los rebeldes locales que cavaban trincheras con nosotros como castigo por ebriedad o por pillaje hablaban mucho sobre los campos de entrenamiento de los alrededores de Rostov del Don, cerca de la frontera, y sobre sus «responsables» rusos.

Salí vivo de aquel sótano gracias a un golpe de suerte. Unos separatistas volvieron de combatir en el frente de Metalist para relevar a nuestros carceleros.

—*¡A nosotros nos matan mientras vosotros os dedicáis a robar, secuestrar a la gente y mangar coches!* —protestaban los recién llegados. No les faltaba razón. Los recién llegados cogieron las listas y

comprobaron quién había en las «celdas» y por qué. Mi nombre no figuraba en la lista, lo cual significaba en buena lógica, concluí yo, que no saldría de allí. Vi la oportunidad. Haciéndome el tonto le dije al comandante que no sabía por qué me habían detenido y que quizá se hubieran olvidado de mí en medio del follón. Me pidió la documentación y me dejó hacer una llamada. Llamé al único número que me sabía de memoria, el mío propio, ya que cuando me arrestaron me dejé el móvil en casa. Por suerte mi familia estaba al lado del teléfono y mi pasaporte llegó al edificio en diez minutos.

Este golpe de suerte fue la causa de que me pusieran en libertad. Podría escribir más sobre lo sucedido, pero ello me obligaría a traer a la memoria malos recuerdos. Además, no soy escritor. No me apetece derrochar palabras.

En resumen, esta pieza es para quienes creen que la guerra no les afectará mientras se mantengan neutrales. Cuando la guerra llama a la puerta, nos afecta a todos. A los de derechas y a los de izquierdas, a los nacionalistas y a los pacifistas, a los patriotas y a quienes no les importa bajo qué bandera viven. A las bombas y a las balas no les importa si la casa en que caen pertenece a un «rusófilo», a un «neutral» o a un verdadero ucraniano. Uno debe mirar por lo suyo o convertirse en víctima. Lo más terrorífico de estar encerrado en aquel maldito sótano era la idea de morir sin haber hecho nada por mis hijos, mi madre o mi patria. Por eso, cuando se me curaron los moratones y se me enderezaron los huesos, me dediqué a labores humanitarias, pero eso es otra historia. Lamento si la conclusión suena un poco sentimental. La he escrito de corazón. Es lo que siento de verdad.

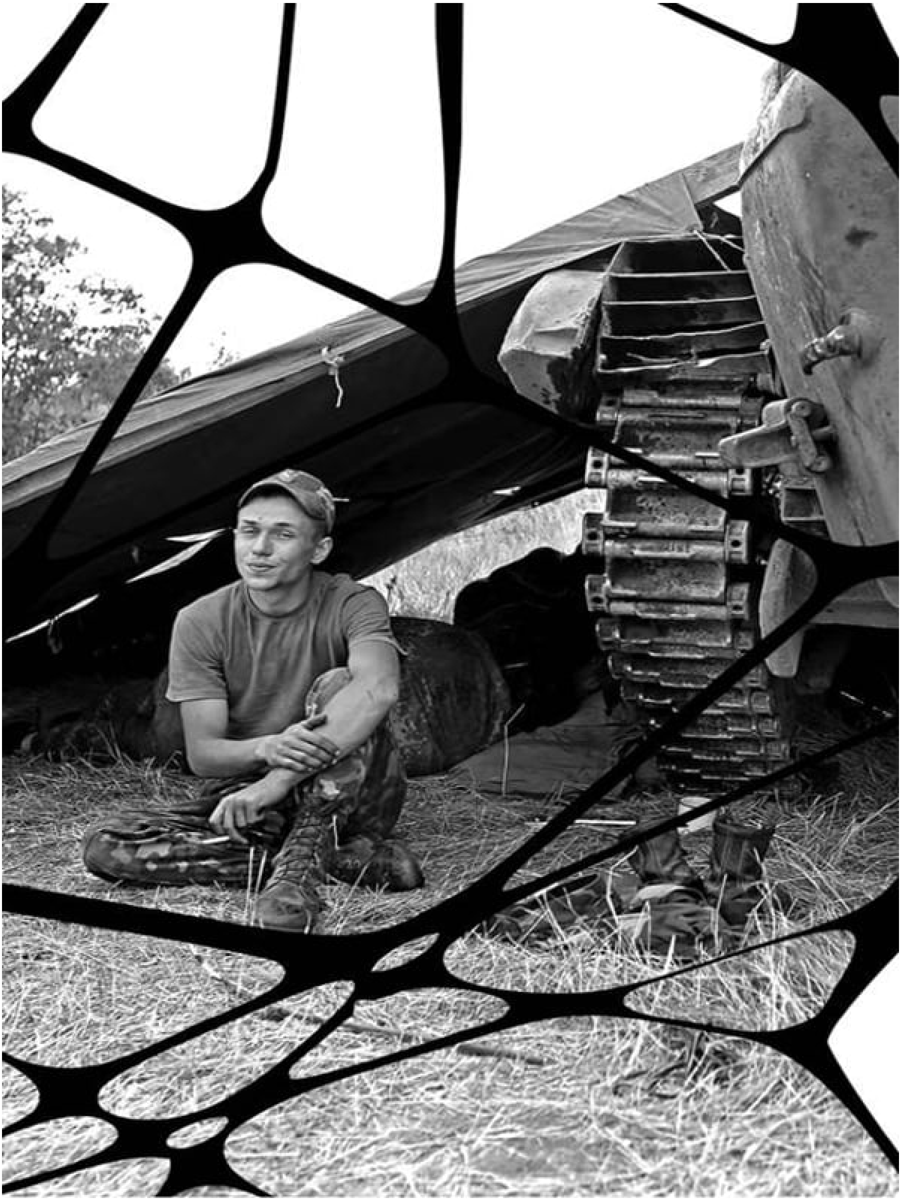

ДОНЕЦЬК

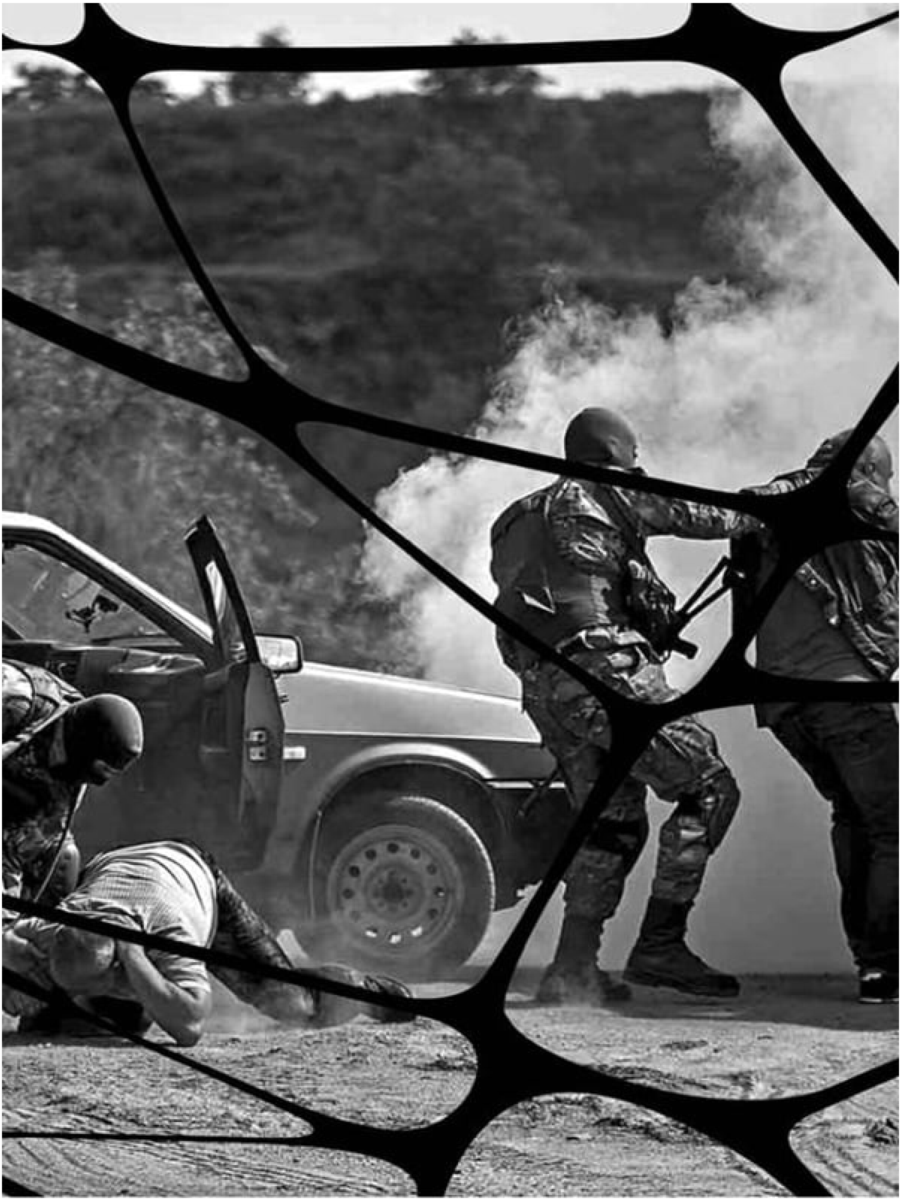




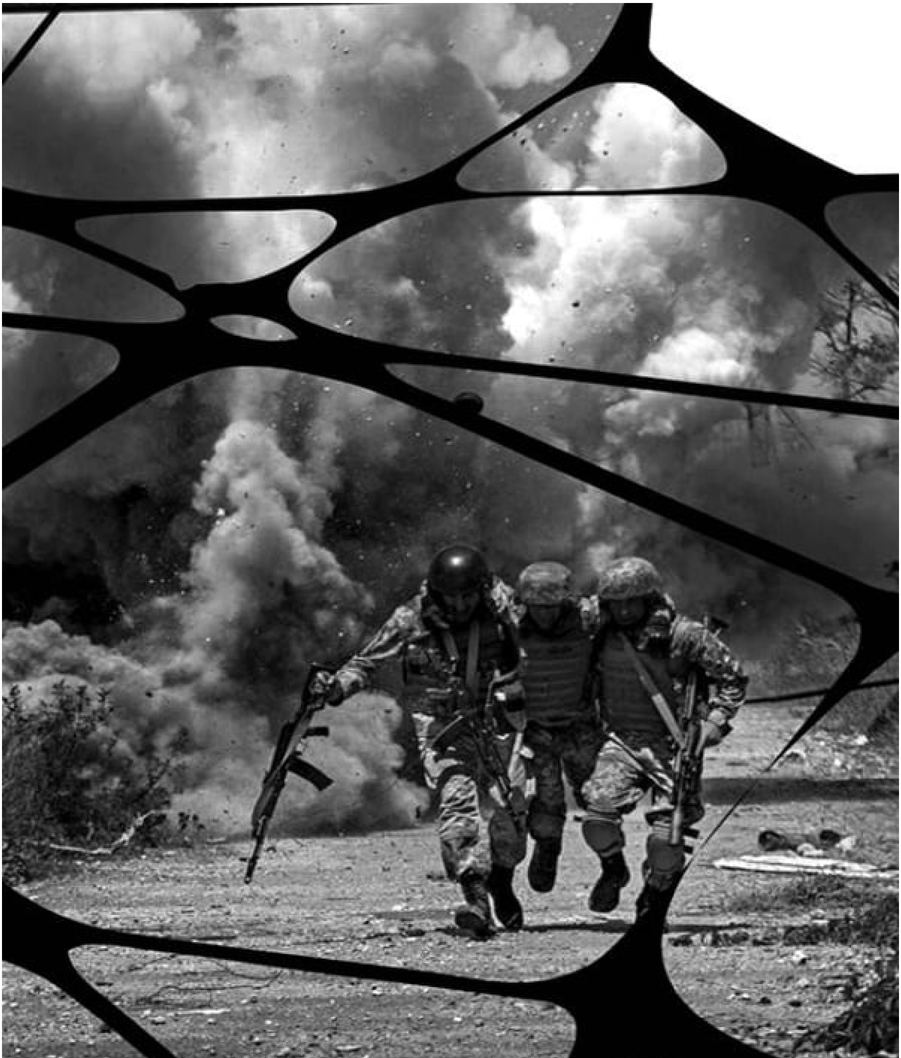

















518










MARINES





NOTAS

[1] La letra cursiva se utiliza en los diálogos y citas para resaltar que el personaje habla en ruso o en una mezcla de ruso y ucraniano en la que predomina el primero. El resto está escrito en ucraniano en el original.

[2] Seguidores de Stepan Bandera.

[3] Donetsk ha tenido varios nombres en sus dos siglos y medio de existencia. Se fundó como Alexandrovka y un siglo después se la rebautizó como Yuzovka, por el empresario galés John Hughes, que abrió varias acerías y minas de carbón en la zona. Durante la era soviética pasó a llamarse Stalin, Stalino y finalmente Donetsk, por el río Donets que la cruza.

[4] La Berkut fue un cuerpo policial acusado de cometer la mayoría de los asesinatos de manifestantes en las revueltas de 2014 y disuelto ese mismo año por el Gobierno ucraniano.

[5] El subtítulo hace referencia a una famosa canción del ejército insurgente ucraniano que se enfrentó a la Unión Soviética tras su anexión del oeste de Ucrania durante la Segunda Guerra Mundial. La canción se puso de moda de nuevo con los movimientos nacionalistas de los 80 y desde 2014 los soldados ucranianos la cantan con el estribillo: «Cinta a cinta, dadnos munición, ¡oh luchadores de Ucrania, nunca os rindáis!».

[6] Igor Kolomoisky es un oligarca y anteriormente político ucraniano fundador del PrivatBank, que gastó millones en la creación de batallones «antiterroristas» para luchar contra los insurgentes separatistas.

[7] Arsen Avakov ocupó el cargo de Ministro del Interior después de la destitución de su predecesor, Vitali Zakharchenko, por permitir el uso de munición de guerra contra los manifestantes.

[8] Igor Bexler es un líder rebelde prorruso. Su apodo, Byes, se traduce como granuja o demonio.

[9] Especialidad ucraniana de tocino de cerdo curado.

[10] «Khokhol» es un término peyorativo con el que los rusos se

refieren a los ucranianos. Al mismo tiempo, muchos ucranianos se llaman «khokhly» entre sí como expresión de identidad étnica para diferenciarse de los rusos.

[11] Se trata de un término peyorativo para aludir a los paramilitares pro rusos en suelo ucraniano que viene a significar «hombrecillo verde». Procede del ruso *ikh tam niet*, «no están aquí».

[12] Vasyl Stus fue un disidente y poeta ucraniano. El gobierno soviético censuró su obra a causa de sus ideas políticas. Murió en el gulag.

[13] El toponímico ucraniano de Krasnohórivka se pronuncia Krasnogórovka en ruso. En Ucrania muchos lugares tienen un nombre ucraniano y otro ruso.

[14] El subtítulo de este capítulo se refiere a la *Balada dramática* de Iván Kocherha. La obra transcurre en el siglo XVI y dramatiza la lucha entre los artesanos y el gobernante de Kiev por el derecho a encender velas para trabajar de noche. El héroe es Iván Svichka, que se traduce como «Juan Vela». Para Kocherha, la vela es la «luz ardiente del amor y el tormento, apagada por un gobernante injusto y triunfantemente encendida por el poder y la voluntad de muchos». (Andrianova, N.M., *Ivan Kocherha: literaturnyi portret*, Kiev, 1963).